

Unable to recognize this page.

Christian Jacq

Ramses

BAJO LA ACACIA DE OCCIDENTE

Traducción de

Manuel Serrat

Los rayos del sol poniente cubrían de oro celeste la fachada de los templos de Pi-Ramses, la capital que Ramses el Grande había hecho construir en el Delta. La ciudad de turquesa, denominada de ese modo por el color de las tejas barnizadas que adornaban la fachada de las mansiones, encarnaba la riqueza, el poder y la belleza.

Era agradable vivir allí, pero aquella noche Serramanna, el gigante sardo, no disfrutaba de la suavidad del aire ni de la ternura de un cielo que se tenía de rosa. Tocado con un casco adornado con cuernos, con la espada al costado, el bigote rizado, el antiguo pirata, convertido en jefe de la guardia personal de Ramses, galopaba de muy mal humor hacia la ciudad del príncipe hitita Uri-Techup, en arresto domiciliario desde hacía varios años.

Uri-Techup, hijo destronado del emperador del Hatti, Muwattali, enemigo jurado de Ramses. Uri-Techup, que había asesinado a su propio padre para ocupar su lugar. Pero había sido menos astuto que Hattusil, el hermano del emperador. Cuando Uri-Techup creía tener el país en sus manos, Hattusil se había apoderado del trono, obligando a su rival a que se diera a la fuga, organizada convenientemente por el diplomático Acha, amigo de infancia de Ramses. Serramanna sonrió. ¡El implacable guerrero anatolio en fuga! En el colmo de la ironía, había sido Ramses, el hombre al que Uri-Techup odiaba más en el mundo, quien le había concedido asilo político, a cambio de informaciones sobre las tropas hititas y su armamento. Cuando en el año 21 del reinado de Ramses, y ante la sorpresa de ambos pueblos, Egipto y el Hatti habían firmado un tratado de paz y de ayuda mutua en caso de agresión exterior, Uri-Techup creyó que su última hora había llegado. ~No era acaso la víctima expiatoria por excelencia y un per-

fecto regalo ofrecido por Ramses a Hattusil para sellar su entendimiento? Pero por respeto al derecho de asilo, el faraon se habia negado a extraditar a su huesped.

Ahora, Uri-Techup no contaba ya. Y a Serramanna no le gustaba en absoluto la mision que Ramses le habia confiado.

La mansion del hitita se hallaba en el lindero norte de la ciudad, en el centro de un palmeral; al menos habria gozado de una existencia lujosa en esa tierra de faraones que tanto habia deseado destruir.

Serramanna admiraba a Ramses y le seria fiel hasta el final; asi pues, ejecutaria la terrible orden que el rey le habia dado, pero a reganadientes.

A la entrada de la mansion habia dos policias, elegidos por Serramanna, armados con punales y bastones.

-~ Sin novedad ?

-Nada, jefe. El hitita duerme la mona en el jardin, junto al estanque.

El gigante sardo cruzo el umbral de la propiedad y, con apresuradas zancadas, tomo la arenosa avenida que llevaba al estanque. Tres policias mas vigilaban permanentemente al ex general en jefe del ejercito hitita, que se pasaba el tiempo comiendo, bebiendo, nadando y durmiendo.

Unas golondrinas jugaban en el cielo, una abubilla rozo el hombro de Serramanna. Con las mandibulas crispadas, prietos los punos, maligna la mirada, se preparaba para actuar. Por primera vez lamentaba estar al servicio de Ramses.

Como una fiera venteando la proximidad del peligro, Uri-Techup desperto antes de oir los pesados pasos del gigante.

8

Grande, musculoso, Uri-Techup llevaba los cabellos largos; en su torso resaltaba un bosque de vello rojo. Ignorando el frio, incluso durante el invierno anatolio, no habia

perdido ni una pizca de su fuerza.

Tendido en las losas que bordeaban el estanque, con los ojos entornados, el hitita vio acercarse al jefe de la guardia personal de Ramses el Grande y comprendió que había llegado la hora.

Tras la firma del monstruoso tratado de paz entre Egipto y el Hatti, Uri-Techup ya no se sentía seguro. Había pensado en más de una ocasión en evadirse, pero los hombres de Serramanna no le habían dado la oportunidad. Si hubiera escapado a la extradición habría sido degollado como un cerdo por un animal tan implacable como el mismo.

-Levantate -ordenó Serramanna.

Uri-Techup no solía recibir órdenes. Con lentitud, como si saboreara sus últimos gestos, se levantó e hizo frente al hombre que iba a cortarle el cuello.

Los ojos del sardo reflejaban un furor contenido a duras penas.

-Hiere, carnicero -dijo el hitita con desden-, puesto que tu dueño lo exige. Ni siquiera te concedere el placer de defenderme.

Los dedos de Serramanna se crisparon sobre el pomo de su corta espada.

-Largate.

Uri-Techup creyó haber oído mal.

--¿Que quieres decir?

-Eres libre.

--Libre?... ¿Que quieres decir?

-Abandonas esta casa y te vas adonde quieras. El faraón aplica la ley. Ya no existe ninguna razón para retenerte aquí.

- ¡Bromeas!

- Es la paz, Uri-Techup. Pero si cometes el error de quedarte en Egipto y provocas el menor disturbio, te detendré. Y te aseguro que ya no serás considerado un dignatario extranjero, sino un criminal de derecho común. Cuando llegue el momento de hundirte la espada en el vientre, no vacilaré.

- De momento, no tienes derecho a tocarme. ~Es eso, no es cierto?

- ¡Largate!

Una estera, un taparrabos, unas sandalias, una hogaza de pan, un manojo de cebollas y dos amuletos de loza que podría cambiar por alimento: ese era el escaso equipaje concedido a Uri-Techup, quien durante varias horas vago por las calles de Pi-Ramses como un sonámbulo. La recuperada libertad actuaba como la embriaguez, y el hitita no conseguía ya razonar.

<<No hay más hermosa ciudad que Pi-Ramses-afirmaba una canción popular-; se considera al pequeño como al grande, la acacia y el sicomoro conceden su sombra a los paseantes, los palacios resplandecen de oro y turquesa, el viento es suave, los pájaros juegan alrededor de los estanques.>> Uri-Techup se dejó hechizar por el encanto de la capital, construida en una región fértil, junto a un brazo del Nilo, enmarcada por dos anchos canales. Prados que abundaban en generosa hierba, numerosos vergeles que albergaban famosos manzanos, vastos olivares de los que se decía que proporcionaban más aceite que arenas había en la ribera, viñedos que daban un vino dulce y afrutado, casas floridas... Pi-Ramses era muy distinta de la abrupta Hattusa, la capital del Imperio hitita, ciudad fortificada en la altiplanicie de Anatolia.

Un pensamiento doloroso como un mordisco arranco a Uri-Techup de su sopor. Nunca sería el emperador del Hatti, pero se vengaría de Ramses, que había cometido el error de concederle la libertad. Si suprimía al faraón, al que todo el mundo consideraba un dios desde su victoria de Kadesh sobre la coalición que debería haberle aplastado, Uri-Te-

chup sumiria Egipto en el caos, y tal vez todo el Próximo Oriente. ~Que le quedaba salvo su ardiente deseo de perjudicar y destruir, que le consolara de haber sido el juguete de un adverso destino?

A su alrededor circulaba una abigarrada muchedumbre en la que se mezclaban egipcios, nubios, sirios, libios, griegos y otros, llegados para admirar la capital que los hititas habían querido arrasarse antes de inclinarse ante Ramses.

Derribar a Ramses... Uri-Techup no tenía ninguna posibilidad de lograrlo. No era más que un guerrero vencido.

-Señor... -murmuro una voz a su espalda.

Uri-Techup se volvió.

-Señor... ~Me reconocéis?

Uri-Techup inclinó los ojos hacia un hombre de mediana estatura, con los ojos marrones y vivos; una cinta de lino ceñía sus espesos cabellos, una barba rojiza, corta y puntiaguda adornaba su mentón. El obsequioso personaje llevaba un vestido a franjas coloreadas que le llegaba hasta los tobillos.

-Raia... ~Eres tú?

El mercader sirio se inclinó.

-Tú, un espía hitita... ~Has vuelto a Pi-Ramses?

-Es la paz, señor; una nueva era ha comenzado, las antiguas faltas se han olvidado. Era un comerciante rico y considerado, he reanudado mi negocio. Nadie me lo reprocha, de nuevo soy estimado por la alta sociedad.

Raia, antiguo miembro de la desmantelada red de espionaje hitita en Egipto, encargada de desestabilizar a Ramses, había conseguido huir de los investigadores egipcios. Tras una estancia en Hattusa, había regresado a su país de adopción.

-Mejor para ti.

-Mejor para ambos.

--De que estas hablando?

--Creeis acaso que este encuentro ha sido fruto del azar?
Uri-Techup miro a Raia con mas atencion.

--Me has seguido?

-Corrian distintos rumores sobre vos: o una eliminacion brutal o una liberacion. Desde hace mas de un mes, mis hombres vigilaban constantemente la mansion donde permaneciais en arresto domiciliario. Os he dejado recuperar la aficion a este mundo y... heme aqui. ~Puedo ofrecer os una cerveza fresca?

Uri-Techup vacilo, pues la jornada se revelaba fertil en emociones fuertes. Pero su instinto le dijo que el mercader sirio podia ayudarle a concretar sus proyectos.

En la taberna hervian las discusiones. Raia asistio a la metamorfosis de Uri-Techup: poco a poco, el exiliado volvio a ser un guerrero cruel, dispuesto a todas las conquistas. El mercader sirio no se habia equivocado; a pesar de los anos de exilio, el ex general en jefe del ejercito hitita no habia perdido su rabia y su violencia.

-No suelo deshacerme en palabras, Raia; ~que esperas de mi?

El mercader sirio se expreso en voz baja.

-Solo os hare una pregunta, senor: ~deseais vengar os de Ramses ?

-Me humillo. jYo no he firmado la paz con Egipto! Pero aplastar al faraon parece imposible.

Raia movio la cabeza.

-Eso depende, senor, eso depende...

--Dudas de mi valor?

-Con el debido respeto, eso no bastara.

--Por que tu, un mercader, vas a correr el riesgo de lanzarte a tan peligrosa aventura?

Raia esbozo una crispada sonrisa.

-Porque mi odio no es menos ardiente que el vuestro. Ataviado con un amplio collar de oro, un taparrabos blanco parecido al que utilizaban los faraones del tiempo de las piramides, y unas sandalias del mismo color, Ramses el Grande celebro los ritos del alba en su templo de millones de anos, el Ramesseum, erigido en la orilla occidental de Tebas. Desperto en paz el poder divino oculto en el naos. Gracias a el, la energia circularia entre el cielo y la tierra, Egipto seria la imagen del cosmos y el deseo de destruir, innato en la especie humana, seria eliminado.

A los cincuenta y cinco anos, Ramses era un atleta de metro ochenta, con la cabeza alargada, coronada por una cabellera de un rubio veneciano, amplia frente, abultadas arcadas superciliares, ojos agudos, nariz larga, delgada y aquilina, orejas redondas y finamente dibujadas. De su persona emanaba magnetismo, fuerza y autoridad natural. En su presencia, los caracteres mas templados perdian su aplomo, ~acaso no animaba un dios a ese faraon que habia cubierto el pais de monumentos y aplastado a todos sus enemigos?

Treinta y seis anos de reinado... Solo Ramses conocia el verdadero peso de las pruebas que habia soportado. Habian comenzado con la muerte de su padre, Seti, cuya ausencia le habia dejado desamparado precisamente cuando los hititas preparaban la guerra; sin la ayuda de Amon, su padre celestial, Ramses, traicionado por sus propias tropas, no habria triunfado en Kadesh. Habia gozado la felicidad y la paz, es cierto, pero su madre, Tuya, que encarnaba la legitimidad del poder, se habia reunido con su ilustre marido en los parajes de luz donde vivian eternamente las almas de los justos. Y el destino, inexorable, habia golpeado de nuevo, del modo mas atroz, infligiendo al rey una herida de la que jamas sanaria. Su gran esposa real, Nefertari, habia muerto en

sus brazos en Abu Simbel, en Nubia, donde Ramses habia hecho edificar dos templos para glorificar la unidad indestructible de la pareja real.

El faraon habia perdido a sus tres seres mas queridos, los tres seres que le habian moldeado y cuyo amor no tenia limite. Sin embargo, debia seguir reinando, encarnando Egipto con la misma fe y el mismo entusiasmo.

Cuatro companeros mas le habian abandonado, tras haber obtenido tantas victorias a su lado: sus dos caballos, tan valerosos en el campo de batalla; su leon, Matador, que le habia salvado la vida en mas de una ocasion, y su perro de un amarillo dorado, Vigilante, que habia gozado de una momificacion de primera clase. Otro Vigilante le habia sucedido, y luego un tercero, que acababa de nacer.

Tambien habia desaparecido el poeta griego Homero, que habia terminado sus dias en su jardin de Egipto, contemplando su limonero. Ramses pensaba con nostalgia en sus entrevistas con el autor de la Ilzada y de la Odisea, que se habia prendado de la civilizacion de los faraones.

Tras la muerte de Nefertari, Ramses habia sentido la tentacion de renunciar al poder y confiarlo a su primogenito, Kha; pero su circulo de amigos se habia opuesto a ello, recordando al monarca que un faraon era designado para toda la vida. Fueran cuales fuesen sus sufrimientos de hombre, debia cumplir su tarea hasta el final de su existencia. Asi lo exigia la Regla, y Ramses, como sus predecesores, se adecuaria a ella.

Aqui, en su templo de millones de anos, emisor del flujo magico que protegia su reino, habia obtenido Ramses la fuerza necesaria para proseguir. Aunque una importante ceremonia le aguardara, el monarca se demoro en las salas del Ramesseum que, rodeado por un recinto de trescientos metros de longitud, albergaba dos grandes patios con pilares en los que se representaba al rey como Osiris, una vasta sala de cuarenta y ocho columnas, de treinta y un metros de profundidad y cuarenta de anchura, y un santuario donde residia la presencia divina. Senalando el acceso al templo habia unos pilonos de setenta metros de altura de los que los textos de-

cian que llegaban hasta el cielo; en el lado sur del primer patio se encontraba el palacio. Alrededor del lugar santo habia una vasta biblioteca, almacenes, un tesoro que contenia metales preciosos, los despachos de los escribas y las casas de los sacerdotes. Aquella ciudad-templo funcionaba dia y noche, pues el servicio de los dioses no conocia el reposo.

Ramses permanecio unos instantes, demasiado cortos, en la parte del santuario consagrada a su esposa, Nefertari, y a su madre, Tuya; contemplo los bajorrelieves que describian la union de la reina con el perfume del dios Amon-Ra, secreto y luminoso al mismo tiempo, y el amamantamiento del faraon, que se aseguraba asi una perpetua juventud.

En palacio debian de impacientarse. El rey se desprendio de los recuerdos, no se detuvo ante el coloso tallado en un solo bloque de granito rosa de dieciocho metros de altura, llamado <<Ramses, luz de los reyes>>, ni ante la acacia plantada el segundo ano de su reinado, y se dirigio hacia la sala de audiencias, de dieciseis columnas, donde se reunian los diplomaticos extranjeros.

Con los ojos verdes de mirada aguda, la nariz pequena y recta, los labios finos, el menton apenas prominente, Iset la bella, superados ya los cincuenta, seguia siendo vivaz y alegre. Los anos no pasaban por ella; su gracia y su poder de seducccion seguian intactos.

--El rey ha salido por fin del templo? -pregunto, inquieta, a su camarera.

-Todavia no, majestad.

-jLos embajadores estaran furiosos!

-No os atormenteis; ver a Ramses es tan gran privilegio que nadie osara impacientarse.

Ver a Ramses... jSi, era el mayor de los privilegios! Iset recuerdo su primera cita amorosa con el principe Ramses, aquel fogoso muchacho que parecia apartado del poder. jQue felices habian sido en su choza de canas, al borde de un trigal, disfrutando el secreto de un placer compartido!

Luego habia aparecido la sublime Nefertari que, sin saberlo, poseia las cualidades de una gran esposa real. Ramses no se habia equivocado; y sin embargo, era Iset la bella quien le habia dado dos hijos, Kha y Merenptah. Durante un breve periodo habia sentido rencor contra Ramses; pero Iset se sentia incapaz de asumir la abrumadora funcion de una reina y no tenia mas ambicion que compartir, por poco que fuera, la existencia del hombre al que amaba con locura.

Ni Nefertari ni Ramses la habian rechazado; como <<segunda esposa~, segun el protocolo, Iset habia gozado la incomparable felicidad de codearse con el monarca y vivir a su sombra. Algunos consideraban que malgastaba su vida, pero a Iset no le importaban las criticas; para ella, mejor era ser la sierva de Ramses que la esposa de un dignatario estúpido y pretencioso.

La muerte de Nefertari la habia sumido en una profunda afliccion; la reina no era una rival, sino una amiga por la que sentia respeto y admiracion. Consciente de que ninguna palabra atenuaria el desgarró del monarca, habia permanecido a la sombra, muda y discreta.

Y habia ocurrido lo inconcebible.

Al final del periodo de luto, tras haber cerrado personalmente la puerta de la tumba de Nefertari, Ramses habia pedido a Iset la bella que se convirtiera en la nueva gran esposa real. Ningun soberano podia reinar solo, pues el faraon era la union de los principios masculino y femenino, conciliados y armonizados.

La hermosa Iset jamas habia aspirado a ser reina de Egipto; la comparacion con Nefertari la aterrorizaba. Pero la voluntad de Ramses no se discutia; Iset habia aceptado, a pesar de su angustia. Se convertia en ~la dulce de amor, aquella que veia a los dioses Horus y Set apaciguados por fin en el ser del faraon, la soberana de las Dos Tierras, el Alto y el Bajo Egipto, aquella cuya voz ofrecia alegria>>... Pero para ella esos titulos tradicionales no tenian ninguna importancia. El verdadero milagro era compartir la existencia de Ramses, sus esperanzas y sus sufrimientos. Iset era la esposa del mayor monarca que la tierra hubiese conocido

nunca, y la confianza que le concedía le bastaba para ser feliz.

-Su majestad pregunta por vos -dijo la camarera.

Tocada con una peluca en forma de despojo de buitre, coronada por dos altas plumas, vestida con una larga túnica blanca cenida al talle por un cinturón rojo de colgantes extremos, adornada con un collar y brazaletes de oro, la gran esposa real se dirigió hacia la sala de audiencias. Su educación de muchacha noble y acomodada le había enseñado a comportarse durante las ceremonias oficiales; esta vez estaría, como el faraón, en el punto de mira de dignatarios sin indulgencia.

Iset la bella se inmobilizó a un metro de Ramses.

El, su primer y único amor, seguía impresionándola. Era demasiado grande para ella, nunca percibiría la magnitud de su pensamiento, pero la magia de la pasión colmaba aquel infranqueable foso.

-- Estas listas ?

La reina de Egipto se inclinó.

Cuando apareció la pareja real, las conversaciones cesaron. Ramses e Iset la bella ocuparon su trono.

Amigo de infancia del faraón y ministro de Asuntos Exteriores, el elegantísimo Acha, que de buena gana creaba moda, se adelantó. Al observar el refinado personaje, con su pequeño y cuidado bigote, sus ojos chispeantes de inteligencia y ademanes casi desdenosos, nadie habría imaginado que sentía pasión por la aventura y que no había vacilado en poner en peligro su vida en territorio hostil durante una peligrosa misión de espionaje. Aficionado a las mujeres bellas, las hermosas ropas y la buena carne, Acha posaba sobre el mundo una mirada irónica, desengañada a veces, pero en la que ardía un deseo que nada ni nadie conseguiría apagar: actuar por la gloria de Ramses, el único ser por el que sentía, a pesar de que no se lo había confesado nunca, una admiración sin límites.

-Majestad, el Sur se somete a vos y os trae sus riquezas, pidiendoos el aliento de vida; el Norte implora el milagro de vuestra presencia; el Este reúne sus tierras para ofreceroslas; el Oeste se arrodilla humildemente, sus jefes se inclinan ante vos.

El embajador del Hatti se destacó de la masa del grupo de los diplomáticos y mostró sus respetos a la pareja real.

-El faraón es el dueño del fulgor-declaro-, el aliento de fuego que da vida o destruye. Que su ka exista eternamente, que su tiempo sea feliz, que para él llegue a su hora la crecida, pues pone en marcha la energía divina, el que participa a la vez del cielo y de la tierra. Bajo el reinado de Ramsés ya no hay rebeldes, cada país está en paz.

Los regalos siguieron a los discursos. De lo más profundo de Nubia a los protectorados de Canaan y Siria, el imperio de Ramsés el Grande rindió homenaje a su dueño.

El palacio se había adormecido; solo el despacho del rey seguía aún iluminado.

~¿Qué ocurre, Acha? -pregunto Ramsés.

-Las Dos Tierras son prosperas, reina la abundancia en cada provincia, los graneros llegan al cielo, eres la vida de tu pueblo, eres...

-Los discursos han terminado. ~Por qué el embajador hitita se lanza a tan exagerados elogios?

-La diplomacia...

-No, hay algo más. ~De qué se trata?

Acha pasó un manicurado índice por su perfumado bigote.

-Reconozco que me siento turbado.

~¿Acaso Hattusil cuestiona la paz?

-Nos haría llegar mensajes de otro tipo.

-Dame tu verdadera opinión.

-Creeme, estoy perplejo.

-Con los hititas, permanecer en la duda seria un error fatal.

--Debo entender que me encargas que descubra la verdad?

-Hemos vivido demasiados años apacibles ya; en estos últimos tiempos, te adormecias.

Pequeno, enclenque y flaco a pesar de las enormes cantidades de alimento que ingeria a cualquier hora del dia y de la noche, Ameni era, como Acha, un amigo de infancia de Ramses. Con alma de escriba, trabajador infatigable, reinaba sobre un restringido equipo de unos veinte especialistas que, sobre todos los temas esenciales, preparaban síntesis para el faraon. Ameni daba pruebas de una notable eficacia y, a pesar de los envidiosos que no le ahoraban infundadas criticas, Ramses le otorgaba toda su confianza.

Aunque sufría continuos dolores de espalda, el escriba, cuya tez era tan palida que a menudo parecia que iba a desmayarse, seguía obstinandose en llevar personalmente montones de tablillas de madera y de papiros. Sin embargo, agotaba a sus subordinados, necesitaba solo breves periodos de sueño y manejaba durante horas y horas los pinceles para redactar notas confidenciales que solo Ramses conocia.

Puesto que el faraon habia decidido pasar varios meses en Tebas, Ameni se habia desplazado con sus ayudantes. Portasandalias del rey, oficialmente, al escriba le importaban un pimiento los titulos y los honores; su unica obsesion, al igual que la del dueño de Egipto, era la prosperidad del país. Así pues, no se concedia ni un momento de reposo por miedo a cometer un error fatal.

Ameni comia pure de centeno y queso fresco cuando Ramses entro en sus despacho atestado de documentos.

--Has acabado de almorzar?

-No tiene importancia, majestad. Tu presencia aqui no presagia nada bueno.

-Tus últimos informes parecían mas bien tranquiliza-

dores.

-<<Parecian~>... ~A que se debe esta restriccion? ¡Tu majestad no imaginara que le oculto el menor detalle!

Con la edad, Ameni se volvía grunon. Encajaba mal la crítica, se quejaba de las condiciones de trabajo y no vacilaba en regañar a quienes intentaban darle consejos.

-No imagino nada semejante -dijo Ramses con serenidad-, intento comprender.

--Comprender que?

--No existe algun terreno que te cause cierta preocupacion ?

Ameni reflexiono en voz alta.

-La irrigacion esta perfectamente asegurada, asi como el mantenimiento de los diques... Los jefes de provincia obedecen las directrices y no manifiestan ningun inoportuno deseo de independencia... La agricultura esta bien administrada, la poblacion no pasa hambre y esta correctamente alojada, la organizacion de las fiestas no presenta defecto alguno, las comunidades de maestros de obras, canteros, talladores de piedra, escultores y pintores trabajan en todo el pais... No, no veo por que tendria que inquietarme.

Ramses deberia haberse tranquilizado, pues Ameni no tenia igual para percibir un fallo en el sistema administrativo y economico del pais; y sin embargo, el rey seguia preocupado.

--Acaso tu majestad me oculta alguna informacion esencial ?

-Sabes muy bien que soy incapaz de hacerlo.

--Que ocurre entonces?

-El embajador hitita se ha mostrado excesivamente halagador para con Egipto.

-¡Bah! Esa gente solo sabe hacer la guerra y mentir.

-He sentido la proximidad de una tormenta que nace en el seno de Egipto, una tormenta preñada de devastador granizo.

Ameni se tomó en serio la intuición del monarca; al igual que su padre, Seti, Ramses mantenía vínculos particulares con el terrorífico dios Set, señor de las perturbaciones celestes y del rayo, pero defensor también de la barca solar a la que intentaban destruir los monstruos.

-<<En el seno de Egipto>> -repitió el escriba, turbado.
~¿Que significa ese presagio?

-Si Nefertari estuviera aquí todavía, su mirada descifraría el porvenir.

Ameni enrolló un papiro y guardó sus pinceles, triviales gestos para disipar la tristeza que se apoderaba de su alma tanto como la de Ramses. Nefertari era la belleza, la inteligencia y la gracia, la apacible sonrisa de un Egipto colmado; cuando tuvo la suerte de verla, Ameni casi había olvidado su trabajo. Pero al secretario particular del faraón no le gustaba demasiado Iset la bella; sin duda Ramses no se había equivocado al asociarla al trono, aunque la función de reina fuera demasiado pesada para los hombros de esa mujer, tan alejada de las realidades del poder. Al menos amaba a Ramses, y esta cualidad disipaba muchos defectos.

--¿Tiene tu majestad una pista que ofrecerme?

-Lamentablemente no.

-Entonces será preciso que aumentemos la vigilancia.

-No me gusta demasiado esperar los golpes.

-Lo sé, lo sé-gruño Ameni-; y yo que deseaba tomar un día de descanso... Dejare para más tarde este privilegio.

Predominantemente blanca, con algunas manchas rojas en el lomo y los flancos tenidos de verde, de un metro veinte de largo, la víbora cornuda, de cabeza plana y gruesa cola, se

arrastró lateralmente hacia la pareja que hacía el amor al abrigo de una palmera. Tras haber pasado la jornada enterrado en la arena, el reptil salía de caza al caer la noche. En periodos calidos, su mordedura provocaba una muerte inmediata.

Ni el hombre ni la mujer, abrazados con ardor, parecían conscientes del peligro. Felina, flexible como una liana, risuena, la joven nubia obligaba a su amante, un cincuentón robusto y rechoncho, de cabellos negros y piel mate, a desplegar todos los recursos de su virilidad. Unas veces dulce, otras apremiante, la nubia no daba descanso alguno al egipcio, que la asaltaba con el ardor de un primer encuentro. En la calidez de la noche, compartían un placer ardiente, como un sol de estío.

La vibora estaba solo a un metro de la pareja.

Con fingida brutalidad, el hombre tumbó de espaldas a la mujer y le besó los pechos. Floreciente, ella le recibió. Clavándose la mirada, se devoraban con avidez.

Con un gesto rápido y firme, Loto agarró la vibora cornuda por el cuello. El reptil silbo y mordió el vacío.

-Hermosa presa -comentó Setau sin dejar de hacer el amor con su esposa-. Veneno de primera calidad obtenido sin fatiga.

De pronto, la hermosa Loto se mostró menos acuciante.

-Tengo un mal presentimiento.

-~A causa de esta vibora?

-Ramses está en peligro.

Encantador de serpientes y amigo de infancia del faraón, quien le había encargado administrar una provincia nubia, Setau se tomaba muy en serio las advertencias de la bella hechicera con la que se había casado. Entre ambos habían capturado un incalculable número de reptiles, a cual más peligroso, y recogido el veneno indispensable para la fabricación de remedios activos contra graves enfermedades.

Independientes, huranos, Setau y Loto habian acompañado, sin embargo, a Ramses por los campos de batalla, tanto al Sur como al Norte, y curado a los soldados heridos. Colocados a la cabeza de un laboratorio de Estado, habian conocido una felicidad sin limites cuando el faraon les solicito que hicieran fructificar el territorio nubio que tanto querian. Ciertamente, el virrey de Nubia, funcionario conformista y friolento, intentaba poner trabas a sus iniciativas, pero temia a aquella pareja que hacia custodiar su morada por las cobras.

--De que peligro se trata? -se preocupo Setau.

-No lo se.

-,~Ves algun rostro?

-No -respondio Loto-, es una especie de malestar, pero por unos instantes he sabido que Ramses era amenazado -anadio, y se levanto manteniendo aun la vibora en su puño cerrado-. Debes intervenir, Setau.

--Que puedo hacer desde aqui?

-Vayamos a la capital.

-El virrey de Nubia aprovechara nuestra ausencia para anular las reformas.

-No importa; si Ramses necesita nuestra ayuda, debemos estar a su lado.

Desde hacia mucho tiempo, el arisco Setau, al que ningun alto funcionario podia dictar su conducta, no discutia ya las directrices de la dulce Loto.

El sumo sacerdote de Karnak, Nebu, se habia convertido en un anciano. Como habia escrito el sabio Ptah-hotep en sus celebres Maximas, la extremada vejez se traducia en un perpetuo agotamiento, una debilidad que no dejaba de renovarse y una tendencia a dormirse, incluso durante el dia. La vision disminuia, cada vez se oia menos, faltaba la

fuerza, el corazón se fatigaba, apenas se hablaba, los huesos dolían constantemente, desaparecía el gusto, se tapaba la nariz, y resultaba tan penoso levantarse como sentarse.

Pese a aquellos males, el anciano Nebu seguía cumpliendo la misión que Ramses le había confiado: velar por las riquezas del dios Amon y de su ciudad-templo de Karnak. El sumo sacerdote delegaba casi todas las tareas materiales en Bakhen, el segundo profeta, que ejercía su autoridad sobre ochenta mil personas empleadas en las canteras, los talleres, los campos, los vergeles y las viñas.

Cuando Ramses le había nombrado sumo sacerdote, Nebu no se había engañado; el joven monarca exigía que Karnak le obedeciera y no manifestara veleidad de independencia alguna. Pero Nebu no era un hombre de paja y había luchado para que Karnak no fuera expoliado en beneficio de otros templos. Como el faraón se había preocupado por mantener la armonía en todo el país, Nebu había sido un pontífice feliz.

Informado por Bakhen, el anciano no salía ya de su modesta morada de tres habitaciones, construida junto al lago sagrado de Karnak. Por la noche le gustaba regar los arriates de iris que tenía plantados a ambos lados de la puerta de entrada; cuando ya no tuviera fuerzas para hacerlo, solicitaría al rey que le liberara de sus funciones.

Al descubrir que un jardinero arrancaba las malas hierbas, Nebu no ocultó su descontento.

-¡Nadie está autorizado a tocar mis iris!

--Ni siquiera el faraón de Egipto?

Ramses se levantó y se dio la vuelta.

-Majestad, os ruego que...

-Haces bien velando personalmente por este tesoro, Nebu. Has trabajado bien por Egipto y por Karnak. Plantar, ver como crece, cuidar esa vida frágil y tan bella... ~Acaso hay más noble tarea? Tras la muerte de Nefertari, piense

En hacerme jardinero, lejos del trono, lejos del poder.

-No teneis derecho a hacerlo, majestad.

-Esperaba mayor comprension.

-Que un viejo como yo aspire al descanso es logico, pero Ramses contemplo la luna ascendente.

-Se aproxima la tormenta, Nebu; necesito hombres leales y competentes para afrontar los elementos desencadenados. Sea cual sea tu edad y tu estado de salud, deja para mas tarde tus proyectos de retirarte. Sigue controlando Karnak como hasta ahora.

El embajador del Hatti, enteco hombrecillo de unos sesenta anos, se presento ante la puerta del Ministerio de Asuntos Exteriores. De acuerdo con la costumbre, deposito un ramo de crisantemos y lises en el altar de piedra, a los pies de una estatua de babuino, encarnacion de Thot, dios de los escribas, de la lengua sagrada y del conocimiento. Luego se dirigio a un oficial armado con una lanza.

-El ministro me aguarda -declaro en tono seco.

-Voy a avisarle.

Vestido con una tunica roja y azul a franjas, con los cabellos negros brillantados por una goma aromatica y el rostro ensombrecido por una estrecha barba, el embajador aguardo caminando de un lado a otro.

Sonriente, Acha fue a su encuentro.

-Espero no haberos hecho aguardar demasiado. Vayamos al jardin, querido amigo, alli estaremos tranquilos.

Alrededor de un estanque cubierto de lotos azules, las palmeras y los azufaios dispensaban una sombra agradable. Un criado deposito en una mesilla copas de alabastro llenas de cerveza fresca y una cesta de higos, y desaparecio.

-No temais -dijo Acha-, nadie puede oirnos.

El embajador hitita vaciló antes de sentarse en una silla plegable de madera, provista de un almohadón de lino verde.

-~ ¿Que teméis ?

-A vos, Acha.

El jefe de la diplomacia egipcia no perdió su sonrisa.

-Realice misiones de espionaje, es cierto, pero esa época ya ha terminado. Ahora me he convertido en un personaje oficial, que aprecia su respetabilidad y no tiene el menor deseo de lanzarse a tortuosas empresas.

-~ ¿Por que voy a creerlo?

-Porque, como vos, tengo un solo objetivo: fortalecer la paz entre nuestros pueblos.

-~ ¿Respondió el faraón a la última carta del emperador Hattusil ?

-Naturalmente. Ramses le dio excelentes noticias de la reina Iset y de sus caballos, y se felicitó por el perfecto respeto del tratado que une para siempre Egipto y el Hatti.

El rostro del embajador se ensombreció.

-A nuestro modo de ver, es del todo insuficiente.

-~ ¿Que esperabais ?

-Al emperador Hattusil le ha sorprendido el tono de las últimas cartas del faraón; tiene la sensación de que Ramses le considera un súbdito y no un igual.

La agresividad del diplomático apenas se disimulaba.

-~ ¿Ha tomado ese descontento proporciones alarmantes?

-interrogó Acha.

-Eso temo.

--Tan pequena diferencia puede poner en cuestion nuestras alianzas?

-Los hititas son orgullosos. Quien hiera su orgullo provocara su venganza.

--No es aberrante magnificar un pequeno incidente?

-Para nosotros es de suma importancia.

-Temo comprenderos... ~No sera esta posicion materia de negociaciones ?

-No lo es.

Acha temia esa eventualidad. En Kadesh, Ramses habia derrotado a la coalicion dirigida por Hattusil; su rencor no

28

habia desaparecido, buscaba cualquier pretexto para reafirmar su supremacia.

-- Llegariais hasta... ?

-Hasta denunciar el tratado -preciso el embajador hitita. Acha decidio utilizar su arma secreta.

--Os devolveria este texto a sentimientos mas conciliadores ?

El egipcio entrego al hitita una carta redactada por Ramses. Intrigado, el diplomatico leyo en voz alta la misiva:

Que tu salud sea buena, Hattusil, hermano mio, asi como la de tu esposa, tu familia, tus caballos y tus provincias. Acabo de examinar tus reproches: creo que te he tratado como a uno de mis subditos y eso me aflige. Puedes estar seguro de que te concedo las consideraciones debidas a tu rango; ~quien sino tu es el emperador de los hititas? Te garantizo que te considero un hermano.

El embajador parecia sorprendido.

--Es Ramses el autor de esta carta?

-No lo dudeis.

--Reconoce su error el faraon de Egipto?

-Ramses desea la paz. Y tengo que anunciaros una decision importante: la apertura, en Pi-Ramses, de un palacio de los paises extranjeros donde vos mismo y los demas diplomaticos gozareis de una administracion permanente y un personal cualificado. La capital egipcia sera asi centro de un dialogo constante con sus aliados y vasallos.

-Notable -concedio el hitita.

--Quiere eso decir que vuestras belicosas intenciones se esfumaran rapidamente?

-Me temo que no.

Esta vez, Acha se sintio realmente inquieto.

--Debo concluir que nada atenuara la susceptibilidad del emperador ?

-En lo esencial, Hattusil tambien desea consolidar la paz, pero pone una condicion.

El embajador hitita revelo las verdaderas intenciones de emperador. Acha ya no tenia ganas de sonreir.

Como todas las mananas, unos ritualistas celebraban el culto del ka de Seti en su magnifico templo de Gurnah, en la orilla occidental de Tebas. El responsable de la necropolis se disponia a depositar en un altar una ofrenda de uva, higos y madera de enebro cuando uno de sus subordinados le murmuró unas palabras al oido.

--El faraon aqui? ¡Pero no me han avisado!

El sacerdote se volvio y descubrio la alta estatura del monarca, vestido con una tunica de lino blanco. El poder y el magnetismo de Ramses bastaban para distinguirlo de los demas celebrantes.

El faraon tomo la bandeja de las ofrendas y penetro en la capilla donde vivia el alma de su padre. En aquel templo Seti habia anunciado la coronacion de su hijo menor, concluyendo asi la iniciacion a la que lo habia sometido, con amor y rigor, desde la adolescencia. Las dos coronas, <<las grandes de magia>>, habian sido solidamente sujetas a la cabeza del Hijo de la Luz, cuyo destino se habia convertido en el de Egipto.

Suceder a Seti parecia imposible. Pero la verdadera libertad de Ramses habia consistido en no elegir, en acatar la Regla y satisfacer a los dioses, de modo que los hombres fueran felices.

Hoy, Seti, Tuya y Nefertari recorrian los hermosos caminos de la eternidad y bogaban en barcas celestiales; en la tierra, sus templos y sus tumbas inmortalizaban su nombre. Hacia su ka se volvian los humanos cuando sentian el deseo de penetrar en los misterios del otro mundo.

Una vez finalizado el rito, Ramses se dirigio hacia el jardin del templo, dominado por un sicomoro en el que anidaban garzas reales.

La suave y grave melodia del oboe le encanto. Una musica lenta, tristes inflexiones iluminadas por una sonrisa, como si la esperanza lograra siempre disipar la afliccion.

Sentada en un murete, al abrigo del follaje, la interprete tocaba con los ojos cerrados. Con los cabellos negros y brillantes, los rasgos del rostro puros y regulares como los de una diosa, Meritamon, de treinta y tres anos de edad, estaba en el apogeo de su belleza.

A Ramses se le puso el corazon en un puno. Meritamon se parecia tanto a su madre, Nefertari, que casi era su sosias. Dotada para la musica, habia elegido, desde muy joven, entrar en el templo y vivir una existencia reclusa al servicio de la divinidad. Ese habia sido el sueno de Nefertari, que Ramses habia roto al pedirle que fuera su gran esposa real. Meritamon podria haber ocupado el primer lugar entre las interpretes sagradas del templo de Karnak, pero preferia residir aqui, junto al alma de Seti.

Las ultimas notas emprendieron el vuelo hacia el sol; la interprete dejo su oboe en el murete y abrio los ojos.

-¡Padre! ¿Hace mucho que estas aqui?

Ramses se acerco a su hija y la abrazo largo rato.

-Te anoro, Meritamon.

-El faraon es el esposo de Egipto, su hijo es el pueblo entero. ~Como es posible que tu, que tienes mas de cien hijos e hijas, te acuerdes todavia de mi?

El se aparto y la admiro.

-Los ~hijos reales>>... Se trata solo de titulos honorificos. Tu eres la hija de Nefertari, mi unico amor.

-Ahora tu esposa es Iset la bella.

--Me lo reprochas?

-No, hiciste bien; no te traicionara.

--Aceptas venir a Pi-Ramses?

-No, padre. El mundo exterior me aburre. ~Hay algo mas esencial que la celebracion de los ritos? Todos los dias pienso en mi madre: realizo su sueno y estoy convencida de que mi felicidad alimenta su eternidad.

-Te lego su belleza y su caracter; ~tengo alguna posibilidad de convencerte?

-Ninguna, lo sabes muy bien.

Tomo suavemente sus manos.

--Realmente ninguna?

Ella sonrio con la gracia de Nefertari.

--Te atreveras a darme una orden?

-Eres el unico ser a quien el faraon renuncia a imponer su voluntad.

-Esto no es una derrota, padre; en el templo soy mas util que en la corte. Hacer vivir el espiritu de mis abuelos y mi madre me parece una tarea fundamental. Si no mantuvieramos el vinculo con los antepasados, ~que mundo erigiriamos ?

-Sigue tocando esta musica celestial, Meritamon; Egipto la necesitara.

La angustia oprinio el corazon de la muchacha.

--Que peligro temes?

-Amenaza tormenta.

--Acaso no eres tu el dueno?

-Toca, Meritamon, toca tambien para el faraon; crea armonia, hechiza a las divinidades, atraelas hacia el doble pais. Amenaza tormenta y sera terrorifica.

32

Serramanna golpeo con tal fuerza la pared de la sala de guardia que incluso se desprendio un pedazo de yeso.

--Que quieres decir con que ha desaparecido?

-Desaparecido, jefe -confirmo el soldado encargado de la vigilancia del principe hitita Uri-Techup.

El gigante sardo agarro a su subordinado por los hombros, y el infeliz, aunque robusto, creyo que iba a ser destrozado.

-cTe estas burlando de mi?

-jNo, jefe, os juro que no!

-Entonces, ~se ha largado delante de tus narices?

-Se ha esfumado entre la multitud.

--Y por que no has hecho que registraran las casas del barrio ?

-jUri-Techup es un hombre libre, jefe! No tenemos razon alguna para lanzar tras el a la policia. El visir nos inculparia por abuso de poder.

Serramanna gruno como un toro furioso y solto a su subordinado. El muy torpe tenia razon.

--Cuales son las ordenes, jefe?

-Aumentad la proteccion en torno al faraon. Al primero que rompa la disciplina, le hundire el casco en el craneo.

Los miembros de la guardia personal de Ramses no se tomaron la amenaza a la ligera. En un acceso de furia, el antiguo pirata era capaz de ponerla en practica.

Para calmar su rabia, Serramanna planto una serie de puñales en el corazon de un blanco de madera. La desaparicion de Uri-Techup no presagiaba nada bueno. Corroido por el odio, el hitita utilizaria su recuperada libertad como un arma contra el dueno de Egipto, ~pero cuando y de que modo ?

Asistido por Acha, Ramses en persona inauguro el palacio de los paises extranjeros ante una cohorte de diplomaticos. Con su habitual ardor, Acha pronuncio un calido discurso en el que las palabras <<paz>>, <<cordial entendimiento>> y <<cooperacion economica>> aparecieron a intervalos regulares. Un suntuoso banquete clausuro, como era debido, la ceremonia que senalaba el advenimiento de Pi-Ramses como capital del Proximo Oriente, acogedora para todos los pueblos.

Ramses habia heredado de su padre el poder de penetrar en los secretos de los seres; a pesar de los dones de interpretacion de Acha, supo que su amigo estaba angustiado y que sus preocupaciones se relacionaban con la tormenta que

el soberano habia previsto.

Apenas concluidas las mundanidades, ambos hombres se aislaron.

-Brillante perorata, Acha.

-Las obligaciones del oficio, majestad. Esta iniciativa te hara mas popular aun.

~Como reacciono el embajador hitita ante mi carta?

-De un modo excelente.

-Pero Hattusil exige mas, ~no es cierto?

-Es muy posible.

-No soy muy diplomatico, Acha. Te exijo que me digas la verdad.

-Sera mejor que te avise: si no aceptas las condiciones de Hattusil, nos declararan la guerra.

-jChantaje! En ese caso, ni siquiera quiero conocerlas.

-jEscuchame, te lo ruego! Hemos trabajado demasiado por la paz, para verla destruida en un instante.

-Habla sin ocultarme nada.

-Sabes que Hattusil y su esposa, Putuhepa, tienen una hija. Segun dicen, es una muchacha de gran belleza y despierta inteligencia.

-Mejor para ella.

-Hattusil desea reforzar la paz; a su entender, el mejor modo de conseguirlo es celebrando una boda.

~ Debo entender. . . ?

-Me has entendido a la primera palabra. Para sellar definitivamente el entendimiento, Hattusil no solo exige que te cases con su hija sino tambien, y sobre todo, que la con-

viertas en tu gran esposa real.

--Olvidas que Iset la bella realiza esta funcion?

-Para un hitita, este tipo de detalles tiene poca importancia. La mujer debe obediencia a su marido; si la repudia, solo puede doblegarse y callar.

-Estamos en Egipto, Acha, no en un pais barbaro. ~Me recomiendas acaso que aparte a Iset para volverme a casar con una hitita, hija de mi peor enemigo?

-Hoy tu mejor aliado -rectifico el ministro de Asuntos Exteriores.

-jEs una exigencia absurda e indignante!

-En apariencia si; en realidad, no carece de interes.

-No infligire semejante humillacion a Iset.

-No eres un marido como los demas; la grandeza de Egipto debe estar por encima de los sentimientos.

--Has tratado ya a tantas mujeres que te has vuelto cinico, Acha?

-La fidelidad me es ajena, es cierto, pero te estoy dando mi opinion como ministro ademas de como un amigo.

-Es inutil que les pregunte a mis hijos Kha y Merenptah; conozco de antemano su respuesta.

--Quien podria reprocharles venerar a su madre, Iset la bella, la gran esposa real de Ramses? La paz o la guerra... esa es la eleccion que afrontas.

-Cenemos con Ameni; deseo consultarle.

-Tendras tambien la opinion de Setau, que acaba de llegar de Nubia.

-jPor fin una noticia excelente!

Setau, el encantador de serpientes enamorado de Nubia, Acha, el diplomático de penetrante vista, Ameni, el escriba riguroso y abnegado... ya solo faltaba Moises para reconstituir la comunidad de estudiantes de la Universidad de Menfis que, muchos años antes, compartían los gozos de la amistad y se preguntaban sobre la naturaleza del verdadero poder.

El cocinero de Ramses se había superado: pastel de puerros y calabacines con caldo de carne, cordero lechal asado al tomillo acompañado con pure de higos, riñones en adobo, queso de cabra, pasteles de miel cubiertos de zumo de algarroba. En honor de aquel reencuentro, Ramses había hecho servir un vino tinto del año 3 de Seti, cuyo paladar provocó en Setau una especie de éxtasis.

-¡Seti merece todos los elogios! -exclamó el amigo de las cobras, que vestía su eterna túnica de piel de antilope, con sus múltiples bolsillos saturados de remedios contra el veneno-. Cuando un reino produce semejantes maravillas, es porque ha sido bendecido por los dioses.

-En el terreno de la elegancia -deploro Acha-, no has hecho progreso alguno.

-Exacto -aprobo Ameni.

-Tu, escriba, límitate a comer dos veces lo que pesas.
~Cuál es tu secreto para no engordar?

-El trabajo al servicio del reino.

--Tienes algo que reprochar a mi modo de hacer fructificar Nubia?

-Si así fuera, ya haría mucho tiempo que habría redactado un informe negativo.

-Cuando vuestra habitual esgrima haya terminado -intervino Acha-, tal vez podamos abordar temas más serios.

-Moises es el único que falta-recuerdo Ramses, sonador-;
~donde está ahora, Acha?

-Sigue vagando por el desierto y librando batallas, nunca

llegara a su Tierra Prometida.

-Moises se ha equivocado al elegir el camino, pero ese camino le conducira a alcanzar su objetivo.

-Como tu -reconocio Ameni-, siento nostalgia; ~pero como olvidar que nuestro amigo hebreo traiciono a Egipto?

-No es hora de ponerse a recordar -interrumpio Setau-. Para mi, un amigo que se aleja asi ya no es un amigo.

-cLe rechazarias si presentara disculpas? -pregunto Ramses.

-Cuando un hombre ha superado ciertos limites ya no puede dar marcha atras. El perdon es la coartada de los debiles.

-Afortunadamente -considero Acha-, Ramses no te ha confiado nuestra diplomacia.

-Con las serpientes no hay medias tintas; el veneno te cura o te mata.

-Moises ya no esta en el orden del dia -estimo Ameni.

-He venido hasta aqui porque Loto me lo ha pedido -explico Setau-; gracias a sus dotes de vidente advirtio que Ramses estaba en peligro. ~Es eso cierto?

El faraon no lo desmintio. Setau se volvio hacia Ameni.

-En vez de devorar ese pastel, dinos lo que has descubierto.

-jNada... nada! Para mi todo esta en orden.

--Y por tu lado, Acha?

El diplomatico se lavo los dedos en un bol de agua con limon.

-Hattusil exige que Ramses se case con su hija.

--Donde esta el problema? -pregunto Setau divertido-.

Ese tipo de matrimonio diplomático se practica con buenos resultados en el pasado, y esa hitita solo sería una esposa secundaria más.

-En el presente caso, la situación es más compleja.

--Es horrible la novia?

-El emperador hitita quiere que su hija sea la gran esposa real.

Setau se indigna.

-Eso significa... que nuestro viejo enemigo obliga al faraón a repudiar a Iset.

-La fórmula es algo brutal -considero Acha-, pero no carece de perspicacia.

-Detesto a los hititas -reconozco Setau vaciando una nueva copa de vino-. Iset la bella no es Nefertari, cierto, pero no merece semejante suerte.

-Por una vez estoy de acuerdo contigo -declaro Ameni en tono hurano.

-Sois demasiado impulsivos -les reprocho Acha-: olvidais que esta en juego la paz.

-Los hititas no nos impondrán su ley -protesto Setau.

-Ya no son nuestros enemigos -les recuerdo el ministro de Asuntos Exteriores.

-¡Te equivocas! Hattusil y sus congéneres nunca renunciarán a apoderarse de Egipto.

-No lo entiendes; el emperador hitita desea la paz, pero impone condiciones. ¿Por qué rechazarlas sin reflexionar?

-Solo me fío de mi instinto.

-Yo he reflexionado -afirmo Ameni-. No me gusta dema-

siado Iset la bella, pero es la reina de Egipto, la gran esposa real que Ramses eligio tras la muerte de Nefertari. Nadie, ni siquiera el emperador de los hititas, tiene derecho a ofenderla.

-¡Insensata actitud! -considero Acha-. ~Deseais acaso enviar a la muerte a miles de egipcios, ensangrentar nuestros protectorados del norte y poner en peligro la propia paz?

Ameni y Setau interrogaron a Ramses con la mirada.

-Tomare la decision a solas -dijo el faraon.

38

El jefe del convoy vacilaba. No sabia si seguir por la costa, pasando por Beirut, para dirigirse hacia el sur, atravesar Canaan y llegar a Sile, o tomar la pista que bordea el Antelíbano y el monte Hermon, dejando Damasco al este.

Fenicia no carecia de encanto: bosques de encinas y cedros, nogales de fresca sombra, higueras de deliciosos frutos, acogedoras aldeas donde era agradable permanecer unos dias.

Pero era preciso entregar enseguida olibano en Pi-Ramses, aquel olibano cosechado en la peninsula arabiga a costa de penosos esfuerzos.

A aquel incienso blanco que los egipcios denominaban sonter, <<el que diviniza>>, se le anadia la rojiza mirra, no menos preciosa. Los templos necesitaban esa rara sustancia para celebrar los ritos; en los santuarios se exhalaban sus perfumes, que ascendian hasta el cielo y encantaban a los dioses. Embalsamadores y medicos la utilizaban tambien.

El arbol del incienso de Arabia, de pequenas hojas de un verde oscuro, media de cinco a ocho metros de altura; en agosto y septiembre se abrian sus flores doradas de corazon purpura mientras, bajo la corteza, brotaban gotitas de resina blanca. Un experto capaz de rascar la corteza obtenia tres cosechas anuales recitando la vieja formula magica: <<Se feliz conmigo, arbol del incienso, el faraon te hara crecer~.

Los transportistas llevaban tambien cobre de Asia, estano

y vidrio, pero aquellos materiales, buscados y fáciles de vender, no tenían el valor del olibano. Una vez efectuada la entrega, el patron descansaría en su hermosa mansión del Delta.

Con la frente desnuda, dilatado el vientre, el proveedor de olibano era un buen comensal, pero no bromeaba con el trabajo. Verificaba personalmente el estado de los carros y la salud de los asnos; por lo que a sus empleados se refiere, estaban correctamente alimentados y gozaban de largas paradas, pero no estaban autorizados a gemir, so pena de perder el trabajo.

El jefe del convoy optó por la pequeña ruta montañosa, más difícil pero menos larga que el camino costero; la sombra sería allí generosa y los animales disfrutarían de un relativo frescor.

Los asnos avanzaban a buen paso, los veinte miembros del convoy canturreaban, el viento facilitaba la marcha.

-Patron...

-- Que pasa ?

-Tengo la impresión de que nos siguen.

El jefe del convoy se encogió de hombros.

--Cuando olvidarás tu pasado de mercenario? Ahora reina la paz y viajamos seguros.

-No lo niego, pero de todos modos nos siguen. Es extraño.

-¡No somos los únicos mercaderes!

-Si son vagabundos, que no cuenten conmigo para darles mi ración.

-Deja de preocuparte y vigila tus asnos.

La cabeza del convoy se inmovilizó de pronto.

Furioso, el jefe remonto la columna y comprobó que un montón de ramas impedía avanzar a los asnos.

-¡Despejad todo eso!

Cuando los hombres de delante comenzaban la tarea, una nube de flechas los derribó. Atonitos, sus colegas intentaron huir, pero no lograron escapar de sus agresores. El ex mercenario blandió un punal, escaló la rocosa pendiente y se arrojó sobre uno de los arqueros. Pero un atleta de cabellos largos le abrió el cráneo con el filo de un hacha de mango corto.

El drama no había durado más que unos minutos. Solo el jefe del convoy había sido respetado. Tembloroso, incapaz de huir, vio acercarse al asesino de amplio torso cubierto de vello rojizo.

-Déjame vivir... ¡Te convertiré en un hombre rico!

Uri-Techup soltó una carcajada y hundió su espada en el vientre del infeliz. El hitita detestaba a los mercaderes.

Sus acólitos fenicios recuperaron sus flechas y se pusieron en camino. Los asnos obedecieron las órdenes de sus nuevos dueños.

El sirio Raia temía la violencia de Uri-Techup, pero no había encontrado mejor aliado para defender la causa de las facciones que rechazaban la paz y deseaban derribar a Ramsés a toda costa. Durante aquella tregua, Raia se enriquecía; sin embargo estaba convencido de que la guerra estallaría de nuevo y los hititas se lanzarían al asalto de Egipto. El antiguo general en jefe Uri-Techup sería elegido en plebiscito por sus tropas y les insuflaría el gusto por la victoria. Haberle ayudado a salir del abismo le valdría a Raia, en un porvenir más o menos lejano, una posición privilegiada.

Cuando el hitita apareció en su almacén, Raia no pudo contener un imperceptible movimiento de retroceso. Tenía la sensación de que aquel ser cruel, gelido e hirviente a la vez podía cortar el cuello por el simple placer de matar.

-¡Ya estais de regreso!

--No estas contento de volver a verme, Raia?

-Al contrario, principe. Pero vuestra tarea no era sencilla y...

-La he simplificado.

La fina barba del mercader sirio temblo. Habia solicitado a Uri-Techup que se pusiera en contacto con los fenicios y les comprara el cargamento de olibano procedente de la península arabiga. Las negociaciones podian ser largas, pero Raia habia dado a Uri-Techup bastantes placas de estano para convencer al jefe del convoy de que cediera su carga. El sirio habia anadido tambien una placa de plata, de contrabando, raras vasijas y hermosas piezas de pano.

-Simplificado... ~De que modo?

-Los mercaderes parlotean; yo actuo.

-De modo que habeis conseguido facilmente que el jefe del convoy os vendiera el olibano.

Uri-Techup sonrio con malicia.

-Muy facilmente.

-Y sin embargo, es duro regateando.

-Nadie discute con mi espada.

--No habreis...?

-Contrate mercenarios y hemos eliminado a los hombres del convoy, incluido su jefe.

--Pero por que...?

-No me gusta parlamentar y, despues de todo, tengo el olibano. ~No es eso lo esencial?

-¡Habra una investigacion!

-Arrojamos los cuerpos al fondo de un barranco.

Raia se pregunto si no deberia haber llevado la tranquila existencia de un mercader; pero era demasiado tarde para retroceder. A la menor reticencia, Uri-Techup no vacilaria en librarse de el.

-- Y ahora ?

-Debemos destruir el olibano -estimo Raia.

--No vale una fortuna el cargamento?

-Si, pero el comprador, fuera cual fuese, nos traicionaria; este olibano estaba destinado a los templos.

-Necesito armas, caballos y mercenarios.

-jNo corrais el riesgo de venderlo!

-jLos consejos de los mercaderes son siempre detestables! Tu lo venderas por mi, en pequenas cantidades, a negociantes que salgan hacia Grecia y Chipre. Y comenzaremos a formar redes de fieles decididos a arruinar este maldito pais.

El plan de Uri-Techup no era irrazonable. Gracias a intermediarios fenicios, Raia se desharia del olibano sin excesivos riesgos. Absolutamente hostile a Egipto, Fenicia albergaba a muchos decepcionados por la politica de Hattusil.

-Necesito respetabilidad -prosiguio el hitita-; Serramana no dejara de acosarme, salvo si parezco ocioso y decidido a gozar de los placeres de la vida.

Raia reflexiono.

-Lo que necesitais es casaros con una viuda acomodada y honorable que este falta de amor.

--Tienes alguna a mano?

Raia se rasco la barbita.

-Mi clientela es vasta... Se me ocurren dos o tres candi-

datas. La semana proxima organizare un banquete y os presentare.

-cCuando saldra de la peninsula arabiga el proximo cargamento de olibano?

-Todavia no lo se, pero tenemos tiempo. Mi red de informadores no dejara de avisarnos... aunque una nueva accion violenta podria provocar la reaccion del ejercito egipcio.

-No quedara rastro alguno de violencia y las autoridades egipcias se sentiran perplejas. Habremos echado mano a la cosecha de todo el ano. ~Por que estas tan convencido de que la falta de olibano hara vacilar a Ramses?

-Para Egipto, el ajustado cumplimiento de los ritos es esencial; cuando no se celebran de acuerdo con las reglas establecidas desde el tiempo de los antepasados, el equilibrio del pais esta en peligro. En cuanto los sacerdotes adviertan que carecen de olibano y mirra, se rebelaran contra Ramses.

43

~Y que podra hacer salvo comprobar su imprevision? Sera acusado de despreciar a los dioses, descontentara al clero y al pueblo. Si conseguimos propagar algunas noticias falsas que contribuyan a la confusion y privar a Ramses de uno o dos apoyos importantes, estallaran graves disturbios en las principales ciudades.

Uri-Techup imagino un Egipto pasado a fuego y sangre, entregado a los desvalijadores, con las coronas del faraon pisoteadas por el ejercito hitita y la mirada de Ramses llena de terror.

El odio deformo el rostro de Uri-Techup hasta el punto de que el mercader sirio se asusto; durante unos instantes, el hitita entro en el reino de las tinieblas, perdiendo contacto con el mundo de los hombres.

-Quiero golpear enseguida y con fuerza, Raia.

-La paciencia es indispensable, senor; Ramses es un temi-

ble adversario. La precipitación nos llevaría al fracaso.

-He oído hablar de sus protecciones mágicas... Pero se debilitan con la edad, y Nefertari ya no está ahí para ayudar al maldito monarca.

-Nuestra red de espionaje había conseguido manipular al hermano de Ramses y al ministro Meba-recuerdo Raia-; ellos me dijeron, pero he conseguido persuadirlos con ellos con la Alta Administración. Los funcionarios son a veces parlanchines; uno de ellos me dijo que las relaciones diplomáticas entre el Hatti y Egipto podrían degradarse.

-¡Es una noticia formidable! ¿Cuál es la causa de la discordia ?

-El secreto está todavía muy bien guardado, pero sé algo más.

-La suerte está cambiando, Raia. ¿Y crees que soy menos temible que Ramses?

La sierva de Iset la bella enjabonó largo rato la espalda de la reina antes de derramar sobre su esbelto cuerpo agua tibia perfumada. Utilizaba una sustancia rica en saponina, extraída de la corteza y de la carne del fruto del balanites, árbol precioso y generoso. Sonadora, la reina de Egipto se confió a su manicura y a su peluquera. Un servidor le acercó una copa de leche fresca.

Iset la bella se sentía más cómoda en Pi-Ramses que en Tebas. Allí, en la orilla occidental, estaba la tumba de Nefertari, en el Valle de las Reinas, y su capilla del Ramesseum, donde Ramses en persona solía celebrar el culto; aquí, en la capital cosmopolita creada por el faraón, la existencia era muy agitada y la gente pensaba menos en el pasado y en el más allá.

Iset se miró en un espejo de bronce pulido, en forma de disco y cuyo mango representaba una mujer desnuda, de largas piernas, con la cabeza coronada por una umbrela de papiro.

Si, era bella todavía; su piel era suave como una tela pre-

ciosa, su rostro habia conservado una extraordinaria frescura, el amor brillaba en su mirada. Pero su belleza nunca igualaria la de Nefertari y agradecia a Ramses que no le hubiera mentado afirmando que olvidaria, algun dia, a su primera gran esposa real. Iset no estaba celosa de Nefertari; sino que, al contrario, la anoraba muchisimo. Iset la bella nunca habia deseado su puesto; haberle dado dos hijos a Ramses bastaba para su felicidad.

¡Que distintos eran! El mayor, Kha, de treinta y siete años, titular de altas funciones religiosas, se pasaba la mayor parte del tiempo en las bibliotecas de los templos; a los veintisiete años, el menor, Merenptah, era tan atletico como su padre y demostraba una gran afición al mando. Tal vez uno de los dos debería reinar; pero el faraón podía elegir también, como sucesor, a uno de sus numerosos <<hijos reales>>, la mayoría de los cuales eran brillantes administradores.

A Iset no le importaban el poder ni el porvenir. Saboreaba uno a uno los instantes del milagro que el destino le ofrecía. Vivir junto a Ramses, participar a su lado en las ceremonias oficiales, verle reinar sobre las Dos Tierras... ~Había existencia más maravillosa?

La sierva trenzó los cabellos de la reina, los perfumó con mirra, colocó luego una corta peluca a la que añadió una diadema de perlas y cornalina.

-Perdonadme la familiaridad... ¡Pero vuestra majestad está arrobadora!

Iset sonrió. Tenía que estar bella para Ramses, con el fin de hacerle olvidar que su juventud había desaparecido.

Cuando iba a levantarse, él entró en la habitación. Ningún hombre podía compararse con él, ninguno poseía su inteligencia, su fuerza y su prestancia. Los dioses se lo habían dado todo y él devolvía la ofrenda a su país.

-¡Ramses! No estoy vestida todavía.

-Tengo que hablarte de un asunto grave.

Iset la bella habia temido aquella prueba. Nefertari sabia gobernar, ella no; verse asociada a la conduccion del navio del Estado la aterrorizaba.

-Tu decision sera la acertada.

-Esto te afecta directamente, Iset.

-¿A mi? Puedo jurarte que no he intervenido en modo alguno, que...

-Esta en causa tu propia persona, y la paz esta en juego.

-¡Explicate, te lo ruego!

-Hattusil exige que me case con su hija.

-Una esposa diplomatica... ¿por que no?

-Exige mucho mas: que se convierta en mi gran esposa real.

Iset la bella permaneci6 inmovil unos instantes, luego sus ojos se llenaron de lagrimas. El milagro acababa de terminar. Era necesario que desapareciera y cediese su lugar a una joven y hermosa hitita, simbolo del cordial entendimiento entre Egipto y el Hatti. En la balanza, Iset la bella pesaba menos que una pluma.

-La decision es tuya -declaro Ramses-; ¿aceptas abandonar tus funciones y retirarte?

La reina esbozo una pobre sonrisa.

-Esa princesa hitita debe de ser muy joven...

-Poco importa su edad.

-Me has hecho muy feliz, Ramses; tu voluntad es la de Egipto.

-¿Asi pues, aceptas ?

-Seria criminal poner obstaculos a la paz.

-¡Pues bien, yo no pienso ceder! El emperador del Hatti no va a dictar sus decisiones al faraon de Egipto. No somos un pueblo de barbaros que trata a las mujeres como criaturas inferiores. ~Que señor de las Dos Tierras se atrevio a repudiar nunca a su esposa real, que participa del ser del faraon? ¡Y a mi, a Ramses, un guerrero de Anatolia se atreve a pedirme que viole la ley de nuestros antepasados!

Ramses tomo tiernamente las manos de Iset la bella.

-Has hablado en nombre de Egipto, como debia hacerlo una verdadera reina; ahora me toca actuar a mi.

La luz de poniente se filtro por una de las tres grandes ventanas con celosias de piedra que iluminaban el vasto despacho de Ramses y cubrio de oro la estatua de Seti. Devuelta a la vida por la magia del escultor y la abertura ritual de la boca y los ojos, la efigie del monarca seguia transmitiendo un mensaje de rectitud que solo su hijo captaba cuando la paz del anochecer se adornaba con el esplendor divino.

Blancos muros, una gran mesa en la que se habia desplegado un mapa del Proximo Oriente, un sillón de respaldo recto para el faraon, sillas de paja para sus visitantes, una biblioteca con los libros consagrados a la proteccion del alma real y un armario para papiros: ese era el austero marco en el que Ramses el Grande tomaba, solo, las decisiones que comprometian el porvenir de su pais.

El monarca habia consultado a los sabios de la Casa de Vida de Heliopolis, a los sumos sacerdotes puestos a la cabeza de los santuarios principales, a Ameni, al visir y a los ministros, luego se habia encerrado en su despacho y habia dialogado con el alma de su padre. Antano, habria hablado con Nefertari y Tuya; Iset la bella conocia sus limites y no le era de gran ayuda. El peso de la soledad aumentaba; muy pronto tendria que poner a prueba a sus dos hijos, para saber si uno u otro seria apto para proseguir la obra iniciada desde el primer faraon.

Egipto era fuerte y fragil. Fuerte, porque la ley de Maat perduraba mas alla de las pequeneces humanas; fragil, porque el mundo cambiaba, concediendo una parte cada vez

mayor a la tiranía, a la avidez y al egoísmo. Los faraones serían sin duda los primeros que lucharían para que reinase la diosa Maat, encarnación de la Regla universal, de la justicia, del amor que vinculaba entre sí los elementos y los componentes de la vida. Pues sabían que sin Maat, este mundo sería solo un campo cerrado donde los bárbaros combatirían con armas cada vez más destructoras para incrementar sus privilegios y destruir cualquier vínculo con los dioses.

La tarea del faraón, cumplida en armonía con las poten-

48

cias invisibles, consistía en defender el lugar privilegiado que ocupaba Maat y protegerlo del desorden, de la violencia, de la injusticia, de la mentira y del odio. Y lo que el emperador del Hatti exigía era contrario a Maat.

Un guardia introdujo a Acha, vestido con una túnica de lino y una camisa de manga larga, la finura de cuya ejecución era excepcional.

-No me gustaría trabajar en un lugar semejante -dijo a Amse-; realmente es demasiado austero.

-A mi padre no le gustaban las decoraciones recargadas, y a mí tampoco.

-Ser faraón no deja suficiente lugar a la fantasía; quienes te envidian son unos imbeciles o unos inconscientes ~Ha tomado su decisión tu majestad?

-Mis consultas han terminado.

--He conseguido convencerte?

-No, Acha.

El ministro de Asuntos Exteriores miró el mapa del Próximo Oriente.

-Me lo temía.

-Las exigencias de Hattusil son un insulto. Ceder a ellas supondria renegar de la institucion faraonica.

Acha poso el indice en el territorio del Imperio hitita.

-Una negativa equivale a una declaracion de guerra, ma-
estad.

--Condenas mi decision?

-Es la del faraon y la de Ramses el Grande. Tu padre ha-
bria tomado la misma.

--Me tendias una trampa?

-Hacia mi trabajo de diplomatico, en favor de la paz. ~Se-
ria acaso amigo de Ramses si no le pusiera a prueba?

Los labios del rey esbozaron una sonrisa.

--Cuando dara tu majestad la orden de movilizacion ge-
neral ?

-El jefe de mi diplomacia es muy pesimista.

-Tu respuesta oficial provocara el furor de Hattusil y no
vacilara ni un momento en abrir las hostilidades.

-Te falta confianza en ti mismo, Acha.

-Soy realista.

-Si hay alguien que aun puede salvar la paz, ese eres tu.

-Dicho de otro modo, el faraon me ordena partir hacia
Hattusa, precisar tu posicion al emperador hitita y hacerle
cambiar de decision.

-Lees mis pensamientos.

-No hay posibilidad de exito.

-Acha... ~Acaso no has conseguido otras hazanas?

-He envejecido, majestad.

-¡Por lo tanto tienes experiencia! Limitarse a una controversia sobre esa boda imposible no bastara; es conveniente mostrarse mas ofensivo.

El diplomatico fruncio el entrecejo; creia conocer bien a Ramses pero, una vez mas, el faraon le sorprendia.

-Firmamos un tratado de ayuda mutua con nuestro gran amigo Hattusil -prosiguio el rey-; le explicaras que temo un ataque libio en nuestra frontera occidental. Ahora bien, desde que se instauro la paz, nuestro armamento ha envejecido y carecemos de hierro. Solicitaras pues al emperador hitita que nos proporcione una importante cantidad. Gracias a el y de acuerdo con nuestros pactos, podremos defendernos contra el agresor.

Atonito, Acha se cruzo de brazos.

--Realmente es esta mi mision?

-Olvidaba un detalle: exijo que el hierro nos sea entregado cuanto antes.

Kha, el hijo de Ramses e Iset la bella, se habia negado a seguir la carrera del Ejercito y la Administracion. Aquellas tareas profanas no le seducian, mientras que sentia una verdadera pasion por los escritos de los sabios y los monumentos del Antiguo Imperio. Con el rostro anguloso y severo, el craneo afeitado, los ojos de un azul oscuro, mas bien delgado, los andares algo rigidos a causa de unas articulaciones que a veces le dolian, Kha era un investigador nato. Se habia formado luchando contra Setau y sus trucos magicos y reinaba con firmeza sobre el clero del dios Ptah de Menfis. Desde hacia mucho tiempo, Kha habia delegado el aspecto temporal de su cargo para dedicarse a las fuerzas oscuras que se manifestaban en el aire y en la piedra, en el agua y en la madera.

La Casa de Vida de Heliopolis conservaba <<las almas de la luz>>, es decir, los archivos secretos que databan de la edad de oro, durante la cual los faraones habian edificado pira-

mides y los sabios redactado rituales. ~Acaso no se habian penetrado, en aquella epoca bendita, los secretos de la vida y de la muerte? No contentos con haber explorado los misterios del universo, aquellos sabios los habian transcrito en jeroglificos con el fin de transmitir su mision a las generaciones futuras.

Reconocido por todo el mundo como el mejor experto en la tradicion, Kha habia sido elegido como organizador de la primera fiesta-sed de Ramses, que marcaba su trigésimo año de reinado. Tras tan largo periodo asumiendo el poder, la potencia magica del faraon se consideraba agotada; así pues, habia sido necesario reunir a su alrededor a todos los dioses y diosas, para que aquella comunidad sobrenatural le devolviera una nueva energia. Aunque algunos demonios habian intentado, en vano, oponerse a la regeneracion de Ramses'.

Kha no se limitaba a descifrar grimorios; le obsesionaban vastos proyectos, tan vastos que necesitaria el aval del faraon. Antes de exponer esos sueños a su padre, tenia que hacerlos poco a poco realidad. Por ello, desde el alba, recorria la cantera de la montana roja, junto a Heliopolis, para encontrar bloques de cuarcita. En aquellos lugares, segun el mito, los dioses habian terminado con los hombres rebeldes contra la luz, y su sangre habia impregnado para siempre la piedra.

Aunque no habia recibido la formacion de un cantero o un escultor, Kha comulgaba por instinto con el material en bruto; percibia la energia latente que recorria las venas de la piedra.

--Que buscas, hijo mio?

Brotando de la luz del joven sol que, vencedor de las tinieblas, imponia su imperio al desierto, Ramses contemplo a Kha.

El primogenito del rey dejo de respirar. Kha no ignoraba que Nefertari habia sacrificado su vida para salvarle de los maleficios de un mago negro, y a veces se preguntaba si Ramses no sentiria cierto resentimiento contra el.

-Te equivocas, Kha. No tengo que hacerte reproche alguno.

-¡Descifras mis mas secretos pensamientos!

1. Sobre este episodio vease mi trilogia El juez de Egipto: 1.ø La piramide asesinada; 2.ø La ley del desierto; 3.ø La justicia del visir, publicada tam-

bien por Circulo de Lectores.

--No deseabas verme?

-Creia que estabas en Tebas y hete aqui, en la Montana roja.

-Un grave peligro amenaza Egipto, debo afrontarlo. Es indispensable meditar en este lugar.

--No estamos en paz con los hititas?

-Tal vez se trate solo de una tregua.

-Evitaras la guerra o venceras... De cualquier modo, sabras proteger Egipto de la desgracia.

--No deseas ayudarme?

-La politica... No, soy incapaz de ello. Y tu reinado durara mucho tiempo si respetas los ritos ancestrales. Precisamente queria hablar contigo de esta necesidad.

--Que quieres proponerme?

-Es preciso empezar a preparar tu proxima fiesta de regeneracion.

--Tres anos despues de la primera?

-En adelante, habra que celebrar el rito a intervalos regulares y frecuentes. Esa es la conclusion de mis investigaciones.

-Haz lo que creas necesario.

-No podias darme mayor alegria, padre mio; ni una sola

divinidad faltara a tu proximo jubileo. El gozo se extendera por las Dos Tierras, la diosa Nut sembrara los cielos malaquita y turquesa.

-Tienes otro proyecto, Kha; ~a que templo destinass los bloques de cuarcita que estas buscando?

-Desde hace varios anos me intereso por nuestros origenes; entre nuestros primeros ritos, estaba la carrera de un toro llamado Apis, que encarnaba la capacidad del rey para cruzar todos los espacios. Conviene honrar mas aun a ese extraordinario animal y concederle una sepultura digna de su poder... sin olvidar la restauracion de viejos monumentos, como algunas piramides que han sufrido las injurias del tiempo y del invasor hicso. ~Me concedes equipos de constructores para realizar estos trabajos?

-Elige tu mismo al maestro de obras y a los talladores de piedras.

El severo rostro de Kha se ilumino.

-Este lugar es extrano -advirtio Ramses-; la sangre de los rebeldes impregna estas piedras. Aqui, el eterno combate de la luz contra las tinieblas ha dejado huellas profundas. La Montana roja es un poderoso lugar por el que es conveniente aventurarse con prudencia. No estas aqui por casualidad, Kha: ~que tesoro buscas?

El primogenito del rey se sento en un bloque pardusco.

-El libro de Thot. El libro que contiene el secreto de los jeroglificos. Esta en alguna parte de la necropolis de Saqqara; lo encontrare aunque mi busqueda dure varios anos.

A sus cincuenta y cuatro anos, Tanit era una fenicia muy hermosa, cuyas formas abundantes atraian la mirada de hombres mucho mas jovenes; viuda de un rico comerciante, amigo del sirio Raia, habia heredado una considerable fortuna que ella disfrutaba sin freno, organizando banquete tras banquete en su suntuosa mansion de Pi-Ramses.

La fugosa fenicia se habia consolado muy pronto de la muerte de un marido que le parecia vulgar y aburrido. Tras

haber fingido tristeza durante unas semanas, Tanit se habia arrojado en brazos de un magnifico nubio de evidentes atributos. Pero al igual que habia sucedido con sus anteriores amantes, se habia cansado de el; pese a su virilidad, se agotaban antes que ella. Y una amante tan avida de placer como Tanit no podia perdonarles esa deplorable falta de resistencia.

Tanit podria haber regresado a Fenicia, pero cada vez le gustaba mas Egipto. Gracias a la autoridad y a la influencia de Ramses, la tierra de los faraones tenia un perfume paradisiaco. En ninguna otra parte una mujer podia vivir con tanta libertad como en Egipto.

~4

Al caer la tarde llegaron los invitados. Ricos egipcios que negociaban con la dama Tanit, altos funcionarios fascinados por la fenicia, compatriotas que acechaban su fortuna, sin mencionar las caras nuevas que la duena de la casa descubria divertida. ~Habia algo mas excitante que sentir, posada en ella, la mirada de un hombre cargada de deseo? Tanit sabia mostrarse risuena unas veces, lejana otras, no dejando nunca adivinar como acabaria el encuentro con su interlocutor. Mantenian la iniciativa en cualquier circunstancia, y tomaba la decision. El varon que intentara dominarla, no tenia posibilidad alguna de seducirla.

Como de costumbre, los manjares serian suculentos, especialmente el solomillo de liebre a la salsa de cerveza y acompañado por caviar de berenjena, y notables los vinos; gracias a sus relaciones con palacio, Tanit habia obtenido incluso algunas jarras de vino tinto de Pi-Ramses, que databan del año ~I de Ramses, fecha del tratado de paz con los hititas. Y, como de costumbre, la fenicia pondria sus lascivos ojos en los mas apuestos hombres, en busca de una futura presa.

-cComo estais, amiga mia?

-jRaia! Es una alegria veros de nuevo. Estoy de maravilla.

-Si no temiera halagaros, diria que vuestra belleza no deja

de aumentar.

-El clima me sienta bien. Y, además, el dolor de haber perdido a mi anorado esposo comienza a calmarse.

-Afortunadamente, esa es la ley de la naturaleza; una mujer como vos no está hecha para la soledad.

-Los hombres son mentirosos y brutales -dijo haciendo una mueca-; debo desconfiar de ellos.

-Haceis bien siendo prudente, pero estoy convencido de que el destino os concederá de nuevo la felicidad.

~ Y los negocios ?

-Trabajo, mucho trabajo... Fabricar conservas de lujo exige una mano de obra muy cualificada, que reclama altos salarios. En cuanto a los jarros exóticos, que tanto aprecia la buena sociedad, se necesitan muchas negociaciones y viajes para importarlos. Los artesanos serios no son baratos. Y como mi reputación se basa en la calidad, debo invertir sin cesar; por eso nunca seré rico.

-La suerte os ha sonreído... Creo que vuestras preocupaciones han terminado.

-Me acusaron, falsamente, de excesivas simpatías por los hititas; de hecho, comercie con ellos sin preocuparme por la política. La instauración de la paz hizo olvidar las viejas querellas. Ahora, la colaboración con nuestros colegas extranjeros es alentada incluso. ~No es esta, acaso, la más hermosa victoria de Ramses?

-El faraón es tan seductor... Lastima que sea inaccesible.

La paz, el tratado firmado por Ramses y Hattusil, la pérdida del espíritu de conquista del Imperio hitita, el triunfante Egipto... Raia no soportaba ya las cobardías y las defecciones que habían causado el desastre. Había luchado para que la supremacía del ejército anatoliano se extendiera por todo el Próximo Oriente, y no renunciaba a ese combate.

-~Puedo presentaros a un amigo? -le pregunto a Tanit, quien se mostro intrigada enseguida.

-cDe quien se trata? -quiso saber.

-De un principe hitita que vive en Egipto. Ha oido hablar mucho de vos, pero es un hombre bastante timido; he debido insistir para que aceptara asistir a este banquete, pues las mundanidades le asustan.

-Mostradmelo.

-Esta alli, junto al macizo de adelfas.

Colocada sobre un pilar, una lampara iluminaba a Uri-Techup, apartado del grupo de invitados que intercambiaban banalidades. La vacilante luz revelaba la brutalidad de su rostro, la abundancia de sus largos cabellos, la virilidad

S6

de su torso cubierto de vello rojizo, la dureza de su musculatura de guerrero.

Tanit enmudecio de emocion. Jamas habia contemplado un animal salvaje que desprendiera tan intensa sensualidad. El banquete dejo de existir, solo tuvo ya una idea en la cabeza: hacer el amor cuanto antes con aquel semental. Ramses asistia al combate que libraban Serramanna y Merenptah. Provisto de una coraza articulada, un casco con cuernos coronado por un disco de bronce y un escudo redondo, el sardo daba grandes espadazos al escudo rectangular del hijo menor de Ramses, obligado a retroceder. El faraon habia pedido al jefe de su guardia que no tuviera consideraciones con su adversario; puesto que Merenptah queria demostrar su valor en el combate, no podia sonar con un adversario mejor.

A sus veintisiete anos, Merenptah, <<el amado del dios Ptah>>, era un apuesto atleta, valeroso, reflexivo, dotado de excelentes reflejos. Aunque el sardo superaba ya los cincuenta, no habia perdido ni una pizca de fuerza y dinamismo; resistir era ya una hazana.

Merenptah cedia terreno, volvía al ataque, paraba los golpes, se desplazaba lateralmente; poco a poco fatigaba a Serramanna.

De pronto, el gigante se inmovilizó y arrojó al suelo su larga espada de hoja triangular y su escudo.

-Basta ya de escaramuzas. Luchemos con las manos desnudas.

Merenptah dudó unos instantes, luego imitó al sardo. Ramses recordó el enfrentamiento, a orillas del Mediterráneo, en el que había vencido al pirata Serramanna y lo había convertido en jefe de su guardia personal.

El hijo del rey se vio sorprendido por la embestida del coloso, con la cabeza baja; en la escuela militar, Merenptah no había aprendido a combatir como una fiera. Caído de espaldas en el polvo del cuartel, creyó ahogarse bajo el peso del antiguo pirata.

-La instrucción ha terminado -declaró Ramses.

Ambos hombres se levantaron. Merenptah estaba furioso.

-¡Me ha cogido a traición!

-El enemigo siempre actúa así, hijo mío.

-Quiero reanudar el combate.

-Es inútil, ya he visto lo que quería ver. Puesto que has recibido una lección de provecho, te nombro general en jefe del ejército de Egipto.

Serramanna aprobó la decisión asintiendo con la cabeza.

-En menos de un mes -prosiguió Ramses-, me entregarás un informe completo y detallado sobre el estado de las tropas y la calidad de su armamento.

Mientras Merenptah recuperaba el aliento, Ramses se alejó en su carro, que conducía personalmente. ~A quien

confiaría el destino de Egipto: a Kha, el erudito, o a Merenptah, el guerrero? Si sus respectivas cualidades estuvieran reunidas en uno solo y mismo ser, la elección sería fácil. Y Nefertari no estaba ya allí para aconsejar al monarca. Por lo que a los numerosos <<hijos reales>> se refiere, no desprovistos de aptitudes, ninguno tenía una personalidad tan fuerte como la de los dos hijos de Iset la bella. Y Meritamun, la hija de Nefertari, había decidido vivir recluida en un templo.

Ramses debía tener en cuenta la opinión que había formado Ameni aquella misma mañana: <<Que tu majestad se regenere con los ritos para seguir reinando hasta el total agotamiento de su energía. Para el faraón jamás ha habido otro camino, y nunca habrá otro~.

Raia salió de su almacén, cruzó el barrio de los talleres, pasó ante el edificio real y tomó la gran avenida que llevaba a los templos de Ptah-Ramses. Flanqueada de acacias y sicómoros que dispensaban una bienhechora sombra, era como la capital de Ramses, majestuosa y tranquilizadora.

El mercader dejó a la izquierda el templo de Amón y a la derecha el templo de Ra; con pasos que querían ser tranquilos, se dirigió al templo de Ptah. Cerca del edificio, estuvo a punto de batirse en retirada; en el muro exterior estaban empotradas unas estelas en las que los escultores habían grabado orejas y ojos. ~No escuchaba el dios las palabras más secretas y no veía las más ocultas intenciones?

<<Superstición>>, pensó Raia, incómodo sin embargo; evitó la vuelta de ángulo del muro donde se había dispuesto una hornacina que albergaba una estatuilla de la diosa Maat. El pueblo podía contemplar así el secreto principal de la civilización faraónica, esa Regla inmutable, nacida más allá del tiempo y del espacio.

Raia se presentó ante la puerta de los artesanos; el guardián le conocía. Intercambiaron algunas frases anodinas sobre la belleza de la capital, el mercader se quejó de la avaricia de ciertos clientes, luego fue autorizado a entrar en la parte reservada a los orfebres. Especialista en jarros preciosos, Raia trataba a bastantes de ellos, y no dejó de preguntar por la familia de uno y por la salud de otro.

-Quisieras arrancarnos nuestros secretos -murmuro un viejo tecnico que colocaba lingotes en un carro.

-He renunciado a ello -reconocio Raia-. Me conformo con veros trabajar.

--No vendras aqui para descansar?

-Me gustaria adquirir una o dos piezas hermosas.

-jPara revenderlas tres veces mas caras!

-Es el comercio, amigo mio.

El anciano tecnico volvio la espalda a Raia, acostumbrado a esos desplantes. Discreto, casi invisible, observo a los aprendices que llevaban lingotes a unos companeros, que iban pesandolos controlados por escribas especializados. Luego el metal precioso era depositado en una vasija cerrada, puesta al fuego; un soplete atizaba la llama. Los sopladores tenian a menudo las mejillas hinchadas para no perder el ritmo. Otros tecnicos vertian el metal fundido en recipientes de formas diversas y confiaban el material a los orfebres, que lo trabajaban en un yunque, con martillos de piedra, para moldear collares, brazaletes, jarras, decoracion para puertas de templo y estatuas. Los secretos del oficio se transmitian de maestro a discipulo, a lo largo de una iniciacion que exigia numerosos anos de aprendizaje.

-Magnifico -le dijo Raia a un orfebre que acababa de terminar un pectoral.

-Adornara la estatua de un dios -preciso el artesano.

El mercader se expreso en voz baja.

--Podemos hablar?

-Hay bastante ruido en el taller. Nadie nos oira.

-Me han dicho que tus dos muchachos quieren casarse.

-Es posible.

-Si les ofreciera algunos muebles, ~te satisfaria?

--Cual es su precio?

-Una simple informacion.

-No cuentes conmigo para revelarte nuestros procedimientos de fabricacion.

-jNo pido nada semejante!

--Que quieres saber?

-Hay cierto numero de sirios que se han instalado en Egipto y a quienes me agradaria ayudar a integrarse mejor; ~no has contratado a uno o dos para tu taller?

-Uno, es cierto.

--Satisfecho de su suerte?

-Mas o menos.

-Si aceptas decirme su nombre, hablare con el.

--Es todo lo que deseas, Raia?

61

-Comienzo a envejecer, no tengo hijos, poseo algunos bienes y me gustaria favorecer a un compatriota.

-Egipto te ha ensenado a ser menos egoista... Eso esta bien. Durante el Juicio del alma, el gran dios aprecia la generosidad. Tu sirio es uno de los sopladores. El mas gordo, con las orejas despegadas.

-Espero que mis regalos contribuyan a la felicidad de tus hi~os.

Raia aguardo a que finalizara el trabajo para hablar con su compatriota. Tras dos fracasos con un carpintero y un albanil, satisfechos de su condicion, el exito fue total.

El soplador sirio, ex prisionero capturado junto a Ka-desh, se negaba a admitir la derrota de los hititas y deseaba que se rompiera la paz. Agriado, rencoroso y revanchista, era el tipo de hombre que Uri-Techup y Raia necesitaban. Además, el obrero tenía algunos amigos que compartían su punto de vista.

A Raia no le costó convencerle de que trabajara para él y entrara en un grupo de residentes cuya misión sería atacar los intereses vitales de Egipto.

Uri-Techup mordió a su amante en el cuello y la penetró con violencia. Tanit suspiró de satisfacción. Por fin conocía la pasión, esa mezcla de brutalidad y deseo insatisfecho sin cesar.

-Mas -suplico.

El hitita gozaba sin miramientos del abundante cuerpo de la hermosa fenicia. En las fortalezas de Anatolia, Uri-Techup había aprendido a utilizar a las mujeres como merecían.

Por un instante, Tanit sintió cierto espanto; era la primera vez que no controlaba la situación. Aquel hombre bestial, de inagotable savia, era casi terrorífico. Nunca encontraría un amante igual, capaz de compartir sus más delirantes

ViCiOs.

62

En mitad de la noche, cedió.

-Basta... No puedo más.

--Ya?

-¡Eres un monstruo!

-Solo has conocido chiquillos, hermosa mía; yo soy un hombre.

Ella se acurrucó junto a su vientre.

-Eres maravilloso... Me gustaria que el alba no llegara nunca.

--Que importa?

-Pero... ¡Tendras que marcharte! Nos veremos la proxima noche.

-Me quedo.

--Sabes lo que eso significa en Egipto?

-Cuando un hombre y una mujer viven bajo el mismo techo, a la vista de todo el mundo, estan casados. Asi pues, estamos casados.

Atonita, ella se aparto.

-Volveremos a vernos, pero...

Uri-Techup la obligo a tumbarse de espaldas y se tendio sobre ella.

-Vas a obedecerme, hembra; soy el hijo del difunto emperador del Hatti y heredero legitimo del imperio. Tu eres solo una zorra fenicia que me dara placer y satisfara todas mis necesidades. ~Eres consciente del honor que te concedo tomandote por esposa?

Tanit intento protestar, pero Uri-Techup violo su intimidad con la rabia de un macho cabrio, y ella se vio arrastrada a un torbellino de delicias.

-SI me tralclonas -murmuro el nltlta con voz ronca-, te mato.

63

Setau saco de un cesto de junco una hogaza del pan triangular, un bol de pure de avena, pescado seco, un pichon estofado, una codorniz asada, dos rinones cocidos al vino, una costilla de buey sobre un lecho de cebolla frita, higos y queso a las hierbas. Con lentitud, deposito los manjares uno .

uno sobre la mesa de Ameni, obligado a apartar los papiros que consultaba.

--Pero que es eso?

--Estas ciego? Una comida adecuada, que apagara tu apetito durante dos o tres horas.

-No necesitaba que...

-Si, lo necesitabas y mucho. Tu cerebro no funciona correctamente si no tienes la panza llena.

El escriba de tez palida se rebelo.

-- Me insultas ?

-Es el unico modo de llamar tu atencion.

-No querras volver a hablarme de...

-jPrecisamente! Quiero mas creditos para Nubia y no me entretendre rellenando cincuenta formularios, como cualquier otro funcionario.

-Tienes un superior jerarquico, el virrey de Nubia.

-jUn imbecil y un perezoso! Solo piensa en su carrera y le importa un comino la provincia que Ramses me encargo que hiciera fructificar. Para cubrirla de templos, para aumentar la superficie cultivable, necesito hombres y material.

-Habria que respetar, tambien, ciertos reglamentos.

-jAh, los reglamentos! Ahogan la vida. jOlvidalos, Ameni!

-No soy omnipotente, Setau; el visir Pazair y el propio rey exigen cuentas.

-Dame lo que te pido, y ya contaras despues.

-Dicho de otro modo, me haces responsable de tus errores futuros.

Setau parecio sorprendido.

-jPues claro! Tu, con ese lenguaje oscuro de los escribas, podras justificarnos.

El pichon estofado era una maravilla; Ameni no le puso mala cara al placer.

-Lo ha cocinado Loto, ~no es cierto?

-Mi mujer es una autentica hechicera.

-Estamos en el dintel de la corrupcion de un funcionario.

--Me satisfaras, Ameni?

-Si Ramses no sintiera tanto afecto por Nubia...

-Gracias a mi, dentro de unos anos, sera mas rica que una provincia de Egipto.

Ameni la emprendio con la codorniz asada.

-Puesto que esos problemillas quedan resueltos -dijo Setau-, te confesare que estoy muy inquieto.

--Por que razon?

-Ayer, al anochecer, estaba haciendo el amor con Loto; de pronto, ella se incorporo gritando: << jHay un monstruo que merodea!>>. No hablaba de las dos cobras que velan al pie del lecho, ni del ejercito hitita al que Ramses vencera por segunda vez, si es necesario.

--Has identificado al monstruo?

-Para mi no queda duda alguna: se trata de la bestia hitita, Uri-Techup.

-Nada tenemos que reprocharle.

--Has avisado a Serramanna?

-Claro.

--Su reaccion?

-Detesta a Uri-Techup, como tu, y piensa que liberarlo fue un error; pero el hitita no ha cometido fechoria alguna. Para mi, ese guerrero vencido es un principe castrado. ~Que podemos temer de el?

Cuando los primeros rayos del sol iluminaron su habitacion, Serramanna abrio los ojos. A su izquierda tenia una nubia dormida. A su derecha, una libia algo mas joven. El gigante sardo no recordaba ya sus nombres.

-jArriba, chiquillas!

Como controlaba mal su fuerza, la palmada que el gigante propino al delicado trasero de sus dos companeras de noche fue menos acariciadora de lo que deseaba. Sus gritos de aves de corral asustadas le produjeron jaqueca.

-Vestios y largaos.

Serramanna se zambullo en la alberca que ocupaba la mayor parte de su jardin y nado unos veinte minutos. No conocia mejor remedio para disipar los efectos del vino y de los juegos amorosos.

De nuevo en forma, se disponia a devorar una hogaza de pan fresco, cebollas, tocino y buey seco cuando su criado le anuncio la visita de uno de sus subordinados.

-Novedades, jefe; hemos recuperado la pista de Uri-Techup.

--Muerto, supongo?

-Muy vivo y... casado.

-- Con quien ?

-Con Tanit, una rica viuda fenicia.

-¡Es una de las mayores fortunas de Pi-Ramses! Debes de estar equivocado.

-Comprobadlo vos mismo, jefe.

-En marcha.

Con un enorme pedazo de buey seco entre los dientes, Serramanna salto sobre su caballo.

El guardian de la mansion de la dama Tanit deberia haber solicitado al gigante sardo un documento oficial que le autorizara a interrogar al propietario; sin embargo, la hurana mirada de Serramanna le disuadio de ello. Llamo al jardinero y le rogo que condujera al jefe de la guardia personal de Ramses ante la duena de la casa.

Vestida con una tunica de lino transparente que no ocultaba en absoluto sus abundantes encantos, Tanit estaba desayunando en una sombreada terraza en compania de Uri-Techup, quien iba completamente desnudo.

-¡EI ilustre Serramanna! -exclamo el hitita, visiblemente alborozado ante esa visita-. ~Le invitamos a compartir nuestra comida, querida?

-Sabeis quien es ese hombre, dama Tanit.

-Si, lo se.

-~e mas precisa.

-Uri-Techup es un principe hitita, hijo del difunto emperador.

-Tambien era general en jefe del ejercito hitita y el barbero mas empenado en destruir Egipto.

-Es un pasado muy lejano -intervino Uri-Techup, zumbon-; Ramses y Hattusil firmaron una hermosa paz, el faraon me concedio la libertad y todos vivimos felices. ~No lo crees asi, Serramanna?

El sardo advirtió que el cuello de la fenicia mostraba huellas de mordisco.

-Este hitita ha pasado la noche bajo vuestro techo y parece decidido a vivir aquí... ~Sabeis lo que significa eso, dama Tanit?

-Naturalmente.

67

-Os obliga a casaros con él, ~no es cierto?, so pena de turaros.

-Responde, querida -ordeno Uri-Techup-; dile que eres una mujer libre, como cualquier otra egipcia, y que tomas sola tus decisiones.

La fenicia se puso virulenta.

-Amo a Uri-Techup y lo he elegido por esposo. Ninguna ley puede oponerse.

-Reflexionad bien, dama Tanit; si reconocéis que ese individuo os maltrata, le detengo inmediatamente y no correis ya peligro alguno. Lo presentare inmediatamente ante el tribunal y la sanción no será leve. Maltratar a una mujer es un crimen.

-¡Salid de mi casa!

-Me sorprende -añadió Uri-Techup, irónico-; he creído que recibíamos a un amigo y advierto que somos interrogados por un policía agresivo. ~Tienes un documento oficial que te autorice a entrar en una propiedad privada, Serramanna ?

-Tened cuidado, dama Tanit; os exponeis a graves contratiempos.

-Mi esposa y yo mismo podríamos denunciarlo -añadió el hitita-. ¡Pero por esta vez, pase! Desaparece, Serramanna, y deja tranquila a una pareja que solo piensa en gozar de su

felicidad.

Uri-Techup beso con ardor a la fenicia. Olvidando la presencia del sardo, ella comenzo a acariciar a su marido sin el menor pudor.

Los estantes y los armarios del espacho de Ameni amenazaban con derrumbarse bajo el peso de los documentos administrativos. El secretario particular del rey nunca habia tenido tantos expedientes para tratar al mismo tiempo; como verificaba personalmente cada detalle, ya solo dormia dos horas por noche y, a pesar de las protestas de sus colaboradores, habia suprimido las vacaciones durante el trimestre siguiente. Generosas primas habian tranquilizado los espíritus.

Ameni se encargaba de las exigencias de Setau referentes a Nubia y rechazaba los argumentos del virrey, partidario del inmovilismo; daba su opinion al visir Pazair, quien desconfiaba de los especialistas en economia; veia cada dia a Ramses para solicitar mil y una decisiones, tras haber preparado cuidadosamente los datos concretos que el soberano exigia; y estaba lo demas, todo lo demas, porque Egipto debia seguir siendo un gran pais, una tierra irremplazable a la que era preciso servir sin pensar en el propio bienestar.

Sin embargo, cuando Serramanna irrumpio en su despacho, el escriba de tez palida y hundidos rasgos se pregunto si sus hombros soportarian una nueva carga.

--Que pasa ahora?

-Uri-Techup se ha casado, efectivamente, con la fenicia Tanit.

-Tiene suerte. La fortuna de esa dama es abundante.

-¡Es una catastrofe, Ameni!

--Pero por que? Nuestro ex general en jefe languidecera entre ocios y placeres.

-Ya no puedo vigilarle de modo eficaz. Si descubre a mis

hombres, presentara denuncia y le daran la razon. Hoy es un hombre libre; oficialmente no tengo nada que reprocharle, aunque este preparando un golpe bajo.

-~Has hablado con Tanit?

-jLa ha golpeado y amenazado, estoy seguro! Pero ella se ha enamorado de el.

-Y pensar que existen ociosos que tienen tiempo de pensar en el amor. jTranquilizate, Serramanna! Uri-Techup ha hecho, por fin, una conquista, pero esta le apartara para siempre del camino de la guerra.

69

Hattusal, la capital del Imperio hitita, no habia cambiado. Construida en la meseta de Anatolia central, expuesta a abrasadores estios y gelidos inviernos, la ciudad fortificada se componia de una parte baja, cuyo monumento mas notable era el templo del dios de la Tempestad y de la diosa del Sol, y de una parte alta, dominada por el austero palacio del emperador, deseoso de vigilar permanentemente los nueve kilometros de murallas erizadas de torres y almenas.

No sin emocion, Acha contemplo de nuevo Hattusa, petrea encarnacion del poderio militar hitita; ~acaso no habia estado a punto de perder ahi la vida, durante una mision de espionaje especialmente peligrosa que habia precedido a la batalla de Kadesh?

El convoy del jefe de la diplomacia egipcia habia tenido que atravesar aridas estepas y meterse en inhospitos desfiladeros antes de llegar a la capital, rodeada de macizos montañosos cuya presencia era un considerable estorbo para un agresor eventual. Hattusa parecia una fortaleza inexpugnable, edificada sobre pitones rocosos, a costa de increíbles proezas tecnicas. jQue lejos estaba de Egipto y de sus ciudades abiertas, calidas y acogedoras!

Cinco puertas fortificadas daban acceso al interior de Hattusa, dos practicadas en las murallas de la ciudad baja,

1. La actual Bogazkoy, a 150 km al este de Ankara (Turquia).

tres en las de la ciudad alta. La escolta hitita que acompañaba la embajada egipcia desde hacia un centenar de kilómetros la condujo al punto de acceso más elevado, la puerta de las Esfinges.

Antes de cruzarla, Acha celebró el rito hitita. Partió tres panes, derramó vino sobre la piedra y pronunció la fórmula obligatoria: «¡Que esta roca sea eterna!». El egipcio advirtió la presencia de recipientes llenos de aceite y de miel, destinados a impedir que los demonios propalaran sus miasmas por la ciudad. El emperador Hattusil no había modificado las tradiciones.

Esta vez, las fatigas del viaje habían hecho sufrir a Acha. De joven, detestaba quedarse quieto, amaba el peligro y no vacilaba en correr riesgos. Al llegar la madurez, salir de Egipto le resultaba una cruz. Aquella estancia en el extranjero le privaba de un placer irremplazable: ver gobernar a Ramses. Respetando la regla de Maat, el faraón sabía que «escuchar es mejor que cualquier cosa», de acuerdo con la máxima del sabio Ptah-hotep, el autor preferido de Nefer-tari; permitía que sus ministros se expresaran largo rato, atento a cada tono, a cada actitud. De pronto, con la rapidez del cocodrilo Sobek ascendiendo desde las profundidades de las aguas para hacer que el sol renaciera, Ramses decidía. Una sencilla frase, luminosa, evidente, definitiva. Manejaba el gobernalle con incomparable destreza, pues era por sí solo el navío del Estado y su piloto. Los dioses que le habían elegido no se habían equivocado; y los hombres habían hecho bien obedeciéndole.

Dos oficiales, con casco, coraza y botas, condujeron a Acha hacia la sala de audiencias del emperador Hattusil. El palacio se levantaba sobre un imponente saliente rocoso, formado por tres picos; en las almenas de las altas torres veían continuamente soldados de elite. El dueño del país estaba a cubierto de cualquier agresión exterior; por ello los que aspiraban al poder supremo a menudo habían preferido el veneno a un ataque al palacio, sin posibilidad alguna de tener éxito.

Hattusil había recurrido a él para acabar con Uri-Techup si Acha, cumpliendo su misión con rara destreza, no hubie-

ra logrado favorecer la fuga del general en jefe, responsable de la muerte de su padre, el emperador Muwattali. Uri-Techup, refugiado en Egipto, habia proporcionado a Ramses utiles informaciones sobre el ejercito hitita.

Una sola entrada permitia el acceso a la gran fortaleza>>, de acuerdo con la apelacion del pueblo, que la contemplaba con espanto; cuando la pesada puerta de bronce se cerro a sus espaldas, Acha tuvo la impresion de estar prisionero. El mensaje que debia entregar a Hattusil no le incitaba al optimismo.

Signo alentador, el emperador no le hizo esperar ni un minuto; Acha fue conducido hasta una sala gelida, con pesados pilares y cuyos muros estaban adornados con trofeos militares.

Pequeno, enclenque, con los cabellos sujetos por una cinta, el cuello adornado por un collar de plata y con un brazalete de hierro en el codo izquierdo, Hattusil vestia su habitual tunica larga, roja y negra. Un observador superficial habria pensado que era bastante insignificante, inofensivo incluso; pero eso habria supuesto ignorar el caracter obstinado y la capacidad de estrategia del sacerdote de la diosa del Sol que, tras un largo conflicto, habia terminado prevaleciendo sobre el temible Uri-Techup. Durante aquella implacable lucha, habia recibido la ayuda de su esposa, la hermosa Putuhepa, cuya inteligencia era temida tanto por la casta de los militares como por la de los mercaderes.

Acha se inclino ante los soberanos, sentados en macizos tronos desprovistos de elegancia.

-Que todas las divinidades de Egipto y del Hatti sean favorables a vuestras majestades, y que su reinado sea duradero como el cielo.

-Acha, te conocemos desde hace bastante tiempo como para dispensarte formulas de cortesia; ven a sentarte junto a nosotros. ¿Como se encuentra mi hermano Ramses?

-Muy bien, majestad. ¿Puedo confesar a la emperatriz que su belleza ilumina este palacio?

Putuhepa sonrio.

-El halago sigue siendo una de las armas del jefe de la diplomacia egipcia.

-Estamos en paz, ya no necesito halagaros; mi declaracion es, sin duda, irrespetuosa, pero sincera.

La emperatriz se ruborizo.

-Si siguen gustandote las mujeres hermosas -concluyo el emperador-, tendre que desconfiar.

-No me ha abandonado mi pronunciada aficion, y no estoy dotado para la fidelidad.

-Sin embargo, salvaste a Ramses de las trampas que el Hatti le tendia y desmantelaste nuestra red de espionaje.

-No exageremos, majestad; aplique el plan del faraon y el destino me fue favorable.

-jLo pasado pasado esta! Hoy tenemos que construir el porvenir.

-Esa es la opinion de Ramses: para el lo mas importante en estos momentos es el fortalecimiento de la paz con el Hatti. De ella depende la felicidad de nuestros dos pueblos.

-Nos satisface oir estas palabras -intervino Putuhepa.

-Permitidme que insista en la voluntad del faraon -prosiguio Acha-; para Ramses, el tiempo de los conflictos ha terminado y nada debe volver a encenderlos.

Hattusil se ensombrecio.

--Que oculta esta insistencia?

-Nada, majestad. Vuestro hermano Ramses quiere que

conozcais sus pensamientos mas intimos.

-Le agradeceras la confianza que me concede y le diras que estamos en perfecta armonia.

-Nuestros pueblos y sus aliados se alegraran de ello. Si embargo...

El jefe de la diplomacia egipcia poso el menton en sus manos unidas, a la altura del pecho, en actitud meditativa.

--Que ocurre, Acha?

-Egipto es un pais rico, majestad; ¿dejara algun dia de ser objeto de la codicia?

--Quien lo amenaza? -pregunto la emperatriz.

-En Libia ha renacido la agitacion.

--No es el faraon capaz de aplastar la rebelion?

-Ramses desearia actuar deprisa y utilizar un armamento eficaz.

La mirada inquisitiva de Hattusil escruto a Acha.

--Resulta insuficiente el suyo?

-El faraon desea que su hermano, el emperador del Hatt le haga llegar gran cantidad de hierro para poder fabricar armas mas ofensivas y aniquilar la amenaza libia cuanto antes.

Un largo silencio sucedio a la demanda del jefe de la diplomacia egipcia. Luego, Hattusil se levanto, nervioso, y recorrio la sala de audiencias.

-¡Mi hermano me exige una verdadera fortuna! No tengo hierro; ¡y si lo tuviera lo guardaria para mi propio ejercito! ¿Intenta el faraon, que es tan rico, empobrecer y arruinar a Hatti? Mis reservas estan vacias y no es un buen momento para fabricar hierro.

Acha permanecio impassible.

-Comprendo.

-Que mi hermano Ramses se libre de los libios con su armas habituales; mas tarde, si sigue necesitando hierro, I mandare una cantidad razonable. Dile que esta peticion m~ sorprende.

-Se lo comunicare, majestad.

Hattusil volvio a sentarse.

-Vayamos a lo esencial: ~cuando debe salir mi hija del Hatti para convertirse en la gran esposa real del Ramses?

74

-Bueno... la fecha no se ha fijado todavia.

--No has venido para anunciarmela?

-Una decision tan importante exige reflexion, y...

-Basta de diplomacia-intervino la emperatriz-. ~Acepta o no Ramses repudiar a Iset la bella y ascender a nuestra hija al rango de reina de Egipto?

-La situacion es delicada, majestad. La justicia egipcia no admite el repudio.

--Acaso una mujer dictara la ley? -pregunto con sequedad Hattusil-. Me importa un comino la tal Iset y sus deseos; Ramses solo se caso con ella para sustituir a Nefertari, una verdadera reina cuyo papel fue determinante en la construccion de la paz. Iset no cuenta. Para sellar definitivamente nuestra alianza, Ramses debe casarse con una hitita.

-Vuestra hija podria convertirse en esposa secundaria y...

-Sera reina de Egipto o...

Hattusil se interrumpio, como si las palabras que iba a pronunciar le asustaran.

--Por que se empena Ramses en rechazar nuestra proposicion? -pregunto la emperatriz en un tono conciliador.

-Porque un faraon no repudia a una gran esposa real.
Contradice la ley de Maat.

--Es una posicion definitiva?

-Eso temo, majestad.

--Es consciente Ramses de las consecuencias de su intransigencia?

-A Ramses solo le preocupa una cosa: actuar rectamente.

Hattusil se levanto.

-La entrevista ha terminado. Dile esto a mi hermano el faraon: o fija cuanto antes una fecha para su boda con mi hija o sera la guerra.

A Ameni le dolia la espalda, pero nunca tenia tiempo para que le dieran un masaje. Como si su carga de trabajo no fuera aun suficiente, tenia que echar una mano a Kha en la preparacion de la segunda fiesta de regeneracion del rey. Alegando su excelente estado de salud, Ramses deseaba aplazar el acontecimiento; pero su hijo mayor invocaba la autoridad de los textos tradicionales.

A Ameni le gustaba el rigor de Kha y hablaba gustosamente con el de literatura; pero las preocupaciones cotidianas abrumaban en exceso al secretario particular y portasandalias oficial del faraon como para que saborease los placeres de una hermosa prosa.

Al finalizar un gran consejo durante el cual Ramses habia lanzado un vasto programa de plantacion de arboles en las provincias del Sur y sermoneado al responsable de la reparacion de diques, que se retrasaba con respecto al calendario previsto, Ameni paseaba con el rey por el jardin de palacio.

--Tiene tu majestad noticias de Acha?

-Llego bien a Hattusa.

-Convencer a Hattusil de que renuncie no sera facil.

--No ha realizado Acha numerosas hazanas?

-Esta vez, su margen de maniobra es bastante escaso.

--Cuales son esas informaciones demasiado confidenciales para que sean oidas por los miembros del gran consejo?

76

-En primer lugar, Moises; luego, un incidente.

-- Moises ?

-Esta en mala posicion con sus hebreos. Todo el mundo los teme, se ven obligados a combatir codo con codo para sobrevivir. Si intervinieramos, el problema quedaria resuelto enseguida. Pero se trata de Moises, nuestro amigo de la infancia, y se que dejaras que el destino actue.

-Y si conoces la respuesta, ~por que me haces la pregunta ?

-La policia del desierto sigue vigilando; si los hebreos quisieran regresar a Egipto, ~que decidirias?

-Cuando regresen, ni Moises ni yo mismo estaremos ya en este mundo. ~Y el incidente?

-La carga de olibano que aguardabamos no llegara.

--Por que razon, Ameni?

-He recibido un largo informe del mercader fenicio que trata con los productores: una violenta tormenta de granizo cayo sobre los arboles, que sufrian ya una enfermedad. Este ano no habra cosecha.

--Ha sucedido alguna vez una catastrofe semejante?

-He consultado los archivos y puedo responderte afirma-

tivamente. Por fortuna, el fenómeno es raro.

--Son suficientes nuestras reservas?

-No se impondrá restricción alguna a los templos. He dado la orden a los mercaderes fenicios de que nos entreguen lo antes posible la próxima cosecha, para que podamos alimentar nuestras reservas.

Raia se sentía jubiloso. El, tan sobrio por lo general, se había permitido beber, una tras otra, dos copas de cerveza fuerte; la cabeza le daba vueltas, ~pero como no embriagarse ante el encadenamiento de pequeños éxitos que conducían hacia la victoria final?

El contacto con sus compatriotas sirios había superado cualquier esperanza. La llama encendida por Raia había reavivado las desfallecientes energías de los vencidos, los celosos y los envidiosos; a los sirios se les anadian algunos hititas, decepcionados por la política de Hattusil, a quien consideraban incapaz de intentar de nuevo la conquista de Egipto. Cuando unos y otros se habían entrevistado, en gran secreto, con Uri-Techup en uno de los almacenes de Raia, el entusiasmo había sido general. Con un jefe de aquella envergadura, el poder estaría algún día a su alcance.

Y había también nuevas alegrías que Raia comunicaría a Uri-Techup, cuando este dejara de admirar a las tres núbias desnudas que danzaban en honor de los invitados de la nueva pareja de moda en Pi-Ramses, el príncipe hitita y la dama Tanit.

La dama fenicia vivía, al mismo tiempo, un paraíso y un infierno. El paraíso, porque su amante la colmaba a cualquier hora del día y de la noche, con un ardor inagotable y una violencia que la hacía delirar de placer; el infierno, porque temía ser golpeada por aquel monstruo de imprevisibles reacciones. Ella, que había sabido dirigir su existencia a su guisa, se había convertido en una esclava, consentidora y angustiada a la vez.

El centenar de invitados de Tanit y de Uri-Techup solo tenían ojos para las tres jóvenes danzarinas. Sus pechos, redondos y firmes, no se agitaban y sus piernas, largas y delga-

das excitaban a los mas hastiados. Pero aquellas deliciosas artistas eran intocables; terminada su actuacion, desaparecian sin hablar con nadie. Y seria necesario aguardar su proxima aparicion, durante un banquete tan suntuoso como este, para apreciar de nuevo un espectaculo de semejante calidad.

Uri-Techup se aparto de su esposa, que discutia con dos hombres de negocios dispuestos a firmar cualquier contrato para no perderse ni una pizca de la coreografia. El hitita se apodero de un racimo de uva y se sento en unos almohadones, junto a una columna en la que se habian pintado unos pampanos. Al otro lado se encontraba Raia. Sin mirarse, ambos hombres podian hablar en voz baja, mientras la orquesta tocaba.

--Que es eso tan urgente, Raia?

-He hablado con un viejo cortesano al que le hago un buen precio por mis mas hermosos jarrones; el palacio esta conmovido a causa de un rumor. Intento obtener confirmacion desde hace dos dias. El asunto me parece serio.

--De que se trata?

-Para consolidar la paz, el emperador Hattusil exige que su hija se case con Ramses.

-Una nueva boda diplomatica... ~Que importa?

-No, no... Hattusil quiere que se convierta en la gran esposa real.

-jUna hitita en el trono de Egipto!

-Exactamente.

- jImpensable!

-Al parecer, Ramses se ha negado a repudiar a Iset la bella y ceder al ultimatum de Hattusil.

-Dicho de otro modo...

-Eso es, señor: juna esperanza de guerra!

-Eso trastorna nuestros planes.

-Es pronto para afirmarlo; a mi entender, es preferible no modificar nada hasta que estemos absolutamente seguros. Al parecer, Acha se encuentra en Hattusa para negociar con el emperador; todavía tengo muchos amigos allí y pronto estaremos informados del giro que tomen los acontecimientos. Y eso no es todo... Me gustaria que conocierais a un personaje interesante.

-- Donde esta ?

-Oculto en el jardin. Podriamos...

-Llevalo a mi habitacion y esperame. Pasa por detras de la vina y entra en la casa por la lavanderia. En cuanto el banquete haya terminado, me reunire con vosotros. Cuando el ultimo invitado se hubo marchado, Tanit se arrojó al cuello de Uri-Techup. Ardía en ella un fuego que solo su amante sabría extinguir. Con mano casi tierna, él la arrastró hacia su alcoba, un nido de amor lleno de muebles lujosos, artisticos ramos e incensarios. Antes de cruzar el umbral, la fenicia se arranco la tunica.

Uri-Techup la empujó al interior de la habitacion.

Tanit creyó que era un juego nuevo, pero se inmovilizó al descubrir a Raia, el mercader sirio, en compañía de un hombre extraño, de rostro cuadrado, cabellos ondulados y ojos negros en los que brillaba la crueldad y la locura.

-- Quien... quien sois ? -pregunto.

-Son unos amigos -respondio Uri-Techup.

Aterrorizada, Tanit se apodero de una sabana de lino y oculto sus generosas formas. Raia no comprendia por que el hitita metia a la fenicia en la entrevista. El hombre de los ojos crueles habia permanecido inmovil.

-Quiero que Tanit oiga todo lo que aqui va a decirse -de-

claro Uri-Techup-, y que se convierta en nuestra complice y aliada. En adelante, su fortuna servira nuestra causa. A la menor jugarreta por su parte, la suprimiremos, ~estamos de acuerdo ?

El desconocido asintio con la cabeza, Raia le imito.

-Ya ves, querida mia, no tienes posibilidad alguna de escapar de uno de nosotros tres o de quienes nos obedecen. ~Me he explicado bien?

-Si... ¡Oh, si!

--Tenemos tu apoyo incondicional?

-Te doy mi palabra, Uri-Techup.

-No lo lamentaras.

Con la mano derecha, el hitita rozo los pechos de su esposa. Aquel simple gesto hizo desaparecer el panico que se habia apoderado de Tanit.

El hitita se volvio hacia Raia.

-Presentame a tu invitado.

Tranquilizado, el mercader sirio se expreso con lentitud.

-Hemos tenido suerte, mucha suerte... Nuestra red de espionaje estaba dirigida por un mago libio llamado Ofir. A pesar de sus poderes excepcionales y de los golpes que propino a la familia real, fue detenido y ejecutado. Una grave perdida para nuestro clan. Pero alguien ha decidido vengar a Ofir: su hermano, Malfi.

Uri-Techup examino al libio de los pies a la cabeza.

-Loable proyecto... ~Pero de que medios dispone?

-Malfi es el jefe de la tribu mejor armada de Libia. Combatir a Egipto es la unica razon de su vida.

--Aceptara obedecerme sin discutir?

-Se pondra a vuestras ordenes, a condicion de que destruyais a Ramses y su imperio.

-Trato hecho. Serviras de intermediario entre nuestro aliado libio y yo. Que sus hombres se entrenen y esten dispuestos a actuar.

-Malfi sabra mostrarse paciente, senor; hace muchos anos que Libia espera lavar con sangre las afrentas infligidas por el faraon.

-Que aguarden mis instrucciones.

El libio desaparecio sin haber dicho una palabra. Aunque el sol se habia levantado desde hacia mucho tiempo, el palacio de Pi-Ramses seguia sumido en un profundo silencio. Ciertamente, todos se entregaban a sus ocupaciones, pero evitando el menor ruido; desde los cocineros hasta las camareras, los empleados se movian como sombras.

La colera de Ramses habia llenado de terror a todo el personal. Los viejos servidores, que conocian al monarca desde su juventud, nunca le habian visto en aquel estado; el poder de Set se habia manifestado con la violencia de una tormenta que dejaba atonitas a sus victimas.

A Ramses le dolian las muelas.

Por primera vez, a sus cincuenta y cinco anos, se sentia afectado por un sufrimiento fisico. Enfurecido por la mediocridad de los cuidados que prodigaban los dentistas de palacio, les habia ordenado que desaparecieran de su vista. Salvo Ameni, nadie sabia que otro motivo alimentaba el enfado del faraon: Hattusil retenia a Acha en la capital hitita, con el pretexto de proseguir las negociaciones. ~No se trataba, mas bien, de tomarle como rehen?

Las esperanzas de la corte ya solo descansaban en una persona: el medico en jefe del reino. Si no conseguia aliviar al monarca, su humor podia alterarse mas aun.

Pese al dolor, Ramses seguia trabajando con el unico ser capaz de soportarle en semejantes momentos: el propio

Ameni, que siempre se mostraba igual de grunon y que de-

8~

testaba tambien las zalemas de los cortesanos. Cuando se trabajaba, no era necesario ser amable; y que el rey fuera desagradable no impedía tratar los asuntos urgentes.

-Hattusil se burla de Egipto -afirmo el faraon.

-Tal vez busca una puerta de salida -sugirio Ameni-. Tu negativa es una ofensa intolerable, pero sera el emperador del Hatti quien tome la decision de iniciar un nuevo conflicto.

-¡El viejo zorro me echara encima la responsabilidad!

-Acha ha jugado bien la partida; estoy convencido de que Hattusil esta perplejo.

-¡Te equivocas! Es un revanchista.

-En cuanto Acha consiga hacerte llegar un mensaje, sabremos la verdad. Gracias al codigo que utiliza, averiguaras si negocia con plena libertad o si esta prisionero.

-Le retienen contra su voluntad, es evidente.

Llamaron con discrecion a la puerta.

-No quiero ver a nadie -decreto el rey.

-Tal vez sea el medico en jefe -objeto Ameni yendo a abrir.

En el umbral, el gran chambelan se moria de miedo ante la idea de molestar al monarca.

-Ha llegado el medico en jefe -murmuro-; ~acepta su majestad recibirle?

El gran chambelan y Ameni se apartaron para dejar pasar a una joven hermosa como una aurora de primavera, como un loto que florece, como una ola cabrilleando en mitad del

Nilo. Con los cabellos casi rubios, un rostro muy puro de tiernas líneas, tenía una mirada directa y ojos de un azul de estío. En su esbelto cuello lucía un collar de lapislázuli; en sus muñecas y tobillos, brazaletes de coralina. Su túnica de lino permitía adivinar unos pechos firmes y altos, unas caderas sin grasa, perfectamente modeladas, y unas piernas largas y finas. Neferet, <<la bella, la perfecta, la cumplida>>... ~De que otro modo podía llamarse? Incluso Ameni, que no

83

había tenido tiempo para interesarse por las mujeres, criaturas volubles e incapaces de concentrarse durante horas sobre un papiro técnico, tuvo que admitir que esta podría haber rivalizado en belleza con Nefertari.

-Llegáis muy tarde -se lamentó Ramses.

-Lo siento, majestad; estaba en provincias, practicando una intervención quirúrgica que espero que haya salvado la vida a una niña.

-¡Vuestros colegas son imbeciles e incapaces!

-La medicina es, a la vez, un arte y una ciencia; tal vez les haya faltado destreza.

-Afortunadamente, el anciano doctor Pariamakhu está jubilado; todos aquellos a quienes ya no cuida tienen posibilidades de salvarse.

-Pero vos sufrís.

-¡No tengo tiempo para sufrir, Neferet! Curadme enseguida.

Ameni enrolló el papiro contable que acababa de presentar a Ramses, saludó a Neferet y volvió a su despacho. El portasandalias del faraón no soportaba los gritos de dolor ni la visión de la sangre.

--Consiente vuestra majestad en abrir la boca?

Neferet examinó al ilustre paciente. Antes de acceder al

envidiado grado de medico generalista, habia estudiado y practicado numerosas especialidades, desde la odontologia a la cirugia, pasando por la oftalmologia.

-Un dentista competente os aliviara, majestad.

-Sereis vos y nadie mas.

-Puedo proponeros un especialista...

-Vos, y ahora mismo. Vuestro puesto esta en juego.

-Venid conmigo, majestad.

El centro de cuidados de palacio era soleado y ventilado; en los blancos muros habia representaciones de plantas medicinales. El rey se habia instalado en un comfortable sillón, con la cabeza echada hacia atras; su nuca descansaba en un almohadon.

-Como anestesia local utilizare uno de los productos fabricados por Setau; no sentireis nada -explico Neferet.

--Cual es la naturaleza del mal?

-Una caries con complicaciones infecciosas que han producido un absceso que voy a drenar. No sera necesario extraer la muela, realizare una obturacion con una mezcla de resina y de sustancias minerales. Para la otra muela enferma, pulverizare un remedio especifico que <<cebara el mal~, como decimos en nuestra jerga: ocre medicinal, miel, polvo de cuarcita, fruto cortado del sicomoro, harina de habas, comino, coloquintida, brionia, goma de acacia y ~sudor>> del sauzgatillo son los ingredientes utilizados.

--Como los habeis elegido?

-Dispongo de tratados de medicina escritos por los sabios de tiempos antiguos, majestad, y compruebo la composicion con mi instrumento favorito.

Entre el pulgar y el indice, Neferet sujetaba un hilo de lino en cuyo extremo oscilaba un pequeno fragmento de gra-

nito tallado en rombo; comenzaba a girar muy deprisa sobre el remedio apropiado.

-Practicais la radiestesia, como mi padre.

-Y como vos, majestad; ~no encontrasteis acaso agua en el desierto? Eso no es todo: tras esta pequena operacion, tendreis que cuidar vuestras encias masticando cada dia una pasta a base de brionia, enebro, absenta, fruto del sicomoro, incienso y ocre medicinal. En caso de que sintais dolor, bebereis una decoccion de corteza de saucel; es un analgesico muy eficaz.

--Hay otra mala noticia?

-El examen de vuestro pulso y vuestros ojos demuestra

1. De donde procede ruestra moderna aspirirla.

85

que estais dotado de una excepcional energia que os permite sofocar, en cuanto aparezcan, muchas enfermedades; pero en vuestra vejez sufrircis reumatismo... Y tendreis que aceptarlo.

-jEspero morir antes de esta decadencia!

-Encarnais la paz y la felicidad, majestad; Egipto desea que llegueis a edad muy avanzada. Cuidaros es un deber imperioso. ~No son ciento diez anos la edad de los sabios? Ptah-hotep aguardo a haberlos alcanzado antes de redactar sus Maximas.

Ramses sonrio.

-Mirandoos y escuchandoos, el dolor desaparece.

-Es el efecto de la anestesia, majestad.

--Os satisface mi politica de sanidad?

-Pronto redactare mi informe anual. En su conjunto, la situacion es satisfactoria, pero nunca debemos cesar de de-

sarrollar la higiene publica y privada. Gracias a ella, Egipto permanece al margen de epidemias. Vuestro director de la Doble Casa del Oro y la Plata no debe regatear en la compra de productos caros y raros que entran en la composicion de los remedios. Acabo de saber que no recibiremos la habitual entrega de olibano; y no puedo prescindir de el.

-No os preocupeis, nuestras reservas son abundantes.

--Estamos dispuestos, majestad?

En Kadesh, frente a miles de hititas desenfrenados, Ramses no habia temblado. Pero cuando vio que se aproximaban a su boca los instrumentos del dentista, cerro los ojos.

El carro de Ramses corria tan velozmente que a Serramana le costaba seguirle. Desde que Neferet le habia proporcionado unos cuidados de notable eficacia, el dinamismo del monarca habia aumentado. Solo Ameni, a pesar de sus dolores dorsales, conseguia adoptar el ritmo de trabajo del soberano.

Una carta cifrada de Acha habia tranquilizado a Ramses; el jefe de su diplomacia no estaba prisionero, pero seguia en Hattusa entregado a unas negociaciones de duracion indeterminada. Como Ameni habia supuesto, el emperador hitita temia lanzarse a una aventura guerrera de incierto final.

Mientras la crecida iba retirandose del Bajo Egipto, al final de un mes de septiembre cuya dulce calidez era un balsemo para el cuerpo, el carro del rey corria a lo largo de un canal que abastecia algunas aldeas. Nadie, ni siquiera Ameni, conocia la naturaleza de la urgente mision que Ramses consideraba oportuno realizar personalmente.

Desde la muerte de Chenar, el hermano mayor del rey, y de sus complices, era mas facil velar por la seguridad de Ramses. Pero la libertad de maniobra de Uri-Techup preocupaba al gigante sardo, que deploraba la intrepidez del monarca, apenas atenuada por la edad.

Ramses se detuvo al pie de un arbol que crecia junto al canal. Sus hojas lanceoladas eran encantadoras.

-¡Ven a ver, Serramanna! Según los archivos de la Casa de Vida, este es el sauce más viejo de Egipto. De su corteza se extrae una sustancia antiinflamatoria que me ha aliviado. Por eso he venido a agradecerse. Y hare algo más: plantare con mis propias manos ramas de sauce en Pi-Ramses, junto a los estanques, y ordenare que se actue del mismo modo en todo el país. Los dioses y la naturaleza nos lo han dado todo: sepamos hacer fructificar sus tesoros.

<<Ninguna otra tierra -penso el antiguo pirata- podría haber engendrado un rey como este.>>

Un viento gelido soplaba en la altiplanicie de Anatolia; en Hattusa, el otoño se parecía a veces al invierno. Acha no podía quejarse de la hospitalidad de Hattusil; la comida era aceptable, aunque rústica, y las dos jóvenes hititas encargadas de distraerle cumplían su tarea con celo y convicción.

Pero anoraba Egipto. Egipto, y a Ramses. Acha deseaba envejecer a la sombra del monarca al que había servido durante toda su vida y por el que había aceptado, con oculto entusiasmo, afrontar los peores peligros. El verdadero poder, que fascinaba al adolescente Acha durante sus estudios en Menfis, lo detentaba Ramses, y no Moisés, como había creído durante un corto período. Moisés luchaba por la aplicación de una verdad revelada y definitiva, Ramses erigía día tras día la verdad de una civilización y de un pueblo, porque hacía ofrenda de sus actos a Maat, a lo invisible y al principio de vida. Como sus predecesores, Ramses sabía que lo inmóvil corría hacia la muerte; se parecía pues a un músico capaz de tocar varios instrumentos y crear sin cesar nuevas melodías con las mismas notas de eternidad. Ramses no había hecho del poderío legado por los dioses un poder sobre los hombres, sino un deber de rectitud; y esta fidelidad a Maat no permitía a un faraón de Egipto convertirse en un tirano. Su función no consistía en someter a los hombres sino en liberarlos de sí mismos. Ver a Ramses reinando era contemplar a un tallador de piedra cuando moldeaba el rostro de una divinidad.

88

Vestido con un manto de lana roja y negra, parecido al que había llevado su difunto hermano, Hattusil entró en los aposentos que le habían asignado al jefe de la diplomacia egipcia.

-~Estas satisfecho de mi acogida, Acha?

-Con mucho menos lo estaria, majestad.

-~No te afecta este frio precoz?

-Mentiria si afirmase lo contrario; hace tan buen tiempo en las orillas del Nilo ahora.

-Cada pais tiene sus ventajas... ~No te gusta ya el Hatti?

-Cuanto mas envejezco, majestad, mas casero me vuelvo.

-Tengo una buena noticia: mi reflexion ha terminado. Manana mismo podras ponerte en camino hacia Egipto. Pero tambien tengo que comunicarte una mala noticia: no transigire y mis exigencias no han variado. Mi hija debe convertirse en la gran esposa real de Ramses.

-~Y si el faron persiste en su negativa?

Hattusil volvio la espalda al egipcio.

-Ayer convoque a mis generales y les ordene que prepararan nuestras tropas para el combate. Puesto que mi hermano el faraon me pidio hierro, he hecho fabricar para el un arma unica.

El emperador se volvio y saco del bolsillo interior de su manto una daga de hierro que entrego a Acha.

-Una maravilla, ~no es cierto? A pesar de ser tan ligera y manejable, es capaz de traspasar cualquier escudo. He mostrado la daga a mis generales y les he prometido que yo mismo la recuperaria del cadaver de mi hermano Ramses si rechaza mis condiciones.

El sol se ponía sobre el templo de Set, el edificio mas extraño de Pi-Ramses. El santuario donde residia el señor de las perturbaciones cosmicas habia sido erigido en el emplazamiento de la capital de los hicsos, aquellos odiados ocupan-

tes a los que habian expulsado los primeros reyes de la decimoctava dinastia. Ramses habia transformado aquel lugar nefasto en polo de energia positiva; se habia enfrentado a Set y se habia apropiado de su poder.

Aqui, en un dominio prohibido donde solo el hijo de Seti osaba penetrar, el faraon obtenia la fuerza necesaria para librar el proximo combate.

Cuando Ramses salio del templo, Merenptah, su hijo menor, se acerco a el.

-He realizado mi tarea, padre.

-Has trabajado deprisa...

-Ningun cuartel de Pi-Ramses y de Menfis ha escapado a mis investigaciones.

-¡No concedes credito alguno a los informes de los oficiales superiores?

-Bueno. . .

-Habla con franqueza.

-Ninguno, majestad.

--Por que razon, Merenptah?

-Los he observado. Son gente acomodada, confian tanto en la paz que has instaurado que olvidan realizar maniobras serias. Seguro de su fuerza, orgulloso de sus victorias pasadas, nuestro ejercito se adormece.

--Cual es el estado de nuestro armamento?

-La cantidad es suficiente, pero la calidad a menudo es dudosa. Los herreros trabajan despacio desde hace muchos anos, numerosos carros necesitan profundas revisiones.

-Encargate de eso.

-Puedo herir susceptibilidades.

-Cuando la suerte de Egipto esta en juego, carece de importancia. Comportate como un verdadero general en jefe. Jubila a los oficiales incapaces, nombra a hombres seguros para los puestos de responsabilidad, devuelve a nuestro ejercito el armamento que necesita. No comparezcas ante mi hasta haber cumplido tu mision.

Merenptah se inclino ante el faraon y regreso al cuartel general.

Un padre deberia hablar de otro modo a su hijo: pero Ramses era el senor de las Dos Tierras y Merenptah, su posible sucesor.

Iset la bella habia perdido el sueno; sin embargo, conocia la felicidad: ver a Ramses cada dia, hacerse confianzas con el, estar a su lado en los rituales y las ceremonias oficiales... Y sus dos hijos, Kha y Merenptah, hacian una brillante carrera.

Pero Iset la bella estaba cada vez mas triste y mas sola, como si aquel exceso de felicidad la corroyese y la privara de sus fuerzas. Habia averiguado la causa de sus noches en blanco: Nefertari habia sido artesana de la paz, mientras que ella, Iset, se convertia en sinonimo de conflicto. Al igual que Helena habia sido el origen de la terrible guerra de Troya, Iset seria, ante los ojos del pueblo, la que iba a provocar un nuevo enfrentamiento entre Egipto y el Hatti.

Bajo el impulso de Merenptah, cuya autoridad no discutian los oficiales superiores, Pi-Ramses sufria un acceso de fiebre militar. El entrenamiento intensivo y la produccion de armas se habia reanudado.

--Cuando podre maquillaros, majestad? -pregunto la peluquera de la reina.

--Se ha levantado el rey?

-jHace ya mucho rato!

--Almorzamos juntos?

-Ha avisado a vuestro mayordomo de que trabajaria durante todo el dia con el visir y los jefes de las fortalezas de Canaan, llamados urgentemente a Pi-Ramses.

-Haz que preparen mi silla de manos.

-;Majestad! Apenas estais peinada, no os he puesto la peluca, no os he maquillado...

-Apresurate. Iset la bella era un peso muy leve para los doce robustos mocetones que llevaban a la reina del palacio al despacho de Ameni. Como la gran esposa real les habia pedido que se apresuraran, gozarian de una prima y un descanso suplementario.

La reina penetro en una verdadera colmena. La veintena de escribas que componian el restringido equipo de Ameni trataba un considerable numero de asuntos y no tenia ni un segundo que consagrar a la chachara. Era preciso leer, resumir para el secretario particular del rey, seleccionar y archivar, sin retrasarse en absoluto.

Iset cruzo la sala de las columnas; algunos funcionarios ni siquiera levantaron los ojos. Cuando penetro en el despacho de Ameni, este masticaba una rebanada de pan untada con grasa de oca y redactaba una carta en la que reganaba a un supervisor de los graneros.

Sorprendido, el portasandalias de Ramses se levanto.

-Majestad...

-Sentaos, Ameni. Tengo que hablaros.

La reina cerro la puerta de madera del despacho y corrio el cerrojo. El escriba se sentia incomodo; habia admirado a Nefertari tanto como detestaba a Iset, con la que habia chocado ya. Contra su costumbre, su aspecto no la favorecia: su mirada apagada y su rostro cansado no podian embellecerse con ningun artificio de maquillaje.

-Vuestra ayuda me es indispensable, Ameni.

-Majestad, no veo...

-Dejad de haceros el astuto conmigo. No ignoro que la corte se sentiría aliviada si el faraón me repudiase.

- ¡ Majestad !

-Así es, y nada puedo hacer para cambiarlo. Decidme vos, que lo sabéis todo, que piensa el pueblo.

-Es bastante delicado...

-Quiero conocer la verdad...

-Sois la gran esposa real, ninguna crítica debe alcanzaros.

-La verdad, Ameni.

El escriba bajo los ojos, como si se concentrara en su papiro.

-Hay que comprender al pueblo, majestad; está acostumbrado a la paz.

-El pueblo amaba a Nefertari pero a mí no me aprecia mucho: esa es la verdad que queréis ocultarme.

-Son las circunstancias, majestad.

-Hablad con Ramses, decidle que soy consciente de la gravedad de la situación y que estoy dispuesta a sacrificarme para evitar un conflicto.

-Ramses ha tomado ya su decisión.

-Insistid ante él, Ameni, os lo ruego.

El secretario particular del rey se quedó convencido de la sinceridad de Iset la bella. Por primera vez le pareció digna de ser reina de Egipto.

93

~Por qué demoras tu partida? -pregunto el emperador

Hattusil a Acha.

-Porque todavia espero hacerlos cambiar vuestra decision.

Envuelto en su manto de lana roja y negra, tocado con un gorro, el señor del Hatti temia las gelidas borrascas que barrían las murallas de su capital. A pesar de la proteccion que le ofrecia su gran capa, el jefe de la diplomacia egipcia sentia los mordiscos del frio.

-Imposible, Aclla.

--Iniciarcis una inutil guerra a causa de una mujer? Troya nos sirvio de ejemplo. ~Por que esclavizarnos a una locura mortifera? Las reinas deben dar la vida, no la muerte.

-Tus argumentos son excelentes... ¡Pero tan egipcios! El Hatti no me perdonaria que quedara en ridiculo. Si retrocedo ante Ramses, mi trono vacila.

-Nadie os amcnaza.

-Si mi comportamiento humilla al ejercito hitita, no vivire mucho tiempo. Somos un pueblo guerrero, Acha; el tirano que me sustituyera seria peor que yo, no lo dudes.

-Ramses quiere que vuestro reinado sea duradero, majestad.

--Pucdo creerte?

-C)s doy mi palabra por lo que me es mas querido: la vida de Ramses.

Ambos hombres dieron unos pasos por el camino de ronda que dominaba la capital, erizada de torres de vigia. El ejercito estaba presente en todas partes.

--No estais fatigado de guerrear, majestad?

-Los soldados me aburren. Pero sin ellos el Hatti desapareceria.

-A Egipto no le gusta el combate; prefiere el amor y la construcción de templos. ¿Acaso la batalla de Kadesh no pertenece al pasado?

-No me obligues a decir que me hubiera gustado nacer egipcio, Acha.

-Cualquier nuevo conflicto entre Egipto y el Hatti sería un desastre que debilitaría nuestros dos países en beneficio de Asiria. Aceptad que vuestra hija se convierta en esposa diplomática de Ramses y que Iset la bella siga siendo gran esposa real.

-No puedo retroceder, Acha.

El ministro de Asuntos Exteriores de Ramses el Grande contempló la ciudad baja, cuyo corazón era el templo del dios de la Tormenta y de la diosa del Sol.

-Los hombres son animales perversos y peligrosos -estimo-; acabarán mancillando la tierra y aniquilando su propia raza. Cuando están encerrados en un proceso de destrucción que ellos mismos han creado, ningún argumento puede apartarlos de él. ¿Por qué se obstinan en correr hacia su propia perdición?

-Porque los humanos se alejan cada vez más de los dioses -respondió Hattusil-. Cuando todos los vínculos se hayan cortado, ya solo quedarán fanáticos manipulados por tiranos que reinarán sobre un inmenso pueblo de hormigas.

-Es curioso, majestad... Me obligáis a reconocer que me he pasado la vida luchando por Maat, por la armonía entre el cielo y la tierra, como si todo lo demás hubiera sido solo futilidad.

--Habrás sido, de lo contrario, el amigo de Ramses?

El viento se hizo más violento, el frío aumentó.

-Será mejor regresar, Acha.

-Es tan estúpido, majestad.

-Eso pienso yo tambien, pero ni tu ni yo podemos hacer nada. Deseemos que las divinidades del Hatti y de Egipto sean testigos de nuestra buena fe y hagan un milagro.

En el muelle del puerto fluvial de Pi-Ramses se agitaba una excitada muchedumbre. Aquel mismo dia, varios barcos procedentes de Menfis, de Tebas y de otras ciudades del Sur habian descargado sus mercancías. El mercado local, muy ordinario por lo comun, habia tomado una dimension sin precedentes. Los arrendadores de los mejores puestos, entre ellos muchas mujeres que dominaban el arte del comercio, estaban decididos a hacer sustanciosos beneficios.

Cogidos de la mano, Uri-Techup y Tanit paseaban entre los ociosos, echando una mirada a las telas, a las sandalias, a las arquillas de maderas preciosas y a otras maravillas. Todo Pi-Ramses habia acudido a la cita, y la hermosa fenicia se obligaba a sonreír a sus innumerables conocidas, seducidas por la virilidad del principe hitita.

No sin profunda satisfaccion, este habia advertido que los esbirros de Serramanna no le seguian ya. Acosar a un ciudadano honesto era delito, Uri-Techup no habria dejado de presentar denuncia.

--Puedo... comprar? -imploro la fenicia.

-Vamos, querida, eres libre por completo.

Tanit se lanzo a un frenesí de adquisiciones que calmaron su nerviosismo. De puesto en puesto, la pareja se encontro ante el de Raia. El mercader sirio ofrecia copas de estano, jarros de alabastro de esbeltas formas y redomas para perfumes, de vidrio coloreado, que las elegantes se arrebatában. Mientras Tanit discutía acerbamente los precios con uno de los ayudantes de Raia, este se acerco a Uri-Techup.

-Excelentes noticias de Hattusa; las negociaciones enta-

96

bladas con Acha han fracasado. El emperador no quiere renunciar a sus exigencias.

--Se han roto definitivamente las conversaciones?

-Acha regresa a Egipto. La respuesta de Hattusil a Ramses es una daga de hierro que el emperador ha prometido recuperar del cadaver del faraon tras haberlo vencido.

Uri-Techup permanecio silencioso largo rato.

-Esta noche ven tu mismo a entregar los objetos que mi mujer te haya comprado.

El robusto Setau se maravillaba cada dia mas.

~Como lo hacia Loto, su hermosa esposa nubia, para no envejecer? Puesto que no utilizaba unguentos ni pomadas, solo la hechiceria mantenia intacto un poder de seducccion que su marido era incapaz de resistir. Con ella, el amor era un juego delicioso, de inagotables fantasias.

Setau beso los pechos de Loto.

De pronto, ella se crispo.

--No has oido un ruido?

-Tu corazon, que palpita algo mas fuerte...

El ardor de Setau inflamo a Loto, que ya solo penso en el placer embriagador y compartido.

La inesperada visitante se inmovilizo. Cuando se habia introducido en el laboratorio, esperaba que la pareja estuviese ausente. Pero cuando se encontraban en Pi-Ramses, Setau y Loto no se alejaban facilmente de los recipientes que contenian el veneno de la cobra real, de la cobra negra, de la vibora escupidora o de la vibora cornuda. De acuerdo con la medico en jefe del reino, proseguian sus investigaciones, con la esperanza de poner a punto nuevos remedios o mejorar los antiguos. Los banquetes y las mundanidades les aburrían; ~como preferir interminables horas de vacia conversa-

97

cion al estudio de esas sustancias que provocaban la muerte

pero que a la vez podian salvar vidas?

Suspiros y jadeos tranquilizaron a la intrusa; ambos amantes estaban demasiado ocupados para percibir su presencia. A ella le tocaba no cometer torpeza alguna y apoderarse de un frasco de veneno en el mas perfecto silencio. ~Pero cual elegir? Inutil pregunta. En bruto, y antes del tratamiento, sus efectos eran terribles.

Un paso, luego otro, luego un tercero... Los pies desnudos se deslizaban por las losas. Un metro mas y la intrusa se hallaria en el corazon de aquel dominio prohibido.

De pronto se irguio una forma.

Aterrorizada, la mujer se quedo inmobil. En la penumbra identifico una cobra real que se balanceaba hacia delante y hacia atras. El miedo fue tan intenso que la ladrona ni siquiera logro gritar. Su instinto le ordeno retroceder, con extrema lentitud, en un movimiento imperceptible.

Tuvo la impresion de que su huida duraba horas. Cuando estuvo fuera de su vista, la cobra guardiana volvio a dormirse.

Ameni volvio a contar los papiros: cuarenta y dos, uno por provincia. Los resultados variarian en funcion del numero de canales y estanques. Gracias al gran lago construido por los faraones del Imperio Medio, el Fayyum, ya bien provisto de numerosas especies de arboles, mejoraria. De acuerdo con las ordenes de Ramses, se plantarian sauces en todo Egipto y los laboratorios de los templos extraerian de su corteza la sustancia analgesica, ampliamente puesta a disposicion de los medicos.

Aquel trabajo suplementario habia provocado en Ameni un acceso de furor que sus subordinados habian pagado, pero las directrices del faraon no se discutian. A fin de cuentas, el portasandalias del rey no debia preocuparse de los preparativos para la guerra. Afortunadamente, Merenptah se encargaba muy bien de la tarea.

Con los brazos cargados de papiros, Ameni cerro el paso

al monarca, que se dirigia al templo de Amon para celebrar allí los ritos vespertinos.

-~Tiene tu majestad un instante que concederme?

-Solo si es un asunto urgente.

-Bueno, no insisto...

-Tu maniobra no es improvisada: ~que te preocupa?

-Iset la bella fue a consultarme.

-~Se interesa por los asuntos del Estado?

-No quiere ser la causa de un conflicto con el Hatti. Debo reconocer que su sinceridad me ha conmovido.

-Si el encanto de Iset actua sobre ti, ~no estara en peligro el reino?

-En serio, majestad; la gran esposa real teme realmente ser el origen de una nueva guerra.

-El problema esta solucionado, Ameni. Si cedemos una sola pulgada de terreno a los hititas, los combates que hemos librado habran resultado inutiles. Repudiar a una gran esposa real seria abrir la puerta a la barbarie. Iset no tiene responsabilidad alguna en este drama. El unico culpable es Hattusil.

99

Una lluvia glacial caia sobre Hattusa; el convoy del jefe de la diplomacia egipcia estaba listo para partir. Elegante y refinada con su larga tunica a franjas, indiferente al frio, la emperatriz fue a saludar a Acha.

-El emperador esta en la cama -revelo.

-Nada grave, espero.

-Un poco de fiebre que desapareciera enseguida.

-Deseadle una rapida recuperacion, majestad.

-El fracaso de la negociacion me ha dejado desolada -reconocio Putuhepa.

-A mi tambien, majestad.

~Y si Ramses acabara cediendo?

-No nos hagamos ilusiones.

-Nunca os habia visto tan pesimista, Acha.

-Solo nos quedan dos esperanzas: un milagro y... vos misma. ~No podriais atenuar la intransigencia de vuestro esposo ?

-Hasta el momento, he fracasado... Pero proseguire.

-Majestad, querria deciros... No, no tiene importancia.

-Os escucho.

-Realmente no tiene importancia.

~Como podia Acha confesar a la emperatriz del Hatti que, de entre todas las mujeres que habia conocido, ella era la unica con la que se hubiera casado de buena gana? Habria sido de un mal gusto imperdonable.

Acha miro a Putuhepa con intensidad, como si quisiera grabar en su interior el recuerdo de un rostro inaccesible. Luego se inclino.

-No os marcheis triste, Acha; hare lo que pueda para evitar lo peor.

-Yo tambien, majestad.

Cuando el convoy se puso en marcha hacia el sur, Acha no se volvio.

Setau se sentia maravillosamente. Salio de la alcoba sin despertar a Loto, cuyo cuerpo desnudo, tan conmovedor, no dejaba de suscitar su deseo. Vacilo unos instantes, luego se

dirigio a su laboratorio. El veneno de la vibora cornuda, recogido la noche anterior, debia ser tratado aquel dia; su trabajo de administrador de una provincia nubia no habia hecho olvidar al encantador de serpientes las reglas del oficio.

Una joven sierva que llevaba una bandeja con fruta se quedo petrificada. Asustada por el brutal aspecto de Setau, no se atrevio a huir; ~no era aquel hombre el mago que empujaba las serpientes venenosas sin temor a que le mordieran?

-Tengo hambre, pequena; vete a buscar pescado seco, leche y pan fresco.

Temblando, la sierva obedecio. Setau salio al jardin y se tendio en la hierba para impregnarse mejor del sabor de la tierra. Comio con apetito y, luego, tarareando un estribillo reservado a oidos avisados, regreso al ala del palacio destinada a las experimentaciones.

Le faltaba su ropa habitual, su tunica de piel de antilope, saturada de antidotos contra las mordeduras de las serpientes. Aquellos productos tenian que ser utilizados con cuidado, pues el remedio podia resultar peor que la enfermedad. Gracias a aquella farmacia ambulante, Setau era capaz de combatir numerosas enfermedades.

Antes de tomar a Loto en sus brazos, habia dejado su tunica en una silla baja. No, se equivocaba... habia sido en la otra habitacion. Setau registro la antecamara, una pequena sala columnada, la sala de aseo, los lugares excusados.

En balde.

Solo le quedaba buscar en la alcoba. Si, claro... Alli habia dejado su preciosa tunica.

Loto desperto; Setau la beso con ternura en los pechos.

-Dime, querida... ~donde has puesto mi tunica?

-Nunca la toco.

Nervioso, Setau registro la habitacion, sin resultado.

-Ha desaparecido -concluyo.

Serramanna esperaba que, esta vez, Ramses le llevara consigo para enfrentarse con los hititas. Desde hacia muchos años, el antiguo pirata sentía deseos de rebanar el gaza a los bárbaros de Anatolia y cortar las manos de los vencidos, para contarlos. Cuando el rey libró la batalla de Kadesh, el gigante sardo había recibido la orden de permanecer en Pi-Ramses y encargarse de la seguridad de la familia real; desde entonces, había formado hombres capaces de asumir esa tarea y hoy solo sonaba con destripar al enemigo.

La irrupción de Setau en el cuartel donde se entrenaba el sardo no dejó de sorprenderle; los dos hombres no siempre se habían llevado bien, pero habían aprendido a apreciarse y se sabían unidos por un punto común: la fidelidad a Ramses.

El antiguo pirata dejó de golpear el muñeco de madera que destrozaba a puñetazos.

--Algun problema, Setau?

-Me han robado mi bien más precioso: mi túnica medicinal .

--Sospechas de alguien?

-Un médico celoso, por fuerza; ¡y ni siquiera sabría utilizarla!

--Puedes ser más concreto?

-Lamentablemente, no.

-Alguien ha querido hacerte una jugarreta, porque desempeñas un papel demasiado importante en Nubia. En la corte no te aprecian mucho.

-Hay que registrar el palacio, las mansiones de los nobles, los talleres, las...

-¡Calma, calma, Setau! Voy a asignar dos hombres al caso, pero estamos en período de movilización general y tu

tunica no puede ser prioritaria.

--Sabes a cuanta gente ha salvado ya?

-Soy consciente de ello, pero sera mejor que te procures otra.

-Decirlo es facil. Me habia acostumbrado a esta.

-jVamos, Setau! No me vengas con historias y vayamos a tomar una copa. Luego iremos juntos a casa del mejor curtidor de la ciudad. Despues de todo, hay que cambiar de piel un dia u otro.

-Quiero conocer al autor del robo.

Ramses leyo el ultimo informe de Merenptah, claro y conciso. Su hijo menor daba pruebas de gran lucidez. Cuando Acha regresara del Hatti, el faraon iniciaria las ultimas negociaciones con Hattusil. Pero el emperador no se enganaria y, como el rey de Egipto, aprovecharia ese periodo para preparar su ejercito para el combate.

Las tropas de elite egipcias estaban en mejores condiciones de lo que Ramses habia supuesto; seria facil enrolar mercenarios aguerridos y acelerar la preparacion de los jovenes reclutas. En cuanto al armamento, pronto estaria al completo gracias a la intensiva produccion de los armeros. Los oficiales nombrados por Merenptah, con el aval de Ramses, encuadrarian a unos soldados capaces de enfrentarse victoriosamente con los hititas.

I03

Cuando Ramses se pusiera a la cabeza de su ejercito para dirigirse al norte, la seguridad del triunfo inflamaria el corazon de sus regimientos.

Hattusil hacia mal renunciando a la paz; Egipto no solo lucharia con ardor por su supervivencia, sino que tomaria la iniciativa para sorprender a los guerreros de Anatolia. Esta vez, Ramses conquistaria la fortaleza de Kadesh.

Sin embargo, una insolita ansiedad oprimia el corazon del

rey, como si dudara de la conducta que debía seguir; puesto que Nefertari no estaba ya a su lado para iluminar el camino, el monarca debía consultar a una divinidad.

Ramses ordeno a Serramanna que preparara una embarcación rápida para dirigirse a Hermopolis, en el Medio Egipto. Mientras el soberano cruzaba la pasarela, Iset la bella le dirigió una súplica.

-~ Puedo ir contigo ?

-No, necesito estar solo.

-~Tienes noticias de Acha?

-Pronto estara de regreso.

-Ya conoces mis sentimientos, majestad; dame una orden y obedecere. La felicidad de Egipto cuenta mas que la mia.

-Te lo agradezco, Iset; pero esta felicidad desaparecería si Egipto doblara el espinazo ante la injusticia.

La vela blanca se alejo hacia el sur.

Al borde del desierto, cerca de la necropolis donde habian sido inhumados los grandes sacerdotes del dios Thot, crecía una inmensa palmera duma, mucho mas alta que sus semejantes. Según la leyenda, Thot, el corazón de la luz divina y

1. La ciudad de Khemenu, <<la ciudad de los ocho (dioses creadores)>~ fue llamada por los griegos Hermopolis, <<la ciudad de Hermes>~, ya que Hermes era el nombre griego de Thot, que reinaba sobre el lugar, el actual Ashmunein.

I04

el señor de la lengua sagrada, se aparecía aquí a los fieles que habian preservado su boca de palabras inútiles. Ramses sabía que el dios de los escribas era un fresco manantial para el silencioso, manantial que permanecía seco para el charlatan. El rey medito un día y una noche al pie de la palmera duma, para apaciguar el tumultuoso flujo de sus pensamientos.

Al alba, un potente grito saludo el nacimiento del sol.

A menos de tres metros de Ramses se hallaba un mono colosal, un quinocefalo de agresivas mandibulas. El faraon aguanto su mirada.

-Abreme el camino, Thot, tu que conoces los misterios del cielo y de la tierra. Revelaste la Regla a los dioses y los hombres, modelaste las palabras de poder. Hazme seguir el justo camino, el que sea util a Egipto.

El quinocefalo se irguio sobre sus patas traseras. Mas alto que Ramses, levanto sus patas delanteras al sol, en signo de adoracion. El rey imito su gesto, el, cuyos ojos soportaban la luz sin ser abrasado.

La voz de Thot broto del cielo, de la palmera duma y de la garganta del babuino; el faraon la recogio en su corazon. La lluvia caia desde hacia varios dias y la niebla demoraba la marcha del convoy del jefe de la diplomacia egipcia. Acha admiraba los asnos que, a pesar de soportar cargas de setenta kilos, avanzaban con paso seguro, indiferentes al mal tiempo. Egipto veia en ellos una de las encarnaciones del dios Set, de inagotable potencia; sin los asnos, no habia prosperidad.

Acha estaba impaciente por abandonar Siria del Norte, atravesar Fenicia y entrar en los protectorados egipcios. Por lo general, los viajes le divertian; pero este parecia un fardo que a duras penas levantaba. Los paisajes le aburrían, las montañas le incomodaban, los ríos arrastraban negras ideas.

El responsable militar del convoy era un veterano que habia pertenecido al ejercito de salvamento que acudio a ayudar a Ramses cuando combatia solo contra los hititas, en Kadesh. El hombre conocia bien a Acha y sentia estima por el; sus hazanas de agente secreto y su conocimiento del terreno obligaban al respeto. El ministro de Asuntos Exteriores tenia tambien fama de ser un personaje amable, de brillante conversacion; pero desde la partida estaba taciturno y triste.

Aprovechando un alto en un aprisco donde animales y hombres se calentaron, el veterano se sento junto a Acha.

--Os sentis mal?

-Solo fatigado.

-Las noticias no son alentadoras, ~no es cierto?

-Podrian ser mejores pero, mientras Ramses siga gobernando, la situacion nunca sera desesperada.

-Yo conozco bien a los hititas: son brutales y conquistadores. Algunos anos de tregua les han vuelto mas vengativos todavia.

-Os equivocais; tal vez nuestro mundo se desgarrare a causa de una mujer. Es cierto que es distinta a todas las demas, puesto que se trata de la gran esposa real. Ramses tiene razon: no hay que hacer concesion alguna cuando los valores fundamentales de nuestra civilizacion estan en juego.

-jHe aqui un lenguaje poco diplomatico!

-La edad de la jubilacion se aproxima. Me habia prometido dimitir cuando los viajes me parecieran agotadores y aburridos; ese dia ya ha llegado.

-El rey no querra separarse de vos.

-Soy tan testarudo como el e intentare tener exito en esa negociacion; encontrarme un sucesor sera mas facil de lo que imagina. Los <~hijos reales~ no son todos simples cortesanos, algunos estan considerados incluso excelentes servidores de Egipto. En mi oficio, cuando la curiosidad se apaga, hay que saber detenerse. El mundo exterior no me interesa ya, ahora solo deseo sentarme a la sombra de las palmeras y ver correr el Nilo.

--No sera un simple momento de cansancio? -pregunto el veterano.

-En absoluto. Mi decision es irrevocable.

-Para mi tambien sera el ultimo viaje. ¡Tranquilidad por fin!

-- Donde vivis ?

-En una aldea, cerca de Karnak; mi madre es muy mayor ya, sere feliz ayudandole a tener una vejez tranquila.

--Estais casado?

-No he tenido tiempo.

-Yo tampoco-dijo Acha, sonador.

-Todavia sois joven.

-Prefiero aguardar a que la edad apague mi pasion por las mujeres; hasta entonces, asumire valerosamente esta debilidad. Esperemos que el tribunal del gran dios me lo perdone.

El veterano encendio una hoguera con silex y lena seca.

-Tenemos excelente carne seca y un vino aceptable.

-Me limitare a una copa de vino.

--Perdeis el apetito?

-Cierta numero de apetitos me han abandonado ya. Tal vez sea el comienzo de la sabiduria.

La lluvia habia cesado por fin.

-Podriamos ponernos en marcha.

-Hombres y animales estan cansados -objeto el veterano-; cuando hayan descansado, avanzaran mas deprisa.

-Voy a dormir un poco -afirmo Acha, consciente de que no conseguiria conciliar el sueno.

El convoy atraveso un encinar que dominaba una abrupta pendiente sembrada de agrietados bloques. Por el estrecho

sendero solo se podia avanzar en fila india. El cambiante cielo estaba cubierto de cohortes de nubes.

Una extraña sensacion obsesionaba a Acha. Intentaba en vano apartarla, sonando con las riberas del Nilo, con el sombreado jardin de la mansion de Pi-Ramses donde viviria apacibles dias, con los perros, los monos y los gatos, a los que, por fin, podria dedicarles su tiempo.

Su mano diestra se poso en la daga de hierro que le habia entregado Hattusil para sembrar la inquietud en el espiritu de Ramses. Inquietar a Ramses... ¡Que poco conocia Hattusil al faraon! Nunca cederia a la amenaza. Acha sintio deseos de arrojar el arma al arroyo que corria por debajo, pero sabia que esa daga no iba a iniciar las hostilidades.

Durante algun tiempo, Acha habia pensado que seria bueno unificar las costumbres y abolir las diferencias entre pueblos; sin embargo, ahora estaba convencido de lo contrario. De la uniformidad nacerian monstruos, Estados sin genio alguno, sometidos a poderes tentaculares, y aprovechados que defenderian la causa del hombre para ahogarle mejor y hacerle pasar por el aro.

Solo alguien como Ramses era capaz de apartar a la humanidad de su natural tendencia, la estupidez y la pereza, y conducirla hacia los dioses. Y si la vida no ofrecia ya un solo Ramses a la especie humana, esta desapareceria en el caos y la sangre de los combates fratricidas.

¡Que bueno era confiar en Ramses para las decisiones vitales! El faraon, en cambio, no tenia mas guia que lo invisible y el mas alla. Solo frente a lo divino, en el naos del templo, lo estaba tambien frente a su pueblo, al que debia servir sin pensar en su propia gloria. Y, desde hacia milenios, la institucion faraonica habia superado los obstaculos y atravesado las crisis porque no era solo de este mundo.

Cuando hubiera abandonado su equipaje de ministro itinerante, Acha reuniria los antiguos textos sobre la doble naturaleza del faraon, celeste y terrenal, y ofreceria la coleccion a Ramses. Hablarian de ellos durante dulces veladas, bajo un emparrado o a orillas de un estanque cubierto de

lotos .

Acha habia tenido suerte, mucha suerte. Ser amigo de Ramses el Grande, haberle ayudado a desactivar las conjuras y rechazar el peligro hitita... ~Podia desear algo mas exaltante? Cien veces habia perdido Acha la esperanza en el futuro, a causa de la bajeza, la traicion y la mediocridad; pero cien veces la presencia de Ramses habia hecho brillar de nuevo el sol.

Un arbol muerto, de gran tamano, ancho tronco y visibiles raices, parecia, sin embargo, indestructible.

Acha sonrio. ~No era ese arbol muerto fuente de vida? Los pajaros se encontraban en el refugio, los insectos se alimentaban de el. Simbolizaba, por si solo, el misterio de las relaciones invisibles entre los seres vivos. ~Que eran los faraones sino arboles inmensos que llegaban al cielo, que ofrecian alimento y proteccion a todo un pueblo? Ramses no moriria nunca porque su funcion le habia obligado a cruzar, en vida, las puertas del mas alla; y solo el conocimiento de lo sobrenatural permitia a un monarca orientar correctamente lo cotidiano.

Acha no habia frecuentado en exceso los templos, pero habia tratado a Ramses y, por osmosis, se habia iniciado en ciertos secretos cuyo guardian y depositario era el faraon. Tal vez el ministro de Ramses se cansaba ya de su apacible retiro, antes incluso de haberlo vivido; ~no seria mas exaltante abandonar el mundo exterior y adoptar la existencia de los reclusos, para conocer otra aventura, la del espiritu?

El sendero se hacia empinado, el caballo de Acha sufria. Un collado mas y comenzaria el descenso hacia Canaan y el camino hacia la frontera noreste del delta de Egipto. Durante mucho tiempo, Acha se habia negado a creer que le satisfaria una vida sencilla, en la tierra donde habia nacido, al abrigo de tumultos y pasiones. La manana de la partida, mirandose a un espejo, habia visto su primera cana; la nieve de las montanas de Anatolia se habia adelantado. Una senal sin ambiguedad, la victoria de la vejez que tanto habia temido.

Solo el sabia que su organismo estaba desgastado a causa

de los excesivos viajes, riesgos y peligros que habia corrido; Neferet, la medico en jefe del reino, conseguiria aliviar algunos males y retrasar la degradacion, pero Acha no disponia, como Ramses, de una energia renovada por los ritos. El diplomatico habia ido mas alla de sus fuerzas, su tiempo de vida estaba casi agotado.

De pronto se oyo el terrorifico grito de un hombre herido de muerte. Acha detuvo su caballo y se volvio. Desde la retaguardia llegaron otros gritos. Abajo se combatia y volaban algunas flechas, disparadas desde la copa de las encinas. Un grupo de libios e hititas armados de cortas espadas y lanzas surgieron de ambos lados del camino.

La mitad de los soldados egipcios fue exterminada en pocos minutos; los supervivientes consiguieron terminar con algunos agresores, muy superiores en numero.

-¡Huid! -recomendo el veterano a Acha-. ¡Galopad en linea recta!

Acha no vacilo. Blandiendo la daga de hierro, se arrojó sobre un arquero libio, reconocible por las dos plumas clavadas en sus cabellos, cenidos por una cinta negra y verde. Con un amplio gesto, el egipcio le corto la garganta.

-Cuidado, cuid...

La advertencia del veterano se perdio en un estertor. La pesada espada, manejada por un demonio de largos cabellos y pecho cubierto de vello rojizo, acababa de partirle el craneo.

En el mismo instante, una flecha alcanzo a Acha en la espalda. Sin aliento, el jefe de la diplomacia egipcia se derumbo en el humedo suelo.

Habia cesado toda resistencia.

El demonio se acerco al herido.

-Uri-Techup...

-¡Eso es, Acha, yo soy el vencedor! Por fin me vengo de

ti, diplomático maldito que contribuiste a mi decadencia. Pero tu no eras más que un obstáculo en mi camino. Ahora le llega el turno a Ramses. Ramses creía que el autor de la agresión es el cobarde Hattusil. ~Que te parece mi plan?

-Que... el cobarde... eres tu.

Uri-Techup se apoderó de la daga de hierro y la clavó en el pecho de Acha. El pijalle había comenzado ya; si el hitita no intervenía, los libios se matarían mutuamente.

Acha ya no tenía fuerzas para escribir con su sangre el nombre de Uri-Techup. Con el índice, recurriendo a lo más hondo de su agonizante energía, trazó un solo jeroglífico en su túnica, a la altura del corazón, y se encogió definitivamente.

Ramses comprendería aquel jeroglífico.

El palacio estaba sumido en el silencio. Al regresar de Heropolis, Ramses comprendió enseguida que acababa de acontecer un drama. Los cortesanos se habían eclipsado. El personal administrativo se agazapaba en los despachos.

-Vete a buscar a Ameni -ordenó el rey a Serramanna-. Que se reúna conmigo en la terraza.

Desde el punto más elevado de palacio, Ramses contemplaba su capital. Las casas blancas con fachadas de turquesa dormitaban bajo las palmeras; algunos paseantes charlaban en los jardines, junto a los estanques; los altos mástiles con oriflamas, erguidos ante los pilonos, afirmaban la presencia de lo divino.

El dios Thot había exigido al monarca que preservara la paz, fueran cuales fuesen los sacrificios que debieran hacerse; en el laberinto de las ambiciones, debía encontrar el buen camino que evitara matanzas y desgracias. Ensanchando el corazón del rey, el dios del conocimiento le había ofrecido una nueva voluntad; el hijo de Ra, el sol en quien se encarnaba la luz divina, era también el de Thot, el sol nocturno.

Ameni estaba más pálido que de costumbre; sus ojos reflejaban una infinita tristeza.

-¡Tu al menos te atreveras a decirme la verdad!

-Acha ha muerto, majestad.

Ramses permanecio impasible.

-- En que circunstancias ?

-Su convoy fue atacado. Un pastor descubrio los cadaveres y aviso a unos policias cananeos. Acudieron al lugar, uno de ellos reconocio a Acha.

--Su cuerpo ha sido formalmente identificado?

-Si, majestad.

--Donde esta?

-En una fortaleza, con los demas miembros del convoy diplomatico.

-- Ningun superviviente ?

-Ninguno.

-- Testigos ?

-Tampoco.

-Que Serramanna acuda al lugar de la agresion, que recoja el menor indicio y traiga los despojos de Acha y sus companeros. Descansaran en Egipto.

El gigante sardo y un pequeno grupo de mercenarios habian agotado varios caballos para llegar a la fortaleza y volver a Pi-Ramses con la misma rapidez. En cuanto regresaron, Serramanna entrego el cadaver de Acha a un embalsamador, que lo habia lavado, perfumado y envuelto en un sudario blanco antes de presentarlo al faraon.

Ramses habia tomado a su amigo en brazos y lo habia depositado en un lecho de una de las camaras de palacio.

El rostro de Acha estaba sereno, como si el jefe de la di-

plomacia egipcia estuviera dormido.

Ante el, Ramses, flanqueado por Ameni y Setau.

--¿Quién lo ha matado? -pregunto Setau, cuyos ojos estaban enrojecidos de tanto llorar.

-Lo sabremos -prometio el rey-; espero el informe de Serramanna.

-Su morada de eternidad esta lista -preciso Ameni-; el juicio de los hombres le ha sido favorable, los dioses le haran renacer.

-Mi hijo Kha dirigira el ritual y pronunciara las antiguas formulas de resurreccion. Lo que estaba atado aqui abajo, lo estara en el mas alla; la fidelidad de Acha a su pais le protegera de los peligros del otro mundo.

-Matara a su asesino con mis propias manos -anuncio Setau-; en adelante, no me separare de este pensamiento.

Serramanna se presento ante el monarca.

--¿Que has descubierto?

-Acha fue alcanzado por una flecha que se clavo en su omoplato derecho, pero la herida no era mortal. He aqui el arma que le mato.

El antiguo pirata entrego a Ramses la daga.

-¡Hierro! -exclamo Ameni-. ¡Siniestro regalo del emperador del Hatti! Ese es su mensaje: el asesinato del embajador de Egipto, amigo intimo de Ramses.

Serramanna nunca habia visto a Ameni en semejante estado de furor.

-Conocemos pues al asesino-concluyo, gelido, Setau-. Por mucho que Hattusil se agazape en su ciudadela, me introduciré en ella y arrojare su cadaver desde lo alto de las murallas.

-Emito una reserva-dijo el sardo.

-¡Te equivocas, lo lograre!

-No es una reserva sobre tu deseo de venganza, Setau, sino sobre la identidad del asesino.

~No es hitita esa daga de hierro?

-Claro que si, pero he encontrado otro indicio.

Serramanna mostro una pluma rota.

-Es el ornamento guerrero de los libios.

-Libios aliados con los hititas... ¡Imposible!

-Cuando las fuerzas del mal deciden unirse -considero Ameni-, nada es imposible. Esta claro que Hattusil ha elegido la prueba de fuerza. Como sus predecesores, solo piensa en destruir Egipto y esta dispuesto a aliarse con los demonios del infierno para lograrlo.

-Hay otro elemento de apreciacion -comento Serramanna-: el convoy incluia un pequeno numero de viajeros. Los agresores debian de ser cuarenta, cincuenta a lo sumo. Es una pandilla de bandoleros que tendio una emboscada, no un ejercito regular.

-Esa es tu interpretacion -objeto Ameni.

-No, es la realidad; despues de haber examinado el paisaje, la estrechez del camino y las huellas dejadas por los jinetes, no me queda la menor duda. Estoy convencido de que no habia un solo carro hitita por los alrededores.

~Y en que cambia eso las cosas? -pregunto Setau-. Hattusil ordeno a un comando que ejecutara a Acha con un hermoso regalo para Ramses, jesta daga de hierro! Puesto que el faraon se niega a casarse con su hija, el emperador del Hatti asesina a uno de sus amigos intimos, un hombre de paz y de dialogo. Nadie puede alterar el espiritu de los pueblos; los hititas seran siempre barbaros sin palabra.

-Majestad -declaro Ameni gravemente-, me horroriza la violencia y detesto la guerra. Pero dejar este crimen sin castigo seria una injusticia intolerable. Mientras el Hatti no sea doblegado, Egipto estara en peligro de muerte. Acha dio su vida para hacernoslo comprender.

Ramses habia escuchado sin manifestar la menor emocion.

--Hay algo mas, Serramanna?

-Nada, majestad.

--No escribio Acha nada en la tierra?

-No tuvo tiempo; el golpe recibido con la daga fue de extrema violencia y la muerte rapida.

--Su equipaje?

-Robado.

--Su ropa?

-El momificador se la quito.

-Traemela.

-Pero... seguro que ya la habra destruido.

-Traemela, y rapido.

IIS

Serramanna vivio el mayor pavor de su existencia. ~Por que iba a interesarse por una tunica y un manto manchados de sangre?

El sardo salio de palacio corriendo, salto a lomos de su caballo y galopo hasta el pueblo de los embalsamadores, situado fuera de la ciudad. El jefe de los momificadores habia preparado el cadaver de Acha para el ultimo encuentro terrenal del faraon y su amigo.

-La ropa de Acha-reclamo el sardo.

-Ya no la tengo -respondio el momificador.

--Que has hecho con ella?

-Bueno... como de costumbre, la he dado al lavandero del barrio norte.

--Donde vive?

-En la ultima casa de la calle curva, junto al canal.

El gigante sardo se marchó rápidamente; obligo a su caballo a saltar muretes, atraveso huertos, galopo por las callejas, a riesgo de atropellar a los viandantes, y se metio en la calle curva sin reducir la marcha.

A la altura de la ultima casa, tiro de las riendas para detener al sudoroso caballo y llamo a la puerta.

-j Lavandero !

Abrio una mujer.

-Esta trabajando en el canal.

Abandonando su montura, Serramanna corrió hacia el canal reservado para lavar vestidos y ropa sucia. Agarro por los cabellos al hombre que comenzaba a enjabonar la tunica de Acha.

En la tunica, al igual que en el manto, habia huellas de sangre, pero con una diferencia notable: con dedo vacilante, Acha habia trazado un signo.

-Es un jeroglífico -comprobo Ramses-; ~que lees, Ameni?

-Dos brazos tendidos, con las palmas abiertas hacia el sol... El signo de la negacion.

--No>>... Tambien yo lo leo.

-El comienzo de un nombre o de una palabra... ~Que ha querido decir Acha?

Setau, Ameni y Serramanna estaban perplejos. Ramses re-

flexionaba.

-Acha dispuso de unos pocos segundos antes de morir y solo pudo trazar un jeroglífico. Preveía nuestras conclusiones: el autor del abominable atentado solo puede ser Hattusil y me veo pues en la obligación de declararle inmediatamente la guerra. Entonces pronunció su última palabra para evitar una tragedia: ~No>>. No, el verdadero culpable no es Hattusil.

I 17

Los funerales del jefe de la diplomacia egipcia fueron grandiosos. Vestido con una piel de pantera, Kha practicó el rito de la abertura de los ojos, los oídos y la boca sobre el sarcófago de acacia dorada que contenía la momia de Acha. Ramses cerró la puerta de la mansión de eternidad.

Cuando el silencio cayó sobre la necrópolis, el rey permaneció solo en la capilla abierta al exterior y se encargó de ser el primero en cumplir la función de sacerdote del ka de su amigo difunto, depositando sobre el altar un loto, algunos iris, un pan fresco y una copa de vino. En adelante, cada día, un sacerdote pagado por palacio aportaría ofrendas y cuidaría el dominio funerario de Acha.

Moisés se había marchado siguiendo su sueño, Acha había partido al más allá, el círculo de los amigos de infancia se estrechaba. A veces, Ramses empezaba a lamentar ese reinado demasiado largo y sembrado de sombras. Como Seti, Tuya y Nefertari, Acha era irremplazable. Poco dado a las confidencias, había recorrido la existencia con la elegancia de un felino. Ramses y el no necesitaban hablar para conocer sus intenciones más secretas.

Nefertari y Acha habían construido la paz; sin su decisión y su valor, el Hatti no habría aceptado renunciar a la violencia. Quien le hubiera matado ignoraba los vínculos indestructibles de la amistad; Acha había sacado de su propia muerte la última energía capaz de vencer la mentira.

II 8

Cualquier hombre habría tenido derecho a ahogar su pena en la embriaguez, a intentar borrar su pesadumbre

dando primacia, con sus intimos, a los recuerdos felices. Cualquier hombre, salvo el faraon.

Ver a Ramses el Grande cara a cara, aun siendo a la vez su primogenito y el general en jefe de su ejercito, dejaba sin aliento. Merenptah intento mantener la prestancia, consciente de que su padre le juzgaria, como Thot pesando los actos de los humanos.

-Padre, me gustaria decirte...

-Es inutil, Merenptah. Acha era un amigo de mi infancia, no de la tuya. El pesame no atenuaria mi dolor. Ahora solo cuenta la perennidad del ka, mas alla de la muerte fisica.
~Esta mi ejercito dispuesto a combatir?

-Si, majestad.

-En adelante se acabo la dejadez. El mundo va a cambiar mucho, Merenptah; debemos estar preparados, permanentemente, para defenderlo. Que tu vigilancia sea constante.

--Debo entender que se ha declarado la guerra?

-Acha nos ha librado de caer en una tumba y romper, en primer lugar, el tratado de paz con el Hatti. Pero no por ello se ha salvado la paz; para preservar su honor, que considero herido, Hattusil se vera obligado a invadir Canaan y lanzar una vasta ofensiva contra el Delta.

Merenptah quedo atonito.

--Debemos... dejarle hacer?

-Creera que estamos desorganizados y que somos incapaces de reaccionar. Le atacaremos cuando cometa la imprudencia de meterse en las ramas del Nilo y fraccionar sus tropas. En nuestro terreno, los hititas no sabran maniobrar.

Merenptah parecia contraido.

--Que te parece este plan, hijo mio?

-Es... audaz.

--Quieres decir: peligroso?

-Eres el faraon y debo obedecerte.

-Se sincero, Merenptah.

-Confio en ti, majestad; confio en ti, como todos los egipcios .

-Mantente dispuesto.

Serramanna confiaba en su instinto de pirata. No creia que la muerte de Acha fuese resultado de un combate en toda regla, librado por un oficial que obedecia las ordenes del emperador Hattusil. Y el mismo instinto le llevaba a otra pista: la de una fiera capaz de matar para debilitar a Ramses y privarle de una ayuda preciosa, indispensable incluso.

Por ello, el sardo se habia apostado junto a la mansion de la dama Tanit y aguardaba la partida de Uri-Techup.

El hitita abandono la morada a primera hora de la tarde y se alejo en un caballo negro con manchas blancas, no sin antes comprobar si alguien le seguia.

Serramanna se presento ante el portero.

-Quiero ver a la dama Tanit.

La fenicia recibio al sardo en una soberbia estancia con dos columnas, iluminada por cuatro ventanas altas dispuestas de modo que procurasen una agradable ventilacion.

La bella fenicia habia adelgazado.

--Es una visita oficial, Serramanna?

-Amistosa, de momento; el resto dependera de vos, dama Tanit.

--Se trata, pues, de un interrogatorio?

-No, de una simple entrevista con una persona de bien que se ha equivocado al tomar un mal camino.

-No comprendo.

-Claro que me comprendeis. Acaban de producirse graves acontecimientos: Acha, el ministro de Asuntos Exteriores, fue asesinado al regresar del Hatti.

-Asesinado...

Tanit palidecio. Para librarse de Serramanna le bastaba con pedir socorro. Los cuatro libios ocultos en su mansion suprimirian enseguida al sardo. Pero eliminar al jefe de la guardia personal de Ramses pondria en marcha una investigacion, y Tanit seria destrozada por la maquinaria judicial. No, tenia que hacerle frente.

-Exijo que me digais con todo detalle como ha empleado el tiempo vuestro marido, Uri-Techup, durante los dos ultimos meses.

-Practicamente siempre ha estado en casa, pues estamos muy enamorados. Cuando sale, va a una taberna o pasea por la ciudad. ¡Somos tan felices juntos!

--Cuando salio de Pi-Ramses y cuando regreso?

-Desde nuestra boda, no ha abandonado la capital, de cuyos encantos goza. Asi olvida, poco a poco, el pasado. Gracias a nuestra union, se convirtio en subdito del faraon, como vos y yo.

-Uri-Techup es un criminal -afirmo Serramanna-; os amenaza y os aterroriza. Si me decis la verdad, os tomare bajo mi proteccion y la justicia os librara de el.

Por un instante, Tanit se sintio tentada a huir hacia el jardin. Serramanna la seguiria, ella le advertiria de la presencia de los libios, seria de nuevo libre... ¡pero nunca volveria a ver a Uri-Techup! Renunciar a tal amante era superior a sus fuerzas.

Durante su ausencia, ella se habia puesto enferma; le ne-

cesitaba como una droga. Gracias a Uri-Techup, Tanit se saciaba de autentico placer, un placer inagotable que bien valia todos los sacrificios.

-Aunque me arrastreis ante un juez, Serramanna, no modificare mis declaraciones.

-Uri-Techup os destruiara, dama Tanit.

Ella sonrio pensando en los febriles retozos que habian vivido pocos minutos antes de la llegada del sardo.

-Si vuestra lista de estupidas acusaciones ha terminado, salid.

-Me gustaria salvaros, dama Tanit.

-No estoy en peligro.

-Si cambiais de opinion, poneos en contacto conmigo.

La mujer esbozo una picara sonrisa y paso la mano suavemente por el enorme antebrazo del gigante sardo.

-Sois un hombre apuesto... Es una lastima para vos, pero estoy colmada.

Ataviada con un collar de oro del que colgaba un escarabajo de lapislazuli, brazaletes de turquesas en las muñecas y los tobillos, una tunica de lino real plisada y una capa rosa, y la corona de dos altas plumas, la gran esposa real, Iset la bella, recorrio lentamente en carro las avenidas de Pi-Ramses. El conductor habia elegido dos caballos tranquilos, con la espalda cubierta por una gualdrapa multicolor y la cabeza adornada con un penacho de plumas de avestruz tenidas de azul, rojo y amarillo.

El espectaculo era magnifico. La noticia del paso de la reina corrio muy deprisa y, pronto, la muchedumbre se apretujo para admirarla. Los ninos arrojaron petalos de loto ante los caballos, mientras las aclamaciones brotaban sin cesar. Ver tan de cerca a la gran esposa real era una promesa de felicidad. Se olvidaban los rumores de guerra y todos daban la razon a Ramses: no debia repudiar a Iset la bella, fueran

cuales fuesen las consecuencias de su decision.

Educada en un medio aristocratico, Iset la bella disfrutaba de ese contacto con el pueblo, en el que se mezclaban las clases sociales y las culturas; todos los habitantes de Pi-Ramses le manifestaban su afecto.

Pese a las reticencias del auriga, la reina exigio visitar los barrios mas populares, donde recibio una calida acogida.
¡Que agradable era ser amada!

De regreso a palacio, Iset la bella se tendio en el lecho, como embriagada. No existia nada mas conmovedor que esa confianza de una poblacion, rica en esperanzas y en risueños futuros.

Al salir de su capullo, Iset la bella habia descubierto el pais del que era reina.

Durante la cena, a la que habian sido invitados los jefes de provincia, Ramses le anuncio la inminencia del conflicto. Todos advirtieron que Iset la bella estaba radiante; a pesar de no poder igualar a Nefertari, se hacia digna de su funcion y suscitaba el respeto de los viejos cortesanos.

Ella dirigio a unos y otros palabras de aliento; Egipto nada debia temer del Hatti, sabria superar la prueba gracias a Ramses. Los jefes de provincia fueron sensibles a las convicciones de la reina.

Cuando Ramses e Iset estuvieron solos salieron a la terraza que dominaba la ciudad y Ramses la estrecho tiernamente contra su pecho.

-Has estado perfectamente en tu lugar, Iset.

--Te sientes por fin orgulloso de mi?

-Te elegi como gran esposa real y no me equivoque.

--Se han roto definitivamente las negociaciones con el Hatti ?

-Estamos dispuestos a combatir.

Iset la bella apoyo la cabeza en el hombro de Ramses.

-Sucedá lo que suceda, saldrás vencedor.

I~3

Kha no oculto su angustia.

-La guerra... ~Por qué la guerra?

-Para salvar Egipto y permitirte encontrar el libro del conocimiento-respóndio Ramses.

--Realmente es imposible entenderse con el Hatti?

-Sus tropas se aproximan a las provincias que controlamos. Ya es hora de desplegar nuestro dispositivo; partire con Merenptah y te confío la gestión del reino.

-¡Padre mío! No soy capaz de sustituirte, ni siquiera por un corto período.

-Te equivocas, Kha; con la ayuda de Ameni, cumplirás la misión que te confío.

--Y... si cometo errores?

-Preocúpate por la felicidad del pueblo y los evitarás.

Ramses subió a su carro, que conduciría personalmente a la cabeza de los regimientos que había previsto disponer en varios puntos estratégicos del Delta y de la frontera del Nordeste. Tras él iban Merenptah y los generales de los cuatro cuerpos de ejército.

Cuando el rey se preparaba para dar la señal de partida, un jinete entró al galope en el patio del cuartel.

Serramanna saltó a tierra y corrió hacia el carro de Ramses.

-¡Majestad, debo hablaros!

El faraon habia ordenado al sardo que se encargara de la seguridad de palacio. Era consciente de que decepcionaba al gigante, deseoso de derribar hititas; ~pero a quien otro elegir para que velara por Kha e Iset la bella?

-No cambiare mi decision, Serramanna; te quedas en Pi-Ramses .

-No se trata de mi, majestad; venid, os lo suplico.

El sardo parecia trastornado.

-- Que ocurre ?

-Venid, majestad, venid...

Ramses pidio a Merenptah que comunicara a los generales que la partida se retrasaba.

El carro del faraon siguio el caballo de Serramanna, que tomo el camino de palacio.

La camarera, la costurera y algunas siervas estaban agachadas en los pasillos y lloraban.

Serramanna se inmovilizo en el umbral de la alcoba de Iset la bella. La mirada del sardo solo reflejaba asombro y angustia.

Ramses entro.

Un embriagador perfume de lis llenaba la estancia, iluminada por el sol de mediodia. Iset la bella, vestida con una tunica blanca de gala y tocada con una diadema de turquesas, estaba tendida en su cama, con los brazos a lo largo del cuerpo y los ojos abiertos de par en par.

En la mesilla de noche de sicomoro habia una tunica de piel de antilope. La prenda de Setau, que ella habia robado en su laboratorio.

-Iset. . .

Iset la bella, el primer amor de Ramses, la madre de Kha y de Merenptah, la gran esposa real por la que se disponia a librar batalla... Iset la bella contemplaba el otro mundo.

-La reina ha elegido la muerte para evitar la guerra -explico Serramanna-. Al envenenarse con los productos que saturaban la tunica de Setau dejaba de ser un obstaculo para la paz.

-¡Divagas, Serramanna!

-La reina ha dejado un mensaje-intervino Ameni-. Lo he leído y he pedido a Serramanna que te avisara.

De acuerdo con la tradicion, Ramses no cerro los ojos de la difunta; era preciso enfrentarse al mas alla con una mirada franca.

Enterrada en el Valle de las Reinas, Iset la bella descansaba en una tumba mas modesta que la de Nefertari. El propio Ramses habia practicado los ritos de resurreccion en la momia. El culto del ka de la reina correria a cargo de un colegio de sacerdotes y sacerdotisas, encargados de que su memoria viviera.

Sobre el sarcofago de la gran esposa real, el faraon habia depositado una rama del sicomoro que habia plantado en el jardin de su mansion de Menfis, cuando tenia diecisiete años. Aquel recuerdo de juventud lograria que el alma de Iset reverdeciera.

Al finalizar la ceremonia, Ameni y Setau habian solicitado audiencia a Ramses. Sin responderles, el rey habia subido a la colina. Setau se habia lanzado tras el y, pese al esfuerzo impuesto a su debil constitucion, Ameni le habia imitado.

La arena, la pedregosa pendiente, el rapido paso de Ramses que le abrasaba los pulmones... Ameni maldijo a lo largo del sendero, pero llego a la cumbre desde donde el rey contemplaba el Valle de las Reinas y las moradas de Nefertari e Iset la bella.

Setau guardo silencio para apreciar el grandioso paraje que se ofrecia a sus ojos. Jadeante, Ameni se sento en una roca y se seco la frente con el dorso de la mano.

Finalmente se atrevio a romper la meditacion del rey.

-Majestad, hay que tomar decisiones urgentes.

-Nada es mas urgente que contemplar el pais amado por los dioses. Hablaron y su voz se convirtio en cielo, montaña, agua y tierra. En la tierra roja de Set, hemos excavado la sepultura, cuya camara de resurreccion se bana en el oceano de los origenes que rodea el mundo. Con nuestros ritos preservamos la energia de la primera montaña, y nuestra patria resucita cada dia. Lo demas es irrisorio.

-¡Para resucitar es preciso empezar sobreviviendo! Si el faraon se olvida de los hombres, estos se retiraran para siempre a lo invisible.

Setau imagino que el tono critico de Ameni le valdria una cortante respuesta de Ramses. Pero el rey se limito a contemplar la brutal separacion entre los cultivos y el desierto, entre lo cotidiano y lo eterno.

--En que estas pensando, Ameni?

-He escrito a Hattusil, el emperador del Hatti, para anunciarle la muerte de Iset la bella. Durante el periodo de luto, esta excluido iniciar la guerra.

-Nadie podria haber salvado a Iset -afirmo Setau-; habia ingerido una excesiva cantidad de sustancias cuya mezcla es mortal. He quemado la maldita tunica, Ramses.

-No te considero responsable; Iset creyo actuar por el interes de Egipto.

Ameni se levanto.

-Y tenia razon, majestad.

Enojado, el rey se volvio.

--Como te atreves a hablar asi, Ameni?

-Temo tu colera, pero quiero darte mi opinion: Iset ha abandonado este mundo para salvar la paz.

--Y tu que dices, Setau?

Como Ameni, Setau estaba impresionado por la ardiente mirada de Ramses. Pero debia ser sincero.

-Si te niegas a comprender el mensaje de Iset la bella, Ramses, la mataras por segunda vez. Actua de modo que su sacrificio no sea inutil.

--Y como deberia actuar?

-Casate con la princesa hitita -declaro Ameni con gravedad.

-Ahora nada se opone a ello -anadio Setau.

Ramses apreto los punos.

--Acaso es vuestro corazon duro como el granito? Iset apenas descansa en su sarcofago y os atreveis a hablarme de matrimonio.

-No eres un viudo que llora a su mujer-asesto Setau-, sino el faraon de Egipto que debe preservar la paz y salvar a su pueblo. A el le importan muy poco tus sentimientos, tu alegria o tu tristeza; desea ser gobernado y conducido por el buen camino.

-Un faraon unido a una gran esposa real hitita... ~No es monstruoso ?

-Al contrario -considero Ameni-; ~como sellar de modo mas fulgurante el definitivo acercamiento entre ambos pueblos? Si aceptas esa boda, el espectro de la guerra se alejara durante largos anos. ~Imaginas la fiesta que celebraran tu padre Seti y tu madre Tuya entre las estrellas? Y no evoco la memoria de Acha, que dio su vida para edificar una paz duradera.

-Te estas convirtiendo en un temible discutidor, Ameni.

-Solo soy un escriba de salud fragil, sin demasiada inteligencia, pero tengo el honor de llevar las sandalias del dueno de las Dos Tierras. Y no tengo ganas de verlas mancilladas de nuevo de sangre.

-La Regla te impone gobernar con una gran esposa real -recuerdo Setau-; eligiendo a la extranjera, ganaras la mas hermosa de las batallas.

-¡Detesto a esa mujer!

-Tu vida no te pertenece, Ramses; Egipto te exige este sacrificio.

-¡Y tambien vosotros, amigos mios, me lo exigis!

Ameni y Setau asintieron con la cabeza.

-Dejadme solo, debo reflexionar.

Ramses paso la noche en la cima de la colina. Tras haberse alimentado con el sol naciente, se demoro en el Valle de las Reinas y luego se reunio con su escolta. Sin decir palabra, Ramses subio a su carro y se dirigio con rapidez al Ramesseum, su templo de millones de anos. Tras haber celebrado alli los ritos del alba y haberse recogido en la capilla de Nefertari, el faraon se retiro a su palacio, donde procedio a largas abluciones, bebio leche, comio higos y pan fresco.

Con el rostro descansado, como si hubiera dormido varias horas, el monarca abrio la puerta del despacho donde Ameni, con el rostro enfurrunado, redactaba el correo administrativo.

-Elige un papiro virgen de calidad superior y escribe a mi hermano, el emperador del Hatti.

--Y... que debe decir la carta?

-Anunciale que he decidido convertir a su hija en mi gran esposa real.

Uri-Techup apuro la tercera copa de vino de palma. Alcorado, saturado de aromas y resina, el liquido era utilizado por los embalsamadores para la conservacion de las visceras asi como por los medicos por sus propiedades antisepticas.

-Bebeis demasiado-observo Raia.

-Hay que saber aprovecharse de los placeres de Egipto... ¡Ese vino es una maravilla! ~Estas seguro de que no te ha seguido nadie?

-No temais.

El mercader sirio habia aguardado a que avanzara la noche para introducirse en la mansion de la fenicia. No habia detectado ninguna presencia sospechosa.

--Por que esa inesperada visita?

-Noticias importantes, senor; muy importantes.

--La guerra, por fin?

-No, senor, no... No habra conflicto entre Egipto y el Hatti.

Uri-Techup arrojó su copa a lo lejos y agarró al sirio por el cuello de la tunica.

--Que estas diciendo? ¡Mi trampa era perfecta!

-Iset la bella ha muerto y Ramses se dispone a casarse con la hija del emperador Hattusil.

Uri-Techup soltó a su aliado.

-Una hitita reina de Egipto... ¡Impensable! ¡Debes de estar equivocado, Raia!

I30

-No, senor; la informacion es oficial. Matasteis a Acha inutilmente.

-Era indispensable librarse de ese espia. Ahora tenemos las manos libres. Ningun consejero de Ramses tiene la inteligencia de Acha.

-Hemos perdido, señor. Es la paz... una paz que nadie conseguira destruir.

-¡Imbecil! ~Conoces a la mujer que va a convertirse en la gran esposa real del faraon? ¡Una hitita, Raia, una verdadera hitita, orgullosa, astuta, indomable!

-Es la hija de vuestro enemigo Hattusil.

-¡En primer lugar es una hitita! ¡Y nunca se sometera a un egipcio, por mas faraon que sea! Es nuestra mejor oportunidad.

Raia suspiro. El vino de los oasis le habia subido a la cabeza el ex general en jefe del ejercito hitita; privado de cualquier esperanza, inventaba un mundo imaginario.

-Salid de Egipto -recomendo Raia a Uri-Techup.

-Supon que la princesa hitita este de nuestro lado, Raia; tendríamos una aliada en el propio corazon de palacio!

-No son mas que ilusiones, señor.

-No, es una senal que nos manda el destino, una senal que yo sabre utilizar en mi beneficio.

-Quedareis decepcionado.

Uri-Techup vacio la cuarta copa de vino de palma.

-Hemos omitido un detalle, Raia, pero todavia estamos a tiempo de intervenir. Utilizaras a los libios.

Se movio una cortina, el mercader sirio senalo con el indice el lugar sospechoso.

Como un felino, Uri-Techup avanzo sin hacer ruido hacia la cortina, la corrio con brutalidad y atrajo a una temblorosa Tanit.

-~ Nos escuchabas ?

-No, no, venia a buscarte...

-No tenemos secretos para ti, querida, puesto que no puedes traicionarnos.

-¡Tienes mi palabra!

-Ve a acostarte, me reunire contigo enseguida.

La enamorada mirada de Tanit prometio al hitita una noche animada. En pocas palabras, Uri-Techup dio sus ordenes a Raia.

La armeria principal de Pi-Ramses seguia fabricando espadas, lanzas y escudos a un ritmo continuado. Mientras la boda con la princesa hitita no se hubiese celebrado, los preparativos para la guerra proseguirian.

En un taller cercano a las forjas se conservaban las armas que habian tomado a los hititas. Los artesanos egipcios las habian estudiado con atencion para averiguar los secretos de su fabricacion. Uno de los tecnicos, un joven metalurgico con mucha inventiva, se interesaba por la daga de hierro que acababan de confiarle en palacio.

Calidad del metal, peso y anchura de la hoja, manejabilidad del pomo... Todo en ella era notable.

Imitarla no resultaria facil; serian necesarios varios intentos infructuosos para lograrlo. Estimulado, el tecnico sopeo la daga.

-Alguien pregunta por ti -anuncio un portero.

El visitante era un mercenario de groseros rasgos.

-~ Que quieres ?

-En palacio quieren recuperar la daga de hierro.

-~Tienes una orden escrita?

-Claro.

-Muestramela.

De una bolsa de cuero que colgaba de su cintura, el mercenario saco una tablilla de madera y se la tendio al tecnico.

-Pero... eso no son jeroglificos.

Con un violento punetazo en la sien, el libio enviado por Raia derribo al egipcio. Luego recogio la tablilla y la daga que su victima habia soltado y salio corriendo del taller. Tras varios interrogatorios, Serramanna se convencio de que el tecnico no era complice del ladron de la daga, uno de tantos mercenarios avidos de ganancias como habia en el ejercito egipcio

-Es un soldado a sueldo de Uri-Techup -dijo el sardo a Ameni.

El escriba siguio escribiendo.

--Dispones de alguna prueba?

-Me basta mi instinto.

--No crees que tu empecinamiento es en balde? Uri-Techup ha obtenido fortuna y placer. ~Por que tendria que robar la daga de Hattusil?

-Porque ha elaborado un plan para perjudicar a Ramses.

-Ahora, cualquier conflicto con los hititas es imposible. Lo esencial es tu investigacion sobre el asesinato de Acha. ~Has progresado?

-Todavia no.

-Ramses exige que se identifique al asesino.

-El crimen y el robo de la daga... Todo esta relacionado. Si me ocurriese alguna desgracia, da primacia a la pista de

Uri-Techup.

-Si te ocurriera alguna desgracia... ~En que estas pensando?

-Para avanzar, debo infiltrarme en los medios libios. Eso supone un serio riesgo. Cuando me acerque a la verdad, intentaran eliminarme.

-¡Eres el jefe de la guardia personal de Ramses! Nadie osara meterse contigo.

-No vacilaron en matar al ministro de Asuntos Exteriores y amigo de infancia del faraon.

--No existira un metodo menos peligroso?

-Me temo que no, Ameni.

En pleno desierto de Libia, lejos de cualquier oasis, la tienda de Malfi era una extrana plaza fuerte, custodiada por

I33

hombres seguros. El jefe de la tribu bebia leche y comia dátiles; no consumia vino ni cerveza, bebidas demoniacas que nublaban las ideas.

La guardia personal de Malfi se componia exclusivamente de nativos de su aldea que, sin el, seguirian siendo campesinos pobres. Saciando su hambre, correctamente vestidos, armados con lanzas, espadas, arcos y hondas, eligiendo a las mujeres que les apetecian, rendian un verdadero culto a Malfi, considerado como la encarnacion de un genio del desierto. ~No tenia acaso la rapidez de una pantera, los dedos cortantes como hojas y ojos en la nuca?

-¡Una rina, señor! -le advirtio su aguador.

Malfi se levanto lentamente. Con el rostro cuadrado, la frente amplia, medio oculta por un turbante blanco, salio de la tienda.

El campo de entrenamiento albergaba a unos cincuenta combatientes que se enfrentaban con arma blanca o con los

punos desnudos, en pleno mediodía. A Malfi le gustaban las condiciones extremas que ofrecían el calor y el desierto; solo quienes poseyeran un verdadero temperamento de guerrero saldrían victoriosos de las pruebas impuestas. Dichas pruebas resultaban indispensables dada la tarea que aguardaba al ejército libio en formación: aplastar las fuerzas de Ramses. Malfi pensaba sin cesar en las generaciones de jefes libios humillados por los faraones; hacía siglos que duraban las hostilidades, salpicadas por las derrotas que los egipcios infligían a las tribus del desierto, valerosas pero mal organizadas.

Ofir, el hermano mayor de Malfi, había utilizado un arma que suponía decisiva: la magia negra, puesta al servicio de la red de espionaje pro hitita que dirigía. Había pagado su fracaso con la vida, y Malfi se había jurado vengarlo. Poco a poco federaba las tribus libias de las que sería, antes o después, dueño indiscutible.

Su encuentro con el hitita Uri-Techup le proporcionaba una posibilidad de éxito suplementaria. Con un aliado tan valeroso como aquel, la victoria no era ya una utopía. Malfi borraría siglos de vergüenza y de frustración.

Un guerrero fornido, de una agresividad poco común, acababa de olvidar que estaba entrenándose y había derribado a puntazos a dos adversarios a pesar de ser más grandes que él y estar armados con lanzas. Cuando el guerrero vio que Malfi se acercaba, alardeó aplastando con el pie la cabeza de uno de los vencidos.

Malfi sacó un punal oculto en su túnica y lo clavó en la nuca del guerrero fornido.

Los duelos se interrumpieron de inmediato. Los rostros se volvieron hacia Malfi.

-Seguid entrenandoos y manteniendo el control sobre vosotros mismos -ordenó el libio-; y recordad que el enemigo puede surgir de cualquier parte.

maravilla. Incluso los cortesanos, acostumbrados a subir por la escalinata monumental, adornada con figuras de enemigos derribados y sometidos por el faraon a la ley de Maat, vivian aquel ascenso con profunda emocion. En torno a la puerta de acceso, los nombres de coronacion de Ramses, pintados en azul sobre fondo blanco, se inscribian en cartuchos cuyas formas ovaes simbolizaban el circuito del cosmos sobre el que reinaba el senor de las Dos Tierras.

Las audiencias plenarias, a las que estaban invitados todos los miembros de la corte, no eran frecuentes; solo los acontecimientos excepcionales, que ponian en juego el porvenir de Egipto, hacian que Ramses se dirigiera a la Alta Administracion en su conjunto.

La angustia dominaba. De creer en el rumor, el emperador hitita no se apaciguaba. ~No le habia insultado Ramses al rechazar, al principio, casarse con su hija? La tardia aceptacion del faraon no habia lavado la afrenta.

El suelo de la gran sala se componia de tejas de terracota barnizadas y coloreadas; entre los motivos decorativos habia jardines floridos, patos nadando en un estanque de un verde azulado y peces deslizandose por entre lotos blancos. Ritualistas, escribas, ministros, jefes de provincia, responsables de las ofrendas, custodios de los secretos y grandes damas admiraron aquella fantasia verde palido, rojo profundo, azul claro, amarillo dorado y blanco marfil que se desplegaba en los muros donde retozaban alubillas, colibries, golondrinas, paros, ruisenores y martines pescadores. Cuando la mirada se elevaba, quedaba hechizada por la belleza de los frisos florales en los que se veian amapolas, adormideras, lotos, margaritas y acianos.

El silencio se impuso cuando Ramses subio por la escalinata que llevaba a su trono de oro, cuyo ultimo peldano estaba decorado con un leon que cerraba sus fauces sobre el enemigo surgido de las tinieblas, el desorden que intentaba destruir sin cesar la armonia de Maat.

Tocado con la doble corona, la blanca del Alto Egipto encajada en la roja del Bajo Egipto, Ramses llevaba asi en la cabeza <<las Dos Poderosas>>, cargadas de magia. En su fren-

te, el uraeus de oro, cobra hembra que escupia el fuego que dispersaba las tinieblas. El rey tenia en su mano derecha el cetro <<magia>>, que se parecia al cayado de un pastor; al igual que este ultimo reunia a sus animales y buscaba a los extraviados, tambien el faraon debia reunir las energias dispersas. Del delantal de oro de Ramses parecian brotar rayos de luz. Durante unos segundos, la mirada del monarca se poso en una sublime pintura que representaba el rostro de una muchacha meditando ante un macizo de malvarrosas; ~no evocaba a Nefertari, cuya belleza, mas alla de la muerte, iluminaba el reinado de Ramses el Grande? El faraon no tenia oportunidad de ser nostalgico; el navio del Estado avanzaba; el gobernalle debia ser manejado.

-Os he reunido aqui para que el pais entero, a traves de todos vosotros, este informado de los hechos importantes. Por todas partes circulan enloquecidos rumores, y quiero restablecer la verdad de la que sereis eco.

Ameni estaba en la ultima fila, con los demas escribas, como si solo ocupara un puesto secundario; asi estaria mejor informado de las reacciones de la concurrencia. Serramanna, por el contrario, habia elegido observar desde primera fila. A la menor manifestacion de hostilidad, intervendria. Setau, por su parte, ocupaba el lugar jerarquico que le correspondia, a la izquierda del virrey de Nubia, entre los dignatarios de mayor relieve, muchos de los cuales lanzaban con frecuencia miradas a Loto, que vestia una tunica rosa de tirantes que dejaba los pechos al descubierto.

El jefe de la provincia del Delfin, en el Bajo Egipto, avanzo y se inclino ante el monarca.

--Puedo tomar la palabra, majestad?

-Te escuchamos.

--Es cierto que el ministro de Asuntos Exteriores, Acha, esta, en realidad, prisionero en Hattusa y que el tratado de paz con los hititas se ha roto?

-Mi amigo Acha fue asesinado cuando regresaba a Pi-Ramses. Reposara para siempre en tierra de Egipto. La inves-

tigacion esta en marcha, los culpables seran identificados y castigados. La paz con el Hatti es, en gran parte, obra de Acha, y la proseguiremos. El tratado de no beligerancia con los hititas sigue en vigor y lo seguira siendo por mucho tiempo aun.

-Majestad... ~Podemos saber quien sera la proxima gran esposa real?

-La hija de Hattusil, emperador del Hatti.

Distintos murmullos recorrieron la concurrencia. Un general del cuerpo de ejercito pidio la palabra.

--Majestad, no sera ofrecer demasiado a nuestro antiguo enemigo ?

-Mientras Iset la bella reinaba, rechace la proposicion de Hattusil, hoy, esta boda es el unico medio de restablecer la paz que desea el pueblo de Egipto.

--Tendremos que tolerar la presencia de un ejercito hitita en nuestro suelo?

-No, general, solo la de una mujer.

-Perdonadme la osadia, majestad, pero una hitita en el trono de las Dos Tierras... ~No sera una provocacion para quienes combatieron contra los guerreros anatolios? Gracias a vuestro hijo Merenptah, nuestras tropas estan listas y bien equipadas. ~Que podemos temer de un conflicto con los hititas? En vez de ceder a sus insoportables exigencias, mas valdria afrontarlas.

La arrogancia del oficial podia costarle su puesto.

-Tus palabras no carecen de inteligencia-estimo Ramesses-, pero tu mirada es en exceso parcial; si Egipto provocara un conflicto, romperia el tratado de paz y traicionaria su palabra. ~Crees que un faraon puede comportarse de este modo ?

El general retrocedio y se perdio entre los cortesanos

convencidos por los argumentos del monarca.

El supervisor de los canales pidio la palabra.

--Y si el emperador del Hatti reconsiderara su decision y se negara a enviar a su hija a Egipto? ~No os pareceria intolerable esta actitud, majestad?

Vestido con una piel de pantera, el sumo sacerdote de Menfis, Kha, se adelanto.

--Me permite el faraon que responda?

Ramses asintio.

-A mi modo de ver -declaro el primogenito del rey-, la politica y la diplomacia no ofrecen suficientes garantias para tomar una decision vital. El respeto a la palabra dada y a la Regla de Maat prevalece sobre todas las cosas; pero hay que poner en practica tambien las leyes de la magia de Estado, que nos enseñaron nuestros ancestros. En el año 30 de su reinado, Ramses el Grande vivio su primera fiesta de regeneracion; en adelante, sera preciso dar con frecuencia a nuestro soberano las fuerzas invisibles que necesita para gobernar. Por ello, en este trigésimo tercer año, lo mas urgente es preparar su segunda fiesta de regeneracion. Luego, el horizonte se aclarara y las respuestas a nuestras preguntas llegaran por si solas.

-Es una organizacion larga y costosa -protesto el direc-

I39

tor de la Casa del Oro y de la Plata-; ~no seria conveniente retrasar esa fecha?

-Imposible -repuso el sumo sacerdote-; el estudio de los textos y los calculos de los astrologos llegan a la misma conclusion: la segunda fiesta de regeneracion de Ramses el Grande debe celebrarse en menos de dos meses. Que nuestros esfuerzos se conjuguen para hacer venir a los dioses y las diosas, y que nuestros pensamientos se consagren a la salvaguarda del faraon.

El comandante en jefe de las fortalezas que jalonaban la frontera del Nordeste considero oportuno dar testimonio. Militar de carrera, hombre de experiencia, numerosos notables le escuchaban.

-Respeto la opinion del sumo sacerdote, ~pero que haremos en caso de ataque hitita? Cuando Hattusil sepa que Egipto prepara esa gran fiesta, sin preocuparse de la boda con su hija, se sentira mas humillado todavia e iniciara el asalto. Mientras el faraon celebre los ritos, ~quien dara las ordenes?

-La propia practica de los ritos nos protegiera-afirmo Kha con su hermosa voz grave y melodiosa-; siempre ha sido asi.

-Es la certidumbre de un iniciado acostumbrado a los secretos de los templos; pero un militar experimentado no creo que este tan seguro de lo que decis. Hattusil vacila en atacarnos porque teme a Ramses, el vencedor de Kadesh; le sabe capaz de hazanas sobrenaturales. Si el rey no esta a la cabeza de sus tropas, el emperador del Hatti lanzara a sus soldados a la batalla.

-La mejor proteccion de Egipto es de caracter magico -estimo Kha-; los destructores, hititas o no, son solo instrumentos de las fuerzas tenebrosas. Ningun ejercito humano las detendra. ~Acaso no fue Amon quien durante la batalla de Kadesh dio al brazo de Ramses mas fuerza que miles de agresores?

El argumento dio en el blanco, ningun oficial formulo mas objeciones.

-Me gustaria estar en el ritual -preciso Merenptah-, pero mi lugar esta en la frontera, por orden del faraon.
-Tu, junto con diez hijos reales, te encargaras de la seguridad del territorio mientras dure la fiesta.

La decision de Ramses tranquilizo a la concurrencia, pero el superior de los ritualistas, visiblemente irritado, se abrio paso hasta la primera fila. El personaje llevaba el craneo afeitado, su rostro era largo y fino y su silueta mas bien ascetica.

-Si vuestra majestad me lo autoriza, tengo algunas preguntas que hacerle al sumo sacerdote Kha.

El rey no manifestó oposición alguna. Kha esperaba tener que sufrir esta prueba, pero había deseado que tuviera lugar fuera de la corte.

--¿Dónde piensa celebrar la segunda fiesta de regeneración el sumo sacerdote de Menfis?

-En el templo de Pi-Ramses, construido a este efecto.

--¿Posee el rey el testamento de los dioses?

-Lo posee.

--¿Quién presidirá el ritual?

-El alma inmortal de Seti.

--¿De dónde procede la luz que ofrecerá al faraón la energía celeste?

-Esta nace de sí misma y renace a cada instante en el corazón del faraón.

El superior de los ritualistas renunció a hacer más preguntas; no conseguiría coger en falta a Kha.

Con el rostro grave, el dignatario se volvió hacia Ramses.

-Pese a la competencia del sumo sacerdote, majestad, creo que es imposible celebrar la fiesta de regeneración.

--¿Por qué? -se extraña Kha.

-Porque la gran esposa real desempeña en ella un papel esencial. Pero el faraón es viudo y no ha tomado aún, por esposa, a la princesa hitita. Además, nunca extranjera alguna tuvo acceso a los misterios de la regeneración.

Ramses se levantó.

--¿Crees que el faraón no es consciente de esta dificultad?

Techonq trabajaba el cuero desde su infancia. Hijo de un libio detenido por la policia egipcia tras un robo de corderos y condenado a varios anos de trabajos forzados, no habia seguido a su padre cuando regreso a su pais para predicar la lucha armada contra el faraon. Primero en Bubastis y luego en Pi-Ramses, Techonq habia encontrado trabajo y, poco a poco, habia adquirido incluso cierto renombre en su especialidad. Ahora, cerca de los cincuenta, le habian asaltado los remordimientos. ~Acaso el, con su redonda panza y su floreciente aspecto, no habia traicionado a su pais de origen, olvidando con mucha facilidad las derrotas militares de su pueblo y las humillaciones que Egipto le habia infligido? Convertido en un artesano acomodado, a la cabeza de una empresa de treinta trabajadores, abria de buena gana sus puertas a los libios en dificultades. Con el transcurso de los meses, se habia revelado como un hombre providencial para sus companeros en exilio. Algunos se integraban deprisa en la sociedad egipcia. Otros conservaban un espiritu revanchista. Pero estaba naciendo otro movimiento; un movimiento que asustaba a Techonq, al que no le apetecia en absoluto ver desaparecer las Dos Tierras. ~Y si Libia vencia por fin, y si un libio ascendia al trono de Egipto? Pero para ello primero habia que eliminar a Ramses.

Para expulsar esa quimera, Techonq se concentro en su trabajo. Compraba la calidad de las pieles de cabra, de cordero, de antilope y demas animales del desierto que acababan de entregarle; despues del secado, de salarlas y ahumarlas, un equipo de especialistas aplicaria tierra ocre y les daria flexibilidad con orines, gallinaza y excrementos. Era la operacion mas maloliente que se efectuaba en aquel taller, que recibia las regulares visitas del servicio de higiene.

Al curtido provisional con aceite y alumbre sucedia el autentico curtido, con un producto rico en acido tanico, extraido de las vainas de la acacia del Nilo. Si era necesario, zambullirian de nuevo las pieles en aceite, las golpearian y estirarian para darles flexibilidad. Techonq era uno de los mejores, pues no se limitaba a un vulgar curtido con grasa; ademas, tenia una habilidad particular durante el doblado en caballete y el corte de las pieles. Por ello su clientela era numerosa y variada; el taller de Techonq fabricaba bolsas,

collares y correas para perro, cuerdas, sandalias, estuches y vainas para las dagas y espadas, cascos, carcajes, escudos e, incluso, soportes para la escritura. Con una cuchilla de hoja semicircular, Techonq cortaba una tira en una piel de antilope de primera calidad cuando un gigante bigotudo entro en su taller.

Serramanna, el jefe de la guardia personal de Ramses... La cuchilla resbalo por la piel, abandono su recorrido e hirio el dedo medio de la mano izquierda del artesano, que no pudo contener un grito de dolor. Broto la sangre, Techonq ordeno a un ayudante que limpiara la piel mientras el se lavaba la herida antes de cubrirla con miel.

El gigante sardo habia presenciado la escena sin moverse. Techonq se inclino ante el.

-Perdonad que os haya hecho esperar... Un estúpido accidente.

-Es curioso... Sin embargo se afirma que tienes la mano muy segura.

Techonq temblaba de miedo. El, un descendiente de guerreros libios, deberia haber abrumado al adversario solo con

I43

la mirada. Pero Serramanna era mercenario, sardo y colosal.

--Necesitais mis servicios?

-Necesitaria una munequera de excelente cuero. Cuando manejo el hacha, ultimamente, noto cierta debilidad.

-Voy a mostraros algunas y podreis elegir.

-Estoy convencido de que las mas solidas estaran en la trastienda.

-No, yo...

-Claro que si, Techonq. Ya te he dicho que estoy convencido de ello.

-¡Si, si, lo recuerdo!

-Pues bien, vamos.

Techonq sudaba la gota gorda. ~Que habria descubierto Serramanna? Nada, no podia saber nada. El libio tenia que sobreponerse y dejar de manifestar un temor desprovisto de cualquier fundamento. Egipto era un verdadero Estado de derecho; el sardo no se atreveria a utilizar la violencia, temiendo ser severamente condenado por un tribunal.

Techonq precedio a Serramanna hasta la pequena estancia donde conservaba las obras maestras que no tenia intencion de vender. Entre ellas habia una esplendida munequera de cuero rojo.

--Acaso intentas corromperme, Techonq?

-¡Claro que no!

-Una pieza de este valor... Es digna de un rey.

-¡Vuestras palabras me honran!

-Eres un artesano de elite, Techonq; tu carrera es brillante, tu clientela notable, tu porvenir prometedor... ¡Que lastima!

El libio palidecio.

-No comprendo...

--Por que extraviarte cuando la vida te sonreia?

-Extraviarme, yo...

Serramanna palpo un magnifico escudo de cuero marron, digno de un general en jefe.

-Lo siento mucho, Techonq, pero puedes tener graves problemas .

--Yo? ~Pero por que?

--Reconoces este objeto?

Serramanna enseno al artesano un cilindro de cuero que servia como estuche para papiros.

~Ha salido de tu taller?

-Si, pero...

~Si o no?

-Si, lo admito.

~A quien estaba destinado?

-Al ritualista encargado de los secretos del templo.

El sardo sonrio.

-Eres un hombre sincero y recto, Techonq; estaba seguro de ello.

-jNo tengo nada que ocultar, senor!

-Y sin embargo has cometido una falta grave.

~ Cual?

-Utilizar ese estuche para transmitir un mensaje subver-

SIV0.

Al libio le faltaba el aire. La lengua se le hincho en la boca y comenzaron a dolerle las sienas.

-Es... Es...

-Es un error de manipulacion -preciso Serramanna-. Al ritualista le extrano bastante encontrar en su estuche una llamada a los libios de Egipto, conminandoles a que se prepararan para una revuelta armada contra Ramses.

-No, no... jEs imposible!

-El estuche procede de tu taller, Techonq, y tu redactaste el mensaje.

-jNo, senor, os juro que no!

-Me gusta tu trabajo, Techonq; te has equivocado metiendote en una conspiracion que te supera. A tu edad, y en tu situacion, es un error imperdonable. No tienes nada que ganar y mucho que perder. ~Que locura se ha apoderado de ti?

I45

-Senor, yo...

-No hagas falsos juramentos, serias condenado por el tribunal del mas alla. Elegiste el mal camino, amigo mio, pero quiero creer que fuiste engañado. En ciertos momentos, todos carecemos de lucidez.

-Es un malentendido, yo...

-No pierdas el tiempo mintiendo, Techonq, mis hombres te espian desde hace mucho tiempo y saben que eres el protector de los libios rebeldes.

-¡Rebeldes no, señor! Solo hombres en dificultades a quienes un compatriota intenta ayudar... ~No es muy natural ?

-No minimices tu papel. Sin ti, ninguna red oculta podra formarse.

-Soy un honesto comerciante, yo...

-Seamos precisos, amigo mio: tengo contra ti una prueba que te enviara a la muerte o, en el mejor de los casos, a pasar el resto de tu vida en el penal. Me basta con entregar este texto al visir para que de la orden de que te encarcelen. Hay un ejemplar proceso a la vista y un castigo a la altura de la falta.

-Pero... ¡Soy inocente!

-Vamos, Techonq, a mi no tienes que convencerme. Con una prueba semejante, los jueces no vacilaran. No tienes posibilidad alguna de librarte. Salvo si yo intervengo.

Un denso silencio se instalo en el reducto donde el libio conservaba sus mas hermosas obras.

~De que intervencion se trata, señor?

Serramanna palpo el escudo de cuero.

-Sea cual sea su posicion, todo hombre tiene deseos insatisfechos; y yo igual que los demas. Tengo una buena paga, vivo en una agradable mansion oficial, tengo tantas mujeres

como quiero, pero me gustaria ser mas rico y no preocuparme por mi vejez. Ciertamente, podria callar y olvidar esa prueba... Pero todo tiene un precio, Techonq.

--Un precio... muy alto?

-No olvides que debo hacer callar, tambien, al encargado de los secretos. Un honesto porcentaje sobre tus beneficios me bastaria.

--Me dejareis en paz si nos ponemos de acuerdo?

-De todos modos, tengo que hacer mi trabajo, amigo mio.

--Que exigis?

-El nombre de los libios que asesinaron a Acha.

-Senor... ¡Lo ignoro!

-Si dices la verdad, lo conoceras muy pronto. Conviertete en mi principal investigador, Techonq, y no tendras que lamentarlo.

--Y si no consigo satisfaceros?

-Que lastima, amigo mio... Pero estoy convencido de que evitaras el desastre. De modo oficial, te encargo un centenar de escudos y vainas para las espadas de mis hombres. Cuando vengas a palacio, pregunta por mi.

Serramanna salio del taller, dejando a su espalda a un Techonq desamparado. Ameni habia convencido al sardo para que se hiciera pasar por un hombre venal, dispuesto a traicionar al rey para enriquecerse; si Techonq mordia el anzuelo, tendria menos miedo a hablar y pondria a Serramanna sobre la pista.

En el trigésimo tercer año del reinado de Ramses el Grande, el invierno tebano, proveedor a veces de vientos gelidos, se mostraba clemente. Un vasto cielo azul sin nubes, un Nilo apacible, riberas sobre los cultivos verdeaban tras una buena inundación, asnos cargados de forraje que trotaban de una aldea a otra, vacas de ubres hinchadas de leche que

se dirigian a los pastos, enmarcadas por boyeros y perros, ninas jugando a munecas en el umbral de casas blancas mientras ~os muchachos corrian tras una pelota de tela... Egipto vivia a su ritmo eterno como si nada, nunca, fuera a cambiar. Ramses disfruto aquel momento inmovil inscrito en la cotidianidad. Que razon habian tenido sus antepasados al elegir la orilla de Occidente para construir alli los templos de millones de anos y excavar las moradas de vida donde, todas las mananas, los cuerpos de luz de los reyes y las reinas eran regenerados por el sol naciente. En aquel lugar se habia abolido la frontera entre el aqui y el mas alla; lo humano era absorbido por el misterio. Tras haber celebrado el ritual del alba en el templo del ka de Seti, en Gurnah, Ramses se recogio en la capilla donde el alma de su padre se expresaba en cada jeroglifico grabado en las paredes. En el corazon del silencio percibio la voz del faraon convertido en estrella. Cuando avanzo por el gran patio, banado por una suave luz, cantantes y tanedoras salian en procesion de la sala de columnas. Cuando Meritamón diviso a su padre se

I48

separo del grupo, se dirigió hacia él y se inclinó cruzando los brazos sobre su pecho.

Cada día se parecía más a Nefertari. Clara como una mañana de primavera, su belleza parecía haberse alimentado con la sabiduría del templo. Ramses tomó el brazo de su hija y ambos caminaron lentamente por la avenida de las esfinges, bordeada de acacias y tamariscos.

-~Te mantienes informada de los acontecimientos del mundo exterior?

-No, padre mío; tú haces reinar a Maat, tú combates el desorden y las tinieblas. ~No es eso lo esencial? Los ruidos del mundo profano no cruzan los muros del santuario, y es bueno que así sea.

-Tu madre había deseado esta vida, pero el destino le impuso otra.

-~No eras acaso dueño de ese destino?

-El faraon tiene el deber de actuar en este mundo, aunque su pensamiento permanezca en el secreto del templo. Hoy tengo que preservar la paz, Meritamon; para lograrlo, desposare a la hija del emperador del Hatti.

--Sera gran esposa real?

-En efecto, pero tengo que celebrar mi segunda fiesta de regeneracion antes de la boda. Por ello debo tomar una decision que no puede ser efectiva sin tu conformidad.

-No deseo desempenar ningun papel en la direccion de los asuntos del pais, ya lo sabes.

-El ritual no puede cumplirse sin la participacion activa de una gran esposa real egipcia. ~Es pedirte demasiado que cumplas con ese papel simbolico?

-Eso significa... salir de Tebas, ir a Pi-Ramses, y ~que mas ?

-Aunque reina de Egipto, volverias aqui para vivir la existencia que has elegido.

--No me impondrias cada vez mas a menudo tareas profanas ?

I49

-Solo recurriria a ti para mis fiestas de regeneracion que, segun Kha, tendran que celebrarse cada tres o cuatro anos, hasta que mi tiempo de vida se haya agotado. Eres libre de aceptar o rechazarlo, Meritamon.

--Por que me has elegido?

-Porque anos de recogimiento te han dado la capacidad espiritual y magica de desempenar un abrumador papel ritual.

Meritamon se inmovilizo y se volvio hacia el templo de Gurnah.

-Me pides demasiado, padre mio, pero eres el faraon.

Setau refunfunaba. Lejos de su querida Nubia, paraíso de las serpientes, se sentía como exiliado; y, sin embargo, no le faltaba trabajo. Con la ayuda de Loto, que perseguía cada noche por el campo reptiles de buen tamaño, había dado un nuevo dinamismo al laboratorio encargado de preparar remedios a base de venenos. Y, por consejo de Ameni, aprovechaba la estancia en Pi-Ramses para completar sus conocimientos de administrador. Con la edad, Setau iba admitiendo que el ardor no bastaba para convencer a los altos funcionarios de que le concedieran créditos y el material que necesitaba en su provincia nubia; sin convertirse en cortesano, aprendía a presentar mejor sus peticiones y obtenía resultados positivos.

Al salir del despacho del encargado de la marina mercante, que había aceptado la construcción de tres barcos cargueros especialmente destinados a Nubia, Setau se encontró con Kha, cuyo rostro parecía menos sereno que de costumbre.

-- Problemas ?

-La organización de esa fiesta exige una constante atención... y me acabo de llevar una sorpresa muy desagradable. El supervisor de los almacenes divinos del Delta, con el que contaba para proporcionar gran cantidad de sandalos, piezas de lino y copas de alabastro, casi no me ofrece nada. Eso complica especialmente mi tarea.

--Te ha dado explicaciones?

-Su esposa me ha dicho que está de viaje.

-¡Desenvuelta actitud! Solo soy un administrador principiante, pero esto no me convence. Vayamos a ver a Ameni.

Mientras degustaba un muslo de oca asada mojándolo en una salsa de vino tinto, Ameni leía con rapidez los informes redactados por el supervisor de los divinos almacenes del Delta, cuya sede administrativa se hallaba al norte de Menfis. La conclusión del secretario particular de Ramses estuvo desprovista de ambigüedades.

-Algo no funciona. Kha no se ha equivocado dirigiéndose a ese funcionario y este no debería tener dificultad alguna para proporcionarle todo lo necesario para la fiesta de regeneración. Esto no me gusta... ¡En absoluto!

--No se habrá producido un error en los expedientes de la Administración? -sugirió Kha.

-Es posible, pero no en mis expedientes.

-La fiesta puede verse comprometida en parte -reconoció el sumo sacerdote-; para acoger a los dioses y las diosas, necesitamos las más hermosas piezas de lino, las mejores sandalias, los...

-Voy a poner en marcha una investigación técnica en profundidad-anunció Ameni.

-¡Esa es una idea de escriba! -se rebeló Setau-. Será largo y complicado, Kha tiene prisa. Debemos actuar de modo más sutil; nombrame supervisor especial y obtendré rápidamente la verdad.

Ameni puso mala cara.

-Estamos al límite de la legalidad... ~Y si hubiera peligro?

-Dispongo de auxiliares seguros y eficaces. No perdamos tiempo en vanas palabras y dame un nombramiento escrito. En los almacenes del norte de Menfis, la dama Cherit dirigía la maniobra con la autoridad de un aguerrido general. Pequeña, morena, hermosa, autoritaria, orientaba a los conductores de rebaños de asnos cargados de productos diversos, distribuía las tareas de manutención, comprobaba las listas y no vacilaba en blandir su bastón en las narices de los raros respondones.

Una mujer de carácter, como a Setau le gustaban.

Con sus cabellos despeinados, su barba de varios días y su nueva túnica de piel de antilope, que parecía más andrajosa aun que la antigua, Setau fue descubierto enseguida.

--Que haces por aqui, holgazan?

-Me gustaria hablar con vos.

-Aqui no se habla, se trabaja.

-Precisamente quisiera hablaros de vuestro trabajo.

La dama Cherit solto una maligna sonrisa.

-Tal vez te disgusta mi modo de mandar...

-Lo que me preocupa es vuestra cualificacion exacta.

La morenita se sintio extranada; un vagabundo no se expresaba de aquel modo.

-- Quien eres ?

-El supervisor especial nombrado por la Administracion central.

-Perdonadme... Pero con ese atavio...

-Mis superiores me lo reprochan, pero toleran esa fantasia gracias a mis excelentes resultados.

-Como pura formalidad, ~podeis mostradme vuestras credenciales ?

-Aqui estan.

El papiro tenia todos los sellos indispensables, incluso el del visir que aprobaba la iniciativa de Ameni y de Setau.

La dama Cherit leyo una y otra vez el texto que daba al supervisor poder para inspeccionar a su guisa los almacenes.

-En realidad deberia haber enseñado el documento a vuestro marido.

-Esta de viaje.

--Y no tendria que estar en su puesto?

-Su madre es muy anciana, le necesitaba.

-Habeis ocupado pues el lugar de vuestro esposo.

-Conozco el trabajo y lo hago bien.

-Tenemos un grave problema, dama Cherit; no pareceis en condiciones de entregar a palacio lo que exige para la fiesta de regeneracion del rey.

-Bueno... Es una peticion imprevista... y, de momento, por desgracia es cierto.

-Necesito explicaciones.

-No estoy al corriente de todo, pero se que se efectuo un importante traslado de material a otro paraje.

-- Cual ?

-Lo ignoro.

--Por orden de quien?

-Lo ignoro tambien; en cuanto mi marido regrese, podra responderos y todo volvera a su cauce, no me cabe la menor duda.

-Manana por la manana examinare vuestros inventarios y el contenido de los almacenes.

-Manana habia previsto hacer limpieza y...

-Tengo prisa, dama Cherit. Mis superiores exigen un informe en el mas breve plazo. Pondreis pues vuestros archivos a mi disposicion.

-jHay tantos!

-Ya me las arreglare. Hasta manana, dama Cherit.

La dama Cherit no tenia tiempo que perder. Una vez mas, su marido habia actuado como un imbecil dando una respuesta demasiado rapida a los cuestionarios de la Administracion. Cuando le habia mostrado la copia de su carta, ella habia montado violentamente en colera. Demasiado tarde para interceptar el correo... Cherit habia enviado de inmediato a su marido a una aldea, al sur de Tebas, esperando que el incidente quedara enterrado en la arena y el palacio recurriera a otros almacenes.

Por desgracia, la reaccion de las autoridades habia sido muy distinta. Pese a su extraño aspecto, aquel supervisor parecia decidido e intratable. Por un instante, Cherit habia pensado en sobornarle, pero era una solucion demasiado arriesgada. Ahora lo unico que podia hacer era aplicar el plan de urgencia previsto para dicho contra-tiempo .

A la hora de cerrar los almacenes, retuvo a su lado a cuatro mantenedores. Iba a perder mucho en la manipulacion, pero era el unico medio de escapar a la justicia. Doloroso sacrificio que la privaria de considerables beneficios en las mercancías pacientemente acaparadas.

-En plena noche -ordeno Cherit a sus empleados-, entrareis en el edificio, a la izquierda del almacen central.

-Siempre esta cerrado -objeto un mantenedor.

-Yo lo abre. Transportareis todo lo que hay en su interior hasta el almacen central lo mas rapidamente que podais y en silencio.

-Esas no son horas normales, patrona.

-Por eso os dare un salario equivalente a una semana de trabajo. Y si quedo realmente satisfecha, anadire una prima.

Una amplia sonrisa aparecio en el rostro de los cuatro hombres.

-Luego olvidareis esta noche de trabajo. ~Estamos de acuerdo ?

En la cortante voz de Cherit, la amenaza estaba apenas velada.

-De acuerdo, patrona.

El barrio de los almacenes estaba desierto. A intervalos regulares, rondas de policias, acompañados por perros, recorrían el lugar.

Los cuatro hombres se habían ocultado en un vasto edificio donde se guardaban las narrias de madera utilizadas para el transporte de materiales pesados. Tras haber bebido cerveza y comido pan fresco, habían dormido por turnos.

En mitad de la noche resonó la voz imperiosa de la dama Cherit.

-Venid.

Había corrido los cerrojos de madera y hecho saltar los sellos de barro seco que impedían el paso al edificio donde, oficialmente, su marido conservaba los lingotes de cobre destinados a los talleres de los templos. Sin hacer preguntas, los mantenedores transportaron un centenar de jarras de vino de primera calidad, cuatrocientas cincuenta piezas de lino fino, seiscientos pares de sandalias de cuero, piezas de carro, mil trescientos pequeños bloques de mineral de cobre, trescientos rollos de lana y un centenar de copas de alabastro.

Mientras los mantenedores depositaban las últimas copas, Setau apareció al fondo del almacén, donde se había ocultado para presenciar la escena.

-Bien hecho, dama Cherit -afirmo-. De este modo restituis lo que habíais robado, para echar tierra a mi investigación. Bien hecho-repitio-, pero demasiado tarde.

La mujercita morena mantuvo su sangre fría.

--Que exigis a cambio de vuestro silencio?

-El nombre de vuestros complicés: ~a quien vendeis los objetos robados?

-No tiene importancia.

-Hablad, dama Cherit.

--Os negais a negociar?

-No forma parte de mi temperamento.

-Peor para vos... ¡No deberiais haber venido solo!

-Tranquilizaos, tengo una aliada.

En el umbral del almacén apareció Loto. Con los pechos desnudos, la delgada y hermosa nubia vestía solo un corto taparrabos de papiro y sujetaba un cesto de mimbre cubierto por una tapa de cuero.

Dama Cherit sintió ganas de reír.

-¡Poderosa aliada! -se burlo.

-Que vuestros esbirros se larguen-dijo Setau con calma.

-Apoderaos de esos dos -ordenó secamente la dama Cherit a los mantenedores.

Loto dejó el cesto en el suelo, lo abrió e inmediatamente salieron de él cuatro víboras sopladoras, muy excitadas, reconocidas por las tres zonas de color azul y verde que adornaban sus cuellos. Expulsando el aire contenido en sus pulmones, emitieron un terrorífico ruido.

Saltando por encima de los montones de telas, los cuatro mantenedores pusieron pies en polvorosa.

Las víboras rodearon a la dama Cherit, a punto de desmayarse.

-Mejor será que habéis -aconsejo Setau-; el veneno de esos reptiles es muy tóxico. Tal vez no muráis, pero los da-

nos provocados en vuestro organismo serian irreparables.

-Lo dire todo -prometio la morenita.

--Quien tuvo la idea de acaparar los bienes destinados a los templos?

-Fue... mi marido.

-- Estais segura ?

-Mi marido... y yo.

--Desde cuando dura este trafico?

-Hace algo mas de dos anos. Si no hubiera existido esa fiesta de regeneracion, no nos habrian pedido nada y todo habria proseguido.

-Tuvisteis que sobornar a algunos escribas.

-jNo hizo falta! Mi marido falsificaba los inventarios, e ibamos sacando los objetos en lotes mas o menos importantes, segun las oportunidades. El que me disponia a vender estaba bien provisto.

--Su comprador?

-Un capitan de barco.

-- Su nombre ?

-Lo ignoro.

-Describidle.

-Alto, barbudo, con una cicatriz en el antebrazo izquierdo y los ojos marrones.

--Os paga el?

-Si, con piedras preciosas y un poco de oro.

--Fecha de la proxima transaccion?

-Pasado mañana.

-Pues bien-concluyo Setau alegre-, tendremos el placer de conocerle.

La chalana atraco tras una jornada de navegacion sin incidentes. Transportaba grandes jarras de terracota que, gracias a un secreto de fabricacion de los alfareros del Medio Egipto, conservaba el agua potable y fresca durante un ano. Pero las jarras estaban vacias pues servirian para ocultar los objetos comprados a la dama Cherit.

El capitán había hecho toda su carrera en la marina mercante, y sus colegas le consideraban un profesional excelente. Ningún accidente grave, una autoridad bien aceptada por sus tripulaciones, un retraso mínimo en las entregas... Pero sus amantes costaban muy caras y los gastos aumentaban con mucha más rapidez que su salario; tras algunas reticencias, se había visto obligado a aceptar el trato que le ofrecían: transportar mercancías robadas. La importancia de las primas le permitía darse la gran vida que tanto le gustaba.

La dama Cherit era tan concienzuda como él. El cargamento estaría dispuesto, como de costumbre, y sería necesario poco tiempo para transportarlo del almacén a la chalana. Una actividad banal, que no extranaba a nadie, tanto menos cuanto las inscripciones, en los cofres de madera y los cestos, se referían a productos alimenticios.

Antes, el capitán tendría una aspera batalla. Por un lado, la dama Cherit se volvía cada vez más avida, por el otro, el comandatario del marido quería pagar cada vez menos. La discusión podía ser larga, pero los interlocutores estaban obligados a llegar a un entendimiento.

El capitán se dirigió hacia la casa oficial de Cherit. Como ya habían convenido, ella le dirigió una breve señal con la mano desde lo alto de su terraza. Todo era normal pues.

El marino cruzó el jardincillo y entró en la sala de recepción, con dos columnas pintadas de azul. A lo largo de las

paredes habia diversas banquetas. Enseguida distinguió los ligeros pasos de la dama Cherit bajando la escalera. Tras ella apareció una soberbia nubia.

-Pero... ¿quien es esta mujer?

-No os volvais, capitán -dijo la voz grave de Setau-; a vuestra espalda hay una cobra.

-Es cierto -confirmó la dama Cherit.

--¿Quien sois? -preguntó el marino.

-Un enviado del faraón. Mi misión consistía en poner fin a vuestras malversaciones. Pero quiero conocer también el nombre de tu patrón.

El capitán se creyó víctima de una pesadilla. El mundo se derrumbaba sobre su cabeza.

-El nombre de tu patrón -repitió Setau.

El capitán sabía que la condena sería pesada; no iba a ser el único en sufrir el castigo.

-Solo lo he visto una vez.

--¿Dijo su nombre?

-Sí... Se llama Ameni.

Estupefacto, Setau dio unos pasos y se puso delante del capitán.

- ¡Describele!

El capitán veía, por fin, al hombre que quería detenerle. ¡La cobra era él! Convencido de que Setau había inventado la presencia del reptil para asustarle, dio media vuelta e intentó huir. La serpiente se lanzó y le mordió en el cuello. Por efecto del dolor y la emoción, el marino perdió el conocimiento y se derrumbó.

Segura de que el camino estaba libre, la dama Cherit corrió

hacia el jardincillo.

-¡No! -aulló Loto, desprevenida.

La segunda cobra, una hembra, mordió a la hermosa morena en las caderas cuando cruzaba el umbral de su mansión. Sin aliento, con el corazón oprimido, la dama Cherit se arrojó arañando la tierra con sus uñas y, luego, se inmovilizó mientras el reptil regresaba lentamente hacia su compañero.

-No hay posibilidad de salvarlos -deplora Loto.

-Robaron a su país, y los jueces del más allá no serán indulgentes -recuerda Setau, y se sentó, trastornado-. ¡Amení... Amení, un corrupto!

1 59

La última carta del emperador Hattusil era una obra maestra de la diplomacia. Ramsés la había leído con atención más de diez veces y no conseguía formarse una opinión. ¿El emperador deseaba la paz o la guerra? ¿Quería aún casar a su hija con Ramsés o se escondía tras su dignidad ultrajada?

--¿Que te parece, Amení?

El portasandalias y secretario particular del rey parecía haber adelgazado, a pesar de lo mucho que comía durante la jornada. Tras un profundo examen, la doctora Neferet le había afirmado que no sufría ninguna enfermedad grave, pero que debía trabajar menos.

-Necesitamos a Acha; él sabría descifrar esta prosa.

-- Tu que opinas ?

-Bueno, soy más bien pesimista por naturaleza, tengo la sensación de que Hattusil te abre una puerta. Tu fiesta de regeneración se inicia mañana; la magia te dará la respuesta.

-Me satisface ir al encuentro de la comunidad de los dioses y las diosas.

-Kha ha actuado de un modo admirable -considero Ameni-; no faltara nada. Por lo que a Setau se refiere, acaba de poner fin a un robo sistematico. Los objetos encontrados estan ya en Pi-Ramses.

-- Los culpables ?

-Pecieron en un accidente. Su caso sera sometido al tribunal del visir, que se pronunciara sobre la probable aniquilacion de su nombre.

-Me retiro hasta que amanezca.

-Que el ka te ilumine, majestad; y que puedas asi llenar de sol Egipto.

La noche del agonizante estio era calida y clara. Como la mayoria de sus compatriotas, Ramses habia decidido dormir al aire libre, en la terraza de palacio. Tendido en una simple estera, contemplaba el cielo donde brillaban las almas de los faraones convertidos en luz. El eje del universo pasaba por la estrella polar, alrededor de la cual se desplegaba la corte de las inmortales estrellas, mas alla del tiempo y del espacio. Desde la epoca de las piramides, el pensamiento de los sabios se inscribia en el cielo. A sus cincuenta y cinco anos, tras treinta y tres de reinado, Ramses detenia el flujo de las horas y se interrogaba sobre sus actos. Hasta entonces no habia dejado de avanzar, de franquear obstaculos, de hacer que retrocedieran los limites de lo imposible; aunque su energia no flaqueara en absoluto, no veia ya el mundo al modo de un carnero que corriera con los cuernos por delante, sin preocuparse de quien le seguia. Reinar en Egipto no consistia en imponerle la ley de un hombre, sino en hacer que respirara el aliento de Maat, cuyo primer servidor era el faraon. Joven rey, Ramses habia esperado cambiar las mentalidades, arrastrar a toda una sociedad detras de su estela, liberarla para siempre de la mezquindad, de la bajeza, ensanchar el corazon de los seres. Con la experiencia, el sueno se habia disipado. Los humanos siempre se sentirian atraidos por la mentira y el mal; ninguna doctrina, ninguna religion, ninguna politica modificaria su naturaleza. Solo la practica de la justicia y la permanente utilizacion de la regla de Maat evitaban el caos.

Ramses se habia esforzado por respetar lo que su padre, Seti, le habia ensenado. Su deseo de ser un gran faraon, que

1 6 1

marcara con su sello el destino de las Dos Tierras, no contaba ya. Tras haber conocido todas las felicidades, tras haber conocido el apogeo del poder, solo tenia ya una ambicion: servir.

Setau estaba ebrio, pero seguia bebiendo el macerado vino de los oasis. Con las piernas rigidas, recorria la estancia.

-jNo te duermas, Loto! No es momento de descansar... Tenemos que reflexionar y decidir.

-jHace horas que repites la misma frase!

-Y harias bien escuchandome, no hablo a la ligera... Sabemos que Ameni es un corrupto. Detesto al pequeno escriba, le maldigo, quisiera verle hirviendo en los calderos de los asesinos de almas... Pero es mi amigo y el de Ramses. Y mientras mantengamos silencio, no sera condenado por robo.

--No esta el robo vinculado a una conspiracion contra Ramses ?

-Tenemos que reflexionar y decidir... Si fuera a ver al rey... No, imposible. Se prepara para su fiesta de regeneracion. No puedo estropear ese momento. Si hablara con el visir... jHaria detener a Ameni! jY tu no dices nada!

-Duerme un poco, luego pensaras mejor.

-jNo basta con pensar, es preciso decidir! Y para eso no es necesario dormir. Ameni... jQue has hecho Ameni!

-Por fin la pregunta adecuada -observo Loto.

Rigido como una estatua, a pesar de sus temblorosas manos, Setau contemplo a la nubia.

--Que quieres decir?

-Antes de torturar tu espiritu, preguntate que ha hecho realmente Ameni.

-Esta claro, el capitán de la chalana confeso. Ameni es el cabecilla de una red que se dedicaba a traficar con objetos valiosos. Mi amigo Ameni-se lamento.

Serramanna dormia solo. Tras una jornada agotadora, durante la que habia comprobado la puesta a punto de los distintos elementos del dispositivo de seguridad alrededor del templo de regeneracion, se habia derrumbado en la cama, sin pensar siquiera en aprovecharse del delicioso cuerpo de su ultima amante oficial, una joven siria flexible como una cana.

Le despertaron unos gritos.

Saliendo a duras penas de las profundidades del sueno, el gigante sardo se desperezó y se lanzó al corredor, donde su intendente se las veía con un Setau visiblemente borracho.

-¡Hay que investigar enseguida!

Serramanna apartó al intendente, agarró a Setau por el cuello de su túnica, le arrastró hasta su habitación y le vertió en la cabeza el contenido de una jarra de agua fresca.

-t Que... pero que...?

-Agua. Has olvidado beberla desde hace algun tiempo. Setau se dejó caer en la cama.

-Te necesito.

-t Quien es la nueva victima de tus malditas serpientes?

-Tienes que investigar.

-t Sobre que?

Setau vaciló por ultima vez, pero se decidió.

-La fortuna de Ameni.

-- Como ?

-Ameni tiene una fortuna oculta.

-~Pero que has bebido, Setau? ¡Debe de ser peor que el veneno de serpiente!

-Ameni tiene una fortuna ilegal... ¡Y podría ser mas grave aun! Supon que Ramses este amenazado...

-Explicate.

Desordenadamente, pero sin omitir detalle, Setau le relato como Loto y el habian acabado con el trafico de la dama Cherit.

-t Que vale la confesion de un bandido como ese capitán? Habra dicho un nombre al azar!

-Parecia sincero-objeto Setau.

marcara con su sello el destino de las Dos Tierras, no contaba ya. Tras haber conocido todas las felicidades, tras haber conocido el apogeo del poder, solo tenia ya una ambi-

cion: servir.

Setau estaba ebrio, pero seguia bebiendo el macerado vino de los oasis. Con las piernas rigidas, recorria la estancia.

-¡No te duermas, Loto! No es momento de descansar... Tenemos que reflexionar y decidir.

-¡Hace horas que repites la misma frase!

-Y harias bien escuchandome, no hablo a la ligera... Sabemos que Ameni es un corrupto. Detesto al pequeno escriba, le maldigo, quisiera verle hirviendo en los calderos de los asesinos de almas... Pero es mi amigo y el de Ramses. Y mientras mantengamos silencio, no sera condenado por robo.

-~No esta el robo vinculado a una conspiracion contra Ramses ?

-Tenemos que reflexionar y decidir... Si fuera a ver al rey... No, imposible. Se prepara para su fiesta de regeneracion. No puedo estropear ese momento. Si hablara con el visir... ¡Haria detener a Ameni! ¡Y tu no dices nada!

-Duerme un poco, luego pensaras mejor.

-¡No basta con pensar, es preciso decidir! Y para eso no es necesario dormir. Ameni... ¡Que has hecho Ameni!

-Por fin la pregunta adecuada -observo Loto.

Rigido como una estatua, a pesar de sus temblorosas manos, Setau contemplo a la nubia.

--Que quieres decir?

-Antes de torturar tu espiritu, preguntate que ha hecho realmente Ameni.

-Esta claro, el capitan de la chalana confeso. Ameni es el cabecilla de una red que se dedicaba a traficar con objetos valiosos. Mi amigo Ameni -se lamento.

Serramanna dormia solo. Tras una jornada agotadora, durante la que habia comprobado la puesta a punto de los distintos elementos del dispositivo de seguridad alrededor del templo de regeneracion, se habia derrumbado en la cama, sin pensar siquiera en aprovecharse del delicioso cuerpo de su ultima amante oficial, una joven siria flexible como una cana.

Le despertaron unos gritos.

Saliendo a duras penas de las profundidades del sueno, el gigante sardo se desperezo y se lanzo al corredor, donde su intendente se las veia con un Setau visiblemente borracho.

-¡Hay que investigar enseguida!

Serramanna aparto al intendente, agarro a Setau por el cuello de su tunica, le arrastro hasta su habitacion y le vertio en la cabeza el contenido de una jarra de agua fresca.

-t Que... pero que...?

-Agua. Has olvidado beberla desde hace algun tiempo. Setau se dejo caer en la cama.

-Te necesito.

-t Quien es la nueva victima de tus malditas serpientes?
-Tienes que investigar.

-t Sobre que?

Setau vacilo por ultima vez, pero se decidio.

-La fortuna de Ameni.

-t Como?

-Ameni tiene una fortuna oculta.

-t!Pero que has bebido, Setau? jDebe de ser peor que el veneno de serpiente!

-Ameni tiene una fortuna ilegal... jY podria ser mas grave aun! Supon que Ramses este amenazado...

-Explicate.

Desordenadamente, pero sin omitir detalle, Setau le relato como Loto y el habian acabado con el trafico de la dama Cherit.

-t Que vale la confesion de un bandido como ese capitan? Habra dicho un nombre al azar!

-Parecia sincero-objeto Setau. Serramanna estaba aterrado.

-Ameni... El ultimo del que habria sospechado que traicionase al rey y su pais.

--Porque de mi lo habrias sospechado?

-jNo me vcngas con susceptibilidades! Estamos hablando de Ameni.

-Ticncs que investigar, Serramanna.

-jInvestigar, investigar! Es facil decirlo. Debo encargarme de la scguridad de Ramses durante la ficsta de regenera-

clon. ¡Y Ameni lo domina todo! Si ha cometido deshonestidades, debemos evitar ponerle en aviso y permitirle acabar con las pruebas. ~Imaginas que le acusáramos a la ligera?

Setau se cubrió la cabeza con las manos.

-Loto y yo somos testigos. El capitán acusó a Ameni.

El sardo sintió náuseas. Que un hombre como Ameni, fiel entre los fieles, hubiera pensado solo en enriquecerse le daba asco; decididamente, no había humano alguno que salvara a otro. Lo peor era la eventual complicidad de Ameni con los conspiradores; ~servía su fortuna oculta para armar el brazo de los adversarios de Ramsés?

-Estoy borracho -admitió Setau-, pero lo he dicho todo. Ahora ya lo sabemos tres personas: tú, Loto y yo.

-Habría preferido otra clase de confidencia.

--¿Que piensas hacer?

-Amelli dispone de un alojamiento oficial en palacio, pero duerme casi siempre en su despacho. Tendremos que hacerle salir y llevar a cabo un registro discreto... Si ha ocultado allí oro o piedras preciosas, lo descubriremos. En cuanto salga, le seguiremos permanentemente e identificaremos a todas las personas que reciba. Es evidente que debe mantener contactos con otros miembros de la red. Esperemos que mis hombres no metan la pata... Si la policía del visir se huele la investigación, tendremos problemas.

-Debemos pensar en Ramsés, Serramanna.

--¿Y en quien crees que pienso?

164

Aquella mañana, todo Egipto oro por Ramsés. Tras tan largo reinado, ~de qué modo absorbería la formidable energía que emanaba de la comunidad de dioses y diosas? Si su cuerpo físico no estaba ya en condiciones de servir de receptáculo para el ka sería destruido, como un recipiente demasiado frágil. El fuego del reinado de Ramsés volvería al

fuego celestial, y su momia a la tierra. Pero si el rey era regenerado, una nueva sangre circularia por las venas del pais.

Procedentes de las provincias del Norte y del Sur, las efigies de las divinidades se habian reunido en el templo de regeneracion de Pi-Ramses, donde Kha las habia recibido. Mientras durara la fiesta, el faraon seria su huesped y moraria en el regazo de lo sobrenatural, en un espacio sagrado al margen del mundo profano.

Mientras se vestia, al amanecer, Ramses penso en Ameni. ¡Que interminables debian de parecerle esas jornadas a su secretario particular! Mientras se celebraban las ceremonias, no podria pedir consejo al rey y se veria obligado a clasificar como <<pendientes~> muchos asuntos que consideraba urgentes. Segun Ameni, Egipto no estaba nunca bien administrado y ningun funcionario se tomaba su papel lo bastante

Tocado con la doble corona, vestido con una tunica de lino plisado y un pano dorado, calzado con sandalias de oro, Ramses se presento en el umbral de palacio.

I65

Dos hijos reales se inclinaron ante el monarca. Ataviados con una peluca de largos colgantes, una camisa de anchas y plisadas mangas y una falda larga, mantenian un asta cuyo extremo superior habia sido tallado en forma de carnero, una de las encarnaciones de Amon, el dios oculto.

Lentamente, los dos portaensena condujeron al faraon hasta el portal de granito del templo de regeneracion, de doce metros de alto, que estaba precedido por obeliscos y colosos que simbolizaban, como los de Abu Simbel, el ka real. Desde el inicio de la construccion de su capital, Ramses habia previsto el emplazamiento de este templo, como si creyera en su capacidad para reinar mas de treinta anos.

Dos sacerdotes con el rostro cubierto con mascararas de chacal recibieron al monarca; uno era el que abria los caminos del Sur, el otro los del Norte. Guiaron a Ramses a traves de una sala de columnas, de diez metros de alto, y le llevaron a la sala de las telas. El rey se desnudo alli y se puso una tunica de lino que le llegaba por encima de las rodillas

y que mas bien parecia un sudario. Con la mano izquierda cogio el cayado del pastor y con la derecha, el cetro de tres azotes, que evocaba los tres nacimientos del faraon, en el reino bajo tierra, en la tierra y en el cielo.

Ramses habia vivido ya muchas pruebas fisicas, ya fuera el combate con un toro salvaje o la batalla de Kadesh donde, solo en el tumulto, habia tenido que enfrentarse con miles de hititas desencadenados; pero la fiesta de regeneracion le invitaba a un combate distinto en el que intervenian energias invisibles. Muriendo para si mismo, regresando a lo no creado, de donde habia salido, Ramses debia renacer del amor de los dioses y las diosas, y sucederse a si mismo. Por aquel acto alquimico, tejia inalterables vinculos entre su persona simbolica y su pueblo, entre su pueblo y la comunidad de potencias creadoras.

Los dos sacerdotes con mascara de chacal condujeron al soberano hasta un gran patio al aire libre que evocaba el del faraon ~oser en Saqqara; era obra de Kha, que admiraba tanto la arquitectura antigua que habia hecho construir aquella reproduccion en el interior del recinto del templo de regeneracion de Ramses.

Ella salio a su encuentro.

Ella, Meritamón, la hija de Nefertari, la propia Nefertari, resucitada para resucitar a Ramses estaba deslumbradora. La gran esposa real, ataviada con una larga tunica blanca, discreto collar de oro, tocada con dos altas plumas que simbolizaban la vida y la Regla, se colocó detrás del monarca. Durante todas las etapas del ritual, le protegería con la magia del verbo y del canto.

Kha prendió la llama que iluminó las estatuas de las divinidades, las capillas donde se habían colocado y el trono real en el que se instalaría Ramses si salía vencedor de las pruebas. El sumo sacerdote sería ayudado por el consejo de grandes del Alto y el Bajo Egipto, entre los que se encontraban Setau, Ameni, el sumo sacerdote de Karnak, el visir, el médico en jefe del reino, Neferet, algunos <<hijos e hijas reales>>. Sobrio ya, Setau no quería pensar en el despreciable comportamiento de Ameni; solo importaba el ritual que de-

bia realizarse a la perfeccion, para renovar la potencia vital de Ramses.

Los grandes del Alto y el Bajo Egipto se prosternaron ante el faraon. Luego, Setau y Ameni, actuando como <<amigo unico~, lavaron los pies del rey. Purificados, le permitirian recorrer todos los espacios, de agua, tierra o fuego. La jarra de donde brotaba el agua tenia la forma del signo jeroglifico sema, que representaba el conjunto formado por el corazon y la arteria, y significaba <<reunir>>. Por este liquido sacralizado, el faraon se convertia en un ser coherente y en el unificador de su pueblo.

Kha habia regulado tan bien las ceremonias que los dias y las noches de la fiesta transcurrieron como una hora.

Obligado a caminar lentamente, debido a su cenida tuni-

I67

ca, Ramses hacia eficaces las ofrendas alimenticias depositadas en los altares de las divinidades; con su mirada y con la formula <<ofrenda que da el faraon>>, hizo surgir el ka inmaterial de los alimentos. La reina cumplia la funcion de vaca celestial, encargada de alimentar al rey con la leche de las estrellas, con el fin de expulsar de su cuerpo la debilidad y la enfermedad.

Ramses venero cada una de las potencias divinas, para que fuese preservada la multiplicidad de la creacion que alimentaba su unidad. Haciendolo, desprendia precisamente la unidad inalterable oculta en cada forma y comunicaba a cada estatua una vida magica.

Durante tres dias, procesiones, letanias y ofrendas se sucedieron en el gran patio donde estaban presentes las divinidades. Albergadas en capillas a las que se accedia por pequeñas escaleras, delimitaban el espacio sagrado y difundian su energia. Viva unas veces, recogida otras, la musica de los tamboriles, las arpas, los laudes y los oboes acompasaba los episodios que se precisaban en el papiro que iba desarrollando el portador del rito.

Asimilando el alma de las divinidades, dialogando con el

toro Apis y el cocodrilo Sobek, manejando el arpon para impedir que el hipopotamo perjudicara, el faraon tejia vinculos entre el mas alla y el pueblo de Egipto. Por la accion del rey, lo invisible se hacia visible y se edificaba una relacion de armonia entre la naturaleza y el hombre.

En un patio anejo se habia levantado un estrado en el que habia dos tronos unidos; para llegar a ellos, Ramses tenia que subir unos peldanos. Cuando se sentaba en el trono de Alto Egipto, se ponía la corona blanca; cuando lo hacia el del Bajo Egipto, la corona roja. Y cada fase ritual era llevada a cabo por uno y otro aspecto de la persona real, dualidad en movimiento, oposicion aparentemente reductible apaciguada sin embargo en el ser del faraon. Asi las Dos Tierras se hacian una sin confundirse. Sentandose alternativamente en uno y otro trono, Ramses era unas veces Horus, el de la penetrante mirada, otros Set, el de la inigualable potencia, y siempre el tercer termino que conciliaba a ambos hermanos.

El penultimo dia de la fiesta, el rey abandono su tunica blanca para revestir el taparrabos tradicional de los monarcas del tiempo de las piramides, que llevaba prendida una cola de toro. Habia llegado la hora de comprobar si el faraon reinante habia asimilado correctamente la energia de las divinidades y si era capaz de tomar posesion del cielo y de la tierra.

Puesto que habia vivido el secreto de los dos hermanos enemigos, Horus y Set, el faraon era apto para recibir de nuevo el testamento de los dioses que le convertia en heredero de Egipto. Cuando los dedos de Ramses se cerraron sobre el pequeno estuche de cuero en forma de cola de milano que contenia el inestimable documento, todos los corazones se sintieron oprimidos. ¿Tendria la mano de un ser humano, por muy dueno de las Dos Tierras que fuese, suficiente fuerza para apoderarse de un objeto sobrenatural?

Sujetando con firmeza el testamento de los dioses, Ramses empuno el gobernalle que revelaba su aptitud para dirigir el navio del Estado en la direccion adecuada. Luego, con grandes zancadas, recorrio el patio, asimilado a la totalidad de Egipto como reflejo del cielo y la tierra. Como rey del

Bajo Egipto, llevo a cabo la carrera ritual cuatro veces, cada una de ellas dirigida a un punto cardinal; y cuatro mas como rey del Alto Egipto. Las provincias de las Dos Tierras fueron asi transfiguradas por los pasos del faraon, que afirmaba el reinado de los dioses y la presencia de la jerarquia celestial; en el, la totalidad de los faraones difuntos volvia a la vida y Egipto se convertia en fecundo campo de lo divino.

-He corrido -proclamo Ramses-, he tenido en la mano el testamento de los dioses. He atravesado la tierra entera y tocado sus cuatro esquinas. La he recorrido segun mi corazon.

I69He corrido, he atravesado el oceano de los origenes, he tocado las cuatro esquinas del cielo, he llegado tan lejos como la luz y ofrecido la fertil tierra a su soberana, la regla de vida.

El ultimo dia de la fiesta de regeneracion se preparaban los regocijos en ciudades y pueblos; se sabia que Ramses habia triunfado y que su energia para reinar se habia renovado. Sin embargo, la alegria no podia estallar antes de que el monarca regenerado mostrara a su pueblo el testamento de los dioses.

Al alba, Ramses se sento en una silla de manos que levantaron los grandes del Alto y el Bajo Egipto; la espalda de Ameni sufria, pero quiso realizar su parte en la labor. El faraon fue llevado a los cuatro puntos cardinales y, en cada uno de ellos, tenso un arco y disparo una flecha para anunciar al universo entero que el faraon seguia reinando.

Luego, el monarca subio a un trono cuya base estaba adornada con doce cabezas de leon y se dirigio a todos los puntos del espacio para anunciar que la regla de Maat acallaria las fuerzas del mal.

Coronado de nuevo, como la primera vez, Ramses rindio homena) e a sus ancestros. Ellos habian abierto caminos en lo invisible y formaban el zocalo de la realeza. Setau, que se felicitaba por la fuerza de su caracter, no pudo contener las lagrimas; nunca Ramses habia sido tan grande, nunca el faraon habia encarnado hasta ese punto la luz de Egipto.

El rey abandono el gran patio donde el tiempo habia sido abolido. Atraveso la sala hipostila y subio la escalera que llevaba a la cima del pilono. Aparecio entre las dos altas torres, como el sol de mediodia, y mostro a su pueblo el testamento de los dioses.

Un inmenso clamor broto de la muchedumbre. Ramses fue reconocido, por aclamacion, digno de gobernar; sus pa-

I70

labras serian vida, sus actos unirian la tierra y el cielo. El Nilo seria fecundo, alcanzaria la base de las colinas, depositaria en las tierras el fertil limo, ofreceria a los hombres el agua pura e innumerables peces. Como las divinidades estaban de fiesta, la felicidad se derramo en los corazones; gracias al rey, el alimento seria tan abundante como los granos de arena en las riberas del rio. ~Acaso no se decia de Ramses el Grande que amasaba con sus manos la prosperidad? Dos meses y un dia.

Un dia tormentoso, tras dos meses de investigacion discreta y minuciosa. Serramanna no habia escatimado medios; sus mejores hombres, mercenarios experimentados, se habian encargado de seguir a Ameni y registrar sus locales sin llamar la atencion. El gigante sardo les habia avisado: si les cogian, el se desentenderia; y si le comprometian, los estrangularia con sus propias manos. Prometio, como prima, vacaciones suplementarias y vino de primera calidad.

Alejar a Ameni de su despacho habia resultado dificil. Una gira de inspeccion por el Fayyum habia proporcionado al sardo una inesperada ocasion; pero el registro no habia dado resultado alguno. El secretario particular de Ramses no ocultaba objetos ilicitos ni en su morada oficial, casi siempre vacia, ni en sus arcones, ni en su biblioteca, ni detras de los anaqueles. Ameni seguia trabajando dia y noche, comia mucho y dormia poco. Por lo que a sus visitantes se refiere, pertenecian a la Alta Administracion, y el escriba solia encontrarse con ellos para exigir cuentas y avivar su ardor al servicio del Estado.

Escuchando los informes negativos del sardo, Setau se preguntaba si no habria sonado; pero Loto, al igual que el,

habia oido, efectivamente, como pronunciaba el nombre de Ameni el capitán de la chalana. Le resultaba imposible borrar de su memoria aquella mancilla.

Serramanna pensaba dismantelar el dispositivo que habia puesto en marcha; sus hombres se ponian nerviosos y no tardarian en meter la pata.

Y aquel dia de tormenta se produjo el tan temido accidente. A primera hora de la tarde, mientras Ameni estaba solo en su despacho, recibio a un visitante insolito: un hombre mal afeitado, tuerto, basto, con el rostro profundamente marcado.

El mercenario a las ordenes de Serramanna le habia seguido hasta el puerto de Pi-Ramses y no tuvo dificultad alguna en identificarle: un capitán de chalana.

--Estas seguro? -pregunto Setau a Serramanna.

-El tipo ha zarpado hacia el Sur con un cargamento de jarras. La conclusion es evidente.

Ameni a la cabeza de una pandilla de ladrones, el, que conocia la Administracion mejor que nadie y abusaba de ello en beneficio personal... Y tal vez peor aun.

-Ameni ha esperado bastante -advirtio el sardo-, pero se ha visto obligado a ponerse de nuevo en contacto con sus complicés.

-No quiero creerlo.

-Lo siento, Setau. Debo decir a Ramses lo que se.

~<Olvida tus agravios -escribia el comprador Hattusil al faraon de Egipto-, reten tu brazo y permitenos respirar el aliento de vida. ;En verdad eres hijo del dios Set! El te prometio el pais de los hititas, y te daran como tributo todo lo que desees. cNo estan acaso a tus pies?>>

Ramses mostro la tablilla a Ameni.

-Lee tu mismo... ¡Sorprendente cambio de tono!

-Los partidarios de la paz han prevalecido, la influencia de la reina Putuhepa ha sido decisiva. Majestad, ya solo te queda redactar una invitación oficial para que una princesa hitita se convierta en reina de Egipto.

I7~

-Prepárame algunas hermosas fórmulas a cuyo pie pondré mi sello. Acha no murió por nada; la obra de su vida queda así coronada.

-Me voy a mi despacho a preparar la misiva.

-No, Ameni; escríbela aquí. Siéntate en mi silla para gozar de los postreros rayos del sol.

El secretario particular del rey se quedó petrificado.

-Yo... En la silla del faraón... ¡Nunca!

--Tienes miedo?

-¡Claro que tengo miedo! Otros fueron fulminados por haber cometido este tipo de locura.

-Subamos a la terraza.

-Pero... la carta...

-Puede esperar.

El panorama era arrobador. Suntuosa y tranquila, la capital de Ramsés el Grande se entregaba a la noche.

-- La paz que tanto deseamos, Ameni, no estará aquí, ante nuestros ojos? Tendríamos que saber saborearla a cada instante, como un fruto raro, y evaluar su auténtico valor. Pero los hombres solo piensan en turbar la armonía, como si no la soportaran. ¿Por qué, Ameni?

-Lo... Lo ignoro, majestad.

--Nunca te has hecho esta pregunta?

-No he tenido tiempo. Y ahí está el faraón para responder a las preguntas.

-Serramanna ha hablado conmigo -revelo Ramses.

-¿Hablado...? ~De que?

-De una sorprendente visita a tu despacho.

Ameni no parecía turbado.

--De quien se trata?

--No podrías decírmelo tu mismo?

El escriba reflexionó unos instantes.

-Pienso en ese capitán de chalana que no tenía cita y se abrió paso a la fuerza; ciertamente no suelo recibir a ese tipo de personajes. Su discurso era incoherente, hablaba de los descargadores y de algunos cargamentos que se retrasan... Le puse en la puerta con la ayuda de un guardia.

--Era la primera vez que le veías?

-;Y la última! Pero... ~A que vienen esas preguntas?

La mirada de Ramses se hizo tan penetrante como la de Set; los ojos del monarca fulguraron, atravesando el crepusculo.

--Me has mentado alguna vez, Ameni?

-¡Nunca, majestad! ;Y nunca te mentire! ;Que mis palabras valgan como juramento por la vida del faraón!

Durante unos largos segundos, Ameni no respiró. Sabía que Ramses estaba juzgándole e iba a pronunciar su veredicto.

La mano diestra del faraón se posó en el hombro del escriba, que sintió inmediatamente el efecto bienhechor de su magnetismo.

-Confio en ti, Ameni.

--De que me acusaban?

-De organizar un robo de bienes destinados a los templos y enriquecerte.

Ameni estuvo a punto de desfallecer.

-- Enriquecerme, yo ?

-Tenemos trabajo; la paz parece al alcance de la mano, sin embargo, debemos reunir inmediatamente un consejo de guerra.

Setau se arrojó en brazos de Ameni, Serramanna mascullo unas excusas.

-;Evidentemente, si el propio faraon te ha absuelto definitivamente.. . !

--Creiste que era culpable? -se extraño el secretario particular del rey, quien observaba la escena con aire grave.

-Traicione nuestra amistad -reconocio Setau-, pero solo pensaba en la seguridad de Ramses.

17S

-En ese caso -considero Ameni-, actuaste bien. Y vuelve a hacerlo si sospechas de nuevo. Salvaguardar la persona del faraon es nuestro mas imperioso deber.

-Alguien ha intentado desacreditar a Ameni ante su majestad -recuerdo Serramanna-; alguien cuyos manejos desbarato Setau.

-Quiero conocer todos los detalles -exigio Ameni.

Setau y Serramanna narraron los episodios de su investigacion .

-El jefe de la red se hizo pasar por mi -concluyo el escriba-, y engano al capitan de la chalana que la cobra de Setau mando al infierno de los ladrones. Propagando esa falsa informacion, lanzaba sospechas sobre mi persona y mis servicios. Basto la visita de otro capitan para convencerlos de mi culpabilidad. Si me eliminaban a mi, la Administracion del pais quedaria desorganizada.

Ramses abandono su mutismo.

-Mancillar a mis amigos es ensuciar el gobierno del pais del que soy responsable. Han intentado debilitar Egipto precisamente cuando se juega una dificil partida con el Hattiti. No es un simple asunto de robo, ni siquiera a gran escala, sino una gangrena que debe ser detenida en el acto.

-Encontremos al marino que me visito -recomendo Ameni.

-Yo me encargo -dijo Serramanna; el tipo nos llevara hasta su autentico patron.

-Me pongo a disposicion de Serramanna-ofrecio Setau-. Se lo debo a Ameni.

-Nada de fallos -exigio Ramses-; quiero la cabeza organizadora.

-Y si se tratara de Uri-Techup? -intervino Serramanna-. Estoy convencido de que desea vengarse.

-Imposible -objeto Ameni-; no conoce suficientemente el funcionamiento de la Administracion egipcia como para haber organizado ese robo.

Uri-Techup decidido a impedir la boda de Ramses con la hija de Hattusil, el tirano que le habia apartado del poder... El rey no rechazo la sugerencia del jefe de su guardia.

-Alguien pudo actuar por ordenes de Uri-Techup -insistio Serramanna.

-Basta de discusiones -interrumpio Ramses-; seguid el hilo, y enseguida. Tu, Ameni, trabajaras en una sala aneja a

palacio.

--Pero... por que?

-Porque eres sospechoso de corrupcion y has sido aislado. El adversario debe estar convencido de que su plan ha tenido exito.

I77

Un viento helado y violento barria las murallas de Hattusa, la capital fortificada del Imperio hitita. En la altiplanicie de Anatolia, el otono se habia transformado bruscamente en invierno. Lluvias torrenciales embarraban los caminos y dificultaban los desplazamientos de los comerciantes. Friolento, el emperador Hattusil se agazapaba junto al hogar bebiendo vino caliente.

La carta que acababa de recibir de Ramses le alegraba en sumo grado. El Hatti y Egipto nunca estarian ya en guerra; aunque el ejercicio de la violencia fuera a veces necesario, Hattusil preferia la diplomacia. El Hatti era un imperio envejecido, cansado de excesivos combates; desde el tratado firmado con Ramses, el pueblo se acostumbraba a la paz. Finalmente regreso Putuhepa. La emperatriz habia pasado varias horas en el templo de la Tempestad, para consultar alli los oraculos. Bella, majestuosa, la suma sacerdotisa era una soberana respetada, incluso por los generales.

--Traes nuevas noticias? -pregunto Hattusil, inquieto.

-Si, pero desafortunadamente son malas. Aumentara la intemperie, descenderan las temperaturas.

-;Yo puedo anunciarte un milagro!

El emperador blandio el papiro procedente de Pi-Ramses.

--Ha dado Ramses la conformidad definitiva?

-Puesto que se ha celebrado su fiesta de regeneracion y, simbolicamente, se desposo con su hija para celebrar los ritos, el faraon de Egipto, nuestro amado hermano, acepta desposarse con nuestra hija. Una hitita soberana de las Dos

Tierras... ;Nunca hubiera creído que el sueño fuera a realizarse !

Putuhepa sonrió.

-Supiste humillarte ante Ramses.

-Gracias a tus consejos, querida... A tus juiciosos consejos. Las palabras no tienen importancia alguna; lo esencial era alcanzar nuestro objetivo.

-Desgraciadamente, el cielo se desencadena contra nosotros.

-El tiempo acabará mejorando.

-Los oráculos son pesimistas.

-Si tardamos demasiado en enviarle a nuestra hija, Ramses creará que es una maniobra.

--¿Que podemos hacer, Hattusil?

-Decirle la verdad y solicitar su ayuda. La ciencia de los magos de Egipto es incomparable; que apaciguen los elementos y liberen el camino. Escribamos ahora mismo a nuestro amado hermano.

Con el rostro anguloso y severo, el cráneo afeitado, los andares rígidos a veces, a causa de las doloridas articulaciones, Kha vagabundeaba por la inmensa necrópolis de Saqqara, donde se sentía más a gusto que en el mundo de los vivos. Sumo sacerdote de Ptah, el primogénito de Ramses pocas veces salía de la antigua ciudad de Menfis. La época de las pirámides le fascinaba; Kha pasaba largas horas contemplando los tres gigantes de piedra de la meseta de Gizeh, las pirámides construidas por Keops, Kefren y Mikerinos. Cuando el sol llegaba a su cenit, sus caras cubiertas de calcreo blanco reflejaban la luz e iluminaban los templos funerarios, los jardines y el desierto. Encarnación de la piedra primordial surgida del océano de los orígenes, en el primer amanecer del mundo, las pirámides eran también rayos de sol petrificados que conservaban una energía inalterable. Y

Kha habia percibido una de sus verdades: cada piramide era una letra en el gran libro de la sabiduria que el estaba buscando en los archivos de los antiguos.

Pero el sumo sacerdote de Menfis estaba preocupado; proxima al inmenso conjunto arquitectonico de Zoser, dominado por la piramide escalonada, la piramide del rey Unas exigia trabajos de restauracion. El venerable monumento, que databa del final de la quinta dinastia, es decir, que tenia mas de un milenio de antiguedad, sufria serias heridas. Era indispensable reemplazar cuanto antes varios bloques de paramento.

Aqui, en Saqqara, el sumo sacerdote Kha dialogaba con los antepasados. Instalandose en las capillas de las moradas de eternidad, leia las columnas de jeroglificos que evocaban los hermosos caminos del mas alla y el feliz destino de quienes poseian una <~voz justa~, porque habian llevado una existencia conforme a la regla de Maat. Descifrando aquellas inscripciones, Kha devolvia la vida a los propietarios de las tumbas, que permanecian presentes en la tierra del silencio.

El sumo sacerdote de Ptah estaba dando la vuelta a la piramide de Unas cuando vio que su padre se le acercaba. ~No parecia Ramses uno de aquellos espíritus luminosos que, a ciertas horas del día, se aparecian a los videntes?

--Cuales son tus proyectos, Kha?

-De momento, acelerar la restauracion de las piramides del Imperio Antiguo que exigen una intervencion urgente.

--Has encontrado el libro de Thot?

-Fragmentos... pero soy tenaz. Hay tantos tesoros en Saqqara que tal vez necesitare una larguísima vida para hallarlos todos.

-Solo tienes treinta y ocho años; ~no espero Ptah-hotep a tener ciento diez para redactar sus Maximas?

-En este lugar, padre, la eternidad se nutre del tiempo de

180

los hombres y lo ha transformado en piedras vivas; estas capillas, estos jeroglíficos, estos personajes que veneran el secreto de la vida y le hacen ofrendas son lo mejor de nuestra civilización.

--Piensas en alguna ocasión en los asuntos del Estado, hijo mío?

--Por qué preocuparse si tu reinas?

-Los años pasan, Kha, y yo también partire hacia el país que ama el silencio.

-Tu majestad acaba de ser regenerada, y yo organizaré mejor aún tu próxima fiesta de regeneración, dentro de tres años.

-Lo ignoras todo de la Administración, la economía, el ejército...

-No siento afición alguna por estas materias. ~No es la rigurosa práctica de los ritos la base de nuestra sociedad? La felicidad de nuestro pueblo depende de ello y quiero consagrarme a eso cada día más. ~Crees que me estoy equivocando al elegir este camino?

Ramses levanta la mirada hacia la cumbre de la pirámide de Unas.

-Buscar lo más alto, lo más vital, es siempre seguir el buen camino. Pero el faraón está obligado a descender al mundo subterráneo y enfrentarse con el monstruo que intenta secar el Nilo y destruir la barca de luz; si no librara ese combate cotidiano, ~qué rito celebraríamos?

Kha toca la piedra milenaria, como si alimentara su pensamiento.

--De qué modo puedo servir al faraón?

-El emperador del Hatti desea enviar a su hija a Egipto para que me case con ella; pero el tiempo es tan malo en Anatolia que hace imposible el viaje de un convoy. Hattusil

reclama una intervencion de nuestros hechiceros para que obtengan de los dioses la mejoría del clima. Descubre lo antes posible el texto que te permita satisfacerle.

181

Nadie podría encontrar a Rerek, el capitán de la chalana, en el lugar donde se había ocultado. Por consejos de su patrón se había instalado por algún tiempo en el barrio asiático de Pi-Ramses, tras haber visitado a un escriba de tez pálida para soltarle un discurso sin pies ni cabeza. Pero estaba bien pagado, mucho mejor pagado que tres meses de trabajo en el Nilo. Rerek había visto de nuevo a su patrón, muy satisfecho de sus servicios; según él, se había obtenido el resultado esperado. Solo existía un pequeño inconveniente: el patrón exigía que Rerek cambiase de apariencia. Orgullosa de su barba y de su velluda epidermis, el marino había intentado discutir. Pero tratándose de su seguridad, se había dejado convencer. Lampino, reanudaría el servicio en el Sur con otro nombre, y la policía perdería para siempre su rastro.

Rerek se pasaba el día durmiendo en el primer piso de una casita blanca. Su casera le despertaba al pasar el aguador y le proporcionaba unas deliciosas tortas rellenas de ajo y cebolla.

-El barbero está en la plazoleta -le aviso.

El marino se desesperó. Afeitado, parecería menos viril y le sería más difícil seducir a las mozas; afortunadamente, le quedaban otros argumentos igual de convincentes.

Rerek miró por la ventana.

En la plazoleta, el barbero había instalado cuatro estacas que aguantaban un toldo, para evitar las quemaduras del sol; bajo ese refugio había dos taburetes, el más alto para él, el más bajo para su cliente.

Una decena de hombres acudían ya, por lo que la espera sería larga; tres de ellos jugaban a los dados, los demás se sentaron con la espalda apoyada en la pared de una casa. Rerek volvió a acostarse y se durmió.

Su casera le sacudio.

-¡Vamos, bajad! Sois el ultimo.

Esta vez no habia escapatoria. Con los ojos entornados, el marino bajo por la escalera, salio de la modesta morada

182

y se sento en el taburete de tres patas, que rechino bajo su peso.

--Que deseas? -pregunto el barbero.

-Me afeitas por completo el menton y las mejillas.

--Una barba tan hermosa?

-Es cosa mia.

-Como quieras, amigo; ~como vas a pagar?

-Un par de sandalias de papiro.

-Es mucho trabajo...

-Si no te conviene, buscare a otro.

-Bueno, bueno...

El barbero humedecio la piel con agua jabonosa, hizo resbalar la navaja por la mejilla izquierda para comprobar su eficacia y luego, con un gesto brusco pero preciso, la aplico a la garganta del marino.

-Si intentas huir, Rerek, si mientes, te rebano el gznate.

--Quien... quien eres?

Setau arano la piel, una gota de sangre cayo en el pecho del marino.

-Alguien que te matara si te niegas a contestar.

- ¡Pregunta!

--Conoces a un capitán de chalana con una cicatriz en el antebrazo izquierdo y ojos marrones?

-Si...

--Conoces a la dama Cherit?

-Si, trabajo para ella.

--Como ladron?

-Hemos hecho negocios.

--Quien es vuestro patron?

-Se llama... Ameni.

-Llevame hasta el.

Con el grave rostro iluminado por una leve sonrisa, Kha se presento ante Ramses, sentado a su mesa de despacho.

-He buscado tres dias y tres noches en la biblioteca de la

Casa de Vida de Heliopolis, majestad, y he encontrado el libro de los conjuros que disipara el mal tiempo sobre el Hatti: son los mensajeros de la diosa Sekhmet quienes propagan los miasmas en la atmosfera e impiden al sol atravesar las nubes.

--Que podemos hacer?

-Recitar permanentemente y durante tanto tiempo como sea necesario las letanias destinadas a apaciguar a Sekhmet; cuando la diosa reclame a sus emisarios que se han dirigido al Asia, el cielo se aclarara. Los sacerdotes y las sacerdotisas de Sekhmet han puesto ya manos a la obra. Gracias a las vibraciones de sus cantos y al efecto invisible de los ritos, podemos esperar un rapido resultado.

Kha se retiro cuando aparecia Merenptah. Ambos hermanos se saludaron.

El rey observo a sus hijos, tan distintos y tan complementarios. Ni el uno ni el otro le decepcionaban; ~no acababa Kha, a su modo, de actuar como un hombre de Estado? Kha tenia la altura de pensamiento necesaria para gobernar, Merenptah la fuerza necesaria para el mando. En cuanto a la hija del monarca, Meritamon, se habia instalado en Tebas, donde dirigia los ritos de animacion de las estatuas reales, en el santuario de Seti y en el templo de millones de anos de Ramses, al mismo tiempo.

El faraon agradecio a los dioses que le hubieran ofrecido tres hijos excepcionales que, cada uno a su modo, transmitian el espiritu de la civilizacion egipcia y sentian mas apego por sus valores que por su propia persona. Nefertari e Iset la bella podian descansar en paz.

Merenptah se inclino ante el faraon.

--Me has llamado, majestad?

-La hija de Hattusil y de Putuhepa se dispone a salir de la capital hitita hacia Pi-Ramses. A titulo diplomatico se convertira en gran esposa real, y la union sellara de modo definitivo la paz entre el Hatti y Egipto. El pacto podria dis-

gustar a ciertos grupos de interes. Tu mision consistira en velar por la seguridad de la princesa en cuanto abandone los territorios controlados por el Hatti y entre en nuestros protectorados .

-Que su majestad cuente conmigo. ~De cuantos hombres puedo disponer?

-Tantos como sean necesarios.

-Un ejercito seria inutil, demasiado lento y pesado de mover. Reunire un centenar de aguerridos soldados, especialistas en estas regiones y bien armados, y a varios mensajeros provistos de los mejores caballos. En caso de ataque, resistiremos; informare a su majestad regularmente. Si algun correo se retrasara, la fortaleza mas cercana podra enviar ayuda de inmediato.

-Tu mision es de suma importancia, Merenptah.

-No te decepcionare, padre.

Desde primeras horas de la manana, un diluvio caia sobre Hattusa, amenazando con inundar la ciudad baja. Comenzaba a reinar el desconcierto, por lo que la emperatriz Putuhepa hablo a la poblacion. No solo los sacerdotes del Hatti no dejaban de implorar la clemencia del dios de la Tormenta sino que se habia apelado tambien a los hechiceros de Egipto.

El discurso de Putuhepa tranquilizo. Horas mas tarde, la lluvia ceso; grandes nubes negras cubrian el cielo, pero por el sur aparecio un claro. Podian pensar en la partida de la princesa. La emperatriz se dirigio a los aposentos de su hija.

A sus veinticinco anos de edad, tenia la salvaje belleza de las anatolias. Los cabellos rubios, los ojos negros y almendrados, la nariz fina, casi puntiaguda, una tez de nacar, bastante alta, con delicadas articulaciones y el porte digno de su alta cuna, la princesa era la sensualidad personificada. En el menor de sus gestos, un toque languido revelaba la feminidad dispuesta a ofrecerse y, al mismo tiempo, a escabullirse. No existia un solo dignatario que no hubiera sonado con des-

posarla.

-El tiempo mejora-dijo Putuhepa.

La princesa peinaba personalmente sus largos cabellos antes de perfurmarlos.

-Asi pues, debo disponerme a partir.

--Estas angustiada?

-¡Al contrario! Ser la primera hitita que se casa con un faraon, ¡y que faraon!, Ramses el Grande, cuya gloria apago el ardor guerrero del Hatti... ~Como iba yo a imaginar mas fabuloso destino?

Putuhepa se sorprendio.

-Vamos a separarnos para siempre y nunca volveras a tu pais... ~No te duele eso?

-Soy una mu~er y voy a casarme con Ramses, a vivir en la tierra amada por los dioses, a reinar sobre una corte fastuosa, a gozar de un lujo inaudito, a disfrutar los encantos de un clima inigualable y muchas cosas mas. Pero unirme a Ramses no me basta.

--Que quieres decir?

-Que tambien deseo seducirle. El faraon no piensa en mi, sino en la diplomacia y la paz, como si yo fuera solo la frase de un tratado. Le hare cambiar de opinion.

-Puedes llevarte una decepcion.

--Soy fea y estúpida?

-Ramses ya no es joven. Tal vez ni siquiera pose su mirada en ti.

-Mi destino me pertenece, nadie podra ayudarme. Si no soy capaz de conquistar a Ramses, ~ de que servira este exilio ?

-Tu matrimonio garantizara la prosperidad de dos grandes pueblos.

-No sere una sierva ni una reclusa, sino una gran esposa real. Ramses olvidara mis origenes, reinare a su lado y todos los egipcios se prosternaran ante mi.

-Eso espero, hija mia.

-Es mi voluntad, madre. Y no es inferior a la tuya.

Aunque no muy vigoroso, el sol reaparecio. El invierno se instalaba, con su cortejo de vientos y heladas, pero la ruta que llevaba a los protectorados egipcios pronto seria practicable. A Putuhepa le hubiera gustado hacerse confianzas con su hija, pero la futura esposa de Ramses se habia convertido en una extrana en su propia morada.

Raia no conseguia calmarse.

Una violenta disputa le habia enfrentado a Uri-Techup y ambos hombres se habian distanciado, incapaces de llegar a un entendimiento. Para el ex general en jefe del ejercito hitita, la boda de la hija de Hattusil con Ramses podia ser utilizada contra el faraon, por lo que no debian impedir que la princesa cruzara la frontera de Egipto. Para Raia, por el contrario, aquel matrimonio diplomatico acababa con las ultimas veleidades guerreras.

Renunciando a combatir, Hattusil le seguia el juego a Ramses. Aquella perspectiva le torturaba tanto que Raia sin-

1 87

tio deseos de arrancarle la pequena barba puntiaguda y desgarrar su tunica de coloreadas franjas. El odio hacia Ramses se habia convertido en la razon principal de su vida, y estaba dispuesto a correr cualquier riesgo para derribar a aquel faraon cuyas colosales estatuas se hallaban en los grandes templos del pais. No, el monarca no seguiria teniendo exito en todo lo que intentaba.

Uri-Techup se adormecia, ahito de comodidad y de lujos.

ria; Raia, en cambio, no habia perdido el sentido del combate. Ramses era solo un hombre y sucumbiria a una sucesion de golpes propinados con fuerza y precision. Ahora lo mas urgente era impedir que la princesa hitita llegara a Pi-Ramses.

Sin avisar a Uri-Techup y a sus amigos hititas, Raia organizaria un atentado con la ayuda de Malfi. Cuando el jefe de las tribus libias supiera que Merenptah, el hijo de Ramses, iba a la cabeza del cuerpo expedicionario egipcio, se le haria la boca agua. Suprimir, al mismo tiempo, a la princesa hitita, futura esposa de Ramses, y al hijo menor del rey, seria un golpe espectacular.

Ningun miembro del convoy sobreviviria y el faraon achacaria el atentado al orgulloso respingo de alguna fraccion del ejercito hitita, hostil a la paz. Seria necesario dispersar por el terreno armas caracteristicas y abandonar algunos cadavres de campesinos vestidos como soldados del ejercito de Hattusil. Ciertamente la batalla seria feroz y se producirian bajas en las filas libias; pero a Malfi no le detendria ese detalle. La perspectiva de una accion brutal, sangrienta y victoriosa inflamaria al jefe guerrero.

Hattusil perderia a su hija y Ramses a su hijo. Y ambos soberanos vengarian la afrenta en un conflicto mas acerbo que los precedentes. Acha ya no estaba alli para calmar las tensiones. En cuanto a Uri-Techup, se veria ante el hecho consumado. O cooperaba y reconocia su error o seria eliminado. A Raia no le faltaban ideas para corroer el Estado egipcio desde el interior; Ramses no tendria ni un solo dia de reposo.

188

Llamaron a la puerta del almacen donde el mercader guardaba sus mas preciosos jarrones. A una hora tan tardia solo podia tratarse de un cliente.

-c Quien es ?

-El capitan Rerek.

-jNo quiero verte por aqui!

-He recibido un duro golpe, pero me he librado... Tengo

que hablar con vos.

Raia entreabrió la puerta.

El mercader sirio apenas tuvo tiempo de distinguir el rostro del marino. Empujado por la espalda, este atropello a Raia, que cayó de culo mientras Serramanna y Setau se metían en el almacén.

El gigante sardo se dirigió a Rerek.

-¿Como se llama este hombre? -pregunto señalando a Raia.

-Amení -respondió el marino.

Con las manos inmovilizadas por unas esposas de madera y los tobillos atados con una cuerda, Rerek estaba reducido a la inmovilidad. Aprovechando la oscuridad que reinaba en el fondo del almacén, Raia se escabulló como un reptil y trepo por la escalera que llevaba al techo. Con un poco de suerte, despistaría a sus perseguidores.

Sentada en una de las esquinas del techo, una hermosa nubia le dirigió una severa mirada.

-No sigáis adelante.

Raia sacó un punal de la manga derecha de su túnica.

-¡Apartate o te mato!

Cuando levanto el brazo dispuesto a golpear; una víbora jaspeada le mordió en el talón derecho. El dolor fue tan intenso que Raia soltó el arma, tropezó con un reborde, perdió el equilibrio y cayó al vacío.

Cuando Serramanna se inclinó sobre el mercader sirio, hizo una mueca de despecho. En su caída, Raia se había desnucado.

Languida, colmada, con el cuerpo embriagado por el ardor de su amante, la dama Tanit se tendió sobre el poderoso torso de Uri-Techup.

-¡Hazme otra vez el amor, te lo suplico!

El hitita habría cedido de buena gana, pero el ruido de unos pasos le alertó. Se levantó y sacó una corta espada de su vaina.

Llamaron a la puerta de la alcoba.

-¿Quién está ahí?

-El intendente.

-¡Te había prohibido que nos molestaras! -se encolerizó la dama Tanit.

-Se trata de un amigo de vuestro marido... Afirma que es muy urgente.

La fenicia retuvo por la muñeca a Uri-Techup.

-Tal vez sea una trampa.

-Se defenderme.

Uri-Techup llamó a un hitita que montaba guardia en el jardín de la mansión. Orgulloso de servir al ex general en jefe, presentó su informe en voz baja y desapareció.

Cuando su amante entró de nuevo en la habitación, la dama Tanit, desnuda, se le arrojó al cuello y le cubrió de besos. Como enseguida se dio cuenta de que estaba preocupado, se apartó para servirle una copa de vino fresco.

-¿Qué ocurre?

-Nuestro amigo Raia ha muerto.

-¿Un accidente?

-Ha caído del techo intentando escapar de Serramanna.

La fenicia palideció.

-¡Maldito sardo! Pero... acabara llegando hasta ti.

-Es posible.

-¡Hay que huir ahora mismo!

-De ningun modo. Serramanna acecha el menor fallo; si Raia no ha tenido tiempo de hablar, sigo fuera de su alcance. Despues de todo, la desaparicion del mercader sirio es una buena noticia. Comenzaba a perder la sangre fria. Ahora ya no le necesito, puesto que estoy en contacto directo con los libios.

-cY si... nos limitaramos a nuestra felicidad?

Uri-Techup manoseo con violencia los pechos de la dama Tanit.

-Limitate a ser una esposa docil y silenciosa, y te hare feliz.

Cuando la devoro como una golosina, ella desfallecio de placer.

Los cazadores presentaron las pieles de animales a Techonq. El libio elegia personalmente la materia prima; solo confiaba en su propio juicio y se mostraba extremadamente severo, rechazando tres cuartas partes de la mercancia ofrecida. Por la manana, habia abroncado a dos cazadores que le suministraron pieles de mala calidad.

De pronto, alguien arrojó a sus pies una tunica de coloradas franjas.

-cLa reconoces? -pregunto Serramanna.

Con un subito dolor en el abdomen, el libio poso las manos en su redonda panza.

-Es... una prenda corriente.

-Examinala con atencion.

-Os aseguro... No veo nada mas...

-Voy a ayudarte, Techonq, porque me caes simpatico. Esta tunica pertenecia al mercader sirio Raia, un turbio personaje que no tenia la conciencia tranquila y se mato, estupidamente, intentando huir. Su pasado de espia ha subido de pronto a la superficie, segun parece. Estoy seguro de que erais amigos o, mas bien, complicés.

-Yo no trataba a ese...

-No me interrumpas, Techonq. No tengo pruebas, pero no dudo de que el difunto Raia, tu y Uri-Techup os habiais aliado para eliminar a Ramses. La muerte del sirio es una advertencia: si tus hombres siguen intentando perjudicar al rey, acabaran como Raia. Ahora, me gustaria cobrar lo que me debes.

-Hare que lleven a vuestra casa un escudo de cuero y unas sandalias de lujo.

-Satisfactorio inicio... ¿Tienes algun nombre que darme?

-Entre los libios todo esta tranquilo, señor Serramanna. Reconocen la autoridad de Ramses.

-Pues que siga asi. Hasta pronto, Techonq.

Apenas se hubo alejado el caballo de Serramanna cuando el libio, con las manos crispadas sobre su vientre, corrio hacia los excusados.

El emperador Hattusil no estaba de acuerdo con su esposa Putuhepa. Por lo general, la emperatriz apreciaba la sagacidad de su esposo y lo acertado de sus opiniones; pero esta vez habian mantenido una violenta pelea.

-Hay que avisar a Ramses de la partida de nuestra hija
-insistio Putuhepa.

-No -repuso el emperador-; es preferible aprovechar la ocasion para saber si algunos militares facciosos tienen capacidad para actuar contra nosotros.

-Contra nosotros... ¡Contra tu hija y su escolta, querras decir! ¿Te das cuenta de que pretendes utilizar a tu propia

hija como cebo?

-No correrá riesgo alguno, Putuhepa; en caso de agresión, los mejores soldados hititas la protegerán y aniquilarán a los rebeldes. Así mataremos dos pájaros de un tiro: eliminaremos los restos de la oposición militar a nuestra política y sellaremos la paz con Ramses.

-Mi hija no debe correr riesgo alguno.

-Mi decisión está tomada: partirá mañana. Solo cuando haya llegado a la frontera de la zona de influencia egipcia, tras haber cruzado el Hatti, avisaremos a Ramses de la llegada de su futura esposa.

¡Que fragil parecía la joven princesa entre oficiales y soldados hititas de pesadas corazas y amenazadores cascos! Provisto de armas nuevas, dotado de caballos jóvenes y en plena salud, el destacamento de élite encargado de escoltarla parecía invencible. El emperador Hattusil sabía que su hija corría riesgos, pero la ocasión era demasiado buena. ~Acaso un jefe de Estado no debía dar primacía a su poder, en detrimento, a veces, de su propia familia?

Varios carros transportaban la dote de la princesa y las ofrendas a Ramses el Grande: oro, plata, bronce, telas, joyas. Y un regalo al que el faraón sería especialmente sensible: diez magníficos caballos que el mismo cuidaría y que, en adelante, tendrían el honor de tirar de su carro.

El cielo estaba despejado, el calor era anormal. Bajo sus mantos de invierno, los soldados se asfixiaban y sudaban. Febrero parecía, de pronto, un mes de estío. La anomalía no podía durar; dentro de unas horas, sin duda alguna, la lluvia caería y llenaría las cisternas.

La princesa se arrodilló ante su padre, que la ungió con el óleo de los esponsales.

-El propio Ramses celebrará la unión del matrimonio -anuncio-; buen viaje, futura reina de Egipto.

El convoy se puso en marcha. Tras el carro donde se ha-

bia instalado la muchacha, otro vehiculo del mismo tamaño e igualmente confortable.

Detras, sentada en un tronco de madera ligera, la emperatriz Putuhepa.

-Parto con mi hija -le dijo al emperador al pasar ante ella y la acompañare hasta la frontera.

Montañas hostiles, caminos escarpados, inquietantes gargantas, espesos golpes en los que oía ocultarse el agresor... La emperatriz Putuhepa tenía miedo de su propio país. Ciertamente, los soldados permanecían ojo avizor y su número debería haber desalentado a cualquier asaltante. Pero el Hatti había sido, durante mucho tiempo, teatro de luchas intestinas y sangrientas; tal vez el propio Uri-Techup o uno de sus emulos intentara suprimir a la princesa, símbolo de la paz.

Lo más penoso era la ausencia de invierno, pues preparados para este período, sus cuerpos sufrían el ardiente sol y la sequía; una insolita fatiga se acumulaba, haciendo abrumador el viaje. Putuhepa advirtió que la vigilancia de la escolta disminuía y declinaban las fuerzas de los oficiales. ¿Serían capaces de enfrentarse a un ataque masivo?

La princesa permanecía imperturbable, como si la prueba no hiciera mella en su cuerpo. Altiva, iluminaba el camino con la hosca voluntad de alcanzar su objetivo. Cuando los pinos rumoreaban, cuando el canto de un torrente recordaba la carrera de hombres armados, Putuhepa se sobresaltaba. ¿Dónde se ocultaban los sediciosos? ¿Qué estrategia había adoptado? La emperatriz del Hatti despertaba a menudo, acechando el menor ruido sospechoso, y se pasaba el día escrutando los bosques, las abruptas laderas y las orillas de los arroyos.

La princesa y su madre no hablaban. Encerrada en su silencio, la hija de Putuhepa rechazaba cualquier contacto con

su antigua existencia; para ella, el Hatti había muerto y el

porvenir se llamaba Ramses.

Sufriendo de calor, sediento, agotado, el convoy dejo atras Kadesh y llego al puesto fronterizo de Aya, en Siria del Sur. Alli se levantaba una fortaleza egipcia, en el lindero del territorio controlado por el faraon.

Unos arqueros ocuparon las almenas, la gran puerta se cerro. La guarnicion creia que era un asalto. La princesa bajo de su carro y cabalga en uno de los caballos destinados a Ramses. Ante la estupefacta mirada de su madre y del jefe del destacamento hitita, galopo hacia la plaza fuerte y se detuvo al pie de las murallas. Ningun arquero egipcio se habia atrevido a disparar.

-Soy la hija del emperador del Hatti, futura reina de Egipto -declaro-; Ramses el Grande me aguarda para celebrar nuestros esponsales. Hacedme un buen recibimiento; de lo contrario, la colera del faraon os abrasara como el fuego.

Aparecio el comandante de la fortaleza.

-¡Llevais con vos un ejercito!

-No es un ejercito sino una escolta.

-Esos gucreros hititas parecen amenazadores.

-Os equivocais, comandante; os he dicho la verdad.

-No he recibido orden alguna de la capital.

-Avisad inmediatamente a Ramses dc mi presencia. Jadeante, con los ojos enrojecidos y el pecho cargado, Ameni habia cogido frio. Las noches de febrero eran glaciales y el palido sol de la jornada no bastaba para caldear la atmosfera. Ameni, sin embargo, habia encargado gran cantidad de lena para el hogar, pero la entrega se demoraba. De muy mal humor, se disponia a descargar su colera en uno de sus subordinados cuando un correo del ejercito deposito en su mesa un mensaje procedente de la fortaleza de Aya, en Siria del Sur.

Pese a una serie de estornudos, Ameni descifro el texto codificado, se puso un manto de lana sobre su tunica de grueso lino, se cubrio el cuello con un pañuelo y, a pesar de sus ardientes bronquios, corrio hacia el despacho de Ramses.

-Majestad... ¡Una noticia increíble! La hija de Hattusil ha llegado a Aya. El comandante de la fortaleza aguarda vuestras instrucciones.

A hora tan avanzada, el rey trabajaba a la luz de candiles de aceite cuya mecha no producía humo alguno. Colocados en altos soportes de madera de sicomoro, dispensaban una luz suave y bien distribuida.

-Se trata forzosamente de un error -considero Ramses-; Hattusil me habría avisado de la partida de su hija.

-El comandante de la fortaleza se halla ante un ejército hitita que se presenta como... un cortejo nupcial.

I96

El rey se levanto y comenzó a caminar por el vasto despacho, caldeado por unos braseros.

-Una artimana, Ameni; una artimana del emperador para comprobar la extensión de su poder en el propio interior del Hatti. El convoy podría haber sido atacado por militares insumisos.

-¡Y como cebo... su propia hija!

-Ahora, Hattusil debe sentirse tranquilo; que Merenptah salga inmediatamente hacia Siria con el cuerpo expedicionario previsto para proteger a la princesa. Ordena al comandante de la fortaleza de Aya que abra sus puertas y reciba a los hititas.

-¿Y si...?

-Correr ese riesgo.

Tan sorprendidos los unos como los otros, hititas y egipcios confraternizaron, festejaron, bebieron y comieron juntos como viejos compañeros de armas. Putuhepa podía regresar tranquila a Hattusa, mientras su hija, acompañada por dignatarios y algunos soldados hititas, seguiría su camino hacia Pi-Ramses, bajo la protección de Merenptah.

Manana tendría lugar la separación definitiva; con los ojos llenos de lágrimas, la emperatriz contemplo a su hija, bella y conquistadora.

-¿No lo lamentas en absoluto? -pregunto Putuhepa.

-¡Nunca he estado tan contenta!

-No volveremos a vernos.

-Es ley de vida. A cada cual su destino... ¡Y el mío es fabuloso !

-Se feliz, hija mía.

-¡Ya lo soy!

Herida, Putuhepa ni siquiera besó a su hija. El último vínculo acababa de romperse.

-Es por completo anormal -advirtió el comandante de la fortaleza de Aya, un militar de carrera con el rostro cuadrado y la voz enronquecida-. En esta estación las montañas deberían estar cubiertas de nieve y debería llover cada día. Si prosigue la canícula, nos faltará agua para las cisternas.

-Hemos avanzado a marchas forzadas -recuerdo Merenptah-, y debo lamentar varios enfermos. Por el camino, muchas fuentes y pozos se han secado, temo arrastrar a la princesa a una aventura muy peligrosa.

-Muy anormal -repitió el comandante-; solo una divinidad puede provocar esta perturbación.

Merenptah temía escuchar esta opinión.

-Temo que tengáis razón. ¿Disponéis de una estatua pro-

tectora en esta fortaleza?

-Si, pero solo nos libra de los malos espíritus de los alrededores; no es lo bastante potente como para modificar el clima. Sería preciso implorar a una divinidad cuya energía pueda compararse a la del cielo.

-¿Teneis reservas de agua suficientes para nuestro viaje de regreso ?

-¡Lamentablemente, no! Tendreis que quedaros aquí y esperar la lluvia.

-Si el falso estío dura, no habrá suficiente agua para los egipcios y los hititas.

-Estamos en invierno, la sequía tiene que terminar pronto.

-Vos mismo lo habeis advertido, comandante: no es natural. Partir es arriesgado, pero quedarse no lo es menos.

El oficial frunció el entrecejo.

-Entonces... ¿qué pensais hacer?

-Informar a Ramses. Solo él sabrá actuar.

Kha desenrolló sobre la mesa de Ramses los tres largos papiros que había descubierto en los archivos de la Casa de Vida de Heliópolis.

-Los textos son muy claros, majestad; un solo dios reina sobre el clima de Asia: Set. Pero ningún colegio de magos está cualificado para ponerse directamente en contacto con él. A ti, y solo a ti, corresponde dialogar con Set para que las estaciones vuelvan a la normalidad. Sin embargo...

-Habla, hijo mío.

-Sin embargo, soy hostil a esta gestión. El poder de Set es peligroso e incontrolable.

-¿Teméis acaso mi propia debilidad?

-Eres el hijo de Seti, pero modificar el clima exige manejar el relampago, el rayo y la tempestad... Ahora bien, Set es imprevisible. Y Egipto te necesita. Enviemos a Siria varias estatuas divinas y un convoy de reavituallamiento.

-cCrees que Set los dejara pasar?

Kha inclino la cabeza.

-No, majestad.

-Asi pues, no tengo eleccion. O venzo en el combate que me ofrece, o bien Merenptah, la princesa hitita y todos sus companeros moriran de sed.

El primogenito de Ramses no podia oponer a su padre argumento alguno.

-Si no regreso del templo de Set -le dijo el faraon a Kha-, se mi sucesor y entrega tu vida a Egipto.

La princesa hitita, alojada en los aposentos del comandante de la fortaleza, exigió hablar con Merenptah. Este enseguida descubrió que era nerviosa y autoritaria, pero se comporto con la consideracion que merecia una gran dama.

-cPor que no salimos inmediatamente hacia Egipto?

-Porque es imposible, princesa.

-El tiempo es magnifico.

-Nos amenaza una fuerte sequia en la estacion de las lluvias, y nos falta agua.

-jPero no vamos a echar raices en esta horrible fortaleza!

I99

-El cielo nos es adverso; una voluntad divina nos tiene clavados aqui.

-cAcaso vuestros magos son unos incapaces?

-He recurrido al mas importante de todos ellos: el propio Ramses.

La princesa sonno.

-Sois un hombre inteligente, Merenptah; le hablare de vos a mi esposo.

-Esperemos, princesa, que el cielo escuche nuestras plegarias.

-¡No lo dudeis! No he llegado hasta aqui para morir de sed. ~Acaso no estan el cielo y la tierra en manos del faraon?

Ni Setau ni Ameni habian conseguido modificar la decision del soberano. Durante la cena, Ramses habia comido un pedazo de carne cortada del muslo de un buey, animal que encarnaba el poder de Set, y bebido el fuerte vino de los oasis, colocado bajo la proteccion del mismo dios. Luego, tras haber purificado su boca con sal, exudacion de sed, portador de este fuego terrestre indispensable para la conservacion de los alimentos, se habia recogido ante la estatua de su padre que, con su nombre, se habia atrevido a proclamarse el representante terrenal del scnor de la tornnenta.

Sin la ayuda de Seti, Ramses no tenia posibilidad alguna de convencer a Set. Un solo error, un gesto ritual aproximado, un pensamiento desviado y el rayo caeria. Frente al poder en estado bruto, una sola arma: la rectitud. Aquella rectitud que Seti habia ensenado a Ramses al iniciarle en las funciones de faraon.

En mitad de la noche, el rey entro en el templo de Set, erigido en el paraje de Avaris, la hollada capital del invasor hicso. Un lugar consagrado al silencio y a la soledad, un lugar donde solo el faraon podia penetrar sin temor a ser aniquilado.

Frente al dios Set, era preciso vencer el miedo, lanzar luego una ignea mirada al mundo, conocerlo en su violencia y sus convulsiones, y convertirse en la fuerza en sus origenes, en el corazon del cosmos, alli donde no penetraba la inteligencia humana.

En el altar, Ramses deposito una copa de vino y una miniatura de acacia que representaba un orix. Capaz de resistir los extremados calores del desierto y de sobrevivir en aquel medio hostil, el orix estaba habitado por la llama de Set.

-El cielo esta en tus manos -dijo el rey al dios-, la tierra bajo tus pies. Lo que ordenas se produce. Tu provocaste calor y sequia, devuelvenos la lluvia de invierno.

La estatua de Set no reacciono, sus ojos siguieron frios.

-Soy yo, Ramses, hijo de Seti, el que habla. Ningun dios tiene derecho a perturbar el orden del mundo y el curso de las estaciones, toda divinidad debe someterse a la Regla. Y tu debes respetarla igual que los demas.

Los ojos de la estatua se enrojecieron; un brusco calor invadio el santuario.

-No dirijas tu poder contra el faraon; en el se reunen Horus y Set. Estas en mi y utilizo tu fuerza para combatir las tinieblas y apartar el desorden. ;Obedeceme Set, haz que llueva en las regiones del Norte!

Los relampagos surcaron el cielo y estallo el trueno sobre Pi -Ramses.

Comenzaba una noche de combate.
La princesa se enfrento a Merenptah.

-jEsta espera me resulta insoportable! Llevadme inmediatamente a Egipto.

-Tengo orden de garantizar vuestra seguridad; mientras dure esta sequia anormal, seria imprudente ponerse en camino.

--Por que no interviene el faraon?

Una gota cayo en el hombro izquierdo de la princesa, la segunda se aplasto en su mano diestra. Merenptah y ella le-

vantaron al mismo tiempo los ojos al cielo, cubierto de pronto de negras nubes. Zigzagueo un relampago, seguido del estruendo de un trueno, y se inicio una abundante lluvia. En pocos minutos descendio la temperatura.

El invierno, frio y lluvioso, de acuerdo con la ley de las estaciones, termino con el estio y la sequia.

-He aqui la respuesta de Ramses -dijo Merenptah.

La princesa hitita echo la cabeza atras, abrio la boca y bebio glotonamente el agua del cielo.

-¡Partamos, partamos pronto!

Ameni iba y venia ante la puerta de la alcoba del rey. Sentado, con los brazos cruzados, hurano, Setau miraba fijamente al frente. Kha leia un papiro magico cuyas formulas salmodiaba interiormente. Por decima vez, por lo menos, Serramanna limpiaba su corta espada con un trapo empapado en aceite de linaza.

--A que hora ha salido el faraon del templo de Set? -pregunto el sardo.

-Al amanecer-respondio Ameni.

--Ha hablado con alguien?

-No, no ha dicho una sola palabra -declaro Kha-. Se ha encerrado en su habitacion, he llamado a la medico en jefe del reino y ha aceptado recibirla.

-¡Hace mas de una hora que esta examinandole! -protesto Setau.

-Visibles o no, las quemaduras de Set son temibles -advirtio el sumo sacerdote-. Confiemos en la ciencia de Neferet.

-Le he proporcionado varios remedios para la salud del corazon-recuerdo Setau.

Por fin se abrió la puerta.

Los cuatro hombres rodearon a Neferet.

-Ramses está fuera de peligro -afirmó el médico en jefe del reino-; una jornada de reposo y el rey reanudará el curso normal de sus actividades. Abrigaos: el tiempo será fresco y húmedo.

La lluvia comenzaba a caer sobre Pi-Ramses.

Unidos como hermanos bajo el mando de Merenptah, egipcios e hititas cruzaron Canaan, tomaron la ruta costera presidida por el Sinaí y entraron en el Delta. A cada alto se iniciaba la fiesta en los fortines; durante el viaje, varios soldados cambiaron sus armas por trompetas, flautas y tambores.

La princesa hitita devoró con la mirada los verdeantes paisajes, se admiró ante las palmeras, los fértiles campos, los canales de irrigación, los bosques de papiro. El mundo que iba descubriendo en nada se parecía a la ruda meseta anatólica de su juventud.

~o3

Cuando el cortejo llegó a la vista de Pi-Ramses, las calles estaban llenas de gente; nadie podía decir cómo había corrido la noticia, pero todos sabían que la hija del emperador del Hatti iba a entrar muy pronto en la capital de Ramses el Grande. Los ricos se mezclaban con los pobres, los notables se codeaban con los peones, la alegría ensanchaba los corazones.

-Es extraordinario -comentó Uri-Techup, situado en primera fila entre los espectadores-. Este faraón ha conseguido lo imposible.

-Ha dominado al dios Set y nos ha devuelto la lluvia -comentó la dama Tanit, deslumbrada también-. Sus poderes son infinitos.

-Ramses es el agua y el aire para su pueblo -añadió un tallador de piedra-; su amor es parecido al pan que comemos y a las telas que nos visten. Es el padre y la madre de todo el país.

-Su mirada sondea los espíritus y hurga en las almas
-añadió una sacerdotisa de la diosa Hator.

Uri-Techup estaba vencido. ~Como luchar contra un faraón poseído por un poder sobrenatural? Ramses dominaba los elementos, modificaba el tiempo en la propia Asia, reinaba sobre una cohorte de genios capaces de vencer a cualquier ejército. Y, como el hitita presentía, nada había podido oponerse al buen desarrollo del viaje de la hija del emperador. Cualquier ataque contra el convoy habría sido condenado al fracaso.

El antiguo general en jefe de los guerreros de Anatolia se sobrepuso. No iba a sucumbir, también él, a la magia de Ramses. Su único objetivo era terminar con aquel hombre que había arruinado su carrera y reducido el orgulloso Hattiti al estado de vasallo. Fuera cuales fuesen sus poderes, aquel faraón no dejaba de ser un humano, con sus debilidades y sus insuficiencias. Embriagado por sus victorias y su popularidad, Ramses acabaría perdiendo la lucidez; el tiempo corría en su contra.

¡Él iba a desposarse con una princesa hitita! Por sus venas corría la sangre de una nación indomable y ávida de revancha. Creyendo sellar la paz con esta unión, Ramses cometía tal vez una grave equivocación.

-¡Aquí está! -gritó la dama Tanit, y su aclamación fue repetida por miles de entusiasmados pechos.

La princesa acababa de maquillarse en el interior de su carro. Se pintó los párpados con pigmento verde a base de silicato de cobre hidratado y trazó un óvalo negro alrededor de sus ojos, aplicando con un bastoncillo un maquillaje compuesto por sulfuro de plomo, plata y carbono vegetal. Contempló su obra en un espejo y quedó satisfecha. Su mano no había temblado.

Ayudada por Merenptah, la joven hitita bajo del carro.

Su belleza dejó pasmada a la muchedumbre. Vestida con una larga túnica verde que ponía de relieve su tez de nacar, la princesa tenía el porte de una reina.

De pronto, todas las cabezas se volvieron hacia la avenida principal de la ciudad, por donde ascendía el característico ruido formado por el galope de los caballos y el chirrido de las ruedas de un carro.

Ramses el Grande salía al encuentro de su futura esposa.

Los dos caballos, jóvenes y fogosos, eran descendientes de la pareja que, junto con el león Matador, habían sido los únicos aliados del faraón en Kadesh, cuando sus soldados le habían abandonado frente a la marea hitita. Los dos soberbios corceles iban engalanados con un penacho de plumas rojas con el extremo azul; en el lomo, una manta de algodón, rojo, azul y verde. Las riendas estaban atadas a la cintura del monarca, que llevaba en la mano diestra el cetro de iluminación.

Chapado de oro, el carro avanzaba rápidamente, sin sobresaltos. Ramses dirigía los caballos con la voz, sin que le fuera necesario alzar el tono. Tocado con la corona azul, que recordaba el origen celestial de la monarquía faraónica, el soberano parecía ir vestido de oro de la cabeza a los pies. Si, el sol seguía su curso iluminando con sus rayos a sus subditos. Cuando el carro se detuvo, a pocos metros de la princesa hitita, las nubes grises se desgarraron y el sol reinaría como dueño absoluto de un cielo de nuevo azul. ~No era Ramses, el Hijo de la Luz, autor de ese nuevo milagro?

La muchacha mantuvo los ojos bajos. El rey advirtió que había optado por la sencillez. Un discreto collar de plata, pequeños brazaletes del mismo metal, un simple vestido... La ausencia de artificios ponía de manifiesto su soberbio cuerpo.

Kha se aproximó a Ramses y le entregó un jarro de loza azul .

Ramses ungió la frente de la princesa con óleo fino.

-He aquí la unción de esponsales -declaró el faraón-. Este gesto te convierte en la gran esposa real del señor de las Dos Tierras. Que las fuerzas malignas se aparten de ti. Naces, en

este día, a tu función, de acuerdo con la regla de Maat, y tomas el nombre de <<La que ve a Horus y la perfección de la luz divina>. Mirame, Mat-Hor, esposa mía.

Ramses tendió los brazos hacia la joven que, muy lentamente, puso sus manos en las del faraón. Ella, que nunca había conocido el miedo, estaba aterrorizada. Tras haber esperado tanto ese momento, en el que iba a desplegar todos sus encantos para seducirle, ahora temía desvanecerse como una ninita asustada. Se desprendía de Ramses tal magnetismo que tuvo la impresión de tocar la carne de un dios y zambullirse en otro mundo, en el que no tenía punto de orientación alguno. Seducirle... La muchacha mesuraba ahora la vanidad de sus designios, pero era demasiado tarde para retroceder, aunque hubiese deseado huir y regresar al Hatti, lejos, muy lejos de Ramses.

en egipcio: Mat-Hor-neferu-Ra, que nosotros abreviamos como Mat-Hor.

Con las manos prisioneras de las del rey, se atrevió a levantar los ojos y a mirarle.

A los cincuenta y seis años, Ramses era un hombre magnífico de inigualable prestancia. Con la frente amplia, despejada, la arcadas superciliares sobresalientes, abundantes cejas, penetrantes los ojos, pomulos prominentes, la nariz larga, delgada y aguileña, las orejas redondas y finamente dibujadas, ancho el busto, era la unión sonada de la fuerza y el refinamiento.

Mat-Hor, la hitita convertida en egipcia, se enamoró de él inmediatamente con la violencia de las mujeres de su sangre.

Ramses la invitó a subir a su carro.

-En el trigésimo cuarto año de mi reinado, la paz con el Hatti queda firmada para siempre -declaro el faraón con una voz sonora que llegó hasta el cielo-. Se depositaron estelas consagradas a este matrimonio en Karnak, Pi-Ramses, Elefantina, Abu Simbel y en todos los santuarios de Nubia. Se celebraron festejos en todas las ciudades y todas las aldeas, y se bebió el vino ofrecido por palacio. A partir de hoy, las fronteras entre Egipto y el Hatti quedan abiertas; que

circulen libremente las personas y los bienes por el interior de un vasto espacio del que estarían ausentes la guerra y el odio.

Un formidable clamor acogió las palabras de Ramses.

Presa, a su pesar, de la emoción, Uri-Techup unió su voz al regocijo.

Saliendo de la extremidad superior del mástil doble y llegando hasta la boveda, la vela de lino rectangular era hinchada por el viento norte, y la embarcación real, rápidamente, remontaba la corriente en dirección a Tebas. En la proa, el capitán sondeaba de nuevo el Nilo por medio de una larga pertiga; conocía tan bien la corriente y el emplazamiento de los bancos de arena que ninguna maniobra en falso comprometería el viaje de Ramses y de Mat-Hor. El propio faraón había izado la vela, mientras su joven esposa descansaba en una cabina adornada de flores y el cocinero desplumaba un pato que prepararía para la cena. Tres timoneros mantenían el gobernalle, provisto de dos ojos mágicos que indicaban la dirección correcta, un marinero tomaba agua del río agarrándose con una mano a la batayola, un grumete ágil como un mono trepaba hasta lo alto del mástil para ver a lo lejos y avisar al capitán de la eventual presencia de hipopótamos.

La tripulación había bebido, deleitándose, un caldo excepcional del gran viñedo de Pi-Ramses, que databa del año 22 del reinado, año memorable durante el que se había firmado el tratado de paz con el Hatti. De incomparable calidad, el vino había sido conservado en jarras de terracota rosada, de forma cónica y gollete recto cerrado por un tapón de arcilla y paja. En los flancos, flores de loto y una representación de Bes, el señor de la iniciación a los grandes misterios, personaje achaparrado de gran torso y piernas cortas, que sacaba la lengua roja para expresar la omnipotencia del Verbo.

Tras haber saboreado el aire vivificador que corría por el río, Ramses entró en la cabina principal, Mat-Hor ya estaba despierta. Perfumada con jazmín, con los pechos desnudos y vestida tan solo con una falda muy corta, era la seducción en persona.

-El faraon es el señor del fulgor -dijo con voz suave-, la estrella fugaz seguida por surcos de fuego, el toro indomable de acerados cuernos, el cocodrilo en las aguas al que nadie puede acercarse, el alcohol que se apodera de su presa, el divino grifo al que nadie puede vencer, la tempestad que estalla, la llama que atraviesa las espesas tinieblas.

-Conoces bien nuestros textos tradicionales, Mat-Hor.

-La literatura egipcia es una de las disciplinas que he estudiado. Todo lo que se ha escrito sobre el faraon me apasiona, ¿no es acaso el hombre mas poderoso del mundo?

-Entonces tambien debes saber que el faraon detesta el halago.

-Soy sincera; este es el instante mas feliz de mi vida. He sonado con vos, Ramses, mientras mi padre os combatia. Estaba convencida de que solo el sol de Egipto me haria tan dichosa. Hoy se que tenia razon.

La muchacha se acurruco contra la pierna derecha de Ramses y la abrazo con ternura.

--Se me prohíbe amar al señor de las Dos Tierras?

El amor de una mujer... Hacia mucho tiempo que Ramses ni siquiera pensaba en ello. Nefertari habia sido el amor; Iset la bella la pasión, y aquellas dos felicidades pertenecian ya al pasado. La joven hitita despertaba en él el deseo que creia extinguido. Sabiamente perfumada, ofrecida sin mostrarse languida, sabia hacerse atractiva sin perder su nobleza; a Ramses le conmovio su salvaje belleza y el encanto de sus almendrados ojos negros.

-Eres muy joven Mat-Hor.

-Soy una mujer, majestad, y tambien vuestra esposa; ¿no tengo el deber de conquistaros?

-Ven a proa y descubre la tierra de Egipto; ella es mi esposa.

El rey cubrió con un manto blanco los hombros de Mat-Hor y la llevó a la proa del barco. Le indicó el nombre de las provincias, las ciudades y las aldeas, describió sus riquezas, detalló el sistema de irrigación, evocó las costumbres y las fiestas.

Y llegaron a Tebas.

En la orilla de Oriente, los ojos maravillados de Mat-Hor contemplaron el inmenso templo de Karnak y el santuario del ka de los dioses, el luminoso Luxor. En la orilla de Occidente, dominada por la Cima donde residía la diosa del silencio, la hitita enmudeció de admiración ante el Ramesseum, el templo de millones de años de Ramses, y el gigantesco coloso que encarnaba en la piedra el ka del rey, asimilado a una potencia divina.

Mat-Hor comprobó que uno de los nombres del faraón, <<el que se parece a la abcja>>, estaba plenamente justificado, pues Egipto era una colmena donde la ociosidad estaba de más. Todos tenían una función que cumplir, respetando una jerarquía de deberes. En el propio templo, la actividad era incesante: cerca del santuario se atareaban los cuerpos de oficios, mientras que, en el interior, los iniciados celebraban los ritos. Durante la noche, los observadores del cielo hacían sus cálculos astronómicos.

Ramses no concedió tiempo alguno de adaptación a la nueva gran esposa real. Alojada en el palacio del Ramesseum, tuvo que someterse a las exigencias de su cargo y aprender su oficio de reina. Enseguida comprendió que obedecer era indispensable para conquistar a Ramses.

El carro real se detuvo ante la entrada de la aldea de Deir-el-Medineh, custodiada por la policía y el ejército. Le seguía un convoy que aportaba a los artesanos, encargados de excavar y decorar las tumbas de los Valles de los Reyes y las Reinas, los alimentos habituales: hogazas de pan, sacos de habichuelas, verduras frescas, pescado de primera calidad, bloques de carne seca y adobada. La Administración proporcionaba también sandalias, tejidos y ungüentos .

Mat-Hor se apoyó en el brazo de Ramses para bajar del

carro.

--Que venimos a hacer aqui?

-Algo esencial para ti.

Bajo las aclamaciones de los artesanos y sus familias, la pareja real se dirigió hacia la casa blanca de dos pisos del jefe de la comunidad, un cincuentón cuyo genio de escultor despertaba la admiración de todo el mundo.

-¿Cómo agradecer a vuestra majestad su generosidad?
-pregunto inclinándose.

-Conozco el valor de tu mano, se que tu y tus hermanos ignorais la fatiga. Soy vuestro protector y enriquecere a vuestra comunidad para que sus obras sean inmortales.

-Ordenad, majestad, y actuaremos.

-Ven conmigo, te mostrare el emplazamiento de las dos obras que deben iniciarse inmediatamente.

Cuando el carro real tomo la ruta que llevaba al Valle de los Reyes, Mat-Hor fue presa de la angustia. La visión de los acantilados abrumados por el sol, de los que toda vida parecía ausente, le puso el corazón en un puño. Arrancada del lujo y las comodidades de palacio, sufría el choque de la piedra y el desierto.

En el umbral del Valle de los Reyes, custodiado día y noche, unos sesenta dignatarios, de diversas edades, aguardaban a Ramses. Con la cabeza afeitada, el pecho cubierto por un ancho collar, vestidos con un pano ligo y plisado, sujetaban un baculo cuyo mango de sicomoro era coronado por una pluma de avestruz.

-Son mis <<hijos reales>> -explico Ramses.

Los dignatarios levantaron sus baculos, formaron un arco de honor y, luego, siguieron en procesión al monarca.

Ramses se inmovilizó cerca de la entrada de su propia

tumba.

-Aquí excavaras una inmensa tumba' con salas de columnas y tantas camaras funerarias como <<hijos reales>> haya. En compañía de Osiris, les protegeré para siempre -le ordeno al jefe de la comunidad de Deir-el-Medineh.

Ramses entregó al maestro de obras el plano que el mismo había trazado sobre papiro.

-He aquí la morada de eternidad de la gran esposa real Mat-Hor; excavaras la tumba en el Valle de las Reinas, a cierta distancia de la de Iset la bella y lejos de la de Nefer-tari.

La joven hitita palideció.

-Mi tumba, pero...

-Esa es nuestra tradición-preciso Ramses-. En cuanto un ser recibe la carga de pesadas obligaciones, debe pensar en el más allá. La muerte es nuestra mejor consejera, pues sitúa nuestras acciones en su justo lugar y permite distinguir lo esencial de lo secundario.

-¡Pero yo no quiero sumirme en tristes pensamientos!

-Ya no eres una mujer como las demás, Mat-Hor, no eres ya una princesa hitita a la que solo preocupa su placer, eres la reina de Egipto. Por lo tanto, solo cuenta tu deber; para comprenderlo, debes encontrarte con tu propia muerte.

-¡Me niego!

1. Esta tumba del Valle de los Reyes, que lleva el número 5, fue descubierta en 1820 por James Burton. Un equipo americano ha reanudado recientemente las excavaciones, sorprendido ante la magnitud del monumento. Se trata de la mayor tumba egipcia conocida. La mirada de Ramses hizo que Mat-Hor lamentara, de inmediato, haber pronunciado estas palabras. La hitita cayó de rodillas.

-Perdonadme, majestad.

-Levántate, Mat-Hor; no eres mi sierva sino la de Maat, la Regla del universo que creó Egipto y le sobrevivió. Ahora, vayamos hacia tu destino.

Orgullosa a pesar de su miedo, consiguiendo dominar su angustia, la joven hitita descubrió el Valle de las Reinas que, a pesar de su carácter desértico, le pareció menos austero que el de los Reyes. Como el paraje no estaba rodeado por altos acantilados, sino abierto al mundo de los vivos, al que sentía cercano, Mat-Hor se concentró en la pureza del cielo y recordó la belleza de los paisajes del verdadero valle, el del Nilo, donde pensaba vivir innumerables horas de alegría y de placer.

Ramses pensaba en Nefertari, que descansaba allí, en la sala de oro de una magnífica morada de eternidad donde resucitaba a cada instante en forma de fenix, de rayo de luz o de soplo de viento, elevándose hasta las extremidades del mundo. Nefertari, que bogaba en una barca, por el fluido celestial, en el corazón de la luz.

Mat-Hor permaneció silenciosa, sin atreverse a interrumpir la meditación del rey. Pese a la gravedad del lugar y del momento, se sintió profundamente turbada por su presencia y su poder. Fuera cuales fueran las pruebas que debería superar, la hitita lograría su objetivo: seducir a Ramses. La paciencia de Serramanna se había agotado. Puesto que la astucia y la suavidad no daban ningún resultado, el gigante sardo había decidido utilizar un método más directo. Tras haber degustado una costilla de buey y unos garbanzos, se dirigía a caballo al taller de Techonq.

Esta vez, el libio diría todo lo que supiera y, especialmente, el nombre del asesino de Acha.

Cuando descabalgó, a Serramanna le sorprendieron los grupos que se habían formado ante el taller del curtidor. Mujeres, niños, ancianos y obreros charlaban por los codos.

-Apartaos y dejadme pasar -ordenó el sardo.

El gigante no tuvo que repetir sus órdenes; se hizo el si-

lencio.

En el interior del local el olor seguía siendo espantoso; Serramanna, que se había acostumbrado a perfumarse a la egipcia, vaciló antes de entrar. Pero la visión del equipo de curtidores, reunidos junto a las pieles de antilope saladas, le incitó a aventurarse por aquel lugar nauseabundo. Aparto las ristas de vainas de acacia, ricas en ácido tánico, rodeó una cubeta de tierra ocre y posó sus enormes manos en los hombros de dos aprendices.

-- Que ocurre ?

Los aprendices se apartaron. Serramanna descubrió el cadáver de Techonq, con la cabeza hundida en un estanque lleno de orina y excrementos.

-Un accidente, un terrible accidente -explicó el jefe del taller, un robusto libio.

-¿Cómo ha ocurrido?

-Nadie sabe nada... El patrón tenía que venir a trabajar muy pronto y, cuando hemos llegado, lo hemos encontrado así.

-- Ningún testigo ?

-Ninguno.

-Me sorprende... Techonq era un técnico demasiado experimentado como para morir de una manera tan tonta. No, esto es un crimen y uno de vosotros sabe algo.

-Os equivocáis -protestó con cautela el jefe de taller.

-Lo comprobare yo mismo -prometió Serramanna-; os espera un largo interrogatorio.

El más joven de los aprendices se escurrió como una anguila y salió del taller poniendo pies en polvorosa. La buena vida no había embotado los reflejos del sardo, que se lanzó tras él inmediatamente.

Las callejas del barrio obrero no tenían secretos para el joven, pero la potencia física del jefe de la guardia personal de Ramses le permitía no perder el contacto. Cuando el aprendiz intentaba escalar un muro, el pesado puño de Seramanna se cerró sobre su taparrabos.

Lanzado por los aires, el fugitivo aulló y cayó pesadamente al suelo.

-Mis riñones... ¡Tengo rotos los riñones!

-Ya los cuidarás cuando me hayas dicho la verdad. Y no tardes, granuja; de lo contrario te romperé también las muñecas.

Aterrorizado, el aprendiz habló entrecortadamente.

-El que ha matado al patrón ha sido un libio... Un hombre de ojos negros, rostro cuadrado y cabellos ondulados... Ha tratado a Techonq de traidor... El patrón ha protestado, ha jurado que no os había dicho nada... pero el otro no le ha creído... Le ha estrangulado y le ha metido la cabeza en el estanque de estiércol... Luego, se ha vuelto hacia nosotros y nos ha amenazado: <<Tan cierto como que me llamo Malfi y soy el señor de Libia, os mataré si habláis con la policía...>>. Y ahora que os lo he dicho todo, ¡soy hombre muerto!

-No hables por hablar, muchacho; no volverás a poner los pies en tu taller y trabajarás en los dominios del intendente de palacio.

-~No... no me enviareis a presidio?

-Me gustan los muchachos valerosos. ¡Vamos, en pie!

Cojeando como pudo, el aprendiz consiguió seguir al gigante, que parecía muy enojado. Al revés de lo que había esperado, no había sido Uri-Techup el que había suprimido a Techonq.

Uri-Techup, el hitita felón socio de Malfi, un libio asesino, enemigo hereditario de Egipto... Si, eso estaba traman-

dose en las sombras. Seria preciso convencer a Ramses.

Setau lavaba los boles de cobre, las calabazas y los filtros de distintos tamanos mientras Loto limpiaba los anaqueles del laboratorio. Luego, el especialista en venenos de serpiente se quito la piel de antilope, la zambullo en el agua y la retor-
cio para extraer la soluciones medicinales de las que estaba saturada. Le correspondia a Loto transformar de nuevo la tunica en una verdadera farmacia ambulante gracias a los tesoros que ofrcian la cobra negra, la vibora sopladora, la vibora cornuda y sus semejantes. La hermona nubia se inclino sobre el liquido pardo y viscoso; diluido, seria un remedio eficaz para los trastornos de la circulacion sanguinea y las debilidades del corazon.

Cuando Ramses entro en el laboratorio, Loto se inclino pero Setau siguio con su tarea.

-Estas de mal humor-advirtio el rey.

-Exacto.

-Desapruebas mi boda con esa princesa hitita.

-Exacto otra vez.

-cpor que razon?

-Te traera la desgracia.

-cNo exageras, Setau?

-Loto y yo conocemos muy bien las serpientes; para descubrir la vida en el corazon de su veneno es preciso ser un especialista. Y esta vibora hitita es capaz de atacar de un modo que ni siquiera el mejor especialista sabria prever.

-cNo estoy, gracias a ti, inmunizado contra los reptiles?

Setau refunfuno. De hecho, desde su adolescencia y durante numerosos anos, habia hecho absorber a Ramses una pocion que contenia infimas dosis de veneno para permitirle sobrevivir a cualquier tipo de mordedura.

-Confías demasiado en tu poder, majestad... Loto cree que eres casi inmortal, pero yo estoy convencido de que esta hitita intentara perjudicarte.

-Se murmura que esta muy enamorada-susurro la nubia.

-¡Y que! -exclamo el encantador de serpientes-; cuando el amor se transforma en odio, es un arma terrorifica. Es evidente que esta mujer intentara vengar a los suyos. ¿No dispone, acaso, de un inesperado campo de batalla, el palacio real? Naturalmente, Ramses no va a escucharme.

El faraon se volvi(ó) hacia Loto.

-¿Que opinais?

-Mat-Hor es bella, inteligente, astuta y ambiciosa... pero es hitita.

-No lo olvidare-prometio Ramses.

El rey leyo con atencion el informe que le habia entregado Ameni. Con la tez palida y los cabellos cada vez mas escasos, el secretario particular del monarca habia anotado con precision las inflamadas declaraciones de Serramanna.

-Uri-Techup, el asesino de Acha, y Malfi, el libio, su complice... Pero no tenemos prueba alguna.

-Ningun tribunal les condenaria -reconocio Ameni.

-¿Has oido tu hablar de ese tal Malfi?

-He consultado los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores, las notas de Acha, y he interrogado a los especialistas en Libia. Malfi es el jefe de una tribu guerrera, particularmente vindicativa para con nosotros.

-¿Simple pandilla de locos o peligro real?

Ameni se tomo un tiempo de reflexion.

-Me gustaria darte una respuesta tranquilizadora, pero el rumor afirma que Malfi ha conseguido federar varios clanes

que, hasta hoy, se desgarraban mutuamente.

-¿Rumor o certeza?

-La policía del desierto no ha conseguido descubrir el emplazamiento de su campamento.

-Y, sin embargo, Malfi ha entrado en Egipto, ha asesinado a uno de sus compatriotas en su propio taller y ha vuelto a salir impunemente.

Ameni temía sufrir la violenta, aunque rara, colera de Ramses.

-Ignorábamos su capacidad para hacer daño -preciso el escriba.

-Si ya no sabemos descubrir el mal cómo gobernaremos el país?

Ramses se levantó y caminó hacia la gran ventana de su despacho, desde la que contemplaba el sol de frente sin abrasarse los ojos. El sol, su astro protector, le proporcionaba cada día energías para asumir su tarea, fueran cuales fuesen sus dificultades.

-No hay que desdenar a Malfi -declaró el rey.

-¡Los libios son incapaces de atacarnos!

-Un puñado de demonios puede sembrar la desgracia, Ameni; este libio vive en el desierto, capta allí las fuerzas destructoras y sueña con utilizarlas contra nosotros. No se tratará de una guerra como la que libramos contra los hititas, sino de otra clase de enfrentamiento, más solapado pero no menos violento. Siento el odio de Malfi. Aumenta, se acerca.

Antano era Nefertari quien ejercía sus dones de vidente para orientar la acción del rey; desde que ella brillaba en el cielo, entre las estrellas, Ramses tenía la sensación de que su espíritu vivía en él y seguía guiándole.

-Serramanna llevara a cabo una minuciosa investigacion
-indico Ameni.

-cTienes otras preocupaciones, amigo mio?

-Apenas un centenar de problemas, como cada dia, y todos urgentes.

-Supongo que seria inutil pedirte que reposaras un poco.

-El dia que no haya ningun problema que resolver, descansar.

Con cenizas y natron, mezcla de carbonato y bicarbonato de sodio, la mas habil de las masajistas de palacio froto la piel de Mat-Hor para librarla de sus impurezas. Luego enjabono a la joven hitita con un jabon a base de corteza y carne de balanites, arbol rico en saponina, y le rogo que se tendiera en las losas calientes para darle unas fricciones. La pomada odorifera aliviaba los dolores, suprimia las tensiones y perfumaba el cuerpo.

Mat-Hor estaba en el paraiso. En la corte de su padre, el emperador del Hatti, nunca se habian ocupado de ella con tanto cuidado y destreza. Maquilladoras, manicuras y pedicuras practicaban su arte a la perfeccion, y la nueva reina de Egipto se sentia mas hermosa dia tras dia. ~No era esa una condicion indispensable para conquistar el corazon de Ramses? Resplandeciente juventud y felicidad, Mat-Hor se considerable irresistible.

-Ahora la pomada antiarrugas -decidio la masajista.

La hitita se rebelo.

--A mi edad? ¡Estas loca!

-A vuestra edad hay que empezar a luchar contra el envejecimiento, y no cuando ya es demasiado tarde.

-Pero...

-Confiad en mi, majestad; para mi, la belleza de una reina de Egipto es un asunto de Estado.

Vencida, Mat-Hor abandono su rostro en manos de la masajista, que le aplico una costosa pomada compuesta por miel, natron rojo, polvo de alabastro, semillas de fenugreco y leche de burra.

A la primera sensacion de frescor le sucedio un suave calor, que alejaba la fealdad y la vejez.

Mat-Hor iba de banquete en recepcion, era recibida en casa de los nobles y los ricos, visitaba los harenes donde enseñaban a tejer y donde tambien se aprendia musica y poesia, y se iniciaba dia tras dia, voluptuosamente, en el arte de vivir a la egipcia.

¡Todo era mas hermoso aun que en sus sueños! Ya no pensaba en Hattusa, la gris y triste capital de su infancia, consagrada a la afirmacion del poderio militar. Aqui, en Pi-Ramses, no habia altas murallas, sino jardines, estanques y moradas adornadas con tejas barnizadas que convertian la capital de Ramses en la ciudad de turquesa, donde la alegria de vivir se mezclaba con el canto de los pajaros.

La princesa hitita habia sonado con Egipto, ¡y Egipto le pertenecia! Era la reina respetada por todos.

~Pero reinaba realmente? Sabia que Nefertari habia actuado cotidianamente junto a Ramses, tomado realmente parte en la direccion de los asuntos del Estado y habia sido, incluso, la principal artifice del tratado de paz firmado con los hititas.

Ella, Mat-Hor, se aturdia con el lujo y los placeres, ¡pero veia tan poco a Ramses! Ciertamente, el le hacia el amor con deseo y ternura, pero permanecia alejado y ella no ejercia sobre el rey poder alguno ni se enteraba del menor secreto del gobierno.

Aquel fracaso era solo provisional. Mat-Hor seduciria a Ramses, le dominaria. La inteligencia, la belleza y la astucia serian sus tres armas. La batalla seria larga y dificil, pues el adversario era de peso; sin embargo, la joven hitita no dudaba de su exito. Siempre habia obtenido lo que deseaba con ardor. Y hoy queria convertirse en una reina tan prestigiosa

que borrara hasta el menor recuerdo de Nefertari.

-Majestad -murmuro la camarera-, creo... creo que el faraon se halla en el jardin.

-Ve a ver y, si es el, vuelve inmediatamente.

~Por que no le habia avisado Ramses de su presencia? A aquellas horas, al finalizar la manana, el monarca no solia concederse un descanso. ~Que insolito acontecimiento justificaba esa actitud? La camarera regreso asustada.

-Es el faraon, majestad.

--Y... esta solo?

-Si, solo.

-Dame mi tunica mas sencilla y ligera.

--No quereis la de lino fino, con bordados rojos y...?

-Apresurate.

--Que joyas deseais?

-Nada de joyas.

--Y... la peluca?

-Sin peluca. ~Pero vas a apresurarte?

Ramses estaba sentado con las piernas cruzadas al pie de un sicomoro de amplia copa y brillantes frondas, cargado de frutos verdes y rojos. El rey vestia el pano tradicional que llevaban los faraones del Imperio Antiguo, en la epoca en que se construyeron las piramides. En sus muñecas lucia dos brazaletes de oro.

La hitita le observo.

Sin duda alguna, hablaba con alguien.

Descalza, se aproximó sin hacer el menor ruido. Una ligera brisa hacia susurrar las hojas del sicomoro, cuyo canto

tenia la untuosidad de la miel. Estupefacta, la joven descubrio al interlocutor del monarca: su perro, Vigilante, tendido de espaldas.

-Majestad. . .

-Ven, Mat-Hor.

--Sabiais que estaba aqui?

-Tu perfume te traiciona.

Se sento junto a Ramses. Vigilante se dio la vuelta y tomo la postura de la esfinge.

--Hablabais... hablabais con este animal?

-Todos los animales hablan. Cuando nos son proximos, como lo eran mi leon y lo es este perro, heredero de una dinastia de Vigilantes, pueden decirnos muchas cosas si sabemos escucharles.

-Pero... ~que os cuenta?

-Me transmite la fidelidad, la confianza y la rectitud, y me describe los hermosos caminos del mas alla por los que va a gularme.

Mat-Hor hizo una mueca.

-La muerte... ~por que hablar de ese horror?

-Solo los humanos cometen horrores; la muerte es una simple ley fisica, y el mas alla de la muerte puede convertirse en plenitud si nuestra existencia ha sido justa y conforme a la regla de Maat.

Mat-Hor se aproximó a Ramses y le contemplo con sus soberbios ojos negros almendrados.

--No temes ensuciarte el vestido?

-Todavia no me he vestido, majestad.

-Una austera tunica, sin joyas ni peluca... ~Por que tanta

sencillez?

--Me lo reprocha vuestra majestad?

-Tienes que mantener tu rango, Mat-Hor, y no puedes comportarte como una mujer cualquiera.

La hitita se rebelo.

--Lo he hecho alguna vez? Soy la hija de un emperador y, ahora, la esposa del faraon de Egipto. Mi existencia ha estado siempre sometida a las exigencias de la etiqueta y el poder.

-La etiqueta, es cierto; pero ~por que hablar del poder? No ejeracias responsabilidad alguna en la corte de tu padre.

Mat-Hor sintio que habia caido en la trampa.

-Era demasiado joven... Y el Hatti es un Estado militar donde las mujeres son consideradas seres inferiores. ¡Aquí todo es distinto! ~No tiene la reina de Egipto el deber de servir a su pais?

La joven deplego sus cabellos en las rodillas de Ramses.

--Realmente te sientes egipcia, Mat-Hor?

-¡No quiero oír hablar del Hatti!

--Reniegas de tu padre y de tu madre?

-No, claro que no... ¡Pero están tan lejos!

-Vives una difícil prueba.

--Una prueba? De ningún modo, es lo que siempre he deseado. No quiero hablar más del pasado.

--Como preparar el mañana si no se han descubierto los secretos del ayer? Eres joven, Mat-Hor y te agitas buscando tu equilibrio. No será fácil de descubrir.

-Mi porvenir está trazado: ¡soy la reina de Egipto!

-Reinar es una función que se edifica día tras día y nunca se domina.

La hitita se sintió despechada.

-No... no comprendo.

-Eres el emblema vivo de la paz entre el Hatti y Egipto -dijo Ramses-; muchos muertos han jalado la ruta que llevaba al final de un largo conflicto. Gracias a ti, Mat-Hor, la alegría ha reemplazado el sufrimiento.

~Solo soy... un símbolo?

-Necesitaras muchos años para penetrar en los secretos de Egipto; aprende a servir a Maat, la diosa de la Verdad y de la Justicia, y tu existencia será luminosa.

La hitita se levantó e hizo frente al señor de las Dos Tierras.

-Deseo reinar a vuestro lado, Ramses.

-No eres más que una niña, Mat-Hor; renuncia primero a tus caprichos, mantén tu rango y deja que el tiempo realice su obra. Ahora, dejame solo; Vigilante tiene que hacerme muchas confidencias.

Vejada, la hitita volvió corriendo a sus aposentos; Ramses no la veía llorar de rabia.

Durante los meses que siguieron a esta entrevista con Ramses, Mat-Hor se mostró deslumbradora. Luciendo suntuosos vestidos, iluminó con su belleza y su encanto las veladas tebanas, desempeñando a la perfección el papel de una reina consagrada a las mundanidades. Atenta a los consejos del rey, se familiarizó con las costumbres de la corte y profundizó en el conocimiento de la cultura del viejo Egipto, de la que quedó absolutamente fascinada.

Mat-Hor no se enfrentó a hostilidad alguna, pero no consiguió ganarse las simpatías de Ameni, de quien todos decían que era el más íntimo amigo del monarca; en cuanto a Setau, otro de los confidentes de Ramses, se había marchado de nuevo a Nubia en compañía de Loto, para coschar el ve-

nenos de sus queridos reptiles y poner en practica sus ideas referentes al desarrollo de la region.

La joven hitita lo tenia todo y no poseia nada. El poder se le escapaba de las manos, y la amargura comenzaba a invadir su corazon. Buscaba en vano un medio para conquistar a Ramses y, por primera vez, dudaba de si misma. Pero no le daria al rey la posibilidad de descubrirle; asi pues, se aturdia con fiestas y regocijos de los que era la reina indiscutible.

Aquel anoecer de otono, Mat-Hor se sintio cansada; despidio a sus siervas y se tendio en la cama, con los ojos abiertos, para sonar con Ramses, aquel hombre omnipotente e inaprensible.

Una rafaga de viento levanto el velo de lino colocado ante la ventana. Al menos eso fue lo que creyo la hitita por unos instantes, hasta que aparecio un hombre de largos cabellos y torso imponente.

Mat-Hor se incorporo y cruzo los brazos sobre su pecho.

-- Quien sois ?

-Un compatriota.

La luz de la luna permitio a la reina discernir mejor los rasgos del inesperado visitante.

- ¡Uri-Techup!

-- Te acuerdas de mi, muchacha?

- ¡Has osado penetrar en mi habitacion!

- No ha sido facil, y hace horas que estoy acechandote. Puesto que ese demonio de Serramanna no deja de hacer que me vigilen, he esperado mucho antes de acercarme a ti.

- Uri-Techup... ¡Mataste al emperador Muwattali e intentaste suprimir a mi padre y a mi madre!

- Todo eso queda muy lejos... Hoy somos dos hititas exiliados en Egipto.

--Olvidas quien soy?

-Una mujer hermosa condenada a embriagarse en un mundo artificial.

-¡Soy la esposa de Ramses y la reina de este país!

Uri-Techup se sento al pie de la cama.

-Abandona tu sueño, niña.

-¡Llamare a la guardia!

-Muy bien, llamala.

Uri-Techup y Mat-Hor se desafiaron con la mirada. La muchacha se levanto y se sirvio una copa de agua fresca.

-¡No eres mas que un monstruo y un animal! ~Por que voy a escuchar al general felon?

-Porque pertenecemos al mismo pueblo, que sera siempre enemigo del maldito Egipto.

-Deja ya de divagar: se ha firmado el tratado de paz.

-Deja tu de hacerte ilusiones, Mat-Hor; para Ramses, solo eres una extranjera que pronto sera encerrada en un haren.

-¡Te equivocas!

--Te ha concedido la menor parcela de poder?

La muchacha permanecio muda.

-Para Ramses, tu no existes. No eres mas que una hitita y el rehen de una paz que el faraon acabara rompiendo para aplastar a un enemigo desprevenido. Ramses es artero y cruel, le ha tendido una sutil trampa a Hattusil y el ha caido en ella a la primera. ¡Y tu fuiste sacrificada por tu propio padre! Apresurate, Mat-Hor, vive los buenos tiempos

pues la juventud pasa deprisa, mucho mas deprisa de lo que imaginas.

La reina volvio la espalda a Uri-Techup.

--Has terminado?

-Piensa en lo que acabo de decirte y advertiras la veracidad de mis palabras; si deseas volver a verme, arreglatelas para hacermelo saber sin alertar a Serramanna.

--Que razon puedo tener para querer volver a verte?

-Amas a tu pais tanto como yo. Y no aceptas la derrota ni la humillacion.

Mat-Hor vacilo largo tiempo antes de volverse.

Una ligera brisa levantaba la cortina de lino, Uri-Techup habia desaparecido. ~ Era solo un demonio nocturno o acababa de recordarle la realidad?

Los seis hombres cantaban a pleno pulmon, agitando acompasadamente sus pies metidos en una amplia tina llena de uva. Entre todos pisoteaban con ardor los racimos maduros, que darian un excelente vino. Medio ebrios por los vapores que se exhalaban de la cuba, se sujetaban con manos mas o menos vacilantes a las ramas de la parra. El mas entusiasta era Serramanna, que imponia el ritmo a sus companeros.

227

-Alguien pregunta por vos -dijo un vinatero.

-Seguid -ordeno Serramanna a sus hombres-, y no aflojeis.

El hombre era un guardia que pertenecia a la policia del desierto. Con el rostro cuadrado, de marcados rasgos, nunca se separaba de su arco, sus flechas y su corta espada.

-Vengo a informaros -le dijo a Serramanna-; nuestras patrullas recorren el desierto de Libia desde hace meses, bus-

cando a Malfi y a sus sediciosos.

--Los habeis localizado por fin?

-Desgraciadamente no. El desierto es inmenso, solo controlamos la zona proxima a Egipto. Aventurarse mas lejos seria arriesgado. Los beduinos nos espian y avisan a Malfi cuando nos acercamos. Para nosotros se ha convertido en una sombra inaprensible.

Serramanna se sintio decepcionado y contrariado. La competencia de los policias del desierto era indiscutible; su fracaso demostraba hasta que punto era Malfi un adversario temible.

--Es cierto que Malfi ha federado varias tribus?

-No estoy seguro de ello -respondio el oficial-. Tal vez se trate solo de un rumor como tantos otros.

--Ha alardeado Malfi de poseer una daga de hierro?

-No he oido nada asi.

-No bajas la guardia; al menor incidente, avisa a palacio.

-Como querais... ~Pero que podemos temer de los libios?

-Estamos seguros de que Malfi intentara perjudicarnos de un modo u otro. Es sospechoso de asesinato.

Ameni no tiraba documento alguno. Con el transcurso de los anos, su despacho de Pi-Ramses se habia llenado de archivos, en forma de papiro y tablillas de madera. Tres habitaciones contiguas albergaban los antiguos expedientes. Sus subordinados le habian recomendado varias veces que se librara de los textos sin importancia, pero Ameni queria tener a mano el maximo de informaciones, sin verse obligado a recurrir a las distintas administraciones, cuya lentitud le exasperaba.

El escriba trabajaba deprisa; a su modo de ver, cualquier problema cuya solucion se demorase tendia a envenenarse.

Y en la mayoría de las ocasiones era mejor contar solo con uno mismo, sin pensar en las innumerables relaciones dispuestas a esfumarse en cuanto la dificultad parecía insuperable.

Saciado por un enorme plato de carne hervida, que no le engordaría más que las otras comidas, Ameni trabajaba a la luz de los candiles de aceite cuando Serramanna entro en su despacho.

-Leyendo todavía...

-Alguien tiene que ocuparse de los detalles en este país.

-Acabarás con tu salud, Ameni.

-Zozobro hace ya tiempo.

--Puedo sentarme?

-Siempre que no toques nada.

El gigante sardo permaneció de pie.

-Nada nuevo sobre Malfi -deploro-; se esconde en el desierto de Libia.

-- Y U ri-Techup ?

-Se da la gran vida con su rica fenicia. Si no le conociera como un cazador conoce su presa, juraría que se ha convertido en un respetable rico sin más ambiciones que la felicidad conyugal y la buena carne.

--Por que no, a fin de cuentas? Otros extranjeros fueron seducidos por una existencia Iranquii;

El tono del sardo intrigo a Ameni.

--Que quieres decir?

-Eres un excelente escriba, pero el tiempo pasa y ya no eres un joven.

Ameni dejó su pincel y se cruzo de brazos.

-He conocido a una mujer encantadora y muy tímida
-confeso el sardo-; es evidente que no me conviene. En
cambio, tu sabrias apreciarla...

-- Quieres... casarme ?

-Yo necesito cambiar a menudo... Pero tu le serias fiel a
una buena esposa.

Ameni monto en colera.

-Mi existencia es este despacho y la gestion de los asuntos
publicos. ~Imaginas a una mujer aqui? Pondria orden a
su modo y todo seria jaleo y caos.

-Pense que...

-No pienses mas y procura, mas bien, identificar al asesino
de Acha.

El templo de millones de años de Ramses, en la orilla oeste
de Tebas, se extendia por una superficie de cinco hectareas.
De acuerdo con los deseos del faraon, los pilonos parecian
ascender hasta el cielo, los arboles daban sombra a estanques
de agua pura, las puertas eran de bronce dorado, las losas de
plata y estatuas vivientes, animadas por la presencia del ka,
residian en sus patios. Alrededor del santuario, una biblio-
teca y almacenes; en el corazon del edificio, las capillas de-
dicadas a Seti, el padre de Ramses, a Tuya, su madre, y a
Nefertari, su gran esposa real.

El señor de las Dos Tierras acudia frecuentemente a
aquel dominio magico que pertenecia a las divinidades.
Alli veneraba la memoria de sus seres mas queridos, pre-
sentes para siempre en el; pero aquel viaje tenia un caract-
er excepcional.

Meritamon, la hija de Ramses y de Nefertari, debia llevar
a cabo un rito que inmortalizaria al faraon reinante.

Cuando la vio, a Ramses le impresiono de nuevo el pare-

cido con su madre. Con su vestido cenido, adornado con dos rosetas a la altura del pecho, Meritamón encarnaba a Sechat, la diosa de la Escritura. Su fino rostro, enmarcado por dos pendientes en forma de disco, era frágil y luminoso.

El rey la tomó en sus brazos:

-~Como estas, querida hija?

-Gracias a ti puedo meditar en este templo y toco música para los dioses. Siento a cada instante la presencia de mi madre.

-Me has pedido que viniera desde Tebas. ~Que misterio deseas desvelarme, tu, la única reina de Egipto reconocida por los templos?

Meritamón se inclinó ante el soberano.

-Que su majestad me siga.

La diosa a la que encarnaba Meritamón condujo a Ramses hasta una capilla donde le aguardaba un sacerdote con la máscara de ibis del dios Thot. Ante los ojos de Ramses, Thot y Sechat inscribieron los cinco nombres del rey en las hojas de un gran árbol grabado, en relieve, en la piedra.

-De ese modo -dijo Meritamón-, tus anales quedan establecidos millones de veces, así duraran para siempre.

Ramses sintió una extraña emoción. Era solo un hombre a quien el destino había confiado una pesada carga, pero la pareja divina evocaba otra realidad, la del faraón, cuya alma pasaba de rey en rey, desde el origen de las dinastías.

Ambos celebrantes se retiraron, permitiendo que Ramses contemplara el árbol de millones de años en el que acababa de inscribirse su eternidad.

Cuando Meritamón regresaba al dominio de los intérpretes de música del templo, una muchacha rubia, suntuosamente vestida, le cerró el paso.

-Soy Mat-Hor -declaro agresiva-; no nos conocemos, pero tengo que hablaros.

-Sois la esposa oficial de mi padre, no tenemos nada que decirnos.

-jVos sois la verdadera reina de Egipto!

-Mi papel es estrictamente teologico.

-Es decir, esencial.

-Interpretar los hechos como os plazca, Mat-Hor; para mi, nunca habra mas esposa real que Nefertari.

2 3 ~

-Ella ha muerto y yo estoy viva. Y puesto que os negais a reinar, ~por que impedis que lo haga yo?

Meritamon sonrío.

-Vuestra imaginacion es en exceso fertil. Vivo recluida aqui y no me interesan los asuntos del mundo.

-Pero asistis a los ritos de Estado, jcomo reina de Egipto!

-Esa es la voluntad del faraon. ~La discutis acaso?

-Habladle, convencedle de que me de el lugar que me corresponde; vuestra influencia sera decisiva.

--Que deseais en realidad, Mat-Hor?

-Tengo derecho a reinar, mi boda me autoriza a hacerlo.

-Egipto no se conquista por la fuerza, sino por el amor. En esta tierra, si desdenais la regla de Maat, sufrireis penas desilusiones.

-Vuestros discursos no me interesan, Meritamon; exijo vuestra ayuda. Yo no renuncio al mundo.

-Teneis mas valor que yo; buena suerte, Mat-Hor.

Ramses medito largo rato en la inmensa sala hipostila del templo de Karnak que su padre, Seti, habia iniciado y que el, en calidad de hijo y sucesor, habia concluido. Filtrada por las ventanas consimetricas y petreas celosias, la luz iluminaba sucesivamente las escenas esculpidas y pintadas en las que se veia al farac n haciendo ofrendas a las divinidades para que aceptaran residir en la tierra.

Amon, la gran alma de Egipto que daba el aliento a todos los seres vivos, permanecia misterioso, pero actuaba en todas partes; <<viene en el viento -afirmaba un himno-, pero no se le ve. La noche se llena con su presencia. Todo lo que sucede arriba y abajo, el lo lleva a cabo>>. Intentar conocer a Amon, sabiendo que escaparia siempre a la inteligencia humana, era, como afirmaba el Libro de salir a la luz, apartar el mal y las tinieblas, penetrar en el porvenir y organizar el pais para que fuera a imagen del cielo.

23 3

El hombre que avanzaba hacia Ramses tenia el rostro cuadrado y desagradable, que la edad no habia dulcificado. Antiguo supervisor de los establos del reino, habia entrado al servicio de Amon de Karnak y habia ascendido por los peldanos de la jerarquia hasta convertirse en el segundo. profeta del dios. Con el craneo afeitado, vestido con una tunica de lino immaculado, Bakhen se detuvo a pocos pasos del monarca.

-Cuanto me alegra volver a veros, majestad.

-Gracias a ti, Karnak y Luxor son dignos de las divinidades que los habitan. ~Como esta Nebu?

-El sumo sacerdote no sale ya de su casita, junto al lago sagrado; pero a pesar de su avanzada edad, sigue dando ordenes.

Ramses apreciaba la fidelidad de Bakhen; era uno de esos seres excepcionales, desprovistos de ambicion y cuya principal preocupacion era actuar con rectitud. La administracion del mayor dominio sagrado de Egipto estaba en buenas manos.

Pero Bakhen parecia menos sereno que de costumbre.

--Te inquieta algun asunto grave? -pregunto Ramses.

-Acabo de recibir quejas procedentes de los pequenos santuarios de la region tebana. Pronto careceran de olibano, incienso y mirra, indispensables para la practica cotidiana de los ritos. De momento, las reservas de Karnak bastaran para ayudarles, pero mis propias existencias se agotaran en dos o tres meses.

--No deben recibir los templos provisiones antes de que comience el invierno?

-Ciertamente, majestad, ~pero que cantidad nos suministrarán? Las ultimas cosechas han sido tan escasas que corremos el riesgo de carecer de tan esenciales sustancias. Si el ritual no se celebra de modo satisfactorio, ~que sucedera con la armonia del pais?

234

En cuanto Ramses regreso a la capital, Ameni se presento en su despacho, con los brazos cargados de papiros administrativos. Debido a su fragil apariencia, todos se preguntaban de donde sacaba el escriba la energia necesaria para llevar tan pesadas cargas.

-jMajestad, hay que intervenir enseguida! La tasa sobre los barcos mercantes es excesiva y...

Ameni se callo. La gravedad del rostro de Ramses le disuadio de importunarle con pequenos detalles.

--Cual es el estado de nuestras reservas de olibano, incienso y mirra?

-No puedo contestarle de momento, debo comprobarlo... Pero no es alarmante.

--Como puedes estar tan seguro?

-Porque organice un sistema de control. Si las existencias

hubieran disminuido de modo significativo, lo sabría.

-En la región tebana pronto reinara la escasez.

-Utilicemos las reservas de los almacenes de Pi-Ramses y deseemos que las próximas cosechas sean abundantes.

-Delega las tareas secundarias y encárgate inmediatamente de este problema.

Ameni convocó en su despacho al director de las reservas de la Doble Casa Blanca, al jefe del Tesoro y al superior de la Casa del Pino, encargado de comprobar las entregas de mercancías procedentes del extranjero. Los tres notables habían llegado a una floreciente cincuentena.

-Me he visto obligado a abandonar una reunión importante -se quejó el jefe del Tesoro-, y espero que no nos molesteis por una tontería.

-Los tres sois responsables de nuestras reservas de olibano, incienso y mirra -recordó Ameni-. Puesto que nadie me ha avisado, supongo que la situación no es preocupante.

-Casi no me queda olibano -reconoció el director de las reservas de la Doble Casa Blanca-; pero ciertamente no les ocurre eso a mis dos colegas.

-Yo tengo pequeñas existencias -preciso el jefe del Tesoro-, pero como el nivel de alerta no se había alcanzado por completo, no considere oportuno enviar un informe a mis colegas.

-Mi declaración es idéntica -dijo el director de la Casa del Pino-. Si mis existencias hubieran seguido bajando durante los próximos meses, sin duda se habrían terminado.

Ameni estaba aterrorizado.

Los tres altos funcionarios habían sacrificado el espíritu a la letra y, como sucedía a menudo, sin comunicarse entre sí.

-Dadme el estado exacto de vuestras reservas.

Los calculos de Ameni fueron rapidos: antes de la proxima primavera no quedaria ni un grano de incienso en Egipto, la mirra y el olibano habrian desaparecido de los laboratorios y de los templos.

Y en todo el pais naceria e iria creciendo un sentimiento de revuelta contra la imprevision de Ramses.

236

Siempre mas hermosa que un amanecer de primavera, Neferet, la medico jefe, acabo de preparar una amalgama compuesta por resina de pistacho, miel, pedazos de cobre y un poco de mirra, destinada a cuidar una muela de su ilustre paclente.

-Ningun absceso -explico a Ramses-, pero las encias son fragiles y hay una tendencia cada vez mas acusada a la artritis, vuestra majestad no debe olvidar los enjuagues bucales y las decocciones de corteza de sauce.

-He hecho plantar miles de sauces a lo largo del rio y alrededor de los estanques; pronto dispondreis de gran cantidad de productos antiinflamatorios.

-Gracias, majestad; os prescribo tambien una pasta para masticar, a base de brionia, enebro, frutos del sicomoro e incienso. Y hablando del incienso y la mirra, cuya accion sobre el dolor es notable, deseo informaros de que estos productos pronto van a escasear.

-Lo se, Neferet, lo se...

--Cuando seran aprovisionados los medicos y los cirujanos ?

-Tan pronto como sea posible.

Percibiendo la turbacion del monarca, Neferet no hizo las preguntas que le quemaban los labios. El problema debia de ser grave, pero confiaba en que Ramses sacaria el pais de aquel mal paso.

Ramses habia meditado mucho tiempo ante la estatua de su

padre, cuyo rostro de piedra estaba animado por una vida intensa, gracias a la maestría del escultor. En el austero despacho de blancas paredes, la presencia de Seti unía el pensamiento del faraón reinante con el de su predecesor; cuando era preciso tomar decisiones que comprometían el porvenir del reino, Ramses nunca dejaba de consultar el alma del monarca que le había iniciado en su función, a costa de una educación rigurosa que pocos seres habrían tolerado.

Seti había tenido razón. Si Ramses soportaba el peso de un largo reinado, se lo debía a aquella exigente formación. Con la madurez, el ardor que le animaba no había perdido intensidad, pero la pasión de la juventud se había metamorfoseado en un ardiente deseo de edificar su país y a su pueblo como habían hecho sus antepasados.

Cuando los ojos de Ramses se posaron en el gran mapa del Próximo Oriente que consultaba a menudo, el faraón pensó en Moisés, su amigo de infancia. También en él ardía un fuego abrasador, su verdadero guía en el desierto, en busca de la Tierra Prometida.

Varias veces, a pesar de la opinión de sus consejeros militares, el faraón se había negado a actuar contra Moisés y los hebreos; ¿acaso no debían llevar a cabo su destino?

Ramses hizo entrar a Ameni y Serramanna.

-He tomado varias decisiones. Una de ellas debería satisfacerte, Serramanna.

Escuchando al rey, el gigante sardo sintió una intensa alegría.

Tanit, la ardiente fenicia, no se cansaba del cuerpo de Uri-Techup. Aunque el hitita la trataba con brutalidad, ella se doblegaba a todas sus exigencias; gracias a él, descubría día tras día los placeres de la unión carnal y vivía una nueva juventud. Uri-Techup se había convertido en su dios. El hitita la besó salvajemente, se levantó y se despidió como una fiera, en el esplendor de su desnudez.

-¡Eres una yegua soberbia, Tanit! A veces casi me harías

olvidar mi país.

Tanit abandono a su vez el lecho y, agachada, beso las pantorrillas de su amante.

-¡Somos felices, tan felices! Pensemos solo en nosotros y en nuestro placer...

-Manana salimos hacia tu mansion del Fayyum.

-No me gusta, querido; prefiero Pi-Ramses.

-En cuanto hayamos llegado, volvere a marcharme; sin embargo, tu haras saber que estamos juntos en aquel nido de amor.

Tanit se incorporo y pego sus pesados pechos al torso de Uri-Techup, abrazandolo con ardor.

--Adonde vas y cuanto tiempo estaras ausente?

-No necesitas saberlo. A mi regreso, si Serramanna te interroga, solo tendras que decir unas palabras: no nos hemos separado ni un solo segundo.

-Confia en mi, querido, yo...

El hitita abofeteo a la fenicia, que lanzo un grito de dolor.

-Tu no eres mas que una hembra, y como tal no debes meterte en los asuntos de los hombres. Obedece y todo ira bien.

Uri-Techup tenia pensado partir a reunirse con Malfi para interceptar el convoy de olibano, mirra e incienso, y destruir los preciosos productos. Tras aquel desastre, la popularidad de Ramses se veria muy afectada y la turbacion se apoderaria del país, creando las condiciones propicias para un ataque sorpresa de los libios. En el Hatti, el partido hostil a la paz con Egipto expulsaria a Hattusil de su trono y llamaria a Uri-Techup, el unico jefe guerrero capaz de vencer al ejercito del faraon.

Una sierva aterrorizada aparecio en el umbral de la alcoba.

~39

-;Senora, es la policia! Un gigante armado, con casco...

-Despidelo -ordeno Tanit.

-No-intervino Uri-Techup-; veamos que quiere nuestro amigo Serramanna. Que espere, ya vamos.

-jMe niego a hablar con ese patan!

-jNi lo suenes, hermosa! ~Olvidas que somos la pareja mas enamorada del pais? Ponte un vestido que deje los pechos desnudos y rociate de perfume.

--Un poco de vino, Serramanna? -pregunto Uri-Techup estrechando en sus brazos a una languida Tanit.

-Estoy en mision oficial.

--Y en que nos concierne? -quiso saber la fenicia.

-Ramses dio derecho de asilo a Uri-Techup en tiempos dificiles, y hoy se felicita de su integracion en la sociedad egipcia. Por eso el rey os concede un privilegio del que podeis sentirnos orgullosos.

Tanit se extrano.

--De que se trata?

-La reina inicia una visita a todos los harenes de Egipto donde, en su honor, se organi7.aran numerosos festejos. Tengo el placer de anunciaros que estais entre los invitados y que la acompanareis durante todo su viaje.

-jEs... maravilloso! -exclamo la fenicia.

-No pareces satisfecho, Uri-Techup -observo el sardo.

-Claro que si... Yo, un hitita...

--Acaso la reina Mat-Hor no es de origen hitita? Y estas casado con una fenicia. Egipto es muy acogedor cuando se respetan sus leyes. Y puesto que en tu caso es así, estas considerado como un autentico subdito del faraon.

--Por que te han encargado que nos comuniqués la noticia?

-Porque soy responsable de la seguridad de nuestros huéspedes distinguidos -respondio el sardo con una gran sonrisa-. Y no te perdere de vista ni un solo instante. Eran solo un centenar, pero muy bien armados y perfectamente entrenados. Malfi habia formado un comando en el que solo figuraban sus mejores hombres, mezcla de guerreros experimentados y jovenes combatientes de inagotable energia.

Tras una ultima sesion de entrenamiento, que habia provocado la muerte de una decena de incapaces, el comando habia abandonado el campamento secreto, en pleno desierto de Libia, para ponerse en camino hacia el Norte, en direccion a la franja occidental del delta de Egipto. Unas veces en barca, otras por lodosos caminos, los libios cruzaron el delta de oeste a este, luego bifurcaron hacia la peninsula arabiga para atacar el convoy de sustancias preciosas. Uri-Techup y sus partidarios se reunirian con ellos antes de llegar a la frontera y les darian informaciones precisas que les permitirian evitar las patrullas egipcias y escapar a la vigilancia de los vigias.

La primera etapa de la conquista seria un triunfo. Los libios oprimidos recuperarian la esperanza y Malfi se convertiria en el heroe de un pueblo vengador, avido de revancha. Gracias a el, el Nilo se transformaria en un rio de sangre. Pero primero era preciso golpear a Egipto en sus valores esenciales: la celebracion de los ritos y el culto que se rendia a las divinidades, expresiones de la regla de Maat. Sin olibano, mirra e incienso, los sacerdotes se sentirian abandonados y acusarlan a Ramses de haber roto el pacto con el cielo.

El explorador volvio sobre sus pasos.

-No podemos seguir adelante -le dijo a Malfi.

-~Has perdido el valor?

-Venid a ver vos mismo, señor.

Boca abajo sobre un cerro de blanda tierra, oculto por los espinos, Malfi no creía lo que estaba viendo.

El ejército egipcio se había desplegado en una amplia franja de tierra, entre el mar y las marismas surcadas por pequeñas barcas ocupadas por arqueros. Torres de madera ~ permitían a los vigías observar un vasto horizonte. Había, varios miles de hombres, al mando de Merenptah, hijo menor de Ramses.

-Es imposible pasar -opino el explorador-; seríamos descubiertos y aniquilados.

Malfi no podía arrastrar a la muerte a sus mejores hombres, la futura punta de lanza del ejército libio. Destruir una caravana era fácil, pero enfrentarse con tan gran número de soldados egipcios sería suicida.

Rabioso, el libio empuñó una mata de espinos y la destrozó con sus manos.

242

El patrón de las caravanas que partían hacia Egipto estaba atónito. Él, un aguerrido comerciante sirio de cincuenta y ocho años, que había surcado por su negocio todas las rutas del Próximo Oriente, nunca había visto semejante tesoro. Había pedido a los productores que se reunieran con él en la punta noroeste de la península arábiga, en una región árida y desolada, donde la temperatura diurna era torrida y la nocturna a menudo gelida, por no hablar de las serpientes y los escorpiones. Pero el lugar era ideal para albergar un almacén secreto donde, desde hacía tres años, el sirio acumulaba las riquezas robadas al tesoro egipcio.

Había afirmado a sus cómplices, el libio Malfi y el hitita Uri-Techup, con toda convicción, que las reservas de productos preciosos, muy escasos por otra parte dadas las pobres cosechas, habían sido destruidas. Malfi y Uri-Techup

eran guerreros, no comerciantes; ignoraban que un buen negociante nunca sacrifica una mercancía.

De cabellos negros y pegajosos puestos sobre un cráneo redondo, de rostro lunar, con un amplio busto plantado sobre cortas piernas, el sirio mentía y robaba desde su adolescencia, sin olvidar comprar el silencio de quienes podrían haberle denunciado a las autoridades.

Amigo de otro sirio, Raia, espía a sueldo de los hititas, que había sufrido una muerte brutal, el patrón de las caravanas había reunido, con el transcurso de los años, una her-

243

mosa fortuna oculta. ¿Pero no era ridícula comparada con el cuerno de la abundancia que acababan de depositar en su almacén? De tres metros de altura, por término medio, los árboles de incienso de Arabia habían producido tres cosechas tan abundantes que había sido necesario contratar el doble de trabajadores temporales que de ordinario; las hojas verde oscuro y las flores doradas de corazón púrpura eran solo un ornamento junto a la soberbia corteza parda. Rascándola se lograba que brotaran gotitas de resina que, aglutinadas en duras bolitas por los especialistas, exhalarían al arder un maravilloso perfume.

¡Y que decir de la increíble cantidad de olibano! Su resina blancuzca, lechosa y perfumada había brotado con una generosidad digna de la edad de oro; pequeñas lágrimas en forma de pera, blancas, grises o amarillas, habían hecho llorar de gozo al patrón de las caravanas. Conocía las numerosas virtudes de aquel producto costoso y buscado. Debido a sus propiedades antisépticas, antiinflamatorias y analgésicas, los médicos egipcios lo utilizaban en unguentos, en emplastos, en polvo o, incluso, como bebida, para luchar contra los tumores, las úlceras, los abscesos, la oftalmía y las otitis.

El

olibano detenía las hemorragias y aceleraba la cicatrización de las heridas; era incluso un contra-veneno. Neferet, el célebre médico en jefe de las Dos Tierras, pagaría a precio de oro el indispensable olibano.

Y la gomorresina verde del galbano, y la resina oscura de

ladano, y el aceite espeso y resinoso del balsamo, y la mirra... El sirio estaba extasiado. ¿Que comerciante habria creído poseer algun día semejante fortuna?

El sirio no habia dejado de disponer un senuelo para sus aliados, y por ello habia enviado una caravana a la ruta en la que aguardaban Uri-Techup y Malfi. ¿No habria cometido un error confiándole solo una modesta carga. Lamentablemente, el rumor ya habia comenzado a circular. Se hablaba de una cosecha excepcional y aquel chisme podia llegar demasiado pronto a oídos del hitita y del libio. ¿Como ganar tiempo? Dentro de dos días, el sirio recibiria a mercaderes griegos, chipriotas y libaneses, a quienes venderia el contenido de su almacen antes de huir a Creta, donde viviria una feliz jubilación. Dos días interminables, durante los que temia ver aparecer a sus temibles aliados.

-Un hitita desea hablar con vos -le aviso uno de sus servidores.

La boca del sirio se seco y sus ojos ardieron. ¡La catástrofe! Desconfiado, Uri-Techup venia a pedirle explicaciones. Y le obligaria a abrir el almacen... ¿Tenia que emprender la huida o intentar convencer al ex general en jefe del ejército hitita?

Petrificado, el sirio fue incapaz de tomar una decisión.

El hombre que se acercaba a él no era Uri-Techup.

-¿Eres . . . hitita ?

-Lo soy.

-Y amigo de...

-Nada de nombres. Si, soy un amigo del general, del unico hombre capaz de salvar al Hatti del deshonor.

-Bien, bien... ¡Que los dioses le sean favorables! ¿Cuando volvere a verle?

-Tendras que ser paciente.

-cNo le habra ocurrido nada malo?

-No, tranquilizate; pero debe permanecer en Egipto para unas ceremonias oficiales y cuenta contigo para respetar, al pie de la letra, los terminos de vuestro contrato.

-jQue no se preocupe en absoluto! El contrato ha sido ejecutado, todo se ha llevado a cabo como el deseaba.

-cPuedo pues tranquilizar al general?

-Que lo celebre: jsus deseos se han visto cumplidos! En cuanto llegue a Egipto, me pondre en contacto con el.

Inmediatamente despues de la marcha del hitita, el patron de las caravanas se bebio de golpe tres copas de fuerte licor. jLa suerte le sonreia mas alla de lo esperado! Uri-Techup

245

retenido en Egipto... Estaba claro, jhabia un genio bueno para los ladrones!

Quedaba Malfi, un loco peligroso animado, a veces, con fulgores de lucidez. Por lo general, la vision de la sangre bastaba para embriagarle. Asesinando a algunos mercaderes, sin duda se habia complacido tanto como con una mujer y habria olvidado examinar de cerca las mercancías. Pero si se habia mostrado suspicaz, buscaria al jefe de las caravanas con la rabia de un demente.

El sirio tenia muchas cualidades, pero entre ellas no destacaba el valor físico; enfrentarse con Malfi estaba por encima de sus fuerzas.

A lo lejos distinguió una nube de polvo.

El negociante no esperaba a nadie... Solo podia tratarse del libio y su comando de asesinos.

Abrumado, el sirio se derrumbo en una estera; la suerte acababa de cambiar. Malfi le degollaria con deleite y su muerte seria lenta.

La nube de polvo se desplazaba poco a poco. cCaballos?
No, se habrian movido mas deprisa. Asnos... Si, eran asnos.
Una caravana, pues! cPero de donde salia?

Tranquilizado pero intrigado, el mercader se levanto y no perdio ya de vista el cortejo de cuadrupedos pesadamente cargados, que avanzaban a su ritmo, con un paso muy seguro. Y reconocio a los caravaneros: eran los mismos que el, supuestamente, habia enviado a la muerte, por el camino donde Malfi les aguardaba.

cNo seria victima de un espejismo? No, llegaba tambien el jefe del convoy, un compatriota de mas edad.

-cHas tenido buen viaje, amigo?

-Ningun problema.

El patron de las caravanas no disimulo su extraneza.

-cNi el menor incidente?

-Ni el mas minimo. Tenemos ganas de beber, comer, lavarnos y dormir. tTe ocupas tu de la carga?

~46

-Claro, claro... Vete a descansar.

La caravana sana y salva, el cargamento intacto... Solo habia una explicacion posible: Malfi y sus libios habian sido detenidos. Tal vez aquel loco por la guerra habia muerto en manos de la policia del desierto.

La suerte y la fortuna... La existencia colmaba al sirio con todos los dones. jQue bien habia hecho corriendo riesgos!

Algo embriagado, corrio hacia el deposito del que solo el tenia la llave.

El cerrojo de madera estaba roto.

Livido, el patron de las caravanas empujo la puerta. Fren-

te a el, ante el amontonamiento de tesoros, habia un hombre de craneo afeitado que vestia una piel de pantera.

-tQuien... quien sois?

-Kha, sumo sacerdote de Menfis y primogenito de Ramses. He venido a buscar lo que pertenece a Egipto.

El sirio empuno su daga.

-Nada de gestos estupidos... el faraon te observa.

El ladron se dio la vuelta. De todas partes, tras los monticulos de arena, brotaban arqueros egipcios. Y, bajo el sol, Ramses el Grande, tocado con la corona azul, de pie en su carro.

El patron de las caravanas cayo de rodillas.

-Perdon... No soy culpable... Me obligaron...

-Seras juzgado-anuncio Kha.

La mera idea de comparecer ante un tribunal que pronunciara el castigo supremo enloquecio al sirio. Con la daga levantada, se lanzo contra un arquero que se acercaba a el para ponerle las esposas de madera y le clavo la hoja en el brazo.

Creyendo que su camarada estaba en peligro de muerte, otros tres arqueros no vacilaron en disparar sus saetas; con el cuerpo atravesado por las flechas, el ladron se derrumbo.

Pese a la opinion contraria de Ameni, Ramses habia querido ponerse personalmente a la cabeza de la expedicion. Gracias a las informaciones proporcionadas por la policia del desierto y a la utilizacion de su varilla de raidestesista, el rey habia localizado el punto de llegada, clandestino, de las caravanas desaparecidas. Y habia advertido tambien otra anomalia, cuya realidad queria comprobar.

El carro del faraon corrio por el desierto, seguido por una

cohorte de vehiculos militares. Los dos caballos de Ramses eran tan rapidos que distanciaron al resto de la escolta.

Hasta el horizonte solo se divisaba arena, piedras y monticulos.

-cPor que se pierde el rey en estas soledades? -pregunto un teniente de carros al arquero que formaba equipo con el.

-Particpe en la batalla de Kadesh; Ramses nunca actua al azar. Le guia una fuerza divina.

El monarca paso una duna y se detuvo.

Delante de el, y hasta donde le alcanzaba la vista, magnificos arboles de corteza amarillenta y gris, de madera blanca y suave. Una extraordinaria plantacion de olibanos que ofrecerian a Egipto su preciosa resina durante anos y anos.

248

Los nervios de Uri-Techup estaban sometidos a una dura prueba. Ni la belleza de los jardines, ni la calidad de los alimentos, ni el encanto de los conciertos podian hacerle olvidar la obsesiva presencia de Serramanna y su insoportable sonrisa. Tanit, en cambio, apreciaba aquella visita a los harenes en compania de una reina deslumbradora que seducia a los mas ariscos admiradores. Mat-Hor parecia encantada por los halagos de los cortesanos en busca de sus gracias.

-Excelente noticia-anuncio Serramanna-: Ramses acaba de realizar un nuevo milagro. El faraon ha descubierto una enorme plantacion de olibanos y las caravanas han llegado sanas y salvas a Pi-Ramses.

El hitita apreto los punos. cPor que no habia intervenido Malfi? Si el libio habia sido detenido o muerto, Uri-Techup ya no tenia posibilidad alguna de sembrar la discordia en Egipto.

Mientras Tanit discutia con algunas mujeres de negocios, invitadas por la reina al haren de Mer-Ur, el mismo del que Moises habia sido administrador, Uri-Techup se sento aparte, en un murete de piedra seca, a orillas de un lago de

recreo .

-cEn que piensas, querido compatriota?

El ex general en jefe del ejercito hitita levanto los ojos para contemplar a una Mat-Hor en el apogeo de su belleza.

-Estoy triste.

-cCual es la causa de esta pesadumbre?

-Tu, Mat-Hor.

-cYo? ;Pues te equivocas!

-c Pero no has comprendido todavia la estrategia de Ramses ?

-Revelamela, Uri-Techup.

-Estas viviendo los ultimos instantes de tu sueno. Ramses acaba de realizar una expedicion militar para someter mas aun a la poblacion de sus colonias; hay que estar ciego para no advertir que esta consolidando sus bases de partida para un ataque contra el Hatti. Antes de lanzarse a la ofensiva, se librara de dos molestos personajes: tu y yo. A mi me pondra en arresto domiciliario, vigilado por la policia, y probablemente sere victima de un accidente; a ti te encerrara en uno de esos harenes que con tanto placer visitas.

-jLos harenes no son prisiones!

-Te confiaran una carga honorifica y ficticia, y nunca mas veras al rey. Ramses solo piensa en la guerra.

-cComo puedes estar tan seguro?

-Tengo una extensa red de amistades que me proporciona verdaderas informaciones, aquellas a las que tu no tienes acceso.

La reina parecio turbada.

-c Que propones ?

-El rey es un goloso, y le gusta especialmente una receta que el mismo creo, la <<delicia de Ramses>>, un adobo con ajo dulce, cebolla, vino tinto de los oasis, carne de buey y filetes de perca del Nilo. Es una debilidad que una hitita debería saber explotar.

-¿Te atreves a proponerme que...?

-¡No te hagas la ingenua! En Hattusa aprendiste a manejar el veneno.

-;Eres un monstruo!

-Si no suprimes a Ramses, te destruirá.

-No vuelvas a dirigirme la palabra, Uri-Techup. El hitita apostaba fuerte. Si no había conseguido introducir la duda y la angustia en el espíritu de Mat-Hor, ella le denunciaría a Serramanna. En caso contrario, habría recorrido buena parte del camino.

Kha estaba inquieto.

Sin embargo, el programa de restauración que había emprendido en el paraje de Saqqara se traducía ya en unos notables resultados. La pirámide escalonada de Zoser, la de Unas, en el interior de la cual se habían inscrito los primeros Textos de las Pirámides que revelaban los modos de resurrección del alma real, y los monumentos de Pepi I habían gozado de sus atentos cuidados.

Y el sumo sacerdote de Menfis no se había detenido ahí: también había pedido a sus equipos de maestros de obras y talladores de piedra que vendaran las heridas de las pirámides y los templos de los faraones de la quinta dinastía, en el paraje de Abusir, al norte de Saqqara.

En la propia Menfis, Kha había hecho ampliar el templo de Ptah, que ahora albergaba una capilla en memoria de Seti y sería completado, en un futuro próximo, por un santuario a la gloria de Ramses.

Cuando la pesada fatiga le vencía, Kha se dirigía al lugar donde habían sido excavadas las tumbas de los reyes de la primera dinastía, junto a la desértica llanura de Saqqara, dominando palmerales y cultivos. La sepultura del rey Djer, señalada por trescientas cabezas de toro de terracota, que sobresalían del contorno provistas de verdaderos cuernos, le transmitían la energía necesaria para consolidar los vínculos del presente con el pasado. Kha no había descubierto todavía el libro de Thot y se resignaba, a veces, al fracaso. ¿No se debería a su falta de atención y a su negligencia para con el culto del toro? El sumo sacerdote se prometía corregir sus errores, pero primero tenía que llevar a cabo su programa de restauración.

¿Lo lograría? Por tercera vez desde que comenzó el año, Kha se hizo llevar en carro hasta la pirámide de Mikerinos donde, una vez concluida la restauración, deseaba grabar una inscripción conmemorativa.

Y por tercera vez la obra estaba vacía, a excepción de un viejo tallador de piedra que comía pan fresco untado con ajo.

-¿Dónde están tus colegas? -pregunto Kha.

-Han vuelto a casa.

-¿De nuevo el fantasma!

-Sí, el fantasma ha reaparecido. Muchos lo han visto; llevaba serpientes en la mano y amenazaba con matar a quien se le acercase. Mientras ese espectro no sea expulsado, nadie aceptará trabajar aquí, ni siquiera a cambio de un gran salario.

Ese era el desastre que Kha temía: verse ante la imposibilidad de poner en condiciones los monumentos de la llanura de Gizeh. Y aquel fantasma hacía caer piedras y provocaba accidentes. Todos sabían que se trataba de un alma atormentada, vuelta a la tierra para sembrar la desgracia entre los vivos. A pesar de toda su ciencia, Kha no había logrado impedir que hiciera dano.

Cuando vio acercarse el carro de Ramses, al que había pedido ayuda, Kha recuperó la esperanza. Pero si el rey fracasaba, sería necesario declarar zona prohibida parte de la

llanura de Gizeh y resignarse a ver como aquellas obras maestras se degradaban.

-La situación empeora, majestad; ya nadie acepta trabajar aquí.

-¿Has pronunciado los conjuros habituales?

-No han hecho efecto.

Ramses contemplo la pirámide de Mikerinos, de poderoso basamento de granito. Cada año, el faraón acudía a Gizeh para obtener la energía de los constructores que habían plasmado en piedra los rayos de luz que unen la tierra y el cielo.

-¿Sabes donde se oculta el fantasma?

-Ningún artesano se ha atrevido a seguirle.

El rey descubrió al viejo tallador de piedra, que seguía comiendo, y se acercó a él. Sorprendido, este dejó caer su mendrugo de pan y se arrodilló, con las manos hacia delante y la frente en el suelo.

-¿Por qué no has huido con los demás?

-No... No lo sé, majestad.

-¿Conoces el lugar donde se esconde el fantasma, ¿no es cierto?

Mentir al rey suponía condenarse por toda la eternidad.

-Conducenos.

Temblando, el anciano guió al rey por las calles de tumbas donde descansaban los fieles servidores de Mikerinos, quienes seguían formando la corte real en el más allá. El atento ojo de Kha advirtió que algunas de ellas, de más de mil años de antigüedad, exigían reparaciones.

El tallador de piedra entró en un pequeño patio al aire libre, cuyo suelo estaba cubierto de restos calcáreos. En una

esquina habia un monton de pequenos bloques.

-Es aqui, pero no sigais adelante.

--Quien es ese fantasma? -pregunto Kha.

-Un escultor cuya memoria no ha sido honrada y que se venga agrediendo a sus colegas.

Segun las inscripciones jeroglificas, el difunto habia dirigido un equipo de constructores en tiempos de Mikerinos.

-Apartemos estos bloques -ordeno Ramses.

-Majestad...

-Manos a la obra.

Aparecio la boca de un pozo rectangular; Kha arrojó un guijarro cuya caída apreció interminable.

-Mas de quince metros -concluyó el tallador de piedra al oír el ruido del impacto del proyectil contra el fondo del pozo-. No os aventureis por esas fauces de infierno, majestad.

Una cuerda con nudos colgaba a lo largo de la pared.

-Pues hay que bajar -estimo Ramses.

-En ese caso, yo correre el riesgo -decidió el artesano.

-Si te encuentras con el espectro -se opuso Kha-, ~sabras pronunciar las formulas que le impidan hacer dano?

El anciano agachó la cabeza.

-Como sumo sacerdote de Ptah -dijo el primogenito de Ramses-, me corresponde efectuar esta tarea. No me lo prohibas, padre.

Kha inicio el lento descenso. El fondo del pozo no estaba a oscuras: de las paredes calcareas emanaba un extraño fulgor. El sumo sacerdote puso por fin el pie en un suelo de-

sigual y tomo un estrecho corredor que llegaba a una falsa puerta en la que se habia representado al difunto, rodeado de columnas de jeroglificos.

Entonces Kha lo comprendio.

Una larga grieta atravesaba la piedra grabada en toda su longitud y desfiguraba al beneficiario de los textos de resurreccion. Al no poder encarnarse ya en una imagen viva, su espiritu se habia transformado en un fantasma agresivo que reprochaba a los vivos el desprecio por su memoria.

Cuando Kha volvio a salir del pozo estaba derregado pero radiante. Cuando la falsa puerta fuera restaurada y el rostro del difunto esculpido de nuevo con amor, el malefi-

Ci0 desapareceria.

2 S4

Desde su regreso a Pi-Ramses, Uri-Techup se sentia colerico. Vigilado sin cesar por Serramanna durante un interminable viaje, reducido a la inactividad, privado de informaciones, tenia ganas de destrozarse todo Egipto, comenzando por Ramses. Y encima tenia que soportar los asaltos amorosos de la empalagosa Tanit, que necesitaba su cotidiana racion de placer.

Y aparecia de nuevo, medio desnuda, en su nube de perfume...

-;Querido... Ios hititas!

--De que estas hablando?

-Centenares... Centenares de hititas han invadido el centro de Pi-Ramses.

Uri-Techup agarro a la fenicia de los hombros.

--Te has vuelto loca?

-;Me lo han dicho mis siervas!

-Los hititas han atacado, y han golpeado de lleno el co-

razon del reino de Ramses... ¡Es fabuloso, Tanit!

Uri-Techup rechazo a su esposa y se puso una corta tunica a rayas negras y rojas. Exaltado como en tiempos de su esplendor, salto a lomos de un caballo, dispuesto a lanzarse a la batalla.

Hattusil habia sido derribado, los partidarios de la guerra a ultranza habian triunfado, las lineas de defensa egipcias habian sido atravesadas con un ataque sorpresa y el destino del Proximo Oriente cambiaba.

En la gran avenida que llevaba al templo del dios Ptah, en el palacio real, una abigarrada muchedumbre se entregaba a la fiesta.

Ni un solo soldado a la vista, ni el menor rastro de combate.

Atonito, Uri-Techup se dirigio a un policia bonachon que participaba en el jolgorio.

-¡AI parecer los hititas han invadido Pi-Ramses!

-Es verdad.

-- Pero... donde estan ?

-En palacio.

--Han matado a Ramses?

--Pero que estais diciendo?... Son los primeros hititas que vienen a visitar Egipto, y han traído regalos para nuestro soberano.

Turistas... Atonito, Uri-Techup se abrio paso entre la muchedumbre y se presento ante la puerta principal de palacio.

-;Te estabamos esperando! -clamo la voz atronadora de Serramanna-. ~Quieres asistir a la ceremonia?

Atontado, el hitita se dejo arrastrar por el gigante sardo

hasta la sala de audiencias en la que se apretujaban los cortesanos.

En primera fila distinguió a los delegados de los visitantes con los brazos cargados de regalos. Cuando Ramses apareció, las charlas cesaron. Uno a uno, los hititas presentaron al faraón lapislázuli, turquesas, cobre, hierro, esmeraldas, amatistas, cornalina y jade.

El rey se detuvo ante algunas soberbias turquesas; solo podían proceder del Sinaí adonde, en su juventud, Ramses había ido en compañía de Moisés. Resultaba imposible olvidar la montaña roja y amarilla, sus inquietantes rocas y sus secretos barrancos.

--Tu, que me traes estas maravillas, has encontrado en tu camino a Moisés y el pueblo hebreo?

-No, majestad.

--Has oído hablar de su exodo?

-Todos los temen, pues de buena gana entablan combate; pero Moisés afirma que llegarán a su país.

De modo que el amigo de infancia de Ramses seguía persiguiendo su sueño. Pensando en los lejanos años en que sus respectivos destinos se habían edificado, el monarca prestó solo una distraída atención a aquel cúmulo de presentes.

El jefe de la delegación fue el último en inclinarse ante Ramses.

--Podemos ir y venir libremente por todo Egipto, majestad ?

-Esa es la consecuencia de la paz.

--Podremos honrar a nuestros dioses en vuestra capital?

-A oriente de la ciudad se levanta el templo de la diosa siria Astarte, compañera del dios Set y protectora de mi carro y mis caballos. A ella le rogo que velara por la seguridad del puerto de Menfis. El dios de la Tormenta y la diosa del

Sol, que vosotros venerais en Hattusa, son tambien bienvenidos en Pi-Ramses.

Cuando la delegacion hitita hubo abandonado la sala de audiencias, Uri-Techup se dirigio a uno de sus compatriotas .

--Me reconoces?

-No.

-Soy Uri-Techup, el hijo del emperador Muwattali.

-Muwattali ha muerto, el que reina es Hattusil.

--Esta visita... es una trampa, no es cierto?

--Que estas diciendo? Venimos a visitar Egipto, y muchos otros hititas nos seguiran. La guerra ha terminado de verdad.

Durante largos minutos, Uri-Techup permanecio inmovil en la gran avenida de Pi-Ramses.

El director del Tesoro que acompanaba a Ameni se atrevio, finalmente, a presentarse ante Ramses. Hasta entonces habia preferido contener su lengua a la espera de que el escandalo no estallara y prevaleciese la razon. Pero la llegada de los visitantes hititas o, mas exactamente, los regalos que aportaban, habia provocado tal exceso que el alto funcionario no podia ya callar. Enfrentarse con Ramses estaba por encima de sus fuerzas y el director del Tesoro se habia dirigido a Ameni, que le habia escuchado sin decir palabra. Terminadas las explicaciones, el secretario particular del monarca habia pedido inmediatamente audiencia, ordenando al dignatario que repitiese sus acusaciones, palabra por palabra, sin omitir el menor detalle.

--No tienes nada que anadir, Ameni?

--Realmente es necesario, majestad?

--Estabas al corriente de todo?

-Mi vigilancia no ha sido suficiente, lo reconozco; pero de todos modos habia hecho algunas advertencias.

-Considerad ambos que el problema esta resuelto.

Aliviado, el director del Tesoro evito la severa mirada del rey; afortunadamente, este no habia formulado condena alguna contra el. Por lo que a Ameni se refiere, contaba con Ramses para restablecer la regla de Maat en el corazon de su propio palacio.

-;Por fin, majestad! -exclamo Mat-Hor-; ya perdia las esperanzas de veros. ~Por que no estaba yo a vuestro lado cuando habeis recibido a mis compatriotas? Les habria encantado admirarme.

Soberbia con su vestido rojo adornado con rosetas de plata, Mat-Hor revoloteo entre una nube de siervas. Como todos los dias, buscaban la menor brizna de polvo, aportaban nuevas joyas y suntuosos vestidos, y cambiaban los centenares de flores que perfumaban los aposentos de la reina.

258

-Despide a tu personal-ordeno Ramses.

La reina se quedo perpleja.

-Pero... no puedo quejarme de ellos.

Mat-Hor no estaba ante un hombre enamorado, sino ante el faraon de Egipto. Debia de tener aquella mirada cuando contraataco, en Kadesh, lanzandose solo contra miles de hititas.

-;Marchaos todas! -grito la reina.

Poco acostumbradas a ser tratadas de aquel modo, las siervas se retiraron sin apresurarse, dejando en el suelo los objetos que llevaban.

Mat-Hor intento sonreir.

--Que ocurre, majestad?

-~Crees que tu comportamiento es propio de una reina de Egipto ?

-Estoy en mi lugar~ como vos exististeis.

-Al contrario, Mat-Hor, te comportas como un tirano de inaceptables caprichos.

-~Que me reprochas?

-Asaltas al director del Tesoro para obtener de sus reservas las riquezas que pertenecen a los templos y, ayer, te atreviste a dictar un decreto por el que te apoderas de los metales preciosos ofrecidos al Estado por tus compatriotas.

La joven se rebelo.

-;Soy la reina, todo es mio!

-Te equivocas gravemente. Egipto no esta regido por la avaricia y el egoismo, sino por la ley de Maat. Esta tierra es propiedad de los dioses; ellos la transmiten al faraon, cuyo deber es mantenerla en buena salud, prospera y feliz. Debes mostrar, en cualquier circunstancia, tu rectitud. Cuando un jefe deja de ser un modelo, todo el pais corre hacia la decadencia y la ruina. Al actuar de ese modo, atentas contra la autoridad del faraon y el bienestar de su pueblo.

Ramses no habia levantado la voz, pero sus palabras eran mas cortantes que el filo de una espada.

2 S9

-Yo... No creia que...

-Una reina de Egipto no debe creer sino actuar. Y actuas mal, Mat-Hor; he anulado tu inicuo decreto y tomado disposiciones para impedirte hacer dano. En adelante residiras en el haren de Mer-Ur y solo vendras a la corte si te lo ordeno. No careceras de nada, pero en adelante se te impedira cualquier exceso.

-Ramses... ¡No puedes rechazar mi amor!

-Mi esposa es la tierra de Egipto, Mat-Hor, y tu eres incapaz de comprenderlo.

El virrey de Nubia ya no soportaba la presencia y la actividad de Setau, el amigo de infancia de Ramses. Eficazmente aconsejado por su esposa, Loto, una hechicera nubia, Setau se habia implicado tanto en el desarrollo economico de la provincia del Gran Sur que habia conseguido poner a trabajar a todas las tribus, sin provocar conflictos entre ellas. Una hazana que el virrey creia irrealizable.

Ademas, Setau era querido por los talladores de piedra, y cubria la region de templos y capillas a la gloria del faraon y de sus dioses protectores. Y el mismo Setau velaba por la buena organizacion de los trabajos agricolas, estableciendo un catastro y encargandose de los impuestos.

El virrey tenia que afrontar la realidad: aquel encantador de serpientes, a quien el alto funcionario habia considerado un excéntrico sin porvenir alguno, se imponia como un administrador riguroso. Si Setau seguia obteniendo tan notables resultados, la posicion del virrey se haria muy incomoda; acusado de incapacidad y de pereza, perderia su puesto.

Negociar con Setau resultaba imposible. Obstinado, rechazando el ocio y negandose a reducir su programa de trabajo, el amigo de infancia de Ramses evitaba cualquier compromiso. El virrey ni siquiera habia intentado corromperle; a pesar de su rango, Setau y Loto vivian con sencillez, en contacto con los indigenas, y no manifestaban aficion alguna por el lujo.

Solo quedaba una solucion: un accidente mortal, cuidadosamente organizado para que nadie pudiera dudar de las causas de la muerte de Setau. Por ello, el virrey habia llamado a Abu Simbel a un mercenario nubio que acababa de salir de la carcel. El hombre tenia un pasado muy turbio y carecia de cualquier conciencia moral. Una buena retribucion le convenceria de que actuara sin tardanza.

La noche era oscura. Formando la fachada del gran templo, los cuatro colosos sentados que encarnaban el ka de Ramses miraban a lo lejos, atravesando tiempos y espacios que los ojos humanos no podian ver.

El nubio, de frente estrecha, pomulos salientes y gruesos labios, aguardaba allí armado con una azagaya.

-Soy el virrey.

-Te conozco. Te vi en la fortaleza donde estaba preso.

-Necesito tus servicios.

-Cazo para mi aldea... Ahora soy un hombre tranquilo.

-Mientes. Te acusan de robo y hay pruebas contra ti.

Rabioso, el nubio clavo su azagaya en el suelo.

--~Quien me acusa?

-Si no colaboras conmigo, volveras a presidio y no saldras nunca mas de allí; si me obedeces, seras rico.

--~Que esperais de mi?

-Alguien se ha atravesado en mi camino; me libraras de el.

--~Un nubio?

-No, un egipcio.

-Entonces, va a costar caro.

-No estas en condiciones de negociar-declaro secamente el virrey.

--~A quien debo suprimir?

-A Setau.

El nubio recupero su azagaya y la blandio hacia el cielo.

-¡Eso vale una fortuna!

-Se te pagara generosamente, siempre que la muerte de Setau parezca un accidente.

262

-De acuerdo.

Como si estuviera ebrio, el virrey vacilo y cayo sobre sus nalgas; el nubio no tubo tiempo de soltar la carcajada pues fue victima de la misma desventura.

Ambos hombres intentaron levantarse, pero perdieron el equilibrio y cayeron de nuevo.

-¡El suelo tiembla-exclamo el nubio-, el dios Tierra se ha encolerizado!

La colina solto un grunido, los colosos se movieron. Petrificados, el virrey y su complice vieron como se desprendia la gigantesca cabeza de uno de ellos.

El rostro de Ramses cayo hacia los criminales y los aplasto con su peso.

La dama Tanit estaba desesperada. Hacia una semana que Uri-Techup no le habia hecho el amor. Se marchaba por la mañana temprano, galopaba por la campina durante todo el dia, regresaba molido, comia por cuatro y se dormia sin decir palabra.

Tanit se habia atrevido a interrogarle solo una vez, pues la habia golpeado con violencia hasta hacerle perder el sentido. La fenicia solo encontraba consuelo junto a su gato atigrado y ni siquiera tenia animos para administrar su patrimonio.

Concluia una nueva jornada, vacia y languida. El felino ronroneaba en el regazo de Tanit.

El trote de un caballo... ;Uri-Techup regresaba! Aparecio el hitita, inflamado.

-;Ven, hermosa!

Tanit se lanzo en brazos de su amante, que le arranco el vestido y la tumbo sobre unos almohadones.

-;Querido, al fin te recupero!

El furor de su amante la colmo de satisfaccion; Uri-Techup la devoro.

263

--Que preocupacion te corroia?

-Me creia abandonado... ;Pero Malfi esta vivo y sigue federando las tribus libias! Uno de sus emisarios se ha puesto en contacto conmigo. La lucha prosigue, Tanit, y Ramses no es invulnerable.

-Perdona que te lo repita, querido... Pero ese Malfi me da miedo.

-Los hititas se confinan en su cobardia. Solo los libios les obligaran a salir de su sopor y Malfi es el hombre adecuado para lograrlo. No tenemos mas salida que la violencia y el combate a ultranza... ;Y cuenta conmigo para vencer!

Tanit dormia, ahita de placer; sentado en una silla de paja, en el jardin, Uri-Techup, con la cabeza llena de suenos sanguinolentos, contemplaba la luna ascendente y le pedia ayuda.

-Yo seria mas eficaz que ese astro -murmuro a sus espaldas una voz femenina.

El hitita se dio la vuelta.

-Tu, Mat-Hor... ;Corres un gran riesgo!

-La reina todavia puede ir a donde quiere.

-Pareces desengañada... ~Te ha repudiado Ramses?

-¡No, claro que no!

-Y entonces, ~por que estas aqui con tanto secreto?

La hermosa hitita levanto sus ojos al cielo estrellado.

-Tenias razon, Uri-Techup. Soy una hitita y seguire siendolo. Ramses nunca va a reconocerme como su gran esposa

real. Jamas igualare a Nefertari.

Mat-Hor no pudo contener unos sollozos. Uri-Techup quiso tomarla en sus brazos, pero ella se aparto.

-Soy estúpida... ~Por que llorar por un fracaso? ¡Es la actitud de los debiles! Una princesa hitita no tiene derecho a compadecerse por su destino.

-Tu y yo hemos nacido para vencer.

264

-Ramses me ha humillado -reconocio Mat-Hor-, ;me ha tratado como a una sierva! Le queria, estaba dispuesta a convertirme en una gran reina, me doblegue a su voluntad, pero el me ha pisoteado con desden.

--Estas decidida a vengarte?

-No lo se... Ya no lo se.

-;Manten tu lucidez, Mat-Hor! Aceptar la humillacion sin reaccionar seria una cobardia indigna de ti. Y si estas aqui es porque has tomado una decision.

-;Callate, Uri-Techup!

-No, no callare. El Hatti no esta vencido, todavia puede levantar la cabeza. Cuento con poderosos aliados, Mat-Hor, y tenemos un enemigo comun: Ramses.

-Ramses es mi marido.

-No, es un tirano que te desprecia y que ya ha olvidado tu existencia. Actua, Mat-Hor, actua como te he propuesto. El veneno esta a tu disposicion.

Matar su sueno... ¿Podia Mat-Hor destruir el porvenir que tanto habia deseado, poner fin a los dias del hombre por el que habia sentido una enloquecida pasion, el faraon de Egipto ?

-Decidete -ordeno Uri-Techup.

La reina huyo en la noche.

Con la sonrisa en los labios, el guerrero hitita subio a la terraza de la mansion para acercarse a la luna y darle las gracias.

--Quien me sigue?

-Soy yo, Tanit.

El hitita agarro a la fenicia por la garganta.

-- Nos espiabas ?

-No, yo...

--Lo has oido todo, no es cierto?

-Si, pero callare, ;te lo juro!

-Claro, querida, no ibas a cometer un error fatal. ;Mira, hermosa mia, mira!

Uri-Techup saco de su tunica una daga de hierro y apunto con ella al astro nocturno.

-Mira bien esta arma. Es la que mato a Acha, el amigo de Ramses; y matara al faraon y te cortara la garganta si me traicionas .

266

Para festejar su aniversario, Ramses habia sentado a su mesa a dos de sus hijos, Kha y Merenptah, asi como a Ameni, el fiel entre los fieles, al que se le habia ocurrido solicitar al cocinero de palacio que preparara, para la ocasion, una <<delicia de Ramses>> servida con un estupendo caldo del ano tres de Seti.

Afortunadamente para el porvenir de Egipto~ no existia disension alguna entre Kha y Merenptah. El hijo mayor, teologo y ritualista, proseguia su busqueda del conocimiento estudiando los viejos textos y los monumentos del pasado;

el mayor ejercía las funciones de general en jefe y velaba por la seguridad del reino. Ningún otro <<hijo real>> poseía su madurez~ su rigor y su sentido del Estado. Cuando considerara llegado el momento, Ramses designaría a su sucesor con toda serenidad.

~Pero quien podía pensar en suceder a Ramses el Grande, cuyos rutilantes sesenta años atraían las miradas de las hermosas de palacio? Desde hacía mucho tiempo, el prestigio del monarca había superado las fronteras de Egipto, y su leyenda corría en los labios de los narradores, desde el sur de Nubia hasta la isla de Creta. ~No era acaso el soberano más poderoso del mundo, el Hijo de la Luz, el constructor infatigable? Los dioses jamás habían concedido tantos dones a un ser humano.

-Bebamos a la gloria de Ramses -propuso Ameni.
-No-objeto el monarca-; celebremos más bien a nuestra madre, la tierra de Egipto, una tierra que es el reflejo del cielo.

Los cuatro hombres brindaron por una civilización y un país que les ofrecía tantas maravillas y a los que consagraban su existencia.

--Por que no nos acompaña Meritamon? -pregunto Kha.

-En estos momentos está tocando música para los dioses; es su voluntad y el respeto.

-No has invitado a Mat-Hor -observo Merenptah.

-Ahora reside en el harem de Mer-Ur.

-Sin embargo -se extraña Ameni-, la he encontrado en las cocinas.

-Pues ya debería haber abandonado el palacio; mañana mismo, Ameni, procura que mi decisión se haga efectiva.
~Alguna información sobre Libia, Merenptah?

-Nada nuevo, majestad; al parecer Malfi es un loco y su

sueno de conquista se limita a su cerebro enfermo.

-El fantasma de Gizeh ha desaparecido -revelo Kha-; los talladores de piedra trabajan en paz.

El intendente de palacio entrego una misiva al rey. El monarca distinguió el sello de Setau y la indicación de <<urgente~ .

Ramses rompió el sello, desenrolló el papiro, leyó el breve mensaje de su amigo e, inmediatamente, se levanto.

-Salgo de inmediato a Abu Simbel; terminad la comida sin mi.

Ni Kha ni Merenptah ni Ameni tuvieron ganas de saborear el adobo. Por unos instantes, el cocinero sintió la tentación de probarlo con sus ayudantes; pero se trataba de la comida real. Tocarla hubiera sido, a la vez, un insulto y una rapina. Desolado, el cocinero tiro el plato de fiesta en el que Mat-Hor habia vertido el veneno que Uri-Techup le habia entregado.

Una vez mas, Nubia hechizo a Ramses. La pureza del aire, el azul absoluto del cielo, el verde encantador de las palmeras y la franja cultivada que se alimentaba del Nilo para luchar contra el desierto, las bandadas de pelicanos, de grullas reales, de flamencos rosas y de ibis, el aroma de las mimosas y la magia ocre de las colinas permitian al alma comunicarse con las fuerzas ocultas de la naturaleza.

Ramses no abandonaba la proa de la rapida embarcación que le llevaba a Abu Simbel. Habia reducido al maximo su escolta y elegido personalmente una tripulación infatigable, formada por marineros de elite, acostumbrados a los riesgos de la navegación por el Nilo.

No lejos de su meta, cuando el monarca descansaba en su cabina, sentado en una silla plegable cuyos pies tenían formas de cabezas de pato con incrustaciones de marfil, la embarcación redujo su velocidad.

Ramses interrogo al capitán.

--Que ocurre?

-En la ribera hay un ejercito de cocodrilos de siete metros de largo, por lo menos. E hipopotamos en el agua. De momento, no podemos proseguir. Aconsejo incluso a vuestra majestad que desembarque. Los animales parecen nerviosos, podrian tomarla con nosotros.

-Avanza sin temor; capitán...

-Majestad, os aseguro que...

-Nubia es tierra de milagros.

Con un nudo en la garganta, los marineros prosiguieron la maniobra.

Los hipopotamos se agitaron. En la ribera, un enorme cocodrilo sacudio la cola, avanzo algunos metros como un rayo, se detuvo de nuevo.

Ramses habia advertido la presencia de su aliado antes de verlo incluso. Apartando con la trompa las ramas bajas de una acacia, un gran elefante macho lanzo un bramido que hizo emprender el vuelo a centenares de pajaros y dejo petrificados a los marineros.

Algunos cocodrilos se refugiaron en una zona herbosa, medio sumergida; otros se arrojaron contra los hipopotamos, que se defendieron con vigor. El combate fue breve y violento, luego el Nilo recupero su quietud.

El elefante lanzo un segundo bramido dirigido a Ramses, quien le saluda con la mano. Hacia ya muchos anos, el hijo de Seti habia salvado a un elefante herido; adulto ya, el animal de grandes orejas y pesados colmillos se manifestaba en favor del rey cada vez que este lo necesitaba.

--No deberiamos capturar a ese monstruo y llevarlo a Egipto? -sugirio el capitán.

-Venera la libertad y guardate mucho de ponerle trabas.

Dos altozanos que sobresalian mucho, una cala de arena dorada, un valle separando las dos prominencias de la montaña, acacias cuyo perfume embalsamaba el aire ligero, la hechizadora belleza del gres nubio... La visión del paraje de Abu Simbel hizo que Ramses sintiera su corazón en un puño. Allí había creado dos templos que encarnaban la unión de la pareja real, formada para siempre con Nefertari.

Como el rey temía, la carta de Setau no exageraba en absoluto: el paraje había sido víctima de un temblor de tierra. El rostro y el torso de uno de los cuatro colosos sentados se habían derrumbado.

Setau y Loto recibieron al monarca.

-- Heridos ? -pregunto Ramses.

-Dos muertos: el virrey de Nubia y un antiguo prisionero.

--Que hacían juntos?

-Lo ignoro.

--Danos en el interior de los templos?

-Compruebalo tu mismo.

Ramses entro en el santuario. Los talladores de piedra estaban trabajando ya; habían apuntalado los pilares danados de la gran sala y enderezado los que amenazaban con derribarse.

--Ha sufrido algun desperfecto el edificio dedicado a Nefertari ?

-No, majestad.

-Demos gracias a los dioses, Setau.

-Los trabajos se realizaran rapidamente y desaparecera todo rastro del desastre. Lo del coloso sera mas dificil. Tengo varios proyectos que consultarte.

-No intentes repararlo.

-cNo... no dejaras asi la fachada?

-Ese terremoto ha sido un mensaje del dios de la Tierra; puesto que el ha creado la fachada, no contrariemos su voluntad.

La decision del faraon habia sorprendido a Setau, pero Ramses se habia mostrado inflexible. Solo tres colosos perpetuarian la presencia del ka real; mutilado, el cuarto seria testimonio del envejecimiento y la imperfeccion inherentes a cualquier obra humana. La fractura del gigante de piedra, en vez de perjudicar la majestad del conjunto, ponía de relieve el poderio de sus tres companeros.

El rey, Setau y Loto cenaron al pie de una palmera. El encantador de serpientes no habia solicitado al monarca que se untara con assa foetida, la gomorresina de la ferula de Persia, cuyo espantoso olor apartaba a los reptiles, pero le habia ofrecido los rojos frutos de un arbusto' que contenia un antidoto contra el veneno.

-Has aumentado la cantidad de ofrendas divinas -dijo Ramses a Setau-, acumulado el producto de las cosechas en

1. El capparís decidua.

graneros reales, establecido la paz en esta provincia turbulenta, construido santuarios en todo Nubia y preferido, siempre, la verdad a la mentira; ~que te parecería convertirte, aquí, en representante de la justicia de Maat?

-Pero... jeso es prerrogativa del virrey!

-No lo he olvidado, amigo mio, ~no eres acaso el nuevo virrey de Nubia, nombrado por un decreto fechado el ano treinta y ocho de mi reinado?

Setau busco palabras para protestar, pero Ramses no le dio tiempo.

-No puedes negarte; el temblor de tierra tambien ha sido

una señal para ti. Tu existencia toma hoy otra dimensión. Sabes como amo esa región; cuidala mucho, Setau.

El encantador de serpientes se alejó por la noche perfumada; necesitaba estar solo para asimilar la decisión que le convertía en uno de los primeros personajes del Estado.

--Me autorizais a hacer una pregunta insolente? -pregunto Loto.

--No es esta una velada excepcional?

--Por que habeis aguardado tanto tiempo antes de nombrar a Setau virrey de Nubia?

-Tenia que aprender a administrar Nubia sin pensar en ello; hoy vive su vocación y responde a una llamada que le invadió poco a poco. Nadie ha conseguido corromperlo ni envilecerle, porque la voluntad de servir esta provincia anima cada uno de sus actos. Y necesitaba tiempo para ser consciente de ello.

Ramses entro solo en el gran templo de Abu Simbel para celebrar los ritos del alba. El monarca siguió el camino de luz que llegaba hasta el naos para iluminar primero las estatuas sentadas de Amon y del ka real, luego las del ka real y de Ra. El faraon, y no el hombre encargado de cumplir esta función en la tierra, estaba asociado al dios oculto y la luz divina, a los dos grandes dioses creadores que, reunidos bajo el nombre de Amon-Ra, formaban un ser consumado.

La cuarta estatua, la del dios Ptah, seguía en la penumbra. Como hijo de Ptah, Ramses era el constructor de su reino y de su pueblo, y también el que transmitía el Verbo gracias al cual todas las cosas se hacían reales. El rey penso en su hijo Kha, sumo sacerdote de Ptah, que había elegido la vía de ese misterio.

Cuando el monarca salió del gran templo, una dulce claridad banaba la explanada arbolada y comenzaba a hacer cantar el calido color del gres nubio, cuyo oro mineral evocaba la carne de los dioses. Ramses se dirigió hacia el templo dedicado a Nefertari, aquella por la que el sol se levantaba.

Y aquel sol, padre nutricio de Egipto, se levantaria hasta el final de los tiempos para la gran esposa real que habia iluminado las Dos Tierras con su belleza y su sabiduria.

La reina, inmortalizada por los escultores y los pintores, despertó en Ramses el deseo de pasar al mas alla y reunirse con ella por fin; el le imploró que le tomara de la mano, que brotara de aquellos muros donde vivia, eternamente joven y bella, en compañía de sus hermanos los dioses y de sus hermanas las diosas, ella, que hacia reverdecer el mundo y fulgurar el Nilo. Pero Nefertari, navegando en la barca del sol, se limitó a sonreír a Ramses. La tarea del rey no habia concluido; un faraon, fueran cuales fuesen sus sufrimientos de hombre, se debía a las potencias celestiales y a su pueblo. Estrella imperecedera, Nefertari, la de dulce rostro y palabra justa, seguiria guiando los pasos de Ramses para que el país permaneciera en el camino de Maat, hasta que esta le concediera el descanso.

La jornada concluía cuando la magia de Nefertari incitó al rey a regresar al mundo exterior, a ese mundo en el que no tenia derecho a flaquear.

En la explanada habia centenares de nubios vestidos de gala. Ataviados con pelucas tenidas de rojo, pendientes de oro, una túnica blanca hasta los tobillos y taparrabos adornados con motivos florales, los jefes de tribu y sus dignatarios tenían los brazos llenos de regalos: pieles de pantera, anillos de oro, marfil, ebano, plumas y huevos de avestruz, sacos llenos de piedras preciosas, abanicos.

Acompañado por Setau, el decano de la asamblea avanzó hacia Ramses.

-Que se rinda homenaje al Hijo de la Luz.

-Que se rinda homenaje a los hijos de Nubia que han elegido la paz-dijo Ramses-; que estos dos templos de Abu Simbel, tan caros a mi corazón, sean simbolo de su union con Egipto.

-Majestad, toda Nubia sabe ya que habeis nombrado vi-

rrey a Setau.

Un denso silencio reino en la concurrencia. Si los jefes de tribu desaprobaban la decision, renaceria el desorden. Pero Ramses no destituiria a Setau; sabia que su amigo habia nacido para administrar aquella region y que la haria feliz. El decano se volvio hacia Setau~ que vestia su tunica de piel de antilope.

-Agradecemos a Ramses el Grande que haya elegido al hombre que sabe salvar vidas, habla con su corazon y conquista el nuestro.

Conmovido hasta las lagrimas, Setau se inclino ante Ramses.

Y lo que vio le dejo aterrado: una vibora cornuda se aproximaba al pie del rey, serpenteando por la arena.

Setau quiso gritar y avisar al monarca, pero sus advertencias se ahogaron en el concierto de aclamaciones con que lo recibieron los nubios.

Cuando la vibora se irguio para golpear, un ibis blanco bajo del azur y clavo su pico en la cabeza del reptil, emprendiendo de nuevo el vuelo con su presa.

Quienes habian visto la escena no lo dudaron; era el dios Thot en forma de ibis quien habia salvado la vida del monarca. Y puesto que Thot se habia manifestado asi, el modo de gobernar del virrey Setau seria justo y sabio.

Abandonando la muchedumbre de sus partidarios, este pudo por fin aproximarse al rey.

-Y pensar que esa vibora...

--Pero que temias, Setau, si ya me has inmunizado? Debes confiar en ti, amigo mio.

¡Dos veces peor, si no tres, si no diez! Si, era peor de lo que Setau habia imaginado. Desde su nombramiento, el trabajo le abrumaba y debia conceder audiencia a mil y un solici-

tantes, cuyas demandas eran igual de urgentes. En pocos días comprobó que los humanos no tenían pudor alguno cuando se trataba de defender sus propios intereses, aun en detrimento de los de otro.

A pesar de su deseo de obedecer al rey y cumplir la misión que le había confiado, Setau sintió la tentación de renunciar. Capturar peligrosos reptiles era más fácil que resolver conflictos entre facciones rivales.

Pero el nuevo virrey de Nubia contó con la ayuda de dos colaboradores que no esperaba. En primer lugar, Loto, cuya metamorfosis le sorprendió; ella, la enamorada de deliciosas iniciativas, la liana nubia que sabía extraer del cuerpo de su amante un placer encantador, la hechicera capaz de hablar el lenguaje de las serpientes, le ayudaba con la frialdad de una mujer de poder. Su belleza, intacta a pesar de los años, fue una preciosa ventaja en las discusiones de los dignatarios de las tribus que, olvidando sus querellas y algunas de sus exigencias, contemplaban las encantadoras formas de la esposa del virrey. En resumen, encantaba otros reptiles.

El segundo aliado, más sorprendente todavía, fue el propio Ramses. La presencia del monarca, durante las primeras discusiones de Setau con los oficiales superiores de las fortalezas egipcias, resultó decisiva, y los oficiales comprendieron enseguida que Setau no era un fante y que tenía el apoyo del rey. Ramses no dijo una sola palabra, permitiendo a su amigo expresarse y demostrar su valor.

Al finalizar la ceremonia de instalación del virrey en la fortaleza de Buhen, Setau y Ramses pasaron por las murallas.

-Nunca he sabido dar las gracias -confesó Setau-, pero...

-Nadie podría haber impedido que te impusieras; te he hecho ganar algo de tiempo, eso es todo.

-Me has dado tu magia, Ramses, y esa fuerza es irremplazable.

-Es el amor a este país que ha captado tu existencia, y has aceptado la realidad porque eres un auténtico guerrero, ar-

diente y sincero como esta tierra.

-¡Un guerrero al que pides que consolide la paz!

-~No es acaso el mas suave de los alimentos?

-Pronto vas a marcharte, ~no es cierto?

-Eres virrey, tu esposa es notable; vuestro deber consiste en dar prosperidad a Nubia.

~76

-~Volveras, majestad?

-Lo ignoro.

-Y sin embargo, tu tambien amas este pais.

-Si viviera aqui, me sentaria bajo una palmera, a orillas del Nilo, frente al desierto, y contemplaria el curso del sol pensando en Nefertari, sin preocuparme por los asuntos del Estado.

-Hoy, solo hoy, comienzo a sentir algo del peso que gravita sobre tus hombros.

-Porque ya no te perteneces, Setau.

-Carezco de tu poderio, majestad; ~no sera el fardo demasiado pesado para mi?

-Gracias a las serpientes, has vencido el miedo; gracias a Nubia, viviras la practica del poder sin convertirte en su esclavo.

Serramanna practicaba el boxeo con un maniqui de trapo, tiraba al arco, corria y nadaba; sin embargo, aquella orgia de ejercicio fisico no agotaba su exceso de rabia contra Uri-Techup. A pesar de lo que habia esperado, el hitita no perdía su sangre fria ni cometia la falta que hubiera permitido al sardo detenerle. Y su grotesca union con Tanit acababa pareciendo un matrimonio respetable al que se acostumbraban las grandes familias de Pi-Ramses.

Cuando el jefe de la guardia personal de Ramses estaba despidiendo a una soberbia danzarina nubia, cuya alegre sensualidad le habia calmado un poco, uno de sus subordinados cruzo la puerta.

--Has almorzado ya, muchacho?

-Bueno...

-Perca del Nilo, rinones en salsa, pichon relleno, legumbres frescas... ~Te apetece?

-Claro, jefe.

-Cuando tengo hambre, mis orejas estan tapadas; comamos y ya hablaras luego.

Concluida la comida, Serramanna se tendio en unos almohadones .

--Que te trae aqui, muchacho?

-Como me pedisteis, jefe, monte discretamente guardia ante la mansion de la dama Tanit durante su ausencia. Un hombre de cabellos rizados y tunica multicolor se ha presentado tres veces al portero.

--Le has seguido?

-No eran esas vuestras instrucciones, jefe.

-Asi pues, no puedo reprocharte nada.

-Pero... pero la tercera vez le segui, y me preguntaba si no habria metido la pata.

Serramanna se levanto y su enorme mano cayo sobre el hombro del mercenario.

-¡Bravo, pequeno! A veces es preciso saber desobedecer. Dime que has averiguado.

-Se donde vive.

Serramanna habia vacilado mucho. ~Tenia que llevar a cabo

una acción brutal y hacer hablar al sospechoso o debía consultar primero a Ameni?

Antano, no habría dudado; pero el antiguo pirata se había convertido en un egipcio, y el respeto por la justicia le parecía ahora un valor que permitía a los humanos cohabitar sin excesivos choques y sin insultar a los dioses. Así pues, el jefe de la guardia personal de Ramses penetra en el despacho de Ameni, cuando el secretario particular y portasandalias del monarca trabajaba solo, a la luz de los candiles de aceite.

Sin dejar de leer tablillas de madera, Ameni devoraba un pan de habas, pan fresco y pastelillos de miel. Y el milagro proseguía: ningún alimento le hacía engordar.

-Cuando me visitas tan tarde, no es buena señal -dijo a Serramanna.

-Te equivocas. Tal vez tenga una pista interesante, pero no he hecho nada todavía.

Ameni se sorprendió.

--Acaso el dios Thot te ha tomado bajo la protección de su ala de ibis para insuflarte cierta prudencia? Has obrado bien, Serramanna. El visir no bromea con el respeto a los demás.

-Se trata de un rico fenicio, Narish, que vive en una gran mansión. Ha acudido varias veces a la casa de la dama Tanit.

-Visita de cortesía entre compatriotas.

-Narish ignoraba que Tanit y Uri-Techup estuvieran en viaje oficial acompañando a la reina. Desde que han regresado, solo ha ido una vez, y en plena noche.

--Acaso estás vigilando la mansión de Tanit sin autorización ?

-En absoluto, Ameni; la información me la ha confiado el vigilante que se encarga de la seguridad del barrio.

-No solo me tomas por imbecil sino que, ademas, juegas al diplomatico. Ha nacido un nuevo Serramanna... -El escriba dejo de comer-. Me quitas el apetito.

--He cometido algun error grave? -se preocupo el sardo.

-No, tu presentacion de los hechos es astuta y adecuada...
Lo que me inquieta es el nombre de Narish.

-Es un hombre acomodado y, sin duda, influyente; ~pero por que va a escapar de la justicia?

-Es mas influyente de lo que crees. Narish es un comerciante de la ciudad de Tiro que se encarga de preparar, junto con nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores, la visita del rey a Fenicia.

El sardo se enfurecio.

-¡Es una trampa! Narish esta en contacto con Uri-Techup.

-Hace negocios con su compatriota, la dama Tanit, rica comerciante tambien; nada prueba que conspire con el hitita.

-No seamos ciegos, Ameni.

-Estoy en una situacion dificil. Tras varios meses pasados en Nubia para asentar la autoridad de Setau, Ramses ha tomado de nuevo el expediente de nuestros protectorados del Norte y nuestras relaciones comerciales. Los vinculos con Fenicia se han relajado un poco y ha decidido hacerlos mas estrechos con un viaje oficial. Ya conoces al rey, el riesgo de un atentado no le hara retroceder.

-Es preciso proseguir la investigacion y demostrar que el tal Narish es un complice de Uri-Techup.

2 80

--No creeras que vamos a permanecer con los brazos cruzados ?

Las aguas del Nilo reflejaban el oro del sol poniente; se pre-

paraba la comida en casa de los ricos y en la de los humildes. Las almas de los muertos, tras haber navegado en compañía del astro del día y haberse alimentado con su energía, regresaban a sus moradas de eternidad para regenerarse con otra forma de energía, el silencio.

Sin embargo, aquella noche, los perros encargados de custodiar la inmensa necropolis de Saqqara permanecían ojo avizor, pues el paraje recibía a dos distinguidos visitantes, Ramses el Grande y su hijo Kha, presa de insolita exaltación.

-¡Que feliz me siento recibiendo en Saqqara, majestad!

--Has descubierto por fin el libro de Thot?

-La mayoría de los antiguos monumentos se han restaurado ya, estamos en los acabados; por lo que al libro de Thot se refiere, tal vez este reconstruyéndolo página a página, y, precisamente, me gustaría mostrarte una de ellas. Durante tu larga estancia en Nubia, maestros de obra y artesanos del dios Ptah han trabajado sin descanso.

La alegría de su hijo colmaba a Ramses de felicidad. Pocas veces le había visto tan feliz.

En el vasto dominio de Saqqara reinaba la pirámide madre de ~oser y de Inhotep, la primera construcción de piedras talladas cuyos peldanos formaban una escalera hacia el cielo; pero Kha no llevó a su padre hacia el extraordinario monumento, sino que siguió un camino desconocido que serpenteaba hacia el noroeste de la pirámide.

Una capilla de columnas sobrealzadas, cuya base estaba adornada con estelas dedicadas a las divinidades por grandes personajes del Estado, señalaba la entrada de un subterráneo custodiado por sacerdotes provistos de antorchas.

28

-El pano de ceremonia del faraón incluye una cola de toro, pues es el poderío por excelencia -recuerdo Kha-. Y este poderío es el del toro Apis, que permite al señor de las Dos Tierras franquear todos los obstáculos. Apis lleva en sus

lomos la momia de Osiris, para resucitarle en su carrera celestial. Hice el juramento de construir para los toros Apis un santuario adecuado a la grandeza de su dinastia; la obra ya esta terminada.

Precedidos por los portadores de antorchas, el monarca y su primogenito penetraron en el templo subterraneo de los toros Apis. Durante generaciones, el alma del dios habia pasado de animal en animal, sin que la transmision de su fuerza sobrenatural se interrumpiese. Cada uno de ellos descansaba en un enorme sarcofago depositado en una capilla; momificados como humanos, los toros Apis eran inhumados con los tesoros de su reinado, joyas, preciosas jarras e, incluso, pequenas figuritas con cabeza de toro que se animarian magicamente en el mas alla para evitarles cualquier fatiga. Los constructores habian excavado y practicado impresionantes galerias que unian entre si las capillas donde los toros momificados dormian su apacible sueno.

-Todos los dias -preciso Kha-, unos sacerdotes especializados presentaran ofrendas en cada una de las capillas, para que la gran alma de Apis conceda al faraon la fuerza que necesita. He hecho construir tambien un sanatorio donde los enfermos se alojaran en habitaciones con los muros cubiertos de yeso blanco; alli haran curas de sueno. ~No se sentira encantada Neferet, la medico en jefe?

-Tu obra es magnifica, hijo mio; atravesara los siglos'.

-Apis acude a ti, majestad.

Saliendo de las tinieblas, un colosal toro negro avanzo

1. El egiptologo frances Mariette descubrio, en 1850, el emplazamiento de las capillas funerarias de los toros Apis, conocido con el nombre de Serapeum.

2 82

lentamente hacia el faraon. El Apis reinante tenia aspecto de monarca pacifico. Ramses recordo el terrorifico momento cuando, en Abydos, su padre, Seti, le habia enfrentado a un

toro salvaje. Habían transcurrido muchos años desde aquel episodio que había decidido el destino del Hijo de la Luz.

El toro se aproximó, Ramses permaneció inmóvil.

-Acércate en paz a mí, hermano mío.

Ramses tocó el cuerno del toro, que lamio la mano del monarca con su rasposa lengua.

Los altos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores habían aprobado con muchas alabanzas el proyecto de Ramses, felicitando al faraón por su notable iniciativa, apreciada por todos los principados colocados bajo la protección de Egipto y el Hatti. Nadie había emitido ni la sombra de una crítica, ni tampoco una sugerencia; ¿no era divino el pensamiento de Ramses el Grande?

Cuando Ameni entró en el despacho del monarca, percibió enseguida su contrariedad.

--Debo llamar a la médico en jefe, majestad?

-Sufro de un mal que ella no podrá curar.

-Déjame adivinarlo: no soportas el halago.

-Hace casi treinta y nueve años que reino, treinta y nueve años de cortesanos volubles e hipócritas, de notables que me echan incienso en vez de reflexionar por sí mismos, de supuestos responsables que solo existen por mis decisiones... ¿Puedo alegrarme de eso?

--Y has necesitado superar los sesenta para descubrir la verdadera naturaleza de los cortesanos? Este momento de debilidad no es digno de ti, majestad. ¿Por quién me tomas? Los dioses no me concedieron tu altura ni tu gran visión, pero de todos modos expreso mi opinión.

Ramses sonrió.

-Y desapruebas mi viaje oficial a Fenicia.

-Según Serramanna, podrías ser víctima de un atentado.

-Es el riesgo inherente a todo desplazamiento por la region; si mi magia es eficaz, ~que puedo temer?

-Como sin duda tu majestad no va a renunciar a su proyecto, reforzare el dispositivo de seguridad tanto como sea posible. ~Pero realmente es indispensable ir a Tiro? Nuestros agentes comerciales son capaces de resolver muy bien los problemas.

--Vas a subestimar la importancia de mi intervencion?

-Asi pues, tienes una intencion oculta.

-La inteligencia es una virtud consoladora, Ameni.
Uri-Techup se levanto tarde y desayuno en el jardin, al sol.

--Donde esta mi mujer? -pregunto al intendente.

-La dama Tanit tenia asuntos que resolver en la ciudad.
Al hitita no le gusto. ~Por que no le habia hablado la fenicia de ellos?

--De donde vienes? -le pregunto en cuanto estuvo de regreso.

-Alguna vez tengo que ocuparme de mis bienes.

--A quien has visto?

-A un rico compatriota.

-- Su nombre ?

--Estas celoso, querido?

Uri-Techup abofeteo a Tanit.

-No quieras desafiarme y responde cuando te pregunto.

-jMe... me has hecho dano!

-jSu nombre!

-Narish. Desea desarrollar el volumen de intercambio con Egipto y se sirve incluso de intermediario en el próximo viaje de Ramses a Fenicia.

Uri-Techup beso a la fenicia en los labios.

-Apasionante, mi pequeña codorniz... Podrías habermelo dicho enseguida, sin provocarme estupidamente. ~Cuando debes ver de nuevo al tal Narish?

-Hemos firmado un contrato y...

28 S

-Encuentra otra idea para trabajar con el y sacale el máximo de información sobre ese viaje. Gracias a tu poder de seducción, te será fácil.

Tanit intento protestar, pero Uri-Techup se tendió sobre ella. Hechizada, la hermosa fenicia se abandono; le era imposible luchar contra el deseo de su amante.

-Han sido anulados todos los banquetes -le anuncio Tanit a Uri-Techup, que había confiado sus manos a los cuidados de una manicura.

--Por que razón?

-El toro Apis acaba de morir. Durante el periodo de luto no se autoriza festividad alguna.

-¡Ridícula costumbre!

-No para los egipcios.

Tanit despido a la manicura.

-La propia fuerza del faraon esta en juego -preciso la fenicia-; debe descubrir un toro en cuyo cuerpo se encarne Apis. De lo contrario, su prestigio declinara.

-Ramses no tendra dificultad alguna.

-La tarea no es tan sencilla, pues el animal debe tener

unas características concretas.

-- Cuales ?

-Es preciso consultar con un sacerdote especializado en el culto de Apis.

-Haz que nos inviten a los funerales.

Los despojos del viejo toro Apis, muerto en su recinto del templo de Menfis, habían sido depositados en un lecho funerario en <<la sala pura~>, donde, como un Osiris, había recibido los honores de una velada funebre a la que asistían Ramses y Kha. Se habían recitado las fórmulas de resurrección por el difunto; Apis, la potencia mágica de Ptah, el dios de los constructores, había sido tratado con todas las consideraciones que merecía.

Terminada la momificación, Apis había sido depositado en una sólida carreta de madera y transportado hasta la embarcación real, en la que había atravesado el Nilo. Luego se había organizado una procesión hacia la necrópolis de Saqqara y la sepultura subterránea de los toros.

Ramses había abierto la boca, los ojos y los oídos del toro resucitado en <<la morada del oro>>. Ni a Uri-Techup ni a Tannit se les había permitido contemplar los misteriosos ritos, pero consiguieron hacer hablar a un sacerdote charlatán, satisfecho de demostrar su ciencia.

-Para convertirse en un Apis, el toro debe tener el pelaje negro sembrado de marcas blancas, un triángulo blanco en la frente, un creciente lunar en el pecho y otro en el flanco, y los pelos de la cola alternativamente negros y blancos.

--Hay muchos animales que cumplan estos requisitos?
-pregunto el hitita.

-No, solo existe un toro así creado por los dioses.

--Y si el faraón no lo encontrase?

-Perdería todo el vigor y numerosas desgracias caerían

sobre el país; pero Ramses no fallara en su tarea.

-Todos estamos convencidos de ello.

Uri-Techup y Tanit se alejaron.

-Si el animal existe-dijo el hitita-, debemos encontrarlo antes que Ramses y matarlo.

El rostro de Ameni parecía inquieto y fatigado. ~Como no estar fatigado? Ni siquiera el propio Ramses había conseguido nunca que su amigo, a pesar de sus múltiples dolores, aceptara reducir su ritmo de trabajo.

-¡Numerosas y buenas noticias, majestad! Por ejemplo...

-Comienza por las malas, Ameni.

--¿Quién te ha informado?

-Nunca has sabido disimular tus sentimientos.

-Como quieras... El emperador Hattusil te ha escrito.

-Nuestros diplomáticos se escriben con regularidad; ~que hay de anormal en ello?

-Se dirige a ti, su hermano, porque Mat-Hor se ha quejado del destino que le has reservado. Hattusil se sorprende y exige explicaciones.

La mirada de Ramses fulguro.

-Sin duda esa mujer te ha calumniado para provocar el furor de su padre y encender de nuevo la discordia entre nuestros dos pueblos.

-Respondamos adecuadamente a mi hermano Hattusil.

-Me he inspirado en textos redactados por Acha y te propongo una misiva que debería apaciguar al emperador del Hatti.

Ameni mostro al rey un borrador, una tablilla de madera

muy gastada a fuerza de haber sido borrada y rascada numerosas veces.

-Hermoso estilo diplomático -juzgo Ramses-; nunca dejas de progresar.

--Puedo confiar la redacción definitiva a un escriba de perfecta caligrafía?

-No, Ameni.

--Pero... por qué?

-Porque yo mismo redactaré la respuesta.

-Perdonadme, majestad; pero temo que...

--Temes acaso la verdad? Me limitaré a explicar a Hattusil que su hija es incapaz de asumir las funciones de gran esposa real y que, en adelante, vivirá apacibles días en un dorado retiro, mientras Meritamon estará a mi lado en las ceremonias oficiales.

Ameni estaba pálido.

-Tal vez Hattusil sea tu hermano, pero es un monarca muy susceptible... Esa respuesta puede provocar una reacción realmente brutal.

288

-La verdad no debe ofuscar a nadie.

-Majestad...

-Regresa a tus ocupaciones, Ameni; mi carta saldrá hacia el Hatti mañana mismo.

Uri-Techup había elegido bien a su esposa. Hermosa, sensual, enamorada, admitida en la alta sociedad y rica, muy rica. Gracias a la fortuna de la dama Tanit, el hitita había podido contratar un considerable número de indicadores encargados de informarles de las localidades donde vivían toros machos, adultos, de pelaje negro sembrado de manchas

blancas. Como Ramses aun no habia iniciado la busqueda, Uri-Techup esperaba beneficiarse de su ventaja.

Oficialmente, la fenicia deseaba comprar rebanos y pensaba adquirir potentes reproductores antes de lanzarse a la cria. La busqueda se habia iniciado en los alrededores de Pi-Ramses y, luego, se habia extendido a las provincias entre la capital y Menfis.

-- Que hace Ramses ? -pregunto Uri-Techup a Tanit cuando esta regresaba de palacio, donde habia hablado con algunos funcionarios de la Doble Casa blanca, encargados de aplicar la politica economica del soberano.

-Pasa la mayoria de su tiempo en compania de Kha; padre e hijo reformulan el antiquisimo ritual de entronizacion del nuevo Apis.

--Ha sido descubierto el maldito toro?

-Solo el faraon puede identificarlo.

--Por que permanece inactivo pues?

-El periodo de luto no ha terminado.

-Si pudieramos depositar ante la entrada del templo subteraneo el cadaver del nuevo Apis... ¡La fama de Ramses quedaria destruida!

-Mi intendente tiene un mensaje para ti.

-¡Muestramelo, pronto!

289

Uri-Techup arranco un pedazo de calcareo de las manos de Tanit. Segun uno de los buscadores, un toro que cumplia las condiciones exigidas habia sido descubierto en una pequena aldea al norte de Menfis. Su propietario exigia por el un precio exorbitante.

-Parto inmediatamente -anuncio Uri-Techup.
En aquella soleada tarde, la aldea dormitaba. Cerca del

pozo, bajo un bosquecillo de palmeras, dos niñas jugaban a las muñecas. No lejos, su madre reparaba cestos de mimbre.

Cuando el caballo de Uri-Techup hizo irrupción en aquel mundo apacible, las dos niñas, asustadas, se refugiaron junto a su madre, aterrorizada también por la violencia que emanaba del jinete de largos cabellos.

-Tu, mujer, dime donde se halla el propietario de un vigoroso toro negro.

La madre de familia retrocedió, estrechando contra sí a sus hijas.

-¡Habla o probaras mis puños!

-En la salida sur de la aldea, una granja, con una cerca...

El caballo galopó en la dirección indicada. Unos minutos después Uri-Techup distinguió la cerca.

Un toro espléndido, de pelaje negro sembrado de manchas blancas, rumiaba, inmóvil.

El hitita descabalgó y le examinó de cerca: tenía ciertamente todos los signos distintivos de un Apis.

Uri-Techup corrió hacia el edificio principal de la granja, donde los obreros agrícolas estaban almacenando forraje.

--¿Donde está el patrón?

-En la pergola.

Uri-Techup estaba llegando al final; pagaría el precio sin discutir.

Tendido en una estera, el patrón abrió los ojos.

--¿Has tenido un buen viaje?

El hitita se quedó petrificado.

-Tu...

Serramanna se levanto lentamente, desplegando su inmenso esqueleto.

-~Te interesa ahora la cria, Uri-Techup? ¡Excelente idea! Es uno de los puntos fuertes de Egipto.

-Pero tu no eres...

--El propietario de esta granja? ¡Ya lo creo! Una hermosa propiedad que pude comprar gracias a la generosidad de Ramses. Pasare aqui una vez tranquilamente. ~No deseas adquirir mi mas hermoso toro?

-No, te equivocas...

-Cuando Ameni y yo advertimos que estabas moviendote, el secretario particular del rey tuvo la genial idea de pintar en el pelaje de este animal los simbolos caracteristicos del toro Apis. Esta broma quedara entre nosotros, ~verdad?

El periodo de luto terminaria muy pronto y los ritualistas comenzaban a preocuparse: ~por que no buscaba el rey un nuevo Apis? Tras haber visitado varias veces el templo subterraneo de los toros momificados y trabajado dias enteros en el ritual de la primera dinastia que permitia resucitar a los Apis, Ramses escuchaba a su hijo, el sumo sacerdote de Path, que le hablaba de la accion incesante del dios de los constructores, actuando en los espacios celestiales tanto como en las colmenas o en el vientre de las montanas. El verbo creador de Ptah se revelaba en el corazon y se formulaba con la lengua, pues todo pensamiento vivo debia encarnarse en una forma justa y bella.

Una semana antes de la fecha fatidica, ni el propio Kha ocultaba su inquietud.

-Majestad, el luto...

292

-Ya lo se, hijo mio; el sucesor del difunto Apis existe, no te preocupes.

-Si esta lejos de aqui, el viaje requerira tiempo.

-Esta noche dormire en el templo subterraneo y solicitare a los dioses y a Nefertari que me guien.

Al caer la tarde, el rey se quedo solo con la dinastia de los Apis. Conocia a cada cual por su nombre y apelo el alma unica que les unia unos a otros. Tendido en el austero lecho de una celda de sacerdote, Ramses confio su espiritu al sueño. No al simple reposo del cuerpo y los sentidos, sino al sueño capaz de viajar al modo de un pajarito infatigable. Como si su ser tuviera repentinamente alas, el rey abandono la tierra, se elevo en el cielo y vio.

Vio el Alto y el Bajo Egipto, las provincias, las ciudades y las aldeas, los grandes templos y los pequenos santuarios, el Nilo y los canales de irrigacion, el desierto y los cultivos.

Un fuerte viento procedente del norte empujaba hacia Abydos la embarcacion con dos velas blancas. En la proa, Ramses disfrutaba el nunca saciado placer de admirar su pais desde el agua. Con gran autoridad, Kha habia afirmado a los ritualistas y a la corte que partia con su padre para identificar al toro Apis y llevarlo a Saqqara. Conociendo las dramaticas consecuencias de un fracaso, el sumo sacerdote se negaba a pensar en ello.

-Estamos llegando -le dijo al monarca.

-El viaje me ha parecido tan corto... Cuando te invade tanta belleza, el tiempo queda abolido.

El clero de Abydos al completo recibio al rey en el embarcadero; el sumo sacerdote saludo a Kha.

--Viene su majestad a preparar los misterios de Osiris?

-No -respondio Kha-; Ramses esta convencido de que la nueva encarnacion del toro Apis se encuentra aqui.

-jSi asi fuera, habriamos avisado a su majestad! ~En que informaciones se basa?

-Solo el lo sabe.

El sumo sacerdote de Abydos se quedo consternado.

--Habeis intentado convencer a vuestro padre?

-Es Ramses.

Todos esperaban que el monarca explorase la campina de los alrededores, pero, por el contrario, se dirigió sin vacilar hacia el desierto, hacia las tumbas de los faraones de las primeras dinastías. En Saqqara descansaban sus momias, en Abydos perduraba su ser luminoso. Algunos tamariscos daban sombra a las sepulturas.

Ramses lo vio bajo su follaje: un magnífico toro negro cuyo hocico se levanto hacia el hombre que se acercaba a él.

Esa era la escena que el faraón había contemplado en el sueño ofrecido por la comunidad de los Apis.

El cuadrúpedo no manifestó agresividad alguna. Habría dicho que volvía a encontrarse con un viejo amigo tras una larga separación.

En la frente del toro distinguió un triángulo blanco. En su pecho y su flanco, un creciente lunar; y los pelos de su cola eran, alternativamente negros y blancos.

-Ven, Apis; te llevaré a tu morada.

Cuando la embarcación real atracó en el muelle principal del puerto de Menfis, la ciudad entera estaba ya en fiestas. Los dignatarios de Pi-Ramses habían abandonado la capital para admirar al nuevo Apis, cuya fuerza permitiría al faraón reinar todavía largos años. Incluso Ameni había efectuado el desplazamiento, no con la intención de participar en los festejos sino porque era portador de malas noticias.

Aclamados, el toro y el rey, uno junto a otro, desembarcaron y caminaron hacia el templo de Ptah, donde, en un vasto recinto cercano al santuario, viviría en adelante la encarnación de Apis, rodeado de vacas a cual más hermosa.

Ante la puerta del recinto tuvo lugar un antiguo rito: una mujer de honrosa fama y que gozaba de excelente reputación se puso frente al toro, se levantó la túnica hasta el vientre y desveló su sexo. De ese modo, la sacerdotisa de Hator recibía, entre las risas de la muchedumbre, al fecundador que preñaría las vacas, animales sagrados de la diosa, y aseguraría la descendencia de los Apis.

En primera fila entre los espectadores, Uri-Techup ya no sabía a dónde mirar. Aquella escena insolita, aquella mujer impudica riéndose también a carcajadas, aquel toro impasible y aquel pueblo venerando a Ramses... ¡Un Ramses que parecía indestructible!

Cualquier otro habría renunciado; pero Uri-Techup era un hitita, un jefe guerrero, y Ramses le había robado el trono. Jamás le perdonaría haber convertido a la nación hitita, antano conquistadora y victoriosa, en un montón de cobardes que inclinaban la cabeza ante el adversario de ayer.

La doble gran puerta del templo se cerró. Mientras la población danzaba, cantaba, comía y bebía a costa del faraón, Ramses, Kha y un colegio de ritualistas celebraron los ritos de entronización del nuevo Apis, cuyo punto culminante era la carrera del toro llevando en sus lomos la momia de Osiris, el cuerpo recompuesto y vivificado del dios vencedor de la muerte.

--Como te pueden gustar tanto los viajes? -grunó Ameni-. Y, mientras, los problemas y las urgencias se acumulan en mi despacho.

-Si te has desplazado -observó Ramses-, debes de tener un motivo importante.

-De nuevo me acusarás de perturbar un período de festividades.

--Te he hecho alguna vez algún reproche serio?
El portasandalias del rey mascullo una respuesta ininteligible.

-El emperador Hattusil ha respondido con sorprendente

rapidez -prosiguio-; basta leer entre líneas para percibir su colera. Desaprueba tu actitud y sus amenazas apenas están veladas.

Por unos momentos, Ramses permaneció en silencio.

-Puesto que mis argumentos no le han convencido, vamos a utilizar una estrategia distinta. Toma un papiro nuevo, Ameni, y tu mejor pincel; mis proposiciones van a sorprender a mi hermano Hattusil.

296

-Las negociaciones han terminado -revelo Tanit a Uri-Techup-, y el mercader Narish ha regresado a Tiro para recibir a Ramses con el alcalde de la ciudad y las personalidades locales.

El hitita apretó el puño de la daga de hierro que nunca le abandonaba.

--No has podido obtener informaciones más confidenciales ?

-El itinerario no es secreto y el monarca irá acompañado por su hijo Merenptah, general en jefe del ejército egipcio, a la cabeza de dos regimientos de élite. Cualquier ataque contra ellos estaría condenado al fracaso.

Uri-Techup rabiaba; Malfi no disponía aún de bastantes hombres para librar un combate de aquella envergadura.

-De todos modos es curioso -añadió la fenicia-; los altos funcionarios de la Doble Casa Blanca no han manifestado exigencia especial alguna, como si al faraón no le afectarían demasiado los problemas económicos. Y sin embargo, existen puntos entre litigio que Egipto no suele silenciar.

--¿Que conclusión sacas?

-Ramses oculta el verdadero objeto de su viaje.

Uri-Techup se quedó perplejo.

-Probablemente tienes razon. Pues bien, descubrela.

--De que modo?

297

-Ve a palacio, haz hablar a los cortesanos, roba documentos, que se yo... ¡Arreglatelas, Tanit!

-Pero, querido...

-No discutas. Tengo que saberlo.

Amplia y segura, la pista seguía la ladera del Monte Carmelo y descendía suavemente hacia el mar. El mar... una visión extraña para muchos soldados egipcios, una increíble llanura de agua, sin límites. Los veteranos advertían a los más jóvenes: si poner el pie en la espuma de las olas no presentaba peligro alguno, no debían nadar muy lejos, so pena de ser arrastrados hasta el fondo por un genio maleficio.

Ramses marchaba a la cabeza de su ejército, justo detrás de Merenptah y los exploradores. El hijo menor del rey no había dejado de verificar, a lo largo de todo el viaje, su dispositivo de seguridad. El monarca, por su parte, no había manifestado signo alguno de inquietud.

-Si reinas -le dijo a Merenptah-, no olvides viajar regularmente a nuestros protectorados; y si lo hace tu hermano Kha, recuérdaselo. Cuando el faraón está demasiado tiempo alejado y ausente, la revuelta intenta romper la armonía; cuando está cerca, los corazones se apaciguan.

Pese a las reconfortantes palabras de los veteranos, los jóvenes reclutas no se sentían tranquilos; una sucesión de violentas olas, rompiendo contra los espolones rocosos que se adentraban en el mar, les hicieron anorar las orillas del Nilo.

La campiña les pareció menos hostil: campos cultivados, vergeles y olivares atestiguaban la riqueza agrícola de la región. Pero la vieja ciudad de Tiro estaba de vuelta hacia mar abierto; un brazo de mar formaba una especie de foso infranqueable, protección contra el ataque de una flota ene-

miga. Tiro, la nueva, habia sido edificada sobre tres islotes separados por canales poco profundos, a lo largo de los cuales se hallaban las calas secas.

298

Desde lo alto de las torres de vigia, los tirios observaron al faraon y sus soldados. Dirigida por Narish, una delegacion salio al encuentro del dueno de Egipto. Los saludos fueron calurosos y Narish, con entusiasmo, condujo a Ramses por las callejas de su ciudad. Merenptah mantenía la mirada clavada en los tejados, de donde en cualquier instante podia surgir el peligro.

Tiro estaba consagrada al comercio; allí se vendian vidrios, jarros de oro y de plata, tejidos tenidos con purpura y muchas otras mercancías que transitaban por su puerto. Las casas, de cuatro o cinco pisos de altura, estaban muy juntas.

Amigo intimo de Narish, el alcalde habia ofrecido a Ramses su lujosa mansion como lugar de residencia; construida en el punto culminante de la ciudad, dominaba el mar. Su florecida terraza era una maravilla, y el propietario del lugar habia llevado el refinamiento hasta tal punto que habia amueblado la vasta mansion al estilo egipcio, para que el faraon no se sintiera extraño.

-Espero que os sintais satisfecho, majestad -declaro Narish-. Vuestra visita es un grandisimo honor; esta misma noche presidireis un banquete que sera recordado en nuestros anales. ~Podemos esperar que se desarrollen nuestras relaciones comerciales con Egipto?

-No soy hostil a ello, pero con una condicion.

-La reduccion de nuestros beneficios... Lo sospechaba. No nos oponemos, siempre que lo compensemos con el volumen de los intercambios.

-Estaba pensando en otra condicion.

Pese a la suavidad del aire, el comerciante fenicio sintio que la sangre se helaba en sus venas. A consecuencia del tratado de paz, Egipto habia admitido que la region permane-

ciera bajo control hitita aunque, en realidad, gozara de una real independencia. ~Una desastrosa voluntad de poder incitaria a Ramses a poner las manos en Fenicia, a riesgo de denunciar el tratado y provocar un conflicto?

~Cuales son esas condiciones, majestad?

-Vayamos al puerto, Merenptah nos acompanara.

Por ordenes del rey, su hijo menor tuvo que limitarse a una reducida escolta.

En el extremo occidental del puerto habia un centenar de hombres de edad y origenes diversos, desnudos y encadenados. Unos intentaban mantener una apariencia de dignidad, otros tenian la mirada vacia.

Unos tirios de rizada cabellera discutian precios, por individuo o por todo un lote; pensaban realizar importantes beneficios con la venta de aquellos esclavos en perfecto estado de salud. Las justas oratorias y financieras iban a ser duras.

-Que se libere a esos hombres -exigio Ramses.

Narish parecio divertido.

-Cuestan caros... Permitid que la ciudad de Tiro os los ofrezca, majestad.

-He aqui la verdadera razon de mi viaje: ninguno de los tirios que quiera comerciar con Egipto podra ser mercader de esclavos.

Sorprendido, el fenicio tuvo que recurrir a toda su sangre fria para no prorrumpir en vigorosas protestas.

-Majestad... La esclavitud es una ley natural, las sociedades mercantiles la practican desde siempre.

-No hay esclavitud en Egipto -dijo Ramses-; los seres humanos son el rebaño de Dios, ningun individuo tiene derecho a tratar a otro como un objeto sin alma o una mercancía.

El fenicio nunca habia escuchado un discurso tan aberrante; si su interlocutor no hubiera sido el faraon de Egipto, le habria creido loco.

--Majestad, acaso vuestros prisioneros de guerra no fueron reducidos a la esclavitud?

-En funcion de la gravedad de los hechos que se les reprochaban, fueron sometidos a periodos de trabajos forzados mas o menos largos. Recuperada la libertad, actuaron como quisieron; la mayoría de ellos se quedaron en Egipto, muchos han fundado alli una familia.

-¡Los esclavos son indispensables para muchos trabajos!

-La ley de Maat exige un contrato entre el que ordena un trabajo y el que lo lleva a cabo; de lo contrario, la alegría no puede circular ni en la obra mas sublime ni en el trabajo mas modesto. Y ese contrato se basa en la palabra dada por una y otra parte. ~Crees acaso que las piramides y los templos podrian haber sido contruidos por cohortes de esclavos ?

-Majestad, no es posible modificar tan antiguas costumbres...

-No soy ingenuo y se que la mayoría de los paises seguiran practicando la esclavitud. Pero ahora ya conoces mis exigencias.

-Egipto podria perder importantes mercados.

-Lo esencial es que preserve su alma; el faraon no es el patron de los mercaderes, sino el representante de Maat en la tierra y el servidor de su pueblo.

Las palabras de Ramses se grabaron en el corazon de Merentah; para el, el viaje a Tiro seria una etapa importante.

Uri-Techup estaba tan enojado que, para calmarse, habia derribado con el hacha un sicomoro centenario que daba

sombra a un estanque donde retozaban algunos patos. Asustado, el jardinero de la dama Tanit se habia refugiado en la cabana donde guardaba sus herramientas.

-¡Por fin has llegado! -exclamo el hitita cuando su esposa cruzo el umbral de su propiedad.

Tanit contemplo el desolador espectaculo.

--Has sido tu el que...?

-¡Esta es mi casa y hago lo que me place! ~Que has sabido en palacio?

-Deja que me siente, estoy cansada.

El pequeno gato atigrado salto al regazo de su duena; ella le acaricio maquinalmente el craneo mientras el animal ronroneaba.

-¡Habla, Tanit!

-Te llevaras una decepcion: el verdadero objetivo del viaje de Ramses es luchar contra la esclavitud, que no deja de desarrollarse en Tiro y en toda la region.

Uri-Techup abofeteo con violencia a Tanit.

-¡No me tomes el pelo!

Intentando defender a su duena, el gatito arano a Uri-Techup, quien agarro al animal por la piel del cuello y, con el filo de su daga de hierro, lo degollo.

Salpicada de sangre, horrorizada, Tanit corrio a refugiarse en su alcoba.

Ameni se sentia aliviado, Serramanna rabiaba.

-Ramses ha regresado sano y salvo de Fenicia, ahora respiro mejor -reconocio el secretario particular del rey-. ~Por que estas de tan mal humor, Serramanna?

-Porque la pista de Narish termina en un callejon sin salida.

-~Y que esperabas?

-Tener la prueba de que el fenicio tenia negocios sucios con la dama Tanit. Podria haberla amenazado con inculparla si no me decia la verdad sobre Uri-Techup.

-jEI hitita te obsesiona! Acabara volviendote loco.

--Olvidas que es el asesino de Acha?

-Falta la prueba.

-Por desgracia, tienes razon, Ameni.

El sardo sentia que se estaba haciendo viejo. jRespetar una ley! Debia resignarse y admitir su fracaso: Uri-Techup se habia mostrado lo bastante astuto como para escapar a la justicia egipcia.

-Regreso a casa.

--Una nueva conquista?

-Ni siquiera eso, Ameni; estoy muy cansado y voy a dormir.

-Os espera una dama-anuncio el intendente de Serramanna.

-jNo he citado a moza alguna!

-No se trata de una <<moza>> sino de una dama. Le he rogado que se instalara en la sala de huespedes.

Intrigado, Serramanna cruzo el recibidor a grandes zancadas.

- jTanit!

La hermosa fenicia se levanto y, llorando, se arrojó en brazos del gigante. Iba despeinada y en las mejillas tenia señales de golpes.

-¡Protegedme, os lo suplico!

-De buena gana, ~pero de que... o de quien?

-¡Del monstruo que me ha convertido en su esclava!

Serramanna se guardo mucho de manifestar su satisfaccion.

-Si deseais que actue de un modo oficial, dama Tanit, debéis presentar denuncia.

-Uri-Techup ha degollado mi gato, ha derribado un sicomoro de mi jardin y no deja de maltratarme.

-Son delitos por los que sera condenado a una multa, tal vez a trabajos forzados. Pero no bastara para impedirle que siga haciendo dano.

--Velaran vuestros hombres por mi?

-Mis mercenarios forman la guardia personal del rey y no podrian intervenir en un asunto privado... A menos que se convirtiera en un asunto de Estado.

Secando sus lagrimas, Tanit se aparto del gigante y le miro a los ojos.

-Uri-Techup quiere asesinar a Ramses. Esta compinchado con el libio Malfi, con el que hizo una alianza en mi propia casa. Uri-Techup fue quien mato a Acha con una daga de hierro de la que nunca se separa. Y con esa misma daga quiere matar al rey. ~Es ahora un asunto de Estado?

Un centenar de hombres se desplegaron alrededor de la mansion de la dama Tanit. Algunos arqueros treparon a los

304

arboles que daban al jardin de la fenicia, otros a los tejados de las casas vecinas.

~Uri-Techup estaba solo o con los libios? ~Tomaria a los criados como rehenes si descubria el cerco? Serramanna ha-

bia exigido un completo silencio mientras se aproximaban, consciente de que el menor incidente alertaría al hitita.

Y no dejó de producirse.

Al escalar el muro del recinto, un mercenario no pudo asegurar la presa y cayó a un bosquecillo.

Ululo una lechuza, los hombres de Serramanna se inmovilizaron. Unos minutos después, el sardo dio la orden de avanzar.

Uri-Techup ya no tenía posibilidad alguna de huir, pero no se rendiría sin combate; Serramanna esperaba capturarlo vivo y hacerle comparecer ante el tribunal del visir.

En la alcoba de Tanit había luz.

Serramanna y una decena de mercenarios se arrastraron por el suelo húmedo de rocío, llegaron al enlosado que rodeaba la mansión y se lanzaron al interior.

La sierva lanzó un grito de espanto y soltó su candil de terracota, que se quebró al caer al suelo. Durante unos instantes, reinó la confusión; los mercenarios lucharon contra invisibles adversarios y rompieron los muebles a mandobles.

-¡Calma! -aulló Serramanna-. ¡Luz pronto!

Encendieron otras lámparas. Temblorosa, la sierva era prisionera de los soldados que la amenazaban con sus espadas.

--¿Dónde está Uri-Techup? -interrogó Serramanna.

-Cuando ha descubierto que la ama había desaparecido, ha saltado a lomos de su mejor caballo y se ha lanzado a todo galope.

Despechado, el sardo rompió de un puntazo una vasija cretense. El instinto guerrero del hitita le había dictado su conducta; sintiéndose en peligro, había emprendido la fuga.

Para Serramanna, ser admitido en el austero despacho de Ramses equivalia a penetrar en el corazon del santuario mas secreto del pais.

Estaban presentes Ameni y Merenptah.

-La dama Tanit ha regresado a Fenicia tras haber declarado ante el visir -indico Serramanna-. Segun varios testigos, Uri-Techup se dirigio hacia Libia, de modo que se ha reunido con su aliado Malfi.

-Simple hipotesis -estimo Ameni.

-¡No, certeza! A Uri-Techup ya no le queda otro refugio y nunca renunciara a combatir Egipto.

-Por desgracia -deploro Merenptah-, no logramos localizar su campamento; el libio se mueve sin cesar. Pensandolo bien, nuestro fracaso es tranquilizador: demuestra que Malfi no consigue reunir un verdadero ejercito.

-Que nuestra vigilancia no se relaje-ordeno Ramses-; la alianza de dos seres maleficos y violentos constituye un verdadero peligro.

-Majestad, tengo una peticion que formularos -anuncio Serramanna con dignidad.

-Te escucho.

-Estoy convencido de que nos cruzaremos de nuevo en el camino de ese monstruo de Uri-Techup. Solicito el privilegio de combatirle, esperando matarle con mis propias manos.

-Concedido.

-Gracias, majestad. Sea cual sea el porvenir, mi existencia, gracia a vos, habra sido realmente hermosa.

El sardo se retiro.

-Pareces contrariado -le dijo Ramses a Merenptah.

-Tras interminables trayectos a través de regiones más o menos hostiles, Moisés y los hebreos se acercan a Canaan, a la que consideran su Tierra Prometida.

-Que feliz debe sentirse Moisés...

-Pero no las tribus de la región; temen la presencia de ese pueblo belicoso. Por eso solicito, una vez más, autorización para intervenir militarmente y acabar de raíz con el problema.

-Moisés llegará al final de su búsqueda y creará un país en el que sus fieles vivirán a su guisa; y eso está bien, hijo mío, y no intervendremos. Mañana dialogaremos con el nuevo Estado y tal vez seamos sus aliados.

--Y si se convierte en enemigo?

-Moisés no será enemigo de su tierra natal. Preocupate de los libios, Merenptah, no de los hebreos.

El hijo menor de Ramsés no insistió; aunque el argumento de su padre no le convenciera~ se doblegó ante el deber de la obediencia.

-Hemos recibido noticias de tu hermano Hattusil -revelo Ameni.

--Buenas o malas?

-El emperador del Hatti reflexiona.

Incluso cuando el sol abrasaba, Hattusil tenía frío. Ni siquiera en el interior de su ciudadela de espesos muros de piedra lograba calentarse. Pegado al fuego que crepitaba en una gran chimenea, volvió a leer para su esposa Putuhepa las proposiciones del faraón de Egipto.

-¡La audacia de Ramsés es increíble! Le envío una carta de reconveniones y eso es lo que se atrevió a responderme: que le mande otra princesa hitita para contraer un nuevo matrimonio diplomático y reforzar la paz. Mas aún, ¡que yo

mismo vaya a Egipto!

-Maravillosa idea -considero la emperatriz Putuhepa-; tu visita oficial demostrara, de modo evidente, que la paz firmada entre ambos pueblos es irreversible.

-¡Ni lo sueñes! Yo, el emperador de los hititas, no voy a presentarme como subdito del faraon.

-Nadie pide que te humilles; no te quepa duda de que se-

307

remos recibidos con los honores debidos a nuestro rango. La carta de aceptacion ya esta redactada; solo debes colocar tu sello.

-Debemos pensarlo mejor e iniciar conversaciones.

-El tiempo de las palabras ha pasado ya; preparemonos para el viaje a Egipto.

--Diriges tu ahora la diplomacia hitita?

-Mi hermana Nefertari y yo edificamos la paz; que el emperador del Hatti la consolide.

Putuhepa consagro un ferviente pensamiento al hombre mas seductor que nunca hubiera conocido, Acha, el amigo de infancia de Ramses, que vivia hoy en el paraiso de los justos. Para el, ese dia seria de autentico gozo.

Cuando Mat-Hor se entero de la noticia que conmocionaba a todo Egipto, es decir, el anuncio de la visita oficial de sus padres, creyo que su desgracia habia terminado. Ciertamente, gozaba de una dorada existencia en el haren de Mer-Ur y disfrutaba, sin hastiarse, de los innumerables placeres de su condicion; pero no reinaba y era solo una esposa diplomatica, privada de cualquier poder.

La hitita escribio una larga carta a Ameni, secretario particular del monarca; exigia, con virulentos terminos, ocupar la funcion de gran esposa real para recibir al emperador y la emperatriz del Hatti, y reclamaba una escolta para regresar al palacio de Pi-Ramses.

La respuesta de Ramses fue cortante: Mat-Hor no asistiría a las ceremonias y permanecería en el harem de Mer-Ur.

Tras una violenta colera, la hitita reflexiono: ~de que modo podría perjudicar al faraon, sino impidiendo la llegada de Hattusil? Obsesionada por este proyecto, se las arreglo para cruzarse en el camino de un sacerdote del dios cocodrilo, con una solida reputacion de ritualista.

-En el Hatti -le dijo-, consultamos con frecuencia a los adivinos para conocer el porvenir; leen en las entrañas de los animales.

--No es eso algo... grosero?

--Utilizais vosotros otros metodos?

-Al faraon le toca discernir el manana.

-Pero vosotros, los sacerdotes, conoceis el secreto de ciertas tecnicas.

-Existe un cuerpo de magos del Estado, majestad, pero su formacion es larga y exigente.

--No interrogais a los dioses?

-En ciertas circunstancias, el sumo sacerdote de Amon formula una pregunta a la potencia creadora, con autorizacion del rey, y el dios responde por su oraculo.

-Y todos aceptan su decision, supongo.

--Quien podria levantarse contra la voluntad de Amon?

Advirtiendo las reticencias del sacerdote, Mat-Hor no le molesto mas.

Aquel mismo dia, tras haber ordenado a su personal que no revelara su ausencia, se dirigio a Tebas.

La muerte de dulce sonrisa habia acabado recordando la

edad del venerable Nebu, el sumo sacerdote de Amon, que se habia extinguido en su pequena casa, junto al lago sagrado de Karnak, con la seguridad de haber servido bien al dios oculto, principio de toda vida, y al faraon Ramses, su representante en la tierra.

Bakhen, el segundo profeta de Amon, habia avisado enseguida al rey, quien habia acudido a rendir homenaje a Nebu, uno de aquellos hombres integros gracias a quienes se perpetuaba la tradicion egipcia, fueran cuales fuesen los asaltos de las fuerzas del mal.

El silencio del luto gravitaba sobre el inmenso templo de Karnak; tras haber celebrado los ritos del alba, Ramses se encontr(ó con Bakhen junto al escarabeo gigante que, en el angulo noroeste del lago sagrado, simbolizaba el renacimiento del sol tras su victoria sobre las tinieblas.

-Ha llegado la hora, Bakhen. Desde nuestro lejano enfrentamiento, has recorrido un largo camino sin pensar nunca en ti mismo. Si los templos de Tebas son esplendidos, lo deben en parte a ti; tu gestion es irreprochable y todo el mundo se felicita por tu autoridad. Si, ha llegado la hora de nombrarte sumo sacerdote de Karnak y primer profeta de Amon.

La voz grave y ronca del antiguo supervisor de los establos temblo de emocion.

-Majestad, no creo que... Nebu...

-Nebu te propuso como sucesor hace ya mucho tiempo y sabia juzgar a los hombres. Te entrego el baston y el anillo de oro, insignias de tu nueva dignidad; gobernaras esta ciudad santa y procuraras que no se aparte de su funcion.

Bakhen se sobreponia ya; Ramses advirtio que se uncia a sus innumerables tareas, sin pensar en el prestigio que el tan deseado titulo le conferia.

-Mi corazon no puede permanecer mudo, majestad. Aqui, en el Sur, algunos nobles se sienten escandalizados por vuestra decision.

--Estas hablando del viaje oficial del emperador y la emperatriz del Hatti?

-Exactamente.

-Varios notables del Norte comparten su opinion, pero la visita se celebrara pues consolida la paz.

-Muchos religiosos desean la intervencion del oraculo. Si el dios Amon os da su conformidad, cesara cualquier protesta.

-Prepara la ceremonia del oraculo, Bakhen.

Aconsejada por un administrador del haren de Mer-Ur, Mat-Hor habia llamado a la puerta adecuada: la de un rico comerciante sirio a quien no se le escapaba el menor acontecimiento de la vida tebana. Vivía en una suntuosa propiedad de la orilla este, no lejos del templo de Karnak, y recibió a la reina en una sala con dos columnas, decorada con pinturas que representaban iris y acianos.

-¡Que honor, majestad, para un modesto comerciante!

3II

-Esta entrevista no se ha celebrado nunca y nunca nos hemos encontrado: ~queda claro?

La hitita ofrecio un collar de oro al sirio, que se inclino sonriente.

-Si me proporcionas la ayuda que necesito, sere muy generosa.

-- Que deseais ?

-Me interesa el oraculo de Amon.

-El rumor se ha confirmado: precisamente Ramses va a consultarlo .

--Por que motivo?

-Pedira al dios que apruebe la venida a Egipto de vuestros padres.

La suerte ayudaba a Mat-Hor; el destino habia hecho el trabajo y solo tenia que terminarlo.

--Y si Amon se niega? -pregunto.

-Ramses tendra que inclinarse... ¡Y no me atrevo a imaginar la reaccion del emperador del Hatti! ~Pero no es el faraon hermano de los dioses? La respuesta del oraculo no puede ser negativa.

-Pues exijo que lo sea.

-- Como?

-Te lo repito: ayudame y te hare muy rico. ~Como responde el dios?

-Unos sacerdotes llevan la barca de Amon, el primer profeta interroga al dios. Si la barca avanza, su respuesta es <<si~;
Si retrocede, <<no~.

-Compra a los portadores de la barca y que Amon rechace la respuesta de Ramses.

-Es imposible.

-Arreglatelas para que los mas reticentes sean sustituidos por hombres seguros, utiliza pociones que enfermen a los incorruptibles. Consiguelo y te cubrire de oro.

-Los riesgos...

-Ya no tienes eleccion, mercader: ahora eres mi complice. No renuncies y no me traiciones; de lo contrario, sere implacable.

Solo ante las bolsas repletas de pepitas de oro y piedras preciosas que la hitita le ofrecia como un adelanto de su futura fortuna, el sirio reflexiono largo rato. Algunos afirma-

ban que Mat-Hor nunca recuperaria la confianza del rey, otros estaban convencidos de lo contrario. Y ciertos sacerdotes de Karnak, celosos por el ascenso de Bakhen, estaban dispuestos a hacerle una jugarreta.

Sobornar a todos los portadores de la barca sagrada era imposible, pero bastaba con comprar los brazos mas robustos; el dios vacilaria, dividido entre avanzar y retroceder, luego manifestaria claramente su negativa.

Era una partida que podia jugarse... ¡Y es tan tentadora la riqueza!

Tebas estaba conmocionada. Tanto en la campina como en los barrios de la ciudad se sabia que iba a celebrarse <<la hermosa fiesta de la audiencia divina>> durante la que Amon y Ramses demostrarian, una vez mas, su comunión.

En el patio del templo donde se desarrollaba el ritual no faltaba una sola personalidad de la gran ciudad del Sur. El alcalde, los administradores, los terratenientes no querian perderse en modo alguno aquel excepcional acontecimiento.

Cuando la barca de Amon salio del templo cubierto para mostrarse a plena luz, todos contuvieron el aliento. En el centro de la barca de madera dorada se situaba el naos que contenia la estatua divina, oculta a las miradas humanas. Y, sin embargo, ella, efigie viva, iba a tomar la decision.

Avanzando por el suelo de plata, los portadores caminaban con lentitud. El nuevo sumo sacerdote de Amon, Bakhen, vio caras nuevas; ~pero no le habian hablado ya de una indisposicion alimentaria que habia impedido a varios titulares participar en la ceremonia?

La barca se detuvo frente al faraon, Bakhen tomo la palabra.

3 1 3

-Yo, servidor del dios Amon, le interrogo en nombre de Ramses, el Hijo de la Luz; ~hace bien el faraon de Egipto invitando a esta tierra al emperador y la emperatriz del Hatti ?

Incluso las golondrinas habían dejado su enloquecida carrera por el azul del cielo; cuando el dios hubiera respondido afirmativamente, los pechos se liberarían para aclamar a Ramses.

Sobornados por el mercader sirio, los portadores más robustos se consultaron con la mirada e intentaron dar un paso atrás.

En vano.

Creyeron que sus colegas, decididos a avanzar, manifestaban una resistencia que duraría muy poco; desplegaron pues una energía que iba a ser decisiva. Sin embargo, una fuerza extraña les obligó a avanzar. Deslumbrados por una luz que procedía del naos, renunciaron a luchar.

El dios Amon había aprobado la decisión de su hijo Ramses, el regocijo podía comenzar.
Era el.

Algo encorvado, con los cabellos canosos y la mirada inquisitiva como siempre, tenía, a primera vista, el aspecto de un hombre bastante ordinario del que nadie desconfiaba. El, Hattusil, emperador del Hatti, envuelto en un grueso manto de lana para luchar contra la sensación de frío que, tanto en invierno como en verano, nunca le abandonaba.

El, jefe de una nación guerrera y conquistadora, comandante supremo de las tropas hititas en Kadesh, pero también negociador del tratado de paz; el, Hattusil, dueño indiscutible de un país difícil en el que había aniquilado cualquier oposición.

Y Hattusil acababa de poner el pie en la tierra de Egipto, seguido por dos mujeres, su esposa Putuhepa y una joven princesa hitita, hurana.

-Es imposible -murmuro el emperador del Hatti-, del todo imposible... No, esto no es Egipto.

Y sin embargo, no sonaba: el propio Ramses el Grande se acercaba a su antiguo adversario para darle un abrazo.

--Como esta mi hermano Hattusil?

-Envejezco, hermano Ramses.

La huida de Uri-Techup, enemigo comun de Egipto y del Hatti buscado por asesinato, habia terminado con los obstaculos a la visita oficial de Hattusil.

-A Nefertari le habria gustado este momento extraordinario -dijo Ramses a Putuhepa, soberbia con su larga tunica roja y adornada con joyas egipcias de oro que el faraon le habia ofrecido.

-A lo largo de todo nuestro viaje, no he dejado de pensar en ella -confeso la emperatriz-; independientemente de cuanto dure vuestro reinado, siempre sera vuestra unica esposa real.

Las declaraciones de Putuhepa allanaban cualquier dificultad diplomatica. A la luz de un ardiente estio, Pi-Ramses estaba en fiestas; brillando con todos sus fulgores, la ciudad de turquesa habia recibido miles de dignatarios llegados de todas las ciudades de Egipto para asistir al recibimiento de los soberanos del Hatti y a las numerosas ceremonias previstas en su honor.

La belleza y la riqueza de la capital deslumbraron a la pareja imperial. Sabiendo que el dios Amon habia dado su conformidad a Ramses, la poblacion ofrecio una entusiasta acogida a los ilustres visitantes. De pie junto al faraon, en su carro tirado por dos empenachados caballos, Hattusil iba de sorpresa en sorpresa.

--No tiene mi hermano proteccion alguna?

-Mi guardia personal vela -respondio Ramses.

-Pero esa gente, tan cerca... ¡Nuestra seguridad corre peligro !

-Observa la mirada de mi pueblo, Hattusil: no hay en ella odio ni agresividad. Hoy nos agradece que hayamos edificado la paz, su alegría lo demuestra.

-Una población que no está dominada por el terror... ¡Que extraño! ~Y como consiguió Ramses formar un ejército capaz de resistir los ataques hititas?

-Los egipcios aman su país tanto como lo aman los dioses.

-Tu, Ramses, me impediste vencer; tu y nadie más. Desde hace unos instantes, ya no lo lamento.

El emperador del Hatti se quitó el manto de lana; ya no tenía frío.

3 1 6

-El clima me conviene -advirtió-. Que lastima... Me hubiera gustado vivir aquí.

En el palacio de Pi-Ramses, la primera recepción fue grandiosa. Había tal cantidad de platos deliciosos que Hattusil y Putuhepa solo pudieron picar un poco, humedeciendo sus labios con un vino excepcional. Encantadoras interpretas de pechos desnudos hechizaron sus oídos y sus ojos, y la emperatriz disfrutó de la elegancia de los vestidos que llevaban las nobles damas.

-Me gustaría que la fiesta estuviese dedicada a Acha -sugirió Putuhepa-. Dio su vida por la paz, por esa felicidad que ahora gozan nuestros dos pueblos.

El emperador lo aprobó, pero parecía contrariado.

-Nuestra hija no está presente -se lamentó Hattusil.

-No cambiaré mi decisión -declaró Ramses-; aunque Mat-Hor haya cometido graves errores, seguirá siendo el símbolo de la paz y, por ello, será honrada como merece. ~Debo darte más precisiones?

-Es inútil, hermano Ramses; a veces es bueno ignorar ciertos detalles.

Ramses evito pues mencionar el arresto del mercader sirio que habia denunciado a Mat-Hor, creyendo que iba a librarse si calumniaba a la reina.

--Desea el faraon hablar con su futura esposa?

-No sera necesario, Hattusil; celebraremos con fasto la segunda boda diplomatica, y nuestros dos pueblos nos lo agradeceran. Pero el tiempo de los sentimientos y los deseos ha pasado.

-Nefertari es realmente inolvidable... Y eso es bueno. No creo que la princesa que he elegido, hermosa pero de fragil inteligencia, pueda conversar con Ramses el Grande. Descubrira el placer de vivir a la egipcia y se alegrara por ello. Por lo que a Mat-Hor respecta, ya no amaba el Hatti y disfrutara, cada dia mas, en su pais de adopcion, donde tanto deseaba vivir. Con la edad se hara prudente.

3 17

Hattusil acababa de sellar el destino de ambas princesas hititas. En aquel cuadragésimo año del reinado de Ramses, ya no existía un solo motivo de querrela entre el Hatti y Egipto. Por esta razón, los ojos marrones de la emperatriz Putuhepa se habían iluminado, revelando una intensa alegría.

Los pilonos, los obeliscos, los colosos, los grandes patios al aire libre, las columnatas, las escenas de ofrenda y los suelos de plata fascinaron a Hattusil, quien se interesó también por la Casa de Vida, la mansión de los libros, los almacenes, los establos, las cocinas y los despachos donde trabajaban los escribas. El emperador del Hatti salió muy impresionado de sus entrevistas con el visir y sus ministros; la arquitectura de la sociedad egipcia era tan grandiosa como la de sus templos.

Ramses invitó a Hattusil a quemar incienso para encantar el olfato de las divinidades y atraerlas hacia la morada que los hombres les habían construido. La emperatriz participó en los ritos de apaciguamiento de las fuerzas peligrosas, dirigidos por Kha con su rigor habitual. Y luego se celebró la

visita a los templos de Pi-Ramses, especialmente los santuarios dedicados a los dioses extranjeros; y el emperador disfruto sin ambages unos instantes de reposo en los jardines de palacio.

-Hubiera sido lamentable que el ejercito hitita destruyese tan hermosa ciudad -le dijo a Ramses-; la emperatriz esta encantada con el viaje. Puesto que estamos en paz, ~me permite mi hermano solicitar un favor?

La relativa pasividad de Hattusil comenzaba a intrigar a Ramses; luchando contra el hechizo de Egipto, el estratega tomaba la iniciativa.

-La emperatriz y yo mismo estamos deslumbrados por tantas maravillas, pero a veces hay que pensar en realidades

3 1 8

menos risueñas -prosiguió Hattusil-; hemos firmado un tratado de ayuda mutua en caso de agresión contra nuestros respectivos países, y me gustaría observar el estado del ejército egipcio. ~Me autoriza el faraón a visitar el cuartel principal de Pi-Ramses?

Si Ramses respondía que se trataba de un <<secreto militar>> o dirigía al emperador hacia un cuartel secundario, Hattusil sabía que estaba preparando una jugarrera; era el momento de la verdad, y por ello había aceptado ese viaje.

-Merenptah, mi hijo menor, es el general en jefe del ejército egipcio. El acompañara al emperador del Hatti en su visita al cuartel principal de Pi-Ramses.

Tras un banquete organizado en honor de la emperatriz Putuhepa, Hattusil y Ramses dieron un paseo junto a un estanque cubierto de lotos azules y blancos.

-Experimento un sentimiento que me era desconocido hasta ahora-reconoció Hattusil-: la confianza. Solo Egipto sabe crear seres de tus dimensiones, hermano Ramses... Haber logrado moldear una auténtica amistad entre dos soberanos dispuestos antano a destruirse es un milagro. Pero tu y yo envejecemos y debemos pensar en nuestra sucesión...

~A quien has elegido entre tus innumerables hijos reales?

-Kha es un hombre de ciencia, profundo, ponderado, capaz de apaciguar los espíritus en cualquier circunstancia y de convencer sin forzar; sabra preservar la coherencia del reino y madurar sus decisiones. Merenptah es valeroso. Sabe mandar y administrar, la casta de los militares le ama y la de los altos funcionarios le teme. Ambos son aptos para reinar.

-Dicho de otro modo, dudas todavía; el destino te enviara una señal. Con semejantes hombres, no me preocupa el porvenir de Egipto. Sabran prolongar tu obra.

~Y tu sucesión?

-La tomara un mediocre, elegido entre mediocres. El Hatti declina, como si la paz hubiera cercenado su virilidad y le hubiera arrebatado cualquier ambición; pero no lo lamento en absoluto, pues no habia otra elección. Al menos habremos vivido algunos años tranquilos y habre ofrecido a mi pueblo una felicidad que antes no habia conocido. Por desgracia, mi país no sabra evolucionar y desaparecera. Ah... tengo que hacerte otra petición. En mi capital no suelo caminar tanto y mis pies están doloridos. Me han insinuado que el médico en jefe del reino es muy competente y que, por añadidura, se trata de una mujer muy hermosa.

Neferet abandono la gran sala de recepciones de palacio, donde conversaba con Putuhepa, para ocuparse de los dedos de los pies del emperador.

-Se trata de una enfermedad que conozco y que puedo tratar -afirmo tras examinarlos-. Primero aplicare una pomada a base de ocre rojo, miel y canamo. Manana por la mañana utilizare otro remedio compuesto de hojas de acacia y de azufaifo, polvo de malaquita y el interior de un mejillon, todo machacado y pulverizado. Esta segunda pomada os producira una agradable sensación de frescor, pero tendreis que caminar con los tobillos vendados.

-Si os ofreciera una fortuna, Neferet, ~ querriais venir conmigo al Hatti y ser mi médico personal?

-Bien sabeis que no, majestad.

-De modo que nunca podre vencer a Egipto -dijo Hat-tusil con una leve sonrisa.

Bellos-Muslos silbaba una cancion a la gloria de Ramses mientras caminaba, con su asno cargado de alfareria, hacia la frontera noroeste del Delta. No lejos de la costa corroida por las olas del Mediterraneo, el mercader ambulante tomaba sinuosos senderos para dirigirse a una aldea de pescadores donde estaba seguro de vender su produccion.

Bellos-Muslos estaba orgulloso del nombre que le habian puesto las muchachas que presenciaban las carreras de velocidad entre varones por la arena humeda, junto al mar; desde hacia mas de dos anos, ningun competidor habia conseguido vencerle. Y las admiradoras apreciaban el esfuerzo de los atletas desnudos, que desplegaban sus energias para seducirlas. Gracias a sus muslos, el corredor mas rapido del oeste del Delta no podia contar sus conquistas.

Pero aquel exito tambien tenia su parte negativa, pues a las damiselas les gustaban los adornos y Bellos-Muslos tenia que hacer buenos negocios para mantenerse a la altura de su fama de campeon soberbio y generoso. De manera que recorria los caminos con ardor, para obtener el maximo beneficio de su comercio.

Unas grullas pasaron por encima de su cabeza, precediendo las nubes bajas empujadas por el viento; observando la posicion del sol, Bellos-Muslos comprendio que no llegaria a su meta antes de que anocheciese. Mejor seria detenerse en una de las cabañas de cana que jalonaban la pista, pues cuando las tinieblas hubieran invadido la zona costera, peligrosas criaturas saldrian de sus cubiles y agredirian a los imprudentes .

Bellos-Muslos descargo su asno, lo alimento y despues hizo brotar una llama con silex y un baston de fuego. Degusto dos pescados asados y bebio el agua fresca conservada en una jarra. Luego se tendio en su estera y se durmio.

Cuando estaba sonando con su proxima carrera y su nuevo triunfo, un insolito ruido le desperto. El asno rascaba el

suelo con su pezuna delantera. Una señal inequívoca de que acechaba algún peligro.

Bellos-Muslos se levanto, apago el fuego y se oculto tras unos matorrales espinosos. Hizo bien, pues unos treinta hombres armados, cubiertos con cascos y corazas, surgieron de la oscuridad. La luna era llena aquella noche y le permitio ver claramente al jefe del grupo. Llevaba la cabeza desnuda, sus cabellos eran largos y tenia el pecho cubierto de bello rojizo.

-Aquí había un espía y ha huido -exclamo Uri-Techup clavando su lanza en la estera.

-No lo creo -objeto un libio-; mira esos cacharros y el asno: es un mercader ambulante que ha decidido descansar aquí.

-Todas las aldeas al oeste de esta zona están bajo nuestro control; hay que encontrar al espía y acabar con él. Despleguemonos.

Habían transcurrido cuatro años desde la visita del emperador Hattusil y la emperatriz Putuhepa. Las relaciones entre Egipto y el Hatti seguían siendo muy buenas y el espectro de la guerra se había desvanecido. Un regular flujo de visitantes hititas acudía a admirar los paisajes y las ciudades del Delta.

Las dos esposas hititas de Ramses se entendían a las mil maravillas; las ambiciones de Mat-Hor se habían disuelto

3 22

debido a su lujosa existencia, y su compatriota saboreaba glotonamente la cotidianidad. Juntas y sin lamentarlo, habían admitido que Ramses el Grande, de setenta años de edad, se había convertido en una leyenda viva, fuera de su alcance. Y el faraón, tras descubrir que los fuegos destructores no lamían ya el alma de ambas reinas, había aceptado su presencia en algunas ceremonias oficiales.

En el año 43 de su reinado, ante la insistente petición de Kha, Ramses había celebrado su quinta fiesta de regeneración, en presencia de la comunidad de los dioses y las dio-

sas, llegados a la capital en forma de estatuas animadas por el ka. En adelante, el faraon tendria que recurrir frecuentemente al procedimiento ritual para poder soportar el peso de la edad, cada vez mas abrumador.

Y Ramses tenia que ponerse tambien, regularmente, en manos de Neferet, la medico en jefe. Ignorando el mal humor de su ilustre paciente, al que a veces le costaba aceptar el envejecimiento, le evitaba los sufrimientos dentales y frenaba la evolucion de la artrosis. Gracias a sus tratamientos, la vitalidad del monarca seguia intacta y su ritmo de trabajo no se hacia mas lento.

Tras haber despertado el poder divino en su santuario y celebrado los ritos del alba, Ramses hablaba con el visir, Ameni y Merenptah, el trio encargado de concretar sus directrices. Por la tarde, estudiaba con Kha los grandes rituales del Estado y les daba nuevas formulaciones.

El rey iba apartandose poco a poco de la administracion del pais, y acudia a menudo a Tebas para ver a su hija Meritamon y recogerse en su templo de millones de anos.

Cuando Ramses regreso a Karnak, donde el sumo sacerdote Bakhen realizaba su tarea con general satisfaccion, un preocupado Merenptah acudio a recibirlo al puerto de Pi-Ramses.

-Acaban de darme una informacion inquietante, majestad.

El general en jefe del ejercito egipcio condujo personalmente el carro real hasta palacio.

-Si los hechos son ciertos, majestad, debo acusarme de una culpable ligereza.

-Explicate, Merenptah.

-Al parecer, una pandilla armada a las ordenes de Malfi ha atacado el oasis de Siwa, junto a la frontera libia.

--De cuando data la informacion?

-De hace unos diez dias.

--Por que dudas de ella?

-Porque la identificacion del oficial encargado de la seguridad del oasis no es correcta; pero tal vez la urgencia y el ardor de la accion sean la causa del error. Si el oasis ha sido atacado, debemos reaccionar de inmediato; y si se trata de Malfi, hemos de acabar de raiz con su revuelta.

--Por que te consideras responsable, hijo mio?

-Porque no he estado alerta, majestad; la paz con el Hattí me hizo olvidar que la guerra podria brotar al oeste. Y el maldito Uri-Techup sigue en libertad... Permiteme que vaya a Siwa con un regimiento y aplaste la sedicion.

-jPese a tus treinta y ocho anos, Merenptah, sigues teniendo el ardor de la juventud! Un oficial experimentado se encargara de la mision. Por tu parte, pon en estado de alerta nuestras fuerzas.

-jOs juro que eran bandidos libios! -le repitio Bellos-Muslos al somnoliento guardia fronterizo.

-No digas tonterias, pequeno; por aqui no hay libio alguno.

-He corrido hasta perder el aliento, jquerian matarme! Si no hubiera sido un campeon, me habrian alcanzado. Cascos, corazas, espadas, lanzas... jUn verdadero ejercito!

Tras una serie de bostezos, el guardia fronterizo miro al joven con malos ojos.

-La cerveza fuerte se te ha subido a la cabeza... jDeja de beber! Los borrachos acaban mal.

-Habia luna llena-insistio Bellos-Muslos-; pude ver a su jefe antes de huir. Un coloso de largos cabellos, con el pecho cubierto de bello rojizo.

Aquellos detalles despertaron al funcionario. Como el conjunto de oficiales del ejercito, la policia y las aduanas,

habia recibido un dibujo que representaba al criminal Uri-Techup, con la promesa de una buena prima para quien contribuyera al arresto del hitita.

El guardia fronterizo blandio el retrato ante los ojos de Bellos-Muslos.

-~Es el?

-Si, jel es el jefe!

A lo largo de la franja desertica occidental del Delta, entre el territorio egipcio y el mar, la administracion militar habia hecho construir fortines bajo los cuales habian nacido algunas aldeas. Estaban separados unos de otros por una jornada de carrc, o dos dias de marcha rapida. Y las guarniciones tenian la orden de avisar a los generales de Pi-Ramses y Menfis ante el menor movimiento sospechoso de los libios. Aquella era una region que el alto mando consideraba como rigurosamente vigilada.

Cuando el gobernador militar de la zona fronteriza recio un informe alarmista basado en las declaraciones de un mercader ambulante, se guardo mucho de transmitirlo a sus superiores por temor a ponerse en ridiculo. La eventualidad de la captura de Uri-Techup, sin embargo, le incito a enviar una patrulla al lugar donde, al parecer, el hitita habia sido descubierto.

Por esa razon Nakti y sus hombres, privados de su habitual tranquilidad, avanzaban a marchas forzadas por una region inhospita, infestada de mosquitos, con una sola idea en la cabeza: terminar realmente cuanto antes aquella penosa mision.

Nakti maldecia a cada paso; ~cuando le destinarian por fin a Pi-Ramses, a un comodo cuartel, en vez de perseguir a inexistentes enemigos?

-Fortin a la vista, jefe.

<<Tal vez los guardias fronterizos nos tomen por imbeciles -penso Nakti-, pero al menos nos daran bebida y comi-

da, y mañana por la mañana nos pondremos de nuevo en marcha. ~>

-¡Cuidado, jefe!

Un soldado tiro hacia atras de Nakti; en el sendero habia un enorme escorpion negro, en posicion de ataque. Si el oficial, perdido en sus reflexiones, hubiera seguido avanzando, sin duda le habria picado.

-Matalo -ordeno Nakti a su salvador.

El soldado no tuvo tiempo de tender su arco. Las flechas brotaron de las almenas del fortin y se clavaron en la carne de los egipcios; con la precision de experimentados arque-ros, los libios al mando de Uri-Techup derribaron a todos los miembros de la patrulla de Nakti.

Con su daga de hierro, el propio hitita degollo a los he-ridos.

Como todas las mananas, el gobernador militar de la zona fronteriza con Libia acudio a su despacho para consultar los informes enviados desde los fortines; por lo general, la tarea acababa enseguida, pues en las tablillas de madera figuraba una sola mencion: <<Sin novedad>>.

Aquella manana, sin embargo, no recibio ningun in-forme.

Era inutil buscar al culpable: el soldado encargado de la distribucion del correo oficial todavia no se habria levanta-do. Furioso, el gobernador militar se prometio privarle de sus funciones y nombrarle lavandero. En el patio del fortin, un soldado manejaba sin muchas ganas su escoba; dos jove-nes infantiles se entrenaban en el manejo de la espada corta. El gobernador marcho rapidamente hacia el barrio de los carteros y los exploradores.

En las esteras no habia nadie.

Estupefacto, el gobernador se pregunto a que se deberia aquella anomalia; ni informes ni soldados encargados de transmitirlos... ~Cual seria la causa de tan increíble desor-

den?

El oficial se quedo boquiabierto cuando, de pronto, la puerta del fortin fue derribada por los golpes de un ariete manejado por desencadenados libios, con una pluma hincada en sus cabellos.

Terminaron a hachazos con el barrendero y los dos infantes, y despues partieron el craneo del gobernador, quien se habia quedado tan petrificado que ni siquiera habia intentado huir. Uri-Techup escupio sobre el cadaver.

-El oasis de Siwa no ha sido atacado -le dijo el oficial superior a Merenptah-; hemos sido victimas de una informacion falsa.

-~ Muertos ?

-Ni muertos ni sedicion; he ido hasta alli para nada.

A solas, Merenptah fue presa de la angustia; ~no habrian distraido su atencion para poder atacar en otra parte?

Solo Ramses podria apreciar la magnitud del peligro.

Cuando Merenptah subia a su carro, su ayuda de campo corrio hacia el.

-General, hemos recibido un mensaje de una guarnicion cercana a la frontera libia... ¡Un ataque en masa contra nuestros fortines! La mayor parte de ellos ha caido ya y, al parecer, han matado al gobernador de la zona.

Los caballos de Merenptah nunca habian galopado a tanta velocidad. Saltando en marcha de su carro, el hijo menor del rey subio corriendo la escalera de palacio. Con la ayuda de Serramanna, interrumpio la audiencia que el faraon concedia a los jefes de provincia.

A Ramses le basto con ver el rostro descompuesto de Merenptah para comprender que acababa de suceder algo grave. De modo que despidio a sus huespedes prometiendoles una proxima entrevista.

-Majestad -declaro el general en jefe-, probablemente los libios han invadido el noroeste del Delta; desconozco la gravedad del desastre.

-¡Uri-Techup y Malfi! -exclamo Serramanna.

-Efectivamente, el hitita aparece mencionado en el deslavado informe que he recibido. Y Malfi ha conseguido reunir los clanes libios que luchaban entre si. Nuestra reaccion

3 28

debe ser violenta y rapida... A menos que se trate de una nueva trampa, como la de Siwa.

Si el grueso de las tropas corria hacia el noroeste del Delta y se trataba de una anagaza, Malfi atacaria a la altura de Tebas y no encontraria resistencia alguna. Pasaria a sangre y fuego la ciudad santa del dios Amon.

La decision de Ramses comprometia el porvenir de todo Egipto.

-Majestad -dijo Serramanna con timidez-, me prometis-
teis...

-No lo he olvidado: vendras conmigo.

Ojos negros y crueles en un rostro cuadrado; Malfi era considerado por sus hombres la encarnacion de un demonio del desierto, capaz de ver por la espalda y desgarrar a cualquiera de sus adversarios con sus dedos cortantes como dagas. Despues de largas conversaciones, casi todas las tribus libias se habian colocado bajo su mando porque habia sabido atizar su viejo odio contra Egipto. Frente a la ferocidad de los guerreros libios, debilitados tras un largo periodo de paz, emprenderian la huida. Y la presencia del hitita Uri-Techup, cuya valentia era muy conocida, galvanizaba a los conquistadores.

-Alli, a menos de dos horas de marcha-dijo Uri-Techup tendiendo el brazo derecho-, estan las primeras aldeas del Delta. Pronto nos apoderaremos de ellas. Luego destruire-

mos Pi-Ramses, cuyas defensas estaran reducidas al minimo. Seras proclamado faraon, Malfi, y lo que quede del ejercito egipcio se colocara a tus ordenes.

--Es infalible tu estrategia, Uri-Techup?

-Lo es, conozco bien a Ramses. La diversion de Siwa le habra turbado y convencido de que hemos decidido abrir varios frentes. Su prioridad sera proteger Tebas y sus templos; por ello enviara dos regimientos al Sur, sin duda al

329

mando de Merenptah. El tercero se encargara de la seguridad de Menfis. Y como Ramses tiene la vanidad de creerse invencible, se pondra a la cabeza del cuarto para aniquilarnos. Solo tendremos ante nosotros algunos millares de hombres, Malfi, y les venceremos facilmente. Solo te pido un favor: dejame matar a Ramses con mi daga.

El libio asintio con la cabeza. Habria preferido disponer de mas tiempo para seguir entrenando a sus tropas, pero la alerta dada por un mercader ambulante le habia obligado a adelantar el ataque.

Un solo regimiento no asustaba a Malfi. Los libios deseaban combatir; multiplicado por la droga, su ardor les daria ventaja sobre los timoratos egipcios.

Una sola consigna: sin cuartel.

-Ahi estan -anuncio Uri-Techup.

En los ojos de Malfi brillo un fulgor de deseo.

Por fin iba a vengar el honor de Libia, burlado por los faraones desde hacia tantos siglos, arrasar opulentas aldeas y quemar cosechas. Los supervivientes serian esclavos.

-Ramses marcha a la cabeza de sus tropas -advirtio el hita exaltado.

--Quien va a su derecha?

El rostro de Uri-Techup se ensombreció.

-Su hijo menor, Merenptah.

-~Pero no debía mandar las tropas acantonadas en Tebas?

-Mataremos al padre y al hijo.

-~Y el hombre que marcha a la izquierda del rey?

-Serramanna, el jefe de su guardia personal... ¡El destino nos es favorable, Malfi! A este le desollare vivo.

Infantes, arqueros y carros se desplegaban por el horizonte, en perfecto orden.

-No hay un solo regimiento -calculó Malfi.

Consternado, Uri-Techup no se atrevió a responder. Minuto a minuto, la vasta llanura se cubría de soldados egipcios.

El libio y el hitita se rindieron a la evidencia: Ramses ha-

33ø

bia corrido el riesgo de acudir a su encuentro con los cuatro regimientos de los dioses Amon, Ra, Ptah y Set. Era la totalidad de las fuerzas de ataque egipcias la que se disponía a caer sobre sus enemigos.

Malfi apretó los puños.

-¡Y creías conocer bien a Ramses, Uri-Techup!

-Su estrategia es aberrante... ~como se atreve a correr tanto riesgo?

El libio comprobó que la retirada era imposible. Los arqueros nubios, al mando del virrey Setau, le cerraban el camino.

-Un libio vale, al menos, por cuatro egipcios -aulló Malfi dirigiéndose a sus hombres-. ¡Al ataque!

Mientras Ramses permanecía impassible en su carro, los libios se lanzaron al asalto de la primera linea egipcia; los infantes se arrodillaron, para posibilitar que los arqueros apuntaran, diezmando con sus disparos al adversario.

Los arqueros libios respondieron, pero con menor eficacia; y la segunda oleada de asalto, demasiado desordenada, se rompio contra los infantes del regimiento de Set; se produjo el contraataque de los carros: por orden de Merenptah, destrozaron a los rebeldes, quienes pese a las invectivas de Malfi, iniciaron la desbandada.

Los fugitivos chocaron con los nubios de Setau, cuyas flechas y lanzas fueron devastadoras. Entonces no cupo ninguna duda sobre el resultado del combate; la mayoría de los libios, abrumados por el numero, depuso las armas.

Ebrio de furor, Malfi reunio a su alrededor a sus ultimos partidarios; Uri-Techup habia desaparecido. Sin pensar ya en el cobarde que le habia abandonado, el libio solo tenia una idea en la cabeza: matar el mayor numero de egipcios. Y su primera victima seria Merenptah, que estaba al alcance de su lanza.

En pleno combate, las miradas de ambos hombres se cruzaron. Pese a la distancia que los separaba, el hijo menor de Ramses percibio el odio del libio.

Las dos lanzas surcaron el aire al mismo tiempo.

La de Malfi rozo el hombro de Merenptah, la del general en jefe se clavo en la frente del libio.

Malfi permanecio inmovil unos instantes, vacilo y se derumbo.

Serramanna estaba pasando una agradable jornada. Manejando la pesada espada de doble filo con notable destreza, ya habia perdido la cuenta del numero de libios a los que habia hecho pedazos. La muerte de Malfi desalento a sus ultimos partidarios y el gigante sardo pudo detenerse.

Al volverse hacia Ramses, lo que vio le dejo aterrorizado.

Tocado con un casco y protegido por una coraza que cu-

bria su vello rojizo, Uri-Techup habia conseguido infiltrarse en las filas egipcias y acercarse, por detras, al carro real.

El hitita iba a asesinar a Ramses.

Gracias a una carrera enloquecida, derribando a los hijos reales, Serramanna consiguio interponerse entre el carro y Uri-Techup, pero no evito el violento golpe que propino el hitita. La daga de hierro se hundio en el pecho del gigante sardo.

Mortalmente herido, Serramanna aun tuvo fuerzas para agarrar el gazonate de su enemigo jurado, al que estrangulo con sus dos enormes manos.

-jHas fracasado, Uri-Techup, estas vencido!

El sardo solo solto su presa cuando el hitita dejo de respirar. Entonces, como una fiera que sintiera la proximidad de la muerte, se tendio de lado.

Ramses sostuvo la cabeza del hombre que acababa de salvarle.

-Habeis obtenido una gran victoria, majestad... Y que hermosa vida he tenido, gracias a vos...

Orgullosa de su hazana postrera, el sardo partio hacia el mas alla entregando el alma en brazos de Ramses.

3 3Z

Jarros y aguamaniles de plata maciza con bordes de oro y unos quince kilos de peso, mesas de ofrenda de oro y plata de mas de tres quintales, una barca de pino del Libano cubierta de oro de sesenta y cinco metros de largo, chapas de oro destinadas a adornar las columnas, cuatrocientos kilos de lapislazuli, ochocientos de turquesas, esos eran, entre otros muchos mas, los tesoros que Ramses ofrecio a los templos de Tebas y Pi-Ramses para agradecer a las divinidades que le hubieran concedido la victoria sobre los libios y hubieran salvado Egipto de la invasion.

Y el cuadragésimo quinto año de su reinado habia visto el

nacimiento de un nuevo templo de Ptah, en Nubia, en Gerf Hussein, donde una antigua gruta sagrada habia sido transformada por Setau en santuario. El rey habia inaugurado aquel pequeno Abu Simbel, excavado tambien en una montaña de gres; alli, como en otros muchos parajes, se habian erigido colosales estatuas del monarca con su forma de Osiris.

Concluidas las festividades, Ramses y Setau contemplaron la puesta de sol sobre el Nilo.

--Te estas convirtiendo en un constructor infatigable, Setau ?

-El ejemplo llega de lo alto, majestad: el fuego de Nubia es tan ardiente que debe ser canalizado entre las piedras de los templos. ~No seran acaso tu voz para la posteridad? Y ademas, ya tendremos tiempo de descansar en la eternidad. Nuestra corta existencia es lugar de esfuerzo, y solo el esfuerzo nos concede longevidad.

-cTienes dificultades en tus nuevas funciones?

-Nada serio. Durante tu reinado, Ramses, has puesto fin a la guerra. Paz con el Hatti, paz en Nubia, paz impuesta a Libia... Esta obra tiene la belleza de un edificio grandioso y contara entre tus mas hermosas creaciones. ¡Este donde este, Acha debe ser muy feliz!

-Pienso a menudo en el sacrificio de Serramanna; ofrecio su vida para salvarme.

-Todos tus amigos habriamos actuado como el, majestad. cComo podria ser de otro modo si eres nuestro portavoz ante el mas alla?

Plantado durante el primer ano del reinado de Ramses, en el jardin del palacio de Tebas, el sicomoro se habia convertido en un arbol magnifico que dispensaba una sombra bienhechora. Bajo su follaje, Ramses habia escuchado a su hija tocando el laud, acompanada por el canto de los paros.

Como todos los dias, los sacerdotes de los templos de

Egipto se habian purificado con el agua de los lagos sagrados y habian celebrado los ritos en nombre del faraon; como todos los dias, se habian llevado alimentos a los santuarios, grandes y pequenos, para ofrecerselos a las divinidades antes de ser distribuidos a los humanos. Como todos los dias, el poder divino habia despertado y la diosa Maat habia podido decir al rey: <<Vives en mi, el perfume de mi rocío te vivifica, tus ojos son Maat>>. La hija de Ramses y Nefertari dejo el laud al pie del sicomoro.

-Eres la reina de Egipto, Meritamon.

-Cuando me hablas asi, majestad, es porque te dispones a turbar mi quietud.

-La avanzada edad me domina, Meritamon. Bakhen tra-

334

baja mas horas de las que tiene el dia para velar por la prosperidad de Karnak. Se tu, hija mia, la guardiana de mi templo de millones de anos. Gracias a su magia, tu madre y yo vencimos la adversidad; procura que los ritos y las fiestas se celebren en el momento adecuado, de modo que la energia del Ramesseum siga irradiando.

Meritamon beso la mano del rey.

-Padre mio... Sabes muy bien que nunca nos abandonarás.

-Afortunadamente, ningun hombre escapa a la muerte.

--No triunfaron sobre ella los faraones? Aunque te haya dado golpes muy duros, has resistido y creo, incluso, que la has domesticado.

-Pero ella tendra la ultima palabra, Meritamon.

-No, majestad; la muerte dejo pasar la ocasion de aniquilarte. Hoy, tu nombre esta en todos los monumentos de Egipto y tu fama ha superado nuestras fronteras; Ramses ya no puede morir.

La revuelta de los libios habia sido aplastada, reinaba la paz, el prestigio de Ramses no dejaba de crecer, pero los asuntos espinosos seguian amontonandose sobre la mesa de Ameni, cada vez mas grunon. Y ni el general en jefe Merenptah ni el sumo sacerdote Kha podrian solucionar el insoluble problema con el que el secretario particular del rey estaba rompiendose la cabeza. El propio visir se habia declarado incompetente. ¿A quien recurrir, si no a Ramses?

-No reprocho a tu majestad que viaje -declaro Ameni-; pero cuando estas lejos de la capital, los problemas tienden a acumularse.

-¿Esta en peligro nuestra prosperidad?

-Sigo pensando que, en una arquitectura monumental, el mas minusculo defecto puede acarrear su ruina. Yo no trabajo con lo grandioso, sino con las dificultades cotidianas.

33 5

-Ahorrarme un largo discurso.

-He recibido una queja del alcalde de la ciudad de Sume-nu, en el Alto Egipto; el pozo sagrado que alimenta la localidad esta secandose, y el clero local se confiesa incapaz de impedir la catastrofe.

-¿Has mandado ya especialistas?

-¿Estas acusandome de no cumplir debidamente mis funciones? Todo un ejercito de tecnicos ha fracasado. Y me encuentro con ese pozo recalitrante y una poblacion angustiada.

Varias amas de casa se habian reunido a orillas de uno de los canales que irrigaban los campos de la ciudad de Sumenu. A media tarde iban a lavar la vajilla, a una distancia considerable de las lavanderas, para quienes se reservaba otra porcion del canal. Charlaban, se hacian confiancias, murmuraban chismes y no se privaban de criticar a esta o aquella. La lengua mas viperina de la ciudad era la de Morenita, la hermosa esposa de un carpintero.

-Si el pozo se seca -dijo-, tendremos que abandonar la ciudad.

-¡Imposible! -protesto una sirvienta-; mi familia vive aquí desde hace varias generaciones y no quiero que mis hijos crezcan lejos de Sumenu.

--Como lo haras sin el agua del pozo?

-¡Los sacerdotes deben intervenir!

-Han fracasado. Incluso los mas sabios de todos ellos han sido incapaces de remediar la calamidad.

Un anciano ciego y cojo se aproximó al grupo de mujeres.

-Tengo sed... Dadme de beber, os lo ruego.

Morenita intervino con rigor.

-¡No nos molestes, pordiosero! Ganate la vida y podras beber.

336

-La suerte acabo, la enfermedad me abrumba y...

-Ya hemos oido demasiadas fabulas. Largate o te apedrearemos.

El ciego se batío en retirada, las conversaciones se reanudaron.

--A mi tampoco me dareis agua?

Las mujeres se volvieron, subyugadas por el sexagenario que se dirigia a ellas. Era facil reconocer, por su prestancia, a un poderoso personaje.

-Senor-dijo Morenita-, estamos dispuestas a satisfaceros.

--Por que habeis rechazado a aquel infeliz?

-Porque es un inutil y nos molesta sin cesar.

-Recordad la ley de Maat: ~No os burleis de los ciegos, no ridiculiceis a los enanos, no hagais dano alguno a los cojos, pues todos, sanos o tullidos, estamos en manos de Dios. Que nadie quede abandonado y sin cuidados>>.

Avergonzadas, las amas de casa bajaron los ojos; pero Morenita se rebelo.

--Quien sois vos para hablarnos en ese tono?

-El faraon de Egipto.

Petrificada, Morenita se refugio entre las faldas de sus companeras.

-Un maleficio pesa sobre el pozo principal de Sumenu a causa de vuestra actitud, despectiva y despreciable, para con ese infeliz: esa es la conclusion a la que he llegado, tras haber pasado aqui varios dias.

Morenita se prosterno ante Ramses.

--Bastara con que rectifiquemos nuestra actitud para salvar el pozo?

-Habeis enojado al dios que lo habita y debo apaciguarlo.

Cuando la monumental estatua del dios Sobek, hombre con cabeza de cocodrilo sentado en un trono, salio del taller de los escultores de la Casa de Vida de Sumenu, los habitantes de la ciudad se apretujaron a su paso. Tirada por un equipo de talladores de piedra que la hacian resbalar sobre unos troncos dispuestos en el mojado suelo, la efigie progreso lentamente hacia el pozo principal, donde la aguardaba Ramses, que recito personalmente las letanias rogando a Sobek que hiciera brotar del Nun, el oceano primordial que rodea la tierra, el agua indispensable para la supervivencia de los humanos.

Luego, el rey ordeno a los artesanos que bajaran al dios hasta el fondo del pozo, donde llevo a cabo su obra de vida.

Al día siguiente, el pozo de Sumenu proporcionaba de nuevo el precioso líquido a los habitantes de la ciudad, que organizaron un banquete en el que se codearon el ciego y la esposa del carpintero.

338

Nacido de padre egipcio y madre fenicia, Hefat había hecho una brillante carrera. Alumno aplicado, había ingresado antes de tiempo en la Universidad de Menfis, donde sus dotes en matemáticas habían deslumbrado a profesores exigentes.

Al terminar sus estudios había dudado mucho entre varios puestos antes de entrar en el servicio central de hidrología que se encargaba de las aguas del Nilo, desde las previsiones sobre la crecida hasta los métodos de irrigación.

Con el transcurso de los años, Hefat se había convertido en interlocutor obligado del visir, los ministros y los jefes de provincia. Su habilidad para halagar a sus superiores le había permitido avanzar regularmente en la jerarquía, haciendo olvidar que su modelo había sido Chenar, el hermano primogénito del faraón. Chenar, traidor a su patria, pero cortesano y político de fascinante ambición. Por fortuna, Hefat se había mostrado prudente evitando tomar abiertamente partido a favor de Chenar, que había tenido un fin trágico.

Con unos cincuenta años, casado y padre de dos hijos, Hefat parecía un notable acomodado en lo más alto de una administración cuyos mecanismos controlaba con mano dura. ~Quién podría haber imaginado que se trataba del último miembro importante de una red de influencias organizada por Chenar con el único propósito de conquistar el trono?

Esos lejanos recuerdos deberían haber permanecido enterrados en el pasado, pero el alto funcionariado había conocido al mercader fenicio Narish, cuya fortuna le había deslumbrado y Hefat había llegado a la conclusión de que un hombre de su calidad, que dispusiera de su competencia, podía llegar a ser también muy rico.

Cenando con el fenicio, a Hefat se le habían abierto los

ojos. Ramses pronto cumpliría los setenta y entregaría el gobierno del país a hombres convencionales, incapaces de tomar iniciativas. Su hijo mayor, Kha, era un místico alejado de las exigencias de la Administración; Merenptah obedecía ciegamente a su padre y quedaría desamparado cuando este desapareciera; y Ameni, escriba envejecido, sería marginado.

Pensándolo bien, el poder vigente era mucho más frágil de lo que parecía. Obligado a recurrir a la magia de las fiestas de regeneración y a los cuidados de Neferet, la médico en jefe, Ramses declinaba.

~No había llegado el momento de dar el golpe decisivo y realizar el sueño de Chenar?

Merenptah introdujo al embajador del Hatti en la gran sala de audiencias del palacio de Pi-Ramses. El diplomático estaba solo, sin la cohorte habitual de portadores de regalos; se inclinó ante Ramses.

-Majestad, tengo que comunicaros una triste noticia: vuestro hermano, el emperador del Hatti, acaba de morir.

La memoria del faraón se llenó de numerosas escenas, desde la batalla de Kadesh a la visita a Egipto del emperador del Hatti. Hattusil había sido un adversario temible antes de comportarse como un aliado leal; con él, Ramses había edificado un mundo mejor.

--Ha sido designado su sucesor?

-Sí, majestad.

--Esta decidido a respetar el tratado de paz?

A Merenptah se le hizo un nudo en la garganta.

-Las decisiones de nuestro difunto emperador comprometen a sus sucesores -respondió el embajador-. Ni una sola cláusula del tratado será cuestionada.

-Transmitirás mi pésame y mis afectuosos pensamientos a la emperatriz Putuhepa.

-Lamentablemente, majestad, la emperatriz estaba enferma y la muerte del emperador Hattusil precipito su fin.

-Asegura al nuevo dueno del Hatti mi amistad y mi benevolencia; que sepa que no le faltara la ayuda de Egipto.

En cuanto el embajador se marchó, Ramses se dirigió a su hijo.

-Ponte inmediatamente en contacto con nuestros informadores y que me envíen, en el mas breve plazo, un informe detallado sobre la situación en el Hatti.

El egipcio Hefat recibió al fenicio Narish en su hermosa mansión de Pi-Ramses; le presentó a su esposa y a sus dos hijos, se felicitó por su excelente educación y el hermoso porvenir que les aguardaba. Tras una agradable comida, durante la que se intercambiaron muchas trivialidades, el jefe del servicio de hidrología y el mercader extranjero se retiraron a un quiosco de madera de sicomoro, de columnas finamente trabajadas.

-Vuestra invitación me honra -reconoció el fenicio-, sin embargo me gustaría que me dijerais que esperais a cambio. Yo me dedico al comercio, vos sois un técnico superior... No tenemos ningún punto en común.

-He oído decir que la política comercial de Ramses no os satisfacía.

-Su ridículo cuestionamiento de las bases de la esclavitud nos perjudica, es cierto; pero Egipto acabara comprendiendo que está aislado y que su posición es insostenible.

-Eso podría requerir muchos años... Y a vos, como a mí, nos gustaría enriquecernos sin tardanza.

34I

El fenicio parecía intrigado.

-Capto mal el sentido de vuestro discurso, Hefat.

-Hoy, Ramses reina sin discusión; pero siempre no fue

asi. Y ese poder absoluto oculta una debilidad grave: su edad. Y no hablo de la ineptitud de sus dos favoritos para sucederle, Kha y Merenptah.

-No me meto en politica, y menos aun en la de Egipto.

-Pero creeis en la omnipotencia del beneficio, ~no es cierto?

--No es acaso el porvenir de la humanidad?

-jPues aceleremos este porvenir! Aunque por distintas razones, tanto vos como yo tenemos que vengarnos de Ramses, un viejo rey incapaz ya de reaccionar. Pero no es esto lo esencial; es posible aprovechar la degeneracion del poder central para realizar una fantastica operacion de comercio.

--De que tipo?

-Como minimo, triplicar la riqueza de Fenicia. Y sin duda estoy muy por debajo de la verdad. Es inutil decir que el instigador de ese feliz acontecimiento, vos, Narish, llegara a la cima.

--Y vos, Hefat?

-Al principio, prefiero permanecer en la sombra.

--Cual es vuestro plan?

-Antes de desvelarlo, debo asegurarme de vuestro silencio.

El mercader sonrio.

-Mi querido Hefat, la palabra dada solo tiene valor en Egipto; si os lanzais a los negocios, tendreis que abandonar muy pronto esta moral arcaica.

El alto funcionario vacilo en dar el paso. Si el fenicio le traicionaba, acabaria sus dias en la carcel.

-De acuerdo, Narish; voy a explicaroslo todo.

A medida que Hefat iba hablando, el fenicio se preguntaba como era posible que semejante locura hubiera germinado en la cabeza de un subdito del faraon. Pero el, Narish, no corria peligro alguno, y el egipcio tenia razon: si la operacion tenia exito, obtendrian una fortuna fenomenal y el reinado de Ramses terminaria en un verdadero desastre.

Merenptah no conseguia dejar de pensar en el episodio libio. El, general en jefe a cargo de la seguridad del territorio, no habia podido desbaratar la maniobra de Malfi. Sin la clarividencia y la audacia de Ramses, los rebeldes habrian invadido el Delta, saqueado la capital y matado a miles de egipcios.

Beneficiandose de la experiencia, el propio Merenptah habia inspeccionado los fortines encargados de observar los desplazamientos de las tribus libias y dar la alarma en caso de peligro. El hijo menor del rey habia procedido a indispensables mutaciones, restablecido la disciplina e insistido en la mision vital que cumplieran los militares destinados a esa ingrata tarea.

Merenptah no creia en la derrota definitiva de Libia. Ciertamente Malfi habia desaparecido, pero otros revanchistas, tan rabiosos como el, le sustituirian predicando la guerra a ultranza contra Egipto. De modo que el general en jefe habia comenzado a reforzar la proteccion del flanco noroeste del Delta, con la plena conformidad de Ramses.

~ Pero como evolucionaria la situacion en el Hatti ? La muerte de Hattusil, soberano inteligente y realista, podia senalar el comienzo de una crisis interna, que el embajador habia intentado disimular con unas tranquilizadoras declaraciones. Los hititas no dudarian ni un momento en acceder al trono utilizando el punal o el veneno, y el anciano emperador tal vez se habia equivocado cuando creyo haber aniquilado cualquier forma de oposicion. Impaciente por conseguir noticias seguras del Hatti, Merenptah mantenia sus regimientos en pie de guerra.

343

Aunque no desdenaba el pescado, Vigilante sentia una evidente preferencia por la carne roja; con la mirada tan vivaz

como los precedentes representantes de su dinastía, al perro de Ramses le gustaban las entrevistas con su dueño; una comida sin buenas palabras no tenía el mismo sabor.

El rey y Vigilante acababan su almuerzo mano a mano cuando Merenptah llegó a palacio.

-Majestad, tengo todos los informes de nuestros indicadores y he hablado largo rato con el jefe de nuestros agentes destacados en Hattusa.

Ramses sirvió vino en una copa de plata y se la ofreció a su hijo.

-No me ocultes nada, Merenptah; quiero saber la verdad.

-El embajador del Hatti no nos mintió: el sucesor de Hattusil está firmemente decidido a respetar el tratado de paz y a mantener las excelentes relaciones con Egipto.

344

La crecida del Nilo... Un milagro renovado año tras año, un don de los dioses que despertaba el fervor de la población y su agradecimiento hacia el faraón, el único ser capaz de hacer que las aguas del río subieran para fecundar la tierra.

Y la crecida de ese año era notable: ¡once metros! Desde el comienzo del reinado de Ramses, el agua vivificadora, que brotaba de las profundidades del océano celestial, jamás había faltado a la cita.

Confirmada la paz con el Hatti, el estío se presentaba rico en festejos y paseos de una población a otra, gracias a múltiples barcas reparadas durante el invierno. Como todos sus compatriotas, el alto funcionario Hefat admiraba el grandioso espectáculo que ofrecía el Nilo, transformado en lago del que emergían los cerros sobre los que se habían construido las aldeas. Su familia se había marchado a Tebas para pasar unas semanas de vacaciones en casa de sus padres, y él tenía las manos libres para actuar a su guisa.

Mientras los campesinos descansaban, los responsables de la irrigación trabajaban sin descanso. Pero Hefat observaba la

crecida con otros ojos. Mientras los estanques de reservas se llenaban, separados por diques de tierra que iban rompiéndose a medida que era necesario, Hefat se felicitaba por la genial idea que iba a convertirle en un hombre más rico y poderoso que Ramses el Grande.

34

Los altos responsables de la Administración egipcia habían solicitado audiencia a Ramses para presentarle una proposición que consideraban razonable. Sin ponerse de acuerdo, unos y otros habían llegado a la misma conclusión.

El monarca les había escuchado atentamente. A pesar de que no les había respondido con una negativa categórica, les había desaconsejado la gestión que insinuaban, cuyo éxito, sin embargo, deseaba. Interpretando las palabras de Ramses como una incitación, el director del Tesoro, a quienes todos sus colegas apreciaban por su valor, había ido a ver a Ameni aquella misma noche, cuando el secretario particular del faraón se quedó solo en su despacho.

Cerca ya de los setenta, Ameni seguía siendo como el estudiante que había jurado fidelidad a Ramses antes incluso de convertirse en faraón. De tez pálida, enclenque, siempre tan delgado y tan hambriento a pesar de lo mucho que comía, con perpetuos dolores de espalda que no le impedían soportar fatigas que habrían deslomado a cualquier coloso, trabajador encarnizado, preciso y meticuloso, dormía pocas horas y examinaba personalmente todos los expedientes.

--Algún problema? -le pregunto al director del Tesoro.

-No exactamente.

--A que se debe esta visita, entonces? Estoy trabajando.

-Nos hemos reunido, bajo la dirección del visir y...

--Nos? -pregunto Ameni.

-Bueno... El director de la Doble Casa blanca, el ministro de Agricultura, el...

-Ya veo. ~Y cual era el motivo de esta reunion?

-A decir verdad, habia dos.

-Veamos el primero.

-Por los servicios prestados a Egipto, vuestros colegas de la Alta Administracion desean ofrecer una mansion en la localidad que elijais.

Ameni dejo el pincel.

-Interesante... ~Y el segundo motivo?

-Habeis trabajado mucho, Ameni, mucho mas de lo que exige la Administracion. A causa de vuestra abnegacion, sin duda, no habeis pensado en ello... ~Pero no ha llegado ya, para vos, la hora de retiraros? Una jubilacion apacible, en una casa confortable, sin olvidar la estima general. ~Que os parece ?

El hombre interpreto el silencio de Ameni como un buen augurio .

-Sabia que escuchariais la voz de la razon -concluyo el director del Tesoro, encantado-; cuando mis colegas se enteren de vuestra decision, se sentiran muy satisfechos.

-No estoy tan seguro de ello.

~ Perdon ?

-Nunca voy a jubilarme -declaro Ameni con ardor-, y nadie, a excepcion del faraon, me hara salir de este despacho. Mientras el no exija la dimision, seguire trabajando a mi ritmo y con mis metodos. ~Queda claro?

-Nosotros habiamos pensado que, por vuestro interes...

-Pues no sigais pensandolo.

Hefat y el fenicio Narish volvieron a verse en casa del egipcio, durante una calida jornada de estio. El mercader aprecio la cerveza fresca, ligera y digestiva que le servian.

-No quisiera mostrarme pretencioso -dijo Narish-, pero creo haber hecho un excelente trabajo: los mercaderes fenicios estan dispuestos a comprar Egipto. ~Pero estais vos, Hefat, dispuesto a venderlo?

-No he cambiado de opinion.

--Fecha exacta?

-Me es imposible violar las leyes de la naturaleza, pero no tendremos que esperar mucho.

--Algun obstaculo serio?

Hefat demostro su confianza.

-Gracias a mi posicion administrativa, ninguno.

347

--No os sera indispensable el sello del sumo sacerdote de Menfis ?

-Si, pero el sumo sacerdote es Kha y esta sumido en su busqueda espiritual y su amor por las antiguas piedras. Ni siquiera advertira el documento que esta firmando.

-Me preocupa un detalle -reconocio el fenicio-; ~por que odiais a vuestro pais?

-Gracias a nuestro trato, Egipto no sufrira en absoluto y se abra por fin al mundo exterior, que barrera sus viejas supersticiones y sus antanonas costumbres, como deseaba mi modelo, Chenar. El deseaba abatir a Ramses y yo derribare al tirano. Los hititas, los libios y los hechiceros han fracasado, y Ramses ya no desconfia, pero yo, Hefat, lo vencere.

-La respuesta es no -dijo Ameni al jefe de la provincia de los Dos Halcones, un fuerte moceton de voluntariosa barbilla.

--Por que razon?

-Porque ninguna provincia gozara de privilegios especiales en detrimento de las demas.

-Sin embargo, he recibido el aliento de la Administracion Central.

-Es posible, pero ninguna Administracion esta autorizada a dictar la ley. Si hubiera seguido siempre a nuestros altos funcionarios, Egipto estaria arruinado.

--Es una negativa definitiva?

-El sistema de irrigacion no va a modificarse, y el agua de los estanques sera liberada en el periodo establecido, no antes.

-En ese caso, exijo ver al rey.

-Os recibira, pero no le hagais perder el tiempo.

Perjudicado por la desfavorable opinion de Ameni, el jefe de provincia no tenia posibilidad alguna de obtener la con-

348

formidad de Ramses; ya solo le quedaba regresar a su capital.

Ameni estaba intrigado.

Por correo o durante entrevistas directas, seis jefes de provincias importantes le habian pedido que confirmara la decision tomada por los servicios hidrologicos de Menfis: soltar enseguida el agua de los estanques para aumentar la superficie cultivable.

Doble error, pensaba Ameni, pues, por una parte, semejante desarrollo agricola no era necesario y, por la otra, la irrigacion no podia llevarse a cabo de manera brutal, sino progresivamente. Por fortuna, los tecnicos ignoraban que la mayoría de los jefes de provincia, con ejemplar discrecion, consultaban siempre al secretario particular del rey antes de meterse en terreno resbaladizo.

Si no hubiera tenido tantos problemas que resolver, Ameni habría realizado de buena gana una investigación para identificar a los responsables de tales aberraciones.

El escriba comenzó a estudiar un informe referente a las plantaciones de sauce en el Medio Egipto pero, incapaz de concentrarse, interrumpió su lectura. Decididamente, el incidente era demasiado grave para desdenarlo.

Ramses y Kha cruzaron el pilono de acceso al templo de Thot en Hermopolis, atravesaron un patio inundado de sol y fueron recibidos por el sumo sacerdote del dios, en el umbral del templo cubierto. El rey y su hijo admiraron las salas donde solo penetraban los servidores de Thot, patron de los escribas y de los sabios, y se recogieron en su santuario.

-Aquí termina mi búsqueda -declaro Kha.

--Has descubierto el libro de Thot?

-Durante mucho tiempo creí que se trataba de un escrito muy antiguo, oculto en la biblioteca de un templo. Pero por fin he comprendido que cada una de las piedras de nuestros

349

santuarios era una de las letras de este libro, redactado por el dios del Conocimiento para dar sentido a nuestra vida. Thot ha transmitido su mensaje en cada escultura y cada jeroglífico, y es a nuestro espíritu a quien le corresponde la tarea de reunir lo esparcido, del mismo modo que Isis reunió los fragmentos dispersos del cuerpo de Osiris. Todo nuestro país, padre mío, es un templo a imagen del cielo; y es el faraón quien debe mantener este libro abierto para que los ojos del corazón puedan descifrarlo.

Ningún poeta, ni siquiera Homero, habría encontrado palabras para describir la alegría y el orgullo que sintió Ramses al escuchar las frases del sabio.

Aunque sencilla, la idea del técnico Hefat tendría una temible eficacia: liberar antes de hora las reservas de agua acumuladas en los estanques de irrigación y endosar el error a la Administración, y en primer lugar a Kha, el primogénito

de Ramses, encargado de poner su sello en el documento que comprometia su teorica autoridad de supervisor de los canales.

Tranquilizados por los falsos estudios que Hefat se habia encargado de mandarles, los jefes de provincia habian caido en la trampa y habian creido que podian disponer de reservas suplementarias para desarrollar sus cultivos y enriquecer la region. Cuando fueran conscientes de la acumulacion de errores, seria demasiado tarde. Ya no habria suficiente agua para la irrigacion y la esperanza de las cosechas se reduciria a la nada.

Y los maximos responsables del desastre serian Kha y Ramses.

Entonces intervendrian Narish y los mercaderes fenicios, que ofrecerian, a precios exorbitantes, los productos que Egipto necesitara; el Tesoro estaria obligado a aceptar sus condiciones y el viejo faraon se veria arrastrado por la tormenta, mientras Hefat recogia los enormes beneficios de la transaccion. Si las circunstancias se prestaban a ello, expulsaria al visir para ocupar su lugar; de lo contrario, una vez conseguida su fortuna, se instalaria en Fenicia.

Ultima formalidad que debia cumplir: pedir a Kha que pusiera su sello. Hefat ni siquiera tendria que ver al sumo sacerdote, quien ordenaria a su secretario que se encargara de la tarea.

Este recibio calidamente al tecnico.

-Teneis suerte, el sumo sacerdote esta aqui y os recibira de buena gana.

-No sera necesario -protesto Hefat-; no quisiera molestarle.

-Seguidme, os lo ruego.

Hefat fue conducido a una biblioteca donde Kha, vestido con una tunica que parecia cortada en una piel de pantera, estudiaba unos papiros.

-Me satisface veros, Hefat.

-Para mi es un gran honor, principe; pero no deseaba interrumpir vuestros estudios.

--De que modo puedo seros util?

-Una simple formalidad administrativa...

-Mostradme el documento.

La voz de Kha era grave, su tono autoritario; el sumo sacerdote no se parecia al sonador que Hefat habia imaginado.

-Es una proposicion insolita que exige un examen atento
-considero Kha.

Al tecnico se le helo la sangre.

-No, principe, solo un metodo trivial para facilitar la irrigacion .

-jSois en exceso modesto! Como soy incapaz de dar una opinion, transmitire el documento a una personalidad competente.

<<Otro especialista>>, penso Hefat, tranquilizado; no le costaria convencerle, utilizando su posicion preeminente en la jerarquia.

-He aqui a quien va a juzgaros -anuncio Kha.

Ramses aparecio en la estancia vestido con una tunica de lino fino de manga larga y ataviado con sus dos famosos brazaletes de oro, cuyo motivo central, de lapislazuli, representaba un pato silvestre.

La mirada del faraon perforo el alma de Hefat y le obligo a retroceder hasta chocar con los anaqueles cargados de papiros.

-Has cometido un grave error al creer que tu saber bastaría para arruinar a tu país -declaro Ramses-; ~ignoras que la avidez es una enfermedad incurable que vuelve sordo y ciego? Aunque estas considerado como uno de nuestros mejores técnicos, has sido muy superficial al pensar que Egipto estaba gobernado por unos incapaces.

-Majestad, os suplico que...

-No malgastes tus palabras, Hefat; no eres digno de utilizarlas. En tu comportamiento distingo la marca de Chenar, la abulia que lleva a un hombre a destruirse traicionando a Maat. Tu porvenir esta ahora en manos de los jueces.

Gracias a una rigurosa investigación, Ameni había salvado el país de un peligro inminente. Al rey le habría gustado recompensarle, ~pero como hacerlo sin ofenderle? Entre ambos hombres había bastado una simple mirada de complicidad. Y Ameni había vuelto al trabajo.

Habían transcurrido las estaciones y los días, sencillos y felices, hasta la primavera del quincuagesimo cuarto año del reinado de Ramses el Grande, quien tras haber consultado a Neferet, la médico en jefe, había tomado una decisión a pesar de sus consejos. Revitalizado por la celebración de su novena fiesta de regeneración, el monarca había sentido deseos de recorrer la campina egipcia.

El mes de mayo suponía el regreso del fuerte calor, benefactor para los reumatismos del rey.

Era el tiempo de las cosechas. Los campesinos avanzaban manejando una hoz con mango de madera y segaban muy altas las espigas de trigo maduras; luego las reunían en haces y las llevaban a las eras a lomos de asnos de inagotable valor. La confección de los pajares exigía manos expertas, capaces de erigir pirámides truncadas que debían aguantar buena parte del año. Para reforzar el pajar se plantaban dos largos bastones.

En cuanto el faraón entraba en una aldea, los notables le presentaban una mesa de ofrenda cargada de espigas y flores; luego el monarca se sentaba en un quiosco y escuchaba

las quejas. Los escribas tomaban notas y las transmitían a Ameni, que había exigido leer todos los informes redactados durante el viaje.

El rey comprobó que, en conjunto, la agricultura iba bien y no existían males sin remedios, aunque no se hubiera alcanzado la perfección. Salvo un campesino de Bani Hasan, cuya vehemencia sorprendió al entorno del faraón, los que-
~osos no se mostraban agresivos.

-Me paso el día cultivando -se lamentaba- y la noche reparando mis herramientas, corro detrás de mis animales, que no dejan de huir, y ahora llega el inspector de los impuestos y me desvalija. Con su ejército de buitres, me trata de ladrón, me tunde a golpes porque soy incapaz de pagar y encarcela a mi mujer y a mis hijos. ~Como puedo ser feliz ?

Todo el mundo temió una reacción violenta de Ramses, pero este permaneció impassible.

--Deseas formular otra crítica?

El campesino se quedó pasmado.

-No, majestad, no...

-Uno de tus íntimos es escriba, ~no es cierto?

El hombre no consiguió disimular su turbación.

-Sí, pero...

-Te ha enseñado un texto clásico que se estudia en todas las escuelas de escribas en el que se exalta su oficio para saber denigrar mejor a los demás, y lo has recitado bastante bien; ~pero realmente sufres todos los males que acabas de describirme ?

-Siempre hay animales que huyen y pasan de un campo a otro... Y eso supone querellas.

-Si no logras entenderte amistosamente con tus vecinos,

recurre al juez de la aldea. Y no aceptes nunca la injusticia, por infima que sea. Asi ayudaras a gobernar al faraon.

Ramses inspecciono numerosos graneros y ordeno a los medidores de grano que manejaran con rigor el celemin. Luego inauguro en Karnak la fiesta de las cosechas, comenzando por llenar uno de los grandes graneros del dominio de Amon. Sacerdotes y dignatarios advirtieron que, a pesar de su edad, el senor de las Dos Tierras todavia tenia la mano firme y seguro el ademan.

Bakhen, el sumo sacerdote, acompaño a su ilustre huésped por un camino que atravesaba esplendidos campos, cercanos al templo, antes de llegar a un embarcadero. Fatigado, Ramses habia aceptado que le transportaran en una silla de manos.

Bakhen fue el primero que diviso al perezoso que, en vez de trabajar con sus camaradas, dormitaba bajo un saucc. Esperaba que el rey no le viera, pero los ojos de Ramses eran agudos aun.

-La falta sera castigada -prometio el sumo sacerdote.

-Se indulgente por una vez; ~acaso no fui yo quien hizo plantar sauces en todo Egipto?

-Ese hombre nunca sabra lo que os debe, majestad.

-A veces yo tambien siento la tentacion de dormirme bajo un arbol y olvidar el peso de mi funcion.

No lejos del embarcadero, Ramses ordeno a los porteadores que le bajaran.

-Majestad -se preocupo Bakhen-, ~por que vais a caminar?

~ s s

-Mira aquella capillita, alli... Esta en ruinas.

Un modesto santuario de la diosa de la Cosechas, una cobra hembra, habia sufrido numerosos desperfectos causados

por el tiempo y la indiferencia; entre las dislocadas piedras crecían los hierbajos.

-Esa es una verdadera falta -afirmo Ramses-. Haz que restauren y amplíen esta capilla, Bakhen, proporcionale una puerta de piedra y que una estatua de la diosa, creada por los escultores de Karnak, resida en su seno. Son las divinidades que moldearon Egipto; no debemos desdenarlas, ni siquiera en sus aspectos más modestos.

El señor de las Dos Tierras y el sumo sacerdote de Amon depositaron flores silvestres al pie del santuario, como homenaje al ka de la diosa; en lo alto del cielo, un halcón describía círculos, planeando.

En el camino de regreso a la capital, Ramses se detuvo en Menfis para hablar con su hijo Kha, que acababa de concluir el programa de restauración de los monumentos del Imperio Antiguo y embellecer más aun el templo subterráneo de los toros Apis.

En el embarcadero, fue la médico en jefe Neferet, siempre tan hermosa y elegante, la que recibió al rey.

--Como estais, majestad?

-Algo cansado y con dolores dorsales, pero el cuerpo aguanta. Pareceis conmovida, Neferet.

-Kha esta muy enfermo.

--Quereis decir que...?

-Se trata de una enfermedad que conozco pero que no podre curar. El corazon de vuestro hijo esta desgastado, los remedios ya no actuan.

--Donde esta?

-En la biblioteca del templo de Ptah, entre los textos que tanto ha estudiado.

El rey acudio inmediatamente junto a Kha.

Proximo a los sesenta, el rostro anguloso y severo del sumo sacerdote se habia tornado sereno. En sus ojos de un azul oscuro habia florecido la paz interior de un ser que, durante toda su vida, se habia preparado para enfrentarse al mas alla. Ningun temor deformaba sus rasgos.

-jMajestad! Esperaba tanto veros antes de mi partida...

3 S7

El faraon tomo la mano de su hijo.

-Que el faraon permita a su humilde servidor descansar en la montana de vida como un amiKo util a su senor, pues no existe mayor felicidad... Permiteme alcanzar el hermoso Occidente y seguir siendo uno de tus intimos. He intentado respetar a Maat, he ejecutado tus ordenes cumpliendo las misiones que me has confiado...

La voz grave de Kha se extinguió suavemente, Ramses la recogio en su seno como si se tratara de un tesoro inalterable.

Kha habia sido enterrado en el templo subterraneo de los toros Apis, junto a aquellos queridos seres cuya forma animal ocultaba la expresion del poder divino. Ramses habia depositado sobre el rostro de la momia una mascara de oro y habia elegido personalmente las piezas del mobiliario funebre, muebles, jarras y joyas, otras tantas obras maestras creadas por los artesanos del templo de Ptah y destinadas a acompanar el alma de Kha por los hermosos caminos de la eternidad .

~1 anciano rey habia dirigido la ceremonia de los funerales con sorprendente vigor, dominando su emocion para abrir los ojos y la boca de su hijo, con el fin de que partiera vivo hacia el otro mundo.

Merenptah estaba constalltemente dispuesto a socorrer a su padre, pero Ramses no manifesto debilidad alguna. Sin embargo, Ameni sentia que su amigo de infancia obtenia de lo mas profundo de si mismo la fuerza necesaria para mos

trar una dignidad ejemplar frente a la nueva tragedia que le

abrumaba.

Se colocó la tapa sobre el sarcófago de Kha, la tumba fue sellada.

Y cuando estuvo fuera de la vista de los cortesanos, Ramses lloró.

3 S 8

Era una de aquellas mananas calidas y soleadas que tanto gustaban a Ramses. Había cedido a un sumo sacerdote la tarea de celebrar, en su nombre, los ritos del alba y solo hablaría con el visir al finalizar la manana. Para intentar olvidar su sufrimiento, el rey trabajaría como de costumbre, aunque le faltara su habitual energía.

Pero sus piernas estaban paralizadas y no consiguió levantarse. Llamó al mayordomo con su imperiosa voz.

Minutos más tarde, Neferet estaba a la cabecera del monarca.

-Esta vez, majestad, tendréis que escucharme y obedecerme.

-Me pedis demasiado, Neferet.

-Por si seguiais dudandolo, vuestra juventud se ha esfumado definitivamente y debéis cambiar de comportamiento.

-Sois el adversario más temible que he debido afrontar.

-Yo no, majestad: la vejez.

-Vuestro diagnóstico... ¡Y no me ocultéis nada, sobre todo!

-Manana mismo volveréis a caminar, pero utilizando un bastón; y cojearéis un poco a causa de la artrosis de la cadera derecha. Procurare atenuar el dolor, pero el descanso es indispensable, y en adelante tendréis que evitar esfuerzos. No os sorprendáis si alguna vez os sentís anquilosado, con una sensación de parálisis; solo será pasajera, si aceptáis varios masajes cotidianos. Algunas noches tendréis dificulta-

des para tenderos por completo; unas pomadas calmantes os ayudaran. Y frecuentes banos con barro del Fayyum completaran el tratamiento medicinal.

-Medicinas... ~Todos los días? ¡Me considerais pues un vejstorio impotente!

-Ya os lo he dicho, majestad, ya no sois un joven y no volvereis a conducir vuestro carro; pero si os comportais como un paciente docil, evitareis una rapida degradacion de vuestro estado de salud. Algunos ejercicios cotidianos, como caminar o nadar, siempre que no cometais excesos, preservaran vuestra movilidad. Para ser un hombre que ha olvidado descansar durante toda su vida, vuestro estado general es mas bien satisfactorio.

La sonrisa de Neferet consolo a Ramses. Ningun enemigo habia conseguido vencerle, salvo la maldita vejez de la que se quejaba el autor preferido de Nefertari, el sabio Ptah-hotep. ¡Pero el habia llegado a los ciento diez años cuando redactó sus Maximas! Maldita vejez, cuya unica ventaja era aproximarle a los seres queridos con quienes tanto habia deseado reunirse en los fertiles campos del otro mundo, donde no existia la fatiga.

-Vuestro punto mas debil son vuestros dientes -añadió el medico en jefe-; pero velare por ellos para evitaros cualquier riesgo de infeccion.

Ramses accedió a las exigencias de Neferet. En pocas semanas recupero parte de sus fuerzas, pero habia comprendido que su cuerpo, desgastado por el exceso de combates y pruebas, ya solo era una herramienta envejecida, a punto de quebrarse.

Aceptarlo fue su postrera victoria.

En el silencio y la oscuridad del templo de Set, la formidable potencia del cosmos, Ramses el Grande tomo su ultima decision.

Antes de hacerla oficial en forma de decreto, que tendria fuerza de ley, el señor de las Dos Tierras convoco al visir,

los ministros, los altos funcionarios y todos los dignatarios que ocupaban algun puesto de responsabilidad, a excepcion de su hijo Merenptah, a quien confio la tarea de establecer el balance de la economia del Delta.

El rey hablo largo rato con los hombres y mujeres que, dia tras dia, seguian edificando Egipto. Durante aquellas entrevistas, Ramses fue ayudado por Ameni, cuyas numerosas notas resultaron preciosas.

-No has cometido demasiados errores -le dijo a su secretario particular.

--Has descubierto alguno, majestad? ¡En ese caso, indicamelo !

-Era solo una formula para testimoniarte mi satisfaccion.

-Admitamoslo -gruno Ameni-; ~pero por que has confiado tan extravagante mision a tu general en jefe?

--Intentas hacerme creer que no lo has adivinado?

Apoyandose en su baston, Ramses caminaba lentamente por una sombreada avenida, en compania de Merenptah.

--Cuales son los ultimos resultados de tus investigaciones, hijo mio?

-Los impuestos de la region del Delta, que tu me pediste que controlara, se han establecido sobre la base de 8.760 contribuyentes; cada patron vaquero tiene la responsabilidad de quinientos animales, y he contado 1 3.080 cabreros, 22.430 cuidadores de aves de corral y 3.920 arrieros que se encargan de varios miles de asnos. Las cosechas han sido excelentes, los defraudadores escasos. Como sucede con excesiva frecuencia, la Administracion se ha mostrado puntillosa, pero me he mostrado muy firme en que los jefezuelos no deben importunar a la gente honesta y se preocupen mas por los tramposos.

-Conoces bien el Delta, hijo mio.

-Esta mision me ha ensenado muchas cosas; hablando

con los campesinos, he sentido latir el corazón del país.

--Olvidas acaso a los sacerdotes, los escribas y los militares ?

-Los he tratado mucho; me faltaba un contacto directo y prolongado con los hombres y mujeres de la tierra.

--Que te parece este decreto?

Ramses tendió a Merenptah un papiro escrito por su propia mano. Su hijo lo leyó en voz alta.

-<<Yo, Ramses, faraón de Egipto, asciendo al príncipe Merenptah, escriba real, custodio del sello y general en jefe del ejército, a la función de soberano del Doble País.>>

Merenptah contempló a su padre, apoyado en su bastón.

-Majestad...

-Ignoro el número de años de existencia que el destino va a concederme, Merenptah, pero ha llegado el momento de asociarte al trono. Actuó de la misma manera que lo hizo mi padre, Seti; soy un anciano, tu eres un hombre maduro que acaba de cruzar el último obstáculo que le había impuesto. Sabes gobernar, administrar y combatir; toma en tus manos el porvenir de Egipto, hijo mío.

362

Habían transcurrido doce años y Ramses, con noventa y nueve años ya, reinaba sobre Egipto desde hacía sesenta y siete. De acuerdo con su decreto, confiaba a Merenptah el cuidado de gobernar. Pero el hijo menor del rey consultaba con frecuencia a su padre que, para los habitantes de las Dos Tierras, seguía siendo el faraón reinante.

El monarca residía parte del año en Pi-Ramses y la otra en Tebas, siempre acompañado por el fiel Ameni; pese a su avanzada edad y a los múltiples dolores, el secretario particular del rey seguía trabajando con los mismos métodos de siempre.

Nacía el estío.

Tras haber escuchado las melodías que su hija Meritamón había compuesto, Ramses efectuaba su paseo cotidiano por la campina próxima a su templo de millones de años, donde había fijado su residencia. El bastón era ahora su mejor aliado, pues cada paso se le hacía difícil.

En su decimocuarta fiesta de regeneración, celebrada el año anterior, Ramses había pasado toda una noche conversando con Setau y Loto, que habían hecho de Nubia una provincia rica y feliz. El robusto encantador de serpientes se había convertido también en un anciano, e incluso la hermosa Loto había cedido a los embates de la avanzada edad. ¡Cuántos recuerdos habían evocado! ¡Cuántas horas exaltantes habían vivido! Y nadie había hablado de un porvenir que ninguno de ellos podía ya moldear.

Al borde del camino, una anciana cocía pan en un horno; el aroma llegó al olfato del rey.

-¿Me das una torta?

El ama de casa, con la cabeza gacha, no pudo reconocer al rey.

-Hago un trabajo ingrato.

-Y que merece ser retribuido, claro... ¿Te bastará este anillo?

La vieja miró la joya y la hizo brillar frotándola con el vuelo de su pano.

-¡Con esto podría comprarme una hermosa casa! Guárdate el anillo y come mi pan... ¿Quién eres tú que posee semejantes maravillas?

La corteza estaba convenientemente dorada; sabores de infancia brotaron de ella, borrando por un instante los tormentos de la vejez.

-Guárdate el anillo, sabes hacer el pan mejor que nadie.

Ramses paso gustosamente una hora o dos en compania de un alfarero. Le gustaba ver como sus manos amasaban la arcilla para darle la forma de una jarra que serviria para conservar el agua o alimentos solidos. ~Acaso el dios de cabeza de carnero no creaba, a cada instante, el mundo y la humanidad en su torno de alfarero?

El rey y el artesano no se dijeron ni una palabra. Juntos, escuchaban la musica del torno, vivian en silencio el misterio de la transformacion de una materia informe en un objeto util y armonioso.

Nacia el estio y Ramses pensaba en marcharse hacia la capital, donde el calor seria menos asfixiante. Ameni ya no salia de su despacho bien aireado por las altas ventanas, y al rey le sorprendio no encontrarle en su mesa de trabajo.

364

Por primera vez en su larga carrera, el secretario particular de Ramses no solo se habia tomado un momento de reposo en pleno dia sino que se exponia tambien al sol, a riesgo de quemarse la palida piel.

-Moises ha muerto-declaro Ameni trastornado.

--Lo ha conseguido?

-Si, majestad; ha encontrado su Tierra Prometida, donde su pueblo vivira en adelante libremente. Nuestro amigo ha llegado al final de su larga busqueda, el ardor que le animaba se ha transformado en un paraje donde el agua sera generosa y la miel abundante.

Moises... Uno de los arquitectos de Pi-Ramses, el hombre cuya fe habia derrotado muchos anos de incierta marcha, el profeta de indestructible entusiasmo. Moises, hijo de Egipto y hermano espiritual de Ramses, Moises, cuyo sueno se habia convertido en realidad.

El equipaje del rey y su secretario particular estaba listo. Antes de que terminara la manana, embarcarlan hacia el Norte.

-Acompañame -le pidió el faraón a Ameni.

-¿Adónde quieres ir?

-No es una jornada espléndida? Me gustaría descansar bajo la acacia de mi templo de millones de años, bajo el árbol plantado durante el segundo año de mi reinado.

El tono de voz del monarca hizo que Ameni se estremeciera.

-Estamos a punto de partir, majestad.

-Ven, Ameni.

La gran acacia del templo de millones de años brillaba al sol, y sus hojas verdes rumoreaban bajo la ligera brisa.

~Cuántas acacias, tamariscos, higueras, persea, granados, sauces y demás representantes del pueblo de los árboles, que tan querido le era, había hecho plantar Ramses?

36

Vigilante, el viejo perro heredero de una dinastía de fieles compañeros del rey, había olvidado sus dolores para seguir a Ramses. Ni él ni su dueño se preocuparon por el ruidoso ballet de las abejas que, incansables, recogían el néctar de la suntuosa acacia en flor, cuyo sutil perfume alegró el olfato del animal y el del hombre.

Ramses se sentó contra el tronco del árbol, vigilante se acurrucó a sus pies.

-¿Recuerdas, Ameni, las palabras que pronunció la diosa de la acacia de Occidente cuando acogió a las almas en el mas allá?

-«Recibe esta agua fresca, que tu corazón se apacigüe gracias a ella, gracias a esta agua divina que procede del estanque ritual de la necrópolis; acepta esta ofrenda, para que tu alma reciba en mi sombra.»~

-Nuestra madre celestial nos ofrece la vida -recuerdo

Ramses-, y ella coloca el espíritu de los faraones entre las estrellas infatigables e indestructibles.

-Tal vez tengas sed, majestad. Voy a buscar...

-Quedate, Ameni. Estoy cansado, amigo mio, una fatiga mortal me invade. ~Recuerdas cuando hablabamos del autentico poder? A tu entender, solo el faraon estaba en condiciones de ejercerlo, y tenias razon, siempre que respete la regla de Maat luchando sin cesar contra las tinieblas. Si ese poder se debilita, la solidaridad entre el cielo y la tierra desaparece y la humanidad es librada a la violencia y la injusticia. La historia de un reinado debe ser la de una fiesta, decia mi padre; que tanto el pequeno como el grande reciban del faraon su subsistencia, que no se olvide a uno en beneficio de otro. Hoy, las mujeres van y vienen a su guisa, los ninos rien, los ancianos descansan a la sombra de los arboles. Gracias a Scti, gracias a Nefertari, gracias a los intimos y a los fieles que han trabajado por la grandeza y el brillo de nuestra civilizacion, he intentado actuar con rectitud para que el pais fuera feliz. Ahora, que los dioses me juzguen.
-jNo, majestad, no te vayas!

Vigilante suspiro. Un suspiro intenso, profundo como el oceano primordial, apaciguado como una puesta de sol en el Nilo. Y el ultimo representante de la dinastia de los Vigilante se extinguió a los pies de su dueno.

Nacia el estio y Ramses el Grande acababa de entrar en la eternidad, bajo la acacia de Occidente.

Ameni hizo un gesto que nunca habia osado realizar durante ochenta anos de indefectible amistad: tomo las manos del faraon entre las suyas y las beso con fervor.

Luego, el portasandalias y secretario particular del faraon se sento en la posicion del escriba y, con un pincel nuevo, trazo algunos jeroglificos sobre una tablilla de madera de acacia.

-Consagrare el resto de mi existencia a escribir tu historia -prometio-; en este mundo y en el otro, nadie olvidara al Hijo de la Luz.

